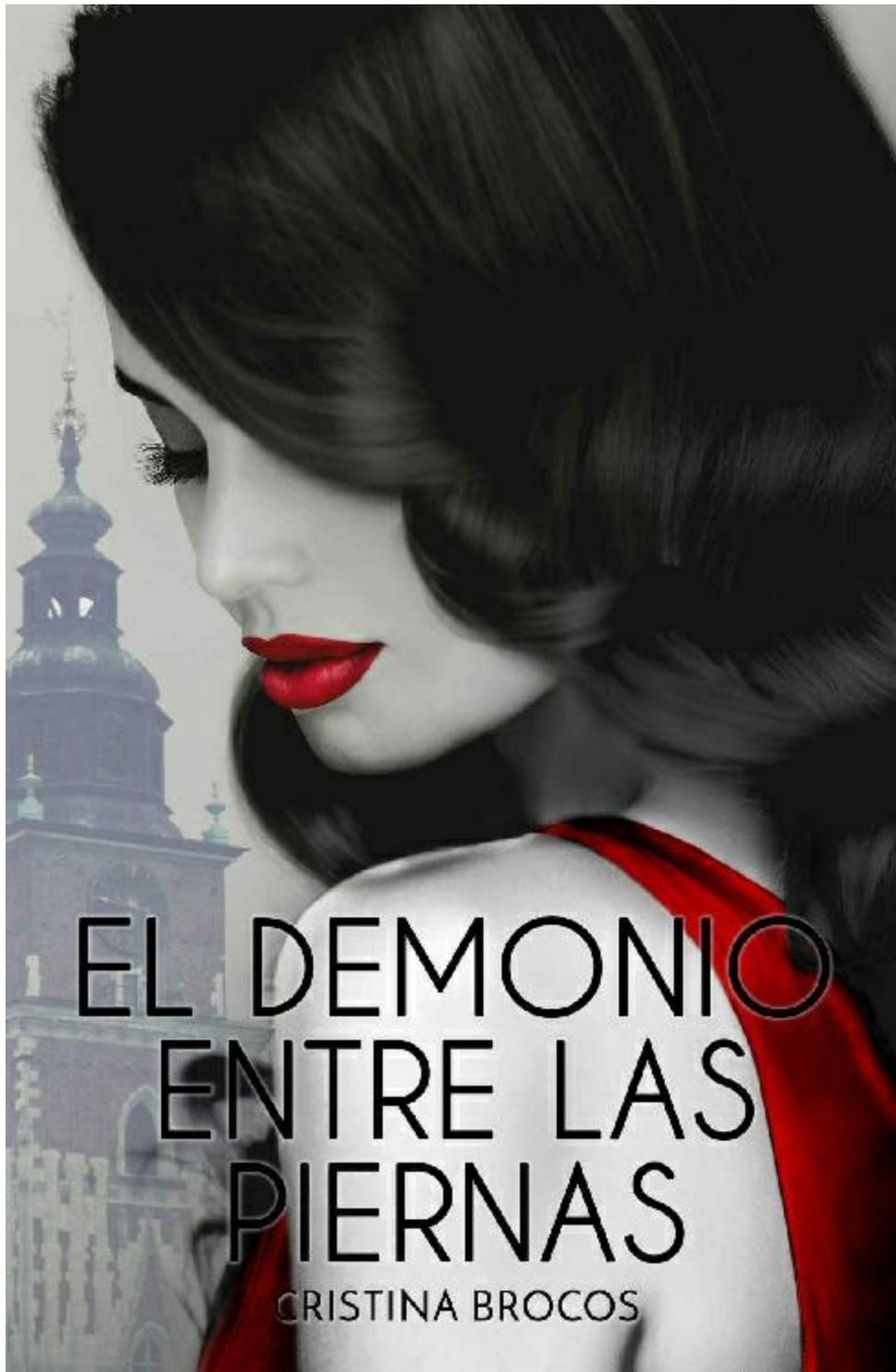




EL DEMONIO  
ENTRE LAS  
PIERNAS

CRISTINA BROCOS



EL DEMONIO ENTRE LAS PIERNAS

Cristina Brocos

Título: El demonio entre las piernas.

© Cristina Brocos

Corrección del texto: (Francisco Rodríguez Criado)

© Ilustración de portada: (Sol Taylor)

Edición personal para Amazon: Noviembre de 2018

## Índice

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

1

La tía Herminia se acercó a la ventana y apartó lentamente los visillos, observando preocupada cómo su sobrina se alejaba por la callejuela, sorteando los charcos que el aguacero había formado. El mes de abril anunciaba su llegada,

cargado de lluvia y de frío, y es que allí las estaciones no daban un respiro; o bien el intenso frío calaba hasta los huesos o el sofocante calor derretía los sentidos. Todo estaba delimitado, como los campos de trigo, como la senda de los montañeros, como la cabaña de Pinto, como los ladridos de los perros, como

los abedules junto al río, como el lago del Sevillano y las campanas tañendo a olvido. En aquel pueblo, como en todos los pueblos, no había término medio y

todo estaba definido: los sentimientos más hermosos y los más dañinos, los amores y los odios, la oración y el desatino, la risa y el llanto, la vida y la muerte, el agua y el vino. Las pasiones se vivían con intensidad desatada y, aunque intentaban ocultarse, antes o después se sabían, pues la murmuración era

el deporte favorito.

—¿Me habré excedido? —susurró para sí la tía Herminia, soltando el visillo.

La sobrina llegó a su casa, calada hasta los huesos. Dejó con rabia el paraguas en

el paragüero y entró en la cocina, donde las niñas estaban preparando la cena.

Las gemelas la miraron sorprendidas; ella, tan prudente y comedida siempre, parecía un auténtico ciclón que arrastraba tras de sí una estela de furia imposible de ocultar, pues era multicolor. Resoplando con rabia, se desplomó sobre una silla; con los ojos brillantes, las mejillas encendidas, y en su cuerpo toda la determinación hasta entonces escondida.

—¿Qué ocurre, madre? —le preguntó María, preocupada.

—¿Qué ocurre?! ¡Ocurre que este año haréis la primera comunión!

—¿Pero qué estás diciendo? —preguntó la niña frunciendo el ceño—. Ya sabes que padre ha dicho que no.

—¡Eso no importa! —exclamó—. ¡Como que me llamo María que de este

año no pasa! ¡Haréis la comunión!

—¿Por qué?

Marta colocó ante la madre un gran vaso de agua que nadie le había pedido y, mientras la que le había dado la vida saciaba la sed que el enfado había espoleado, escondió en el fregadero los intensos colores que habían subido hasta

sus mejillas, dejando que su hermana, experta en lides detectivescas, continuase con las pesquisas. La madre se bebió el agua de golpe y, una vez satisfecha la necesidad y a medida que el entorno conocido ejercía su efecto tranquilizador y

sedante, fue recuperando la calma. La furia abandonó poco a poco su cuerpo, o más bien huyó, y éste, una vez liberado de semejante arpía, recuperó su ser.

Sintiéndose nuevamente dueña de sí misma, miró a su hija, que seguía ante ella con el ceño fruncido, y esperando una respuesta.

—¡Tenéis diez años! ¡Todos los niños de vuestra edad ya la han hecho y es una vergüenza que vosotras no! ¡Ya he tomado la decisión y así será, no podría

soportar otro rapapolvo de la tía Herminia, no señor, no podría! —Sacudió la cabeza con desesperación—. Además, tiene toda la razón. En nuestra familia todos la hemos hecho y yo... he sido demasiado tolerante con vuestro padre. ¡Sí,

señor, demasiado tolerante!

En los labios de Marta se dibujó una sonrisa perfecta; la tía Herminia era una mujer de pocas palabras, pero cuando las utilizaba ponía los puntos sobre las íes

con total precisión, y aquella tarde había sido una de esas en las que la vena

ortográfica había tomado el mando de su cuerpo y de su boca y por ella habían salido, uno tras otro, todos los motivos por los que las niñas ya deberían haber entrado a formar parte del “rebaño del Señor”. Tal había sido el varapalo recibido por la sobrina, que ésta tenía la cabeza arrebolada, y así exactamente, arrebolado, era como se encontraba el corazón de Marta, pues la noticia, que para cualquier otro niño habría sido motivo de inmensa alegría y alborozo, para

ella tenía una connotación muy distinta... Y es que el corazón de Marta, ese que

ahora bombeaba en su pecho sin control, guardaba en su interior el mayor de los

secretos; un secreto que la había atormentado durante el último año, un secreto que la despertaba en mitad de la noche y la hacía estremecer, un secreto que le provocaba la risa y el llanto sin saber por qué, un secreto tan secreto que ni a su gemela había hecho partícipe de él... El corazón de Marta, tan joven y tan tierno,

albergaba el secreto más hermoso: el secreto del amor. No importaba que sólo fuese una niña, no importaba que aquello fuese un amor imposible, porque cuando pensaba en él... el mundo se iluminaba y la noche no existía, las estrellas

bailaban, las constelaciones se movían, la luna se azoraba y las flores, sin viento, se mecían. Su mundo, ese que desde su nacimiento veía en blanco y negro, se había vuelto de color con su llegada, como si un extraño arcoíris se hubiese desplegado en su cielo adornándolo con su gama. El marrón fue para los ojos y

para el pelo, el azul para las manos porque en ellas tenía que estar el cielo, el blanco para su respiración, el negro para su voz, y todos los demás... estaban en

su risa. La primera vez que le vio, algo tangible llegó hasta ella, como si una ola de caricias la bañase, atravesó sus poros, recorrió cada terminación nerviosa,

cada músculo, cada fibra, invadió su torrente sanguíneo y llegó a cada célula, a cada átomo, a cada esquina, a cada rincón. Y cuando la voz habló, entró por sus

oídos y llegó directamente hasta su alma, y ésta, incapaz de oponer resistencia, abrió las puertas de par en par... y la voz allí anidó.

Todo esto había tenido lugar en un frío y duro banco de la iglesia, el mismo banco frío y duro en el que tiempo más tarde Marta, una niña de diez años, por primera vez... sintió. No sabía lo que era, ni cómo se llamaba, pero nació en sus

entrañas mientras escuchaba su voz, aquella voz grave y profunda la inundó, revoloteando por su cuerpo como mariposa perdida, despertando su vientre, empujando los colores hacia sus mejillas y acelerando su respiración. Cerró los

ojos, tragó saliva y lentamente respiró, pensando en las miradas que encontraría

fijas en su cara al volver a abrirlos pero, sorprendentemente cuando lo hizo, nadie la miró. El calor siguió y siguió creciendo y, no pudiendo frenarlo, Marta

cerró los ojos... y sintió. Aquella tarde regresó a casa con el cuerpo tembloroso

y la mente atormentada, y por la noche, en la soledad de su cuarto, al pensar en ello... el calor volvió. Echó el pestillo y se acercó al gran espejo del armario y

éste se lo confirmó; allí estaba, en el brillo de sus ojos, en el sonrojado de sus mejillas, en el hiperventilar de su pecho bajo el camisón. Lentamente y con las manos temblorosas se desnudó, observando su cuerpo por primera vez, un cuerpo que aún no se había desarrollado y aun así estaba despertando a la vida,

sin que ella lo supiera, sin que ella lo buscara, sin que ella lo quisiera. Lo recorrió despacio en una lenta caricia hasta que, al llegar a su sexo... su boca, asombrada, se abrió, y una exclamación de asombro salió por sus labios. Sus ojos desorbitados miraron hacia abajo. ¿Qué tenía allí, entre las piernas?

—¡El demonio! —le contestó su imagen.

Las campanas de la iglesia anunciaban las doce y los relámpagos de la tormenta

resplandecían al otro lado de la ventana como fieles indicadores de la fuerza que

se desataba fuera. Marta, acostada en su cama, levantó la vista del libro que estaba leyendo y miró a su hermana, que, con cara divertida, entraba en el cuarto.

—¿Ya ha llegado padre? —le preguntó preocupada.

—¿Tú le oyes? —contestó María con sonrisa traviesa—. Cuando llegue, le oiremos, te lo aseguro.

La frase aún no había muerto en sus labios cuando oyeron al padre llegar a la casa. Las gemelas pegaron la oreja a la puerta, Marta muy seria, María tapándose

la boca para acallar las risas nerviosas. Pocos minutos tardaron en oírse las voces desde la cocina, claras, nítidas, y enfadadas, muy enfadadas, retumbando dentro

con la misma potencia con la que los truenos retumbaban fuera.

—¡Ya lo hemos hablado! —exclamó el padre—. ¡Y ya te he dicho que no!

—¡Pues yo te digo que sí! —contestó la madre con determinación—. ¡Mis hijas harán este año la comunión! ¡Son las únicas del pueblo que no la han hecho

y es una vergüenza para mi familia!

—¡Vergüenza son otras cosas, mujer!

—¡Matías, he dicho que la harán este año y así será!

—¡No!

—¡Sí!

—¡No!

—¡Mis hijas harán este año la comunión como que me llamo María y si no consientes en ello, entonces yo... yo... no te permitiré entrar en mi cuarto!

Aunque la madre dijo la última frase en un susurro, las niñas la oyeron perfectamente, así como sus pasos subiendo la escalera, la puerta de su cuarto al

abrirse y cerrarse y el sonido del pestillo echado con fuerza. El padre, tras pensárselo un momento, se fue tras ella. Sus pasos sobre los peldaños de la escalera aceleraron el corazón de las gemelas y espolearon la risa de María.

—¡Ábreme la puerta ahora mismo! —clamó el patriarca, enfadado—. ¡María!

—¡No!

—¡Esta es mi casa y tengo derecho!

—¡Esta también es mi casa y yo también tengo derechos, derechos que tú no

me permites ejercer! —gritó la madre—. ¡Cuando tú accedas, yo accederé!

El padre farfulló alguna que otra protesta más que nadie entendió, gruñó un poco, maldijo, y bajó la escalera en dirección al sofá del salón.

—¡Oh, Dios mío! —susurró Marta, mirando asombrada a su hermana—.

Nunca había oído a madre hablar así.

—Así es como hay que hablarles a los hombres, Marta —dijo su gemela con resolución—. ¡Así!

La semana que siguió al ultimátum, el ambiente de la casa se volvió tenso. Los padres no se dirigían la palabra y las niñas contemplaban aquella primera guerra

silenciosa entre sus progenitores entre divertidas y asombradas. La situación se

alargó dos semanas más. El ambiente era insostenible, hasta que una noche el padre entró en la cocina, cuando estaban preparando la cena, y se dejó caer en una silla. Suspiró y se frotó la frente.

—¿Qué ocurre, padre? —preguntó Marta, preocupada—. ¿Te duele la cabeza?

—No, hija, no me duele la cabeza —contestó, sonriéndole con dulzura—. He estado en la iglesia y he hablado con el cura. Haréis la comunión esta primavera... Me voy a la cama, no tengo hambre.

Dejó salir por su boca un nuevo suspiro y sobre la cabeza de Marta un beso, y se encaminó lentamente hacia su cuarto.

—Cenad vosotras —dijo la madre, colocando la fuente sobre la mesa—. Yo

tampoco tengo hambre.

Con las mejillas encendidas se quitó el mandil y lo colgó del gancho de la puerta. La oyeron subir la escalera con prontitud, la oyeron abrir la puerta de su

alcoba y la oyeron cerrarla suavemente. María le dio un codazo a su hermana, regalándole la sonrisa más pícaro que tenía en su amplio repertorio.

—¡Haremos la comunión, Marta! —susurró entre risas.

2

Abril llegaba a su final y las campanas tocaban a muerto; Marianico, el de los helados, había pasado a mejor vida, cuando la madre llegó a la iglesia llevando

de la mano a las gemelas. Caminó con decisión por el pasillo central ante el altar

Mayor, hizo la genuflexión y se santiguó, movimientos que imitaron sus hijas, y subió los peldaños hasta la puerta de la sacristía. Tocó suavemente con los nudillos.

—¿Se puede, Padre?

—Adelante —contestó la voz grave y profunda que hizo estremecer a Marta.

—Buenas tardes, Padre. He venido por la catequesis.

—Lo sé. Su marido ha hablado conmigo. Así que estas son sus hijas —dijo con una pequeña sonrisa que María le devolvió, mientras Marta mantenía la vista

clavada en el suelo—. Bien, les daré los catecismos para que los estudien y nos

veremos aquí un par de veces por semana para comprobar que se lo saben. ¿Le

parece bien?

—Claro, Padre, como usted diga.

Sonriente, María cogió el catecismo que le tendía. Marta estiró una mano indecisa y fue entonces cuando, armándose del valor que no tenía, alzó hacia él

sus ojos, sus maravillosos ojos azules, único rasgo que la diferenciaba de su gemela. En los ojos marrones vio todo su mundo, vio su casa, vio su tierra...

Intentó colarse por ellos, recorrer su interior como la sangre recorre las venas, llegar hasta su corazón, perderse en su alma eterna, saber de qué color era porque su alma debía de estar de arcoíris llena... Pero con lo que se topó fue con

una muralla perfecta, de piedras grises, de piedras planas, sin la más mínima grieta. Cogió el catecismo y bajó la mirada... la puerta no estaba abierta.

Marta y María acudieron puntualmente cada semana a la catequesis y

contestaron con total precisión a las preguntas que el cura les hacía, hasta que una tarde Marta apareció sola en la sacristía.

—¿Y tu hermana? —preguntó él, frunciendo el ceño.

—Mi hermana no puede venir, Padre. Ha cogido la varicela.

—¡Vaya, lo lamento!... Bien, siéntate, repasaremos un poco.

Marta se sentó en la silla, observando con atención aquel ceño fruncido, parecían los surcos de la tierra de los que siempre hablaba su padre, y contestó

con total perfección a las preguntas que él le hizo.

—Te lo has aprendido muy bien, Marta —dijo con una sonrisa, dejando el

libro sobre la mesa—. Pero... ¿Lo entiendes? ¿Entiendes las palabras que

aquí se dicen?

—No.

La contundente respuesta fue acompañada de una gran seriedad, seriedad que provocó en la cara del sacerdote una sonrisa tierna.

—¿Qué le hace gracia, Padre?

—Me hace gracia... tu sinceridad —contestó, sonriendo abiertamente.

—¿Por qué?

—Porque... no es habitual encontrarla, no, no es lo habitual.

—Pues debería serlo.

—Sí, tienes razón, debería serlo —Carraspeó ligeramente poniéndose serio —.

Bueno, dime qué cosas no entiendes del catecismo.

—Yo... no, no se lo puedo decir...

—¿Por qué?

—Porque... no puedo...

—¿Qué ha pasado con la sinceridad, Marta?

Acompañó la pregunta con una sonrisa tan cargada de ternura, que Marta sintió que se derretía. Tragó saliva y buscó mentalmente una disculpa para evitar

la respuesta, pero ninguna acudió en su ayuda.

—Dime qué es lo que no entiendes, por favor.

—Pues, no entiendo... —Apretó las manos sobre el regazo, mirando concentrada al suelo—. No entiendo el sexto mandamiento.

—Ya... —Asintió lentamente y en su boca apareció una sonrisa que la hizo enrojecer—. Es normal que no lo entiendas, Marta, eres muy joven todavía y no

comprendes a qué se refiere y...

—Sí sé a qué se refiere, pero no lo entiendo.

—¿Sabes a qué se refiere? —Sus cejas se alzaron—. Pero sólo tienes diez años, aún no puedes saberlo.

—Ya hemos cumplido los once.

—Claro... Bueno, a ver, dime a qué crees que se refiere, quizá no lo has comprendido bien.

—Se refiere a... a... a tocarse.

—Ya...

—A tocarse aquí —dijo con determinación, llevando la mano hacia su sexo.

—Sí, bueno... se refiere a eso —Tragó saliva—. ¿Pero tú no te has tocado, verdad? —Ella asintió despacio—. Bueno, pues eso no está bien, no está nada bien. A partir de ahora debes evitarlo.

—¿Por qué?

—Porque tu cuerpo es un Templo y debes respetarlo.

—Pero yo lo respeto, Padre —dijo muy seria, inclinando la cabeza—. Cuando me toco siento cosas bonitas, no cosas feas, por eso no entiendo que le llamen pecado.

El silencio que se produjo en la sacristía fue atronador. Los ojos de Marta, abiertos de par en par, estaban clavados en los del sacerdote, que la miraba serio.

—Verás, Marta. Es voluntad de Dios que no lo hagas.

—Pero si es voluntad de Dios que no nos toquemos... —Frunció el ceño—.

¿Por qué nos puso entre las piernas algo que da tanto gusto? No lo entiendo.

—Para que aprendamos a evitar el pecado.

—Pero no podemos evitarlo, lo tenemos ahí y es muy agradable tocarlo y...

—¡Calla, no sigas! —Se levantó y sacudió la cabeza, desconcertado.

—¿Por qué se enfada, Padre?

—No me enfado, es que no me gusta oírte hablar así.

—¿Por qué?

—Porque no puedes decir esas cosas, Marta —contestó muy serio.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado con la sinceridad, Padre?

—Es hora de que te vayas. Seguiremos la semana que viene.

—Pero...

—¡Ya es la hora, Marta!

Una semana más tarde, el cura esperaba a las gemelas en la sacristía, observando

por el pequeño ventanuco cómo el sol se ponía. Los atardeceres en el pueblo eran de las cosas más lindas, tenían una magia especial, pues, además de colores,

había en ellos chispas, misterio, vida...

—¿Tu hermana aún está enferma? —preguntó contrariado al verla llegar sola.

—Sí, Padre, pero no se preocupe porque sigue estudiando el catecismo.

Madre se lo pregunta cada noche y se lo sabe mejor que yo.

—Mejor que tú no creo... —Se sentó frente a ella con una ligera sonrisa—.

Marta, quiero hablar contigo sobre lo del otro día. ¿Tu madre no te ha hablado de

los cambios que se van a producir en tu cuerpo?

—¿Qué cambios?

—Entiendo... Bien, pues debería haberlo hecho, sí, debería haberlo hecho. —

Meneó la cabeza con pesar—. Verás, Marta, tu cuerpo está cambiando, está despertando a la vida, y de ahí los sentimientos y sensaciones nuevas que estás

experimentando. Lo que te ocurre es algo totalmente normal, le pasa a todo el mundo. La adolescencia es una etapa complicada y es normal que te hagas preguntas para las que no encuentras respuestas... Claro que si tu madre te hubiese hablado de ello no estarías tan perdida. ¡No entiendo cómo no lo ha

hecho!

—¿A los demás también les ocurre? —Los preciosos ojos azules comenzaron a brillar de emoción.

—Por supuesto —le sonrió con dulzura.

—Yo me lo preguntaba, ¿sabe? Si lo que me ocurría era normal, si a los demás también les pasaba y luego... cuando usted me dijo que era algo malo y

que no debería hacerlo pensé que... que... quizá tuviese el demonio en el

cuerpo.

—¡Oh, por el amor de Dios, no digas tonterías! —exclamó, estallando en carcajadas—. Tú no tienes ningún demonio en el cuerpo. Lo que te ocurre es que

tienes deseos, como todo el mundo. Es algo completamente normal, Marta.

Aquellas risas del cura, inundadas de tantos colores, tuvieron la capacidad de desplegar en el corazón de Marta las pocas alas de mariposa que aún estaban plegadas. Se extendieron como una bandera ondeando al viento, deseando que éste soplara. Y fueron estas mariposas que revoloteaban libres por su alma las que la levantaron de la silla y la acercaron a él. Dejó un beso sobre su mejilla, llenándola de lágrimas.

—Gracias...

—¡Pero qué haces, Marta! —exclamó, levantándose—. ¡No debes hacer eso!

—¿Por qué?

—¡Porque no es apropiado!

—¿Es que los besos también son malos?

—No, Marta, los besos no son malos —Se frotó la mandíbula acercándose al pequeño ventanuco y respirando profundamente.

—¡Entonces soy yo la mala, porque hago estas cosas que me hacen sentir bien! ¡Me gustan y quiero hacerlas! Soy yo la mala, ¿verdad? ¿Soy yo?

—No...

—¡Si hago cosas que no están bien y esas cosas no son malas, entonces la

mala soy yo! ¡A lo mejor es verdad que tengo el demonio en el cuerpo! ¡Soy mala porque tengo el demonio en el cuerpo!

Salió de la iglesia a la carrera, con el rostro enrojecido y los ojos

desbordados, con el corazón encogido y los deseos saturados. No regresó a catequesis hasta que lo hizo su hermana, y se limitó a repetir de carrerilla las respuestas aprendidas, que no comprendidas, sin mirarle y de forma mecánica.

El último día de su preparación, el cura les entregó una nota para su madre que,

despertó en las gemelas todas las alarmas.

—¿Pero por qué? —preguntó María, preocupada— ¿Hemos hecho algo malo, Padre?

—No, al contrario —contestó con una sonrisa—. Nadie se había aprendido el catecismo de memoria tan bien como vosotras.

Cuando la madre cogió la nota que la hija le tendía, frunció el ceño

exactamente igual que había hecho ella. Se sentó a la mesa de la cocina y la leyó

en silencio, hasta que su mano decidió por su cuenta y se fue a su boca, ahogando un grito de sorpresa. El padre la leyó por encima de su hombro, estallando en grandes carcajadas que preocuparon aún más a las gemelas.

—¡No te rías, Matías, no tiene ninguna gracia!

—¡Oh, sí, ya lo creo que la tiene!

*“Espero que disculpe mi intromisión pero creo que debería usted tener una larga conversación con sus hijas y explicarles los cambios que van a experimentar sus cuerpos. Ya tienen edad para conocer los misterios de la vida”.*

En el mes de junio, cuando las flores estallaron en el pueblo, cuando el calor comenzó a apretar y los días se hicieron eternos, cuando las segadoras mecánicas

visitaron para su puesta a punto el taller de Rogelio, cuando Benito el barrendero

fue operado de almorranas y el nuevo notario llegó al pueblo... las gemelas avanzaron hacia el altar Mayor. María con una sonrisa en los labios, Marta mirando al suelo, sin poder evitar que la voz se le metiese dentro y la hiciese volar libre por los cielos provocándole aquellas sensaciones y aquellos sentimientos.

Hasta muchos años después no volvieron a verse.

Marta y María fueron enviadas a un internado para aprender “maneras de señorita”, como decía su madre, a pesar de la firme oposición de la tía Herminia,

que sufría viendo que Marta, la niña de sus ojos, se alejaba de ella.

El cura continuó su labor en el pueblo, entregado a ella en cuerpo y alma.

Sentía que su vida tenía sentido porque su fe todo lo llenaba, porque su fe todo lo valía. Fueron años de satisfacciones y de esfuerzos, años de entrega y de vigilia, años en los que su fe con todo podía... Pero, pasados estos años, algo desestabilizó su vida, y la causante fue una grieta... Nunca supo qué la provocó,

tal vez el cansancio, tal vez las dudas, o tal vez su cuerpo, que le reclamaba lo que la naturaleza le debía. Fuese lo que fuese, allí estaba la fisura en su perfecta muralla de piedras frías, por la que comenzaron a colarse el deseo y las ganas de

vivir la vida. El demonio comenzó a visitarle y él se resistió cuanto pudo,

pero

quizá su fe no era tan grande como creía. Luchó contra las dudas y las necesidades de su cuerpo con todos los medios a su alcance: oración, penitencia

y reflexión inundaron sus noches y sus días, pero en medio de la penumbra de la

noche, cuando el diablo hacía de las suyas, las palabras de una niña se colaban en su mente, haciéndole sonreír: *“Cuando me toco siento cosas bonitas, no cosas feas, por eso no entiendo que le llamen pecado”*. Su lucha fue encarnizada, deseos contra creencias, cuerpo contra alma, hasta que consiguió sortear el pecado pero, cuando creía que la tormenta ya había pasado, que la crisis de fe estaba superada, que su alma volvía a alcanzar la serenidad que tanto

ansiaba... regresó Marta.

3

El pueblo se desperezaba con la lentitud de cada día cuando el cura salió corriendo de la rectoría. Ya a ninguno de los más madrugadores le extrañaba verle pasar en pantalón de chándal y camiseta en su habitual carrera matutina. Al

llegar al cruce del Ahorcado, tomó el desvío hacia el lago. El sonido de sus zancadas fue oído por Maruja desde su cocina, quien, con la primera taza de café

en la mano, se acercó a la ventana y apartó los visillos.

—Cada vez sale antes a correr, Padre —murmuró, meneando la cabeza—.

Eso no es bueno, no es nada bueno.

Y es que Maruja, que limpiaba su casa y preparaba su comida, conocía de primera mano la tormenta que anidaba en el alma del cura, la desazón que

inundaba su vida. El cura huía... huía de los pensamientos que le

atormentaban... huía de la tempestad que le sacudía... huía de las ansias, de las

dudas, de los miedos, de las cadenas que le oprimían. Todos estos secretos y alguno más guardaba Maruja, contraviniendo así la fama que el pueblo le había

otorgado: fama de cotilla, según ella totalmente inmerecida.

Le gustaba el camino del lago. A él, afortunadamente, aún no había llegado el

asfalto, y la tierra y las piedras ponían a prueba la resistencia de sus piernas que, una vez entradas en la cuarentena, se resentían por la dureza del terreno. Lo bordeó y ascendió hasta la cabaña de Pinto, el quesero; las luces encendidas indicaban que era el más madrugador del pueblo. Bajó por el sendero de los montañeros y atravesó el bosquecillo de los álamos, continuó por la finca de los

naranjos de Matías y llegó hasta la casa del quesero, donde las luces también encendidas ponían de manifiesto que Asunción, su mujer, era tan madrugadora como él. Pero cuando bordeó la casa y llegó al bosque de los castaños, donde hizo su habitual parada para recuperar el aliento, comprendió el motivo del madrugón de la esposa... El jeep de la Guardia Civil se acercaba lentamente a la

parte trasera de la casa, con las luces apagadas, y aparcaba junto a la linde del bosque. La idea de si estarían buscando cazadores furtivos se le pasó por la cabeza pero cuando vio al sargento de la Benemérita salir del vehículo no sin cierta dificultad, dada su prominente barriga, atusándose intranquilo el mostacho

que adornaba su cara y oteando los alrededores con nerviosismo... comprendió

que allí el único furtivo era él. La puerta trasera de la casa se abrió y por ella asomó en camión y con una gran sonrisa en los labios la mujer del quesero,

meneando con gracia sus redondeadas formas, tan redondeadas como los quesos

que en aquel momento su marido manipulaba.

—Por eso hace dos meses que no viene a confesarse —susurró el cura—. Ha recaído.

Regresó a la iglesia atravesando el pueblo. En la calle Mayor un camión de transportes, aparcado ante el local cerrado durante los últimos meses, llamó su atención y, mientras se preguntaba qué nuevo negocio abocado al fracaso

pondrían esta vez allí, siguió hacia la casa parroquial, donde el tañido de las campanas le recibió con puntualidad suiza.

A media mañana y bajo un sol pertinaz, se acercó al aserradero. Las Fiestas

Patronales estaban a la vuelta de la esquina y, como la prontitud de Manuel no

era una de sus muchas virtudes, decidió meterle un poco de prisa con el encargo

que le había hecho: nuevos bancos para la iglesia. En la misma puerta del aserradero se acomodaron para hablar. Era el único lugar donde el escaso viento

de aquel tórrido verano que se aproximaba les daba una pequeña tregua. Todos

los veranos eran calurosos en el pueblo, pero aquel en particular amenazaba con

serlo especialmente, por lo que encontrar una buena sombra y un vientecillo revitalizante eran objetivos a conseguir cada día, y el que lo lograba se sentía satisfecho. Pero ni todo el viento del mundo podría haber aliviado la llamarada

que estaba a punto de producirse en su interior, ese fuego que él intentaba sofocar con carreras matutinas y duchas frías, pero que, inexorablemente, allí

seguía, vivo y latente, dispuesto a resurgir y mostrarse a la primera oportunidad.

El coche aparcó ante ellos, la puerta del conductor se abrió y por ella salieron las piernas de mujer más hermosas que habían visto nunca, bronceadas y enfundadas en una minifalda blanca que tapaba lo justo. La parte superior del cuerpo estaba cubierta por una blusa de seda roja con muchos botones abiertos que dejaban al descubierto el nacimiento de unos generosos pechos. La cara, adornada por una preciosa cabellera negra de brillantes rizos que ondeaban al escaso viento, con grandes gafas de sol protegiendo sus ojos y en su boca una sonrisa espléndida. La mujer de bandera cerró con determinación la puerta del coche y se colgó al hombro un gran bolso multicolor y, sobre unos increíbles zapatos rojos de tacón de aguja, se dirigió hacia los dos hombres que la miraban

con la boca abierta.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días, señorita! —dijo Manuel estrechando la mano que ella le tendía.

—Pero Manuel, ¿es que no se acuerda de mí? —rio, quitándose las gafas y dejando al descubierto sus impresionantes ojos—. Soy Marta.

—¡Marta! ¡Claro, la hija de Matías! ¡Pero qué tonto soy, si mi hija me contó que habías vuelto al pueblo! ¿Y María, no ha venido?

—No, mi hermana sigue en Italia. Me temo que... se ha enamorado. —Su sonrisa pícaro hizo que Manuel estallara en carcajadas—. ¡Hola, Padre! —El cura, incapaz de responder, hizo una leve inclinación de cabeza—. Manuel, he venido porque necesito unas estanterías para la tienda.

—¿Vas a abrir una tienda? —preguntó con alegría—. ¿Aquí? ¡Vaya! ¿Y de

qué será?

—De libros.

—¡Oh, bien! Mi hija siempre dice que nos hace falta una librería, está harta de tener que ir a la ciudad para comprarlos. Llamaré a uno de los muchachos —

dijo, entrando en el aserradero—. Él te enseñará los modelos que tenemos.

Los preciosos ojos azules, enmarcados en unas interminables pestañas negras, tan negras como el cabello y que brillaban igual que los rizos del pelo, se posaron sobre el rostro del cura, que la miraba petrificado, y le regalaron una sonrisa tierna.

—¿Cómo está, Padre?

—Bien, gracias.

—Me alegro.

—Y... ¿cómo es que has decidido volver al pueblo?

— Pues... es una larga historia, la verdad, pero se la puedo resumir en una frase: “He vuelto por un hombre”... ¡Oh, no me mire así! ¡Siempre me han gustado, usted ya lo sabe!

Los colores subieron a las mejillas del cura, que pestañeó pensando qué decir, pero las palabras no llegaron a su boca. Manuel regresó, acompañado de un muchacho joven, guapo y fuerte que, tan pronto puso los ojos sobre ella, ya no los quitó.

—Iré a confesarme pronto, Padre —le susurró al cura—. Me temo que desde que me fui... he pecado mucho.

Se apartó lentamente del sacerdote y se acercó a su particular Cicerón, moviendo con gracia y sensualidad sus largas piernas. Su alejamiento permitió al

cura recuperar el habla y la capacidad de razonamiento.

—¡Vaya, vaya, vaya! —dijo Manuel, mirándola asombrado—. Pues sí que ha cambiado la hija de Matías.

—Me temo que los años no pasan en balde para nadie, Manuel.

—¡Y tiene otra igual!

Lo que el cura no podía ni imaginar era que los pecados de Marta la llevarían tan

rápidamente hasta la iglesia. Aquella misma tarde y a falta de una hora para la misa de ocho, hasta allí la arrastraron, al reclinitorio del otro lado de la rejilla.

—Ave María Purísima.

—...Sin pecado concebida. —El sonido de su voz y el aroma de su perfume le produjeron una sacudida. Tragó saliva—. ¿Qué... qué pecados has cometido?

—Creo... creo que debería empezar por los que no he cometido, Padre, acabaré antes. —Al cura se le dibujó una sonrisa en la cara—. Verá, no he matado, no he robado, y no he mentado, pero de lo demás me temo que lo he probado todo.

—Pareces orgullosa de ello, no arrepentida.

—No estoy orgullosa de ello, pero... tampoco estoy arrepentida.

—Pero eso no puede ser. Si no te arrepientes, no puede haber absolución.

—Bueno, eso es lo que dice el catecismo, pero en realidad es una incoherencia, Padre.

—¿Por qué?

—Porque si no me arrepiento no hay absolución, pero si me arrepiento estaré mintiendo porque no lo siento así.

—Ya... pero tú quieres ser perdonada por tus pecados.

—Claro, por eso estoy aquí.

—Pero para eso debes arrepentirte.

—Pero no puedo hacerlo. Todo lo que he hecho me ha dado placer y me ha gustado, así que arrepentirme sería una hipocresía porque no lo siento así, y Dios

sabría que le estoy mintiendo y eso sería peor ¿no le parece?... ¿Me está escuchando, Padre?

—Sí... te escucho.

—¿Y bien?

—Yo... no sé muy bien qué responderte, Marta.

—Ya... ¿Y quién puede darme una respuesta a semejante dilema? ¿El obispo, quizá?

—Pues tal vez él tenga las respuestas que buscas, no lo sé.

—Lo dudo mucho. —respiró profundamente—. Hace unos años respondiste a

mis preguntas. —La familiaridad se le escapó sin darse cuenta—. ¿Por qué ahora

no?

—Entonces eras una niña y querías saber.

—Pues sigo queriendo saber, como entonces. Me temo que mi curiosidad no se ha saciado, ni otras muchas cosas... ¿Bueno, qué, piensa ponerme una condena o me voy libre como el viento?

—¿Condena? —rio— Querrás decir penitencia.

—Debería usted haber sido maestro; le gusta corregir.

—Creo que más que corregir, lo que hago es reprender —rio—. Supongo que es una deformación profesional.

—Me alegra comprobar que su sentido del humor sigue intacto, Padre.

—De eso tiene la culpa el confesionario, Marta; es una fuente inagotable de anécdotas.

—¡Oh, Señor, lo que yo daría por estar un día de ese lado!

La risa del cura atravesó la rejilla y llegó hasta el corazón de Marta, envolviéndolo en millones de colores y alegrando a las hermosas mariposas que

en su interior revoloteaban descontroladas, sin orden ni concierto.

—Bueno, pues en vista de que hoy no recibiré ninguna... sanción, me voy al centro de reunión por excelencia.

—No deberías hacerlo, Marta. En el club del jubilado los corazones ya no están para impresiones fuertes.

—No me haga reír, por favor, que acabo de llegar y no quiero estar tan pronto en boca de todos. Bueno, pues lo dicho, me voy al bar, a ver si allí encuentro quien solvente mis muchas dudas.

—Y si no es así... siempre puedes ahogar tus penas en alcohol.

—Pues mire por dónde, esa es una de las pocas debilidades que nunca he tenido. Buenas tardes, Padre, y gracias por la... reprimenda.

Salió de la iglesia dejando en el aire el sonido de sus tacones y el aroma de su perfume.

4

En el pueblo existían, además de los centros de reunión oficialmente constituidos desde hacía décadas como eran el club del jubilado, la farmacia, el

ayuntamiento, el centro médico y el estanco, tres centros de reunión por excelencia; dos de ellos ya habían alcanzado la oficialidad y el tercero estaba en

pleno proceso de formación.

El primer centro de reunión era el bar; a ello contribuía en gran medida que se encontraba en la plaza Mayor, centro neurálgico del pueblo, que tenía una buena

terrazza en la que se podía fumar, uno de los muchos vicios que allí habitaban, y

por último, pero no por ello menos importante, que era el único que había. El segundo punto de encuentro, en el que estaba reservado el derecho de

admisión,

era la puerta de la tía Herminia. A ella acudían cada tarde las invitadas a la misma con la sana intención, según decían, de tomar un poco el fresco. El tercero de los centros, y que estaba a punto de constituirse, era la casa del tío Miguel, quien habría sido inmensamente feliz si alguien le hubiese adelantado la

noticia, pues, en contra de la creencia popular, los hombres de aquel pueblo eran

de lo más cotillas.

Y mientras Marta se dirigía al primer centro de reunión por excelencia, en el segundo ya había comenzado la asamblea. Sentadas en las sillas de mimbre colocadas sobre la acera y con las manos ocupadas en sus labores de ganchillo y

de calceta, las mujeres formaban un auténtico ramillete de flores, a cual más especial y diferente. En el centro, la tía Herminia, con su piel de porcelana y su

pelo blanco recogido en un perfecto moño, ejerciendo las funciones de anfitriona

como dueña de la casa y socia fundadora. A su derecha: Asunción, la de los quesos. A su izquierda: Manuela, la modista. Y al lado de esta: Serafina, la antigua farmacéutica. El quinto miembro: Maruja, la asistente, sólo acudía a las

juntas cuando sus muchas obligaciones se lo permitían o cuando las noticias eran

tan jugosas que no podía resistirse a compartirlas. Ese día su silla permanecía vacía.

Asunción, la de los quesos, regordeta y bonachona, había bajado de la

quesería para charlar un poco, como ella misma decía, aunque todos en el pueblo

estaban al tanto de cuáles eran sus verdaderas intenciones: pasar por delante del

bar donde el sargento de la Benemérita se tomaba un café como cada tarde, para

decirle con la mirada si había o no había vía libre. Y es que todo el pueblo estaba al corriente de los amoríos que se traían entre manos, todos excepto el marido,

naturalmente, al que nadie se le ocurría ir con el cuento pues de todos era conocida su afición a la caza, para la que disponía de un auténtico arsenal de escopetas, a cual de ellas más sofisticada. Nadie osaba hacer la más mínima insinuación sobre el asunto y alguno hasta ponía su granito de arena para que la

cosa no se supiera porque, aunque el cotilleo era el deporte favorito, ninguno de

los habitantes quería ver sus calles manchadas con la sangre del queso ni de la

del sargento, y, dado que ambos tenían a mano armas de fuego; toda precaución

era poca.

Manuela, la modista, delgada y larguirucha, tenía lengua viperina. Todo el mundo sabía que caer en su boca era preludio de tragedia, pero su ingenio y rapidez mental eran muy valorados entre sus convecinos, pues con ellos

amenizaba las largas noches de invierno junto al fuego. Cuando la puerta de la

casa se abría y ella la cruzaba, se le ponía rápidamente una buena silla bajo las

posaderas y un café en las manos, del mejor, por supuesto, no era cuestión de darle achicoria y que se fuese en busca de mejor taza. Las historias de la modista

eran como un libro sin final, pues siempre había algo nuevo que se le venía a la

mente, lo cual llevó alguna vez a la tía Herminia a preguntarse si aquellas anécdotas serían reales o si no estarían ante una escritora encubierta, una escritora camuflada, una escritora traviesa que utilizaba al público que tenía ante sí para dar rienda suelta a su imaginación, pues la tía Herminia dudaba mucho de

que los habitantes de aquel pueblo diesen para tanto. Pero reales o no, allí estaban las historias en boca de la modista que, noche tras noche, hacía las delicias de sus vecinos desgranando los entresijos de aquel pueblo en el que aparentemente nunca pasaba nada.

Serafina, la antigua farmacéutica, pequeñita y pechugona, constituía para la tía Herminia un auténtico misterio, pues nunca había llegado a comprender por

qué una vez jubilada y con posibles para ir adonde quisiera, había decidido quedarse a vivir allí. Serafina era una mujer de pocas palabras, pero de muchas

risas, algo tenía su risa que contagiaba a los que la rodeaban y tras ella se iban

cual ratones en pos de una flauta. Su risa llenaba la calle de la tía Herminia cada tarde y en ella se quedaba durante muchas horas después, cuando ya se habían ido, escondida entre las grietas del empedrado.

Aquella tarde la cosa estaba floja, y por “cosa” entendamos... el cotilleo. Las

noticias no surgían y un halo de aburrimiento sobrevolaba la calle, que no el viento. Los miembros del Centro Recreativo Casa de la Tía Herminia suspiraban

con su labor entre las manos, a excepción de uno que guardaba un secreto, un

secreto que estaba a punto de diluir la desidia que flotaba en el ambiente. El sonido de los tacones sobre el pavimento les hizo levantar la cabeza. Apareció ante ellas como una auténtica hada, con la blusa roja marcando sus pechos y

caminando sobre sus altísimos tacones como si sobre una nube se desplazase, con una gracia y un salero que las obligó a dejar las labores sobre el regazo y quitarse las gafas para no perderse detalle de la aparición de semejante ángel que

traía en su andar aquel garbeo.

—No tenéis ni idea de quién es, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa traviesa la presidenta del club.

Aguantando la risa se levantó de la silla y dio un paso al frente abriendo los brazos, donde se refugió como siempre su sobrina nieta preferida, hundiendo la

cara en su cuello y aspirando su aroma. La tía le quitó las gafas y se miró en sus

ojos, azules como el cielo que había sobre sus cabezas.

—¡Dios Santo! —exclamó Asunción—. ¡Pero si es Marta!

—¡Marta! —gritó Serafina.

—¡Hay que ver, Herminia! —refunfuñó Manuela, meneando la cabeza—.

¡Qué calladito te lo tenías!

Escudándose en el terrible calor que les estaba tocando vivir, la tomó por la cintura y la llevó hacia la puerta, haciendo oídos sordos a las preguntas que, una

tras otra, salían por las bocas de sus compañeras, que veían cómo el foco de

la

noticia se escabullía ante sus narices sin poder evitarlo. Una vez en casa, la tía

Herminia cerró la puerta, algo totalmente insólito, se llevó un dedo a los labios y lentamente se acercó a la ventana, mirando a través de los visillos...

Los cuerpos

ya se habían doblado hacia delante y las cabezas ya se habían juntado, evidencia

inequívoca de que las lenguas se habían comenzado a despertar del sopor veraniego.

—¡Vaya por Dios, ya han empezado! —Marta la miró interrogante, ella le

respondió con una risa ahogada—. ¡A despellejarte, hija, ya han empezado a despellejarte!

5

Los cinco kilómetros con los que años antes había comenzado su *footing* mañanero, si bien al principio consiguieron mantener a raya sus pensamientos y

sus necesidades, en los últimos tiempos ya no producían los resultados esperados

ni en su cuerpo ni en su mente, y ya no digamos en su alma, a la que ni tan siquiera llegaban. Y era tal la insensibilidad que ésta mostraba, que no le quedó

más remedio que duplicar el recorrido, pero ni los diez kilómetros conseguían sosegarla.

Estaba comenzando la segunda vuelta al lago cuando observó el montón de

ropa sobre el embarcadero. Disminuyó la velocidad y entonces la vio,

chapoteando en el agua como una sirena. Una oleada de adrenalina alborotó el corazón del cura, ya disparado por la carrera, comenzando a dar saltos

incontrolados y a destiempo. Apretó la mandíbula, sacudió la cabeza y

reemprendió la marcha con decisión, dejando salir por sus poros todo el calor que tenía su cuerpo, pero el sudor que lo recorría no le proporcionó alivio alguno, al contrario, sentía las gotas resbalando por su espalda como si fuesen caricias. Al terminar el circuito por segunda vez, se la encontró sobre la gran piedra, la piedra con forma de estrella sobre la que tantas veces había oído hablar tras la rejilla de madera. No podía haber una mujer más hermosa que aquella sobre la faz de la tierra, con el pelo mojado, los ojos brillantes y una sonrisa en los labios mientras se ataba las zapatillas, parecía una auténtica ninfa emergida

de las profundidades del lago, de la misma madre tierra; en el negro de su pelo

azabache estaba la oscuridad de la noche, en el brillo de su piel la tersura de las nubes, y en el fulgor de sus ojos el chisporroteo de todas las estrellas del firmamento.

—¡Vaya, Padre! ¡Haciendo *footing* tan temprano! —dijo divertida—. A quién madruga, ¿Dios le ayuda?

—Eso dicen —contestó, parándose ante ella y tomando aire.

Marta no pudo evitar recorrer su cuerpo con asombro. Era la primera vez que le veía sin sotana y tuvo que reconocer que el cura tenía un cuerpo estupendo, así

lo atestiguaban sus fuertes brazos y la envergadura de su pecho, que subía y bajaba por el esfuerzo de la carrera

—¡No me diga más! —dijo con una sonrisa traviesa—. Está usted intentando mantener a raya al demonio.

—¿Y tú, Marta, le mantienes a raya? —preguntó, sonriendo.

—Me temo que a mí... me agrada su compañía —sonrió, encendiendo un cigarrillo—. Por eso cada vez que llama a la puerta, le abro.

—Pero luego vas a confesarte.

—Se ha convertido en una costumbre, Padre: pecar—confesar, pecar—confesar.

Es un auténtico círculo vicioso.

—¿Y no piensas romperlo?

—¿Y dejarle a usted sin trabajo? —Frunció el ceño—. ¡Ni se me ocurriría, no quiero que pase a engrosar las listas del paro!

—Agradezco tu preocupación, pero creo sinceramente que deberías romper ese círculo; dormirías mejor por las noches.

—Las noches no son sólo para dormir, Padre. Es algo que me he preguntado muchas veces. ¿Por qué durante la noche somos más proclives al pecado?

—Será por la oscuridad —contestó con una sonrisa.

—Yo más bien creo que es por el frío...

—Sigues haciéndote muchas preguntas, Marta.

—¡Oh, pero eso no es culpa mía, Padre, sino de su jefe! —El cura estalló en una carcajada—. Él es el culpable, se lo aseguro. Él me dotó de esta mente inconformista que tengo, así que... ¡Las reclamaciones, a él!

La observó mientras se marchaba por el sendero y, por primera vez, sintió envidia de su libertad, envidia de vivir sin ataduras, sin cadenas, sin miedos, sin culpas, sin remordimientos. La contempló hasta que la perdió de vista, sólo

entonces regresó a la rectoría, notando cómo se había evaporado toda su energía.

En la puerta se cruzó con Maruja, que salía en dirección a su segunda casa del día y, sin mirar los ojos que se clavaron en su cara, se fue directo a la ducha.

Esperaba que el agua serenara su alma, pero la tormenta se desataba de nuevo, aquella que creía extinguida volvía a tomar las riendas resurgiendo de sus cenizas. Giró la llave del grifo y puso el agua fría, sus músculos se contrajeron y su mandíbula se apretó, pero nada era suficiente para evitar lo inevitable, porque

estaba en su interior luchando por salir, deseando explotar, esperando vivir.

6

Maruja llegó a su segunda casa, la del tío Miguel, quien no tenía ni la más remota idea de que su hogar, ese en el que los cotilleos nunca habían morado, estaba en vías de convertirse en el tercer centro de reunión del pueblo.

Y es que el tío Miguel, que durante sus ochenta y dos años –lo que le proclamaba oficialmente como el más anciano del lugar– había escapado de los

cotilleos como gato escaldado escapa del agua, pues decía que en ellos no se encontraba nada bueno, había conocido en los últimos tiempos a una compañera

de viaje llamada... soledad; una curiosa amante que le hace sentir a uno frío en

pleno verano y más frío todavía en invierno. Tras la muerte de su esposa, “la otra” ocupó su cama, transformando sus noches de magia en noches amargas.

Los días continuaron con su habitual trasiego hasta que los años pesaron sobre los dedos y la artritis y la artrosis decidieron, y la carpintería cerró sus

puertas.

La carpintería del tío Miguel había surtido a todas y cada una de las casas del pueblo y de la comarca, pero tras su jubilación tardía y no encontrando quien se

hiciese cargo de ella, sus puertas permanecían cerradas, y la visión de aquel lugar que había creado a lo largo de los años y al que había dedicado su vida, ahora tan vacío, acrecentó la sensación de soledad y abandono que sentía su viejo corazón, y de repente, los dimes y diretes tomaron una nueva dimensión en

su vida.

Los hijos insistían en que se fuese con ellos a la ciudad, pero él se negaba, asegurando que en cuanto le sacasen de allí se marchitaría como una planta fuera

de su tiesto, e inexorablemente moriría. Lo decía con semejante solemnidad que

sus vástagos tenían que hacer esfuerzos para no reír y no decirle que si la muerte

venía a buscarle, más bien se debería a la edad que al tiesto en el que estuviese

metido. Pero él se mantenía firme, asegurando a quien quisiese escucharle que su

padre había vivido hasta los ciento diez años y que él pensaba hacer lo mismo...

siempre y cuando no le cambiasen de maceta.

Los hijos desistieron momentáneamente de su empeño, pero, en espera de que la enfermedad le llevase con ellos, pusieron al frente de su casa y su cocina a

Maruja, que en ella trajinaba aquella mañana cuando el tío Miguel entró por la puerta, pálido como un muerto.

—Maruja... Creo que de esta me voy —dijo, sentándose lentamente a la mesa.

—Estás muy pálido, sí, pero de ahí a que te vayas hay mucho camino —

Abrió el aparador y cogió una botella—. Tómame esto.

—¿Quieres que me tome un coñac? —Sus ojos desorbitados fueron de la copa a la cara de ella—. ¿Te has vuelto loca o sencillamente quieres cerciorarte

de que me voy al otro barrio de una vez para siempre?

—¿Sabes una cosa, Miguel? No acabo de entender cómo tu mujer te pudo aguantar tantos años. —Le miró concentrada—. Tómame la copa. Seguro que tienes la tensión baja, nada más.

—¡Y eso lo sabes porque ahora eres médico! —rezongó, llevándose a los labios con mano temblorosa el líquido revitalizante—. Por cierto, creo que deberías llamarle.

Maruja pasó ante él, meneando sus rechonchas caderas, empujó la copa hacia su boca y cogió el auricular del antiguo teléfono de góndola colgado en la pared;

el tío Miguel se resistía a las nuevas tecnologías, decía que el que le buscaba sabía dónde encontrarle, claro que no había podido evitar que sus hijos

colocasen un supletorio al lado de la cama, por miedo a lo que le pudiese

pasar a

la planta. Estaba hablando con el centro médico cuando Matías entró por la puerta en la que se estaba convirtiendo en la costumbre de cada mañana. Saludó

alegremente y se fue en busca de la cafetera.

—Matías... —El tío Miguel le miró con ojos vidriosos, dejando la copa vacía sobre la mesa—. Creo que de esta... me voy.

—Estás muy pálido, sí —dijo, sentándose frente a él—. Eso es una bajada de tensión. A mi mujer le pasa a veces, y a mi hija Marta también. Las dos tienen la tensión baja.

—¡Otro que se cree médico! —refunfuñó, mirando a Maruja, que colgaba el auricular—. ¿Va a venir?

—Por supuesto. Cuando acabe la consulta.

—¿Cuándo acabe la consulta?! —exclamó—. ¿Pero qué clase de médico es ése?

—Un medicucho. —respondió Matías echándose a reír—. Eso es lo que dice siempre mi mujer.

—Matías —dijo Maruja, sentándose a la mesa con un café entre las manos—.

Nunca he entendido esa rabia que tu mujer le tiene a Fernando. ¿Por qué le cae tan mal?

—No lo sé. Nunca he conseguido que me lo dijese y mira que lo he intentado muchas veces, pero se niega. Dice que es un medicucho y punto, así desde el primer día que le conoció.

—Pero esta no es la primera vez que a tu mujer le pasa algo así —dijo el tío Miguel, arrugando el ceño—. ¿No recuerdas a Don Jeremías? Con él le pasó lo

mismo, exactamente lo mismo.

—¡Ah, pues es verdad, ya no me acordaba! —exclamó Matías, terminándose el café—. ¿Qué habrá sido de él?

—Está en la ciudad, en una parroquia de las afueras —contestó Maruja—. Lo sé porque mi prima vive allí y le ve cada domingo. Se ha puesto muy gordo.

—¡Pues como todos, Maruja, como todos! —dijo el tío Miguel, a quien el color ya le había vuelto a decorar la cara—. Fue de lo más raro lo que pasó con

aquel cura, ¿verdad? Desapareció de aquí de la noche a la mañana, sin una explicación, sin decir nada y...

—¡Así que ha vuelto tu hija, Matías! —interrumpió Maruja—. Y me han dicho que va a abrir una librería en la calle Mayor.

Dos horas más tarde, cuando la conversación ya empezaba a decaer y Matías se levantaba para continuar su paseo hacia la finca de los naranjos como cada mañana... el medicucho entró por la puerta.

Fernando tenía cuarenta y cinco años, un cuerpo todavía atlético e incipientes entradas que le daban un aire muy profesional. De risa fácil, anécdota siempre

dispuesta en la punta de la lengua y locuacidad sin final, diez años llevaba viviendo en el pueblo y seguía sin encajar. Su sentido del humor andaluz no era

comprendido por nadie, salvo por el farmacéutico, otro que tampoco encajaba en

aquel lugar. Claro que el hecho de haberse casado con la hija del antiguo alcalde

tampoco había ayudado, más bien al contrario, pues la animadversión hacia su suegro se había trasladado a él de inmediato, que la había recibido como quien

recibe un cargo hereditario.

Al ver los ojos del tío Miguel posándose sobre el recién llegado y sus mejillas teñirse de un rojo cobrizo tan brillante como las hojas del lejano otoño, Matías

ahogó una risa y se volvió a sentar.

—¡Ya me podía haber muerto! —dijo el moribundo con rabia.

—Pero no se ha muerto, ¿verdad? —El médico esbozó una ligera sonrisa, abriendo su maletín—. ¿Qué le pasa? Cuénteme.

—Una bajada de tensión —dijeron los otros a la vez.

—¿Una bajada de tensión? Pero si la tiene por las nubes —exclamó el médico mirando el tensiómetro y luego la copa—. ¿Ha bebido algo, Miguel?

—¡Ha sido ella! —exclamó, señalando a Maruja con dedo acusador—. ¡Me ha obligado a tomar un coñac, yo no quería, pero me obligó!

—Con sus problemas coronarios no puede tomar alcohol, ya lo sabe. La próxima vez se acuesta y pone los pies en alto hasta que se le pase, y si no, me llama.

—¿Lamarle? ¿Para qué? —Metió la mano en el bolsillo y sacó el tabaco—.

¿Para agonizar durante horas mientras le espero?

—¡Ni se le ocurra fumar, Miguel, eso sí que se lo prohíbo terminantemente!

—Hijo... tú tendrías que volver a nacer muchas veces para prohibirme a mí nada —sentenció, encendiendo el cigarrillo ya con pulso firme.

7

Serafina se terminó el café, cogió su bolsita de las labores hecha por ella, la chaqueta de lana fría para cuando la temperatura comenzase a descender, y se encaminó como cada anochecer hacia su reunión habitual. Al llegar a la pradera

de Los Domingos hizo su parada, también habitual. El sol comenzaba a ponerse

tras la vieja encina, a cuyos pies había esparcido años atrás las cenizas de su difunto marido y sobre las que ahora retozaban los cochinos. Una ligera sonrisa

asomó a sus labios al santiguarse, emprendiendo nuevamente el camino. Los miembros del club, a excepción de Maruja, la esperaban en el lugar... habitual.

—Asunción —dijo, sentándose a su lado—. Hoy no has ido a la iglesia.

—No he podido, he bajado tarde. Mi marido estaba en casa, ya se ha ido. —

Levantó la mirada de su labor de ganchillo y las observó, ansiosa—. Pero no he

podido faltar a nuestra cita porque ha llegado a mis oídos algo que tengo que contaros.

Las mujeres dejaron las labores sobre el regazo y, quitándose las gafas, enfocaron sus viejos y cansados ojos en la regordeta cara de Asunción, que en aquel momento parecía más que nunca un gran queso de bola dispuesto a abrirse

y ofrecer su maravilloso aroma. Sus sensuales labios se curvaron en una gran sonrisa observando la expectación que sus palabras causaban y, recorriendo aquellos rostros deseosos de noticias; soltó la bomba.

—¡La mujer del notario está desatada!

—¡Bah, menuda tontería! —refunfuñó Manuela, volviendo a su labor—.

¡Pero si eso lo sabe todo el mundo!

—¿Ah, sí? —preguntó la tía Herminia.

—Todo el mundo menos tú, Herminia —dijo Manuela, meneando la cabeza

—. Que vives en un universo paralelo.

Manuela provocó con sus palabras las primeras risas del atardecer, preludio de las que llegarían después. Y es que, cuando Manuela estaba en racha, hasta las piedras del pavimento estallaban de hilaridad.

—Lo sé, lo sé —asintió Asunción—. Pero hay novedades al respecto. Al

parecer la mujer del notario, a la que su Señoría no presta atención, como todos

sabemos...

—Tú también, Herminia, no te hagas la tonta —dijo Manuela, mirándola con seriedad por encima de sus gafas.

—Bueno, pues la mujer del notario tiene... ¿cómo diría yo?... ¡Fuego en el cuerpo!

—¡Oh, vaya, ahora se nos pone poética! —exclamó Manuela—. Di más bien que está caliente como una perra.

Las risas arreciaron, hasta que un minino apareció ante ellas dándose un paseo y activó a Manuela, quien cogió una piedra y se la lanzó, con poca puntería, pero con toda la rabia.

—¡No hagas eso! —exclamó la tía Herminia.

—¿Por qué no te gustan los gatos, Manuela? —preguntó Serafina.

—No lo sé, pero cada vez que los veo, veo al diablo —contestó, santiguándose deprisa.

—¿Puedo seguir? —preguntó Asunción impaciente—. Pues lo que quizá no sepáis es que para apagar su fuego ha buscado a alguien que... os voy a dar una

pista ¡Tiene bigote! —Las miró divertida, pero encontró bocas abiertas y caras atónitas—. ¿No os imagináis quién puede ser?... ¡Oh, vale, os lo diré!  
¡Agustín!

El ramillete respiró aliviado, preguntándose si Asunción se enteraría algún día de que otro hombre también con bigote, pero con tricornio, se dedicaba a apagar el fuego que tenía en el cuerpo la susodicha.

—Pero eso no puede ser. —La tía Herminia arrugó el ceño—. Agustín está casado.

—¡Como si eso fuese un impedimento! —exclamó Manuela—. Cuando esa

pone la zarpa sobre un hombre da igual que esté casado o no, la palabra clave para ella no es casado, sino... capado ¡Este no está capado, así que le sirve!

Las carcajadas se prolongaron hasta que el sol se escondió, y hasta que, con la llegada de las primeras sombras de la noche una figura de hombre apareció al final de la calle y las interrumpió. Sus bocas se cerraron a medida que los pasos

se acercaban hasta ellas, como cada noche y, como cada noche, el respetuoso saludo salía por la boca del hombre solitario mientras sus ojos se posaban en la

que le había robado el corazón y el descanso.

—Buenas noches, señoras. Sus risas se oyen desde la plaza. ¿Por qué no me cuentan el chiste?

Manuela, a quien la interrupción no había gustado nada, por más esperada que ésta fuera, frunció el ceño, dejando que su lengua viperina tomase el control.

—No merece la pena, Venancio, no lo entenderías.

—¡Oh, vaya, qué amable por tu parte, Manuela!

—No es amabilidad, Venancio, es... simple realidad. Los hombres no podéis entender el humor femenino; os falta un gen.

—Te veo muy guerrera esta noche, Manuela, deberías relajarte un poco, no es bueno estar tan a la defensiva, mujer. Tu padre siempre lo decía; que nunca encontrarías marido por esa lengua que tienes.

—¡Venancio! —exclamó la tía Herminia—. Eso ha sido un golpe bajo.

El pobre señor Venancio no sabía lo que había hecho, había despertado a la fiera que Manuela llevaba dentro, la había sacado de su jaula deseosa de

clavar

sus garras en aquel espécimen del sexo opuesto.

—No te preocupes, Herminia, no me ha molestado lo más mínimo. Las cosas de quien vienen, y del género masculino yo ya no espero nada. Hay que tenerles

compasión a los pobres porque simplemente no dan para más. —Las risas

comenzaron a tomar forma de nuevo en aquellos cuerpos, mientras la cara del espécimen cambiaba de color—. En realidad, Venancio, cuando he dicho que os

faltaba un gen he sido muy generosa, porque creo realmente que sólo tenéis uno,

el único que os mueve, el que guía vuestros pasos desde que os levantáis hasta que os acostáis y el único que habita en vosotros, en un lugar muy bajo y muy húmedo de vuestro cuerpo.

—¡Oh, no se puede hablar contigo, me voy!

El señor Venancio se encaminó hacia su casa con las mejillas encendidas y la cabeza del revés. Dobló la esquina perseguido por sus risas, pero ni siquiera la

hilaridad hizo que la excitación que sentía en cierta parte de su cuerpo en la que

habitaba el solitario gen recobrase la normalidad. Aquello le ocurría cada noche

cuando volvía a casa y pasaba ante la de ella, preguntándose por qué aquella mujer tan hermosa y deseable tenía que dormir sola cuando él estaba más que

dispuesto a darle compañía y alguna que otra cosa más.

8

El señor Venancio salió de su casa muy temprano, como cada mañana, y se encaminó hacia la calle de la tía Herminia. Conocedor como era de las

costumbres de ella, antes de girar la esquina irguió la espalda, sacó pecho y levantó la cabeza. La encontró, como cada mañana, barriendo su puerta, y le dirigió, como cada mañana, una mirada intensa, recibiendo como cada mañana,

una mirada seria. Tras el primer rechazo, el señor Venancio adoptó, como cada

mañana, su segundo papel; el de vecino solícito.

—Buenos días, Herminia.

—Buenos días, Venancio.

—Voy a comprar el periódico. ¿Te traigo algo de la tienda?

—Nada, gracias. No necesito nada.

—¡Qué buena cara tienes hoy, mujer!

—Estoy muy contenta; ha venido Marta.

—Eso he oído, sí.

La noticia había corrido por el pueblo como la pólvora. Ya toda la comarca sabía que Marta, una de las gemelas de Matías, había regresado, paseando su garboso cuerpo por sus calles y provocando más de un suspiro.

—¿Y cómo está la hija de Matías?

—Más guapa que nunca —contestó con orgullo.

—Tiene a quién salir, sí señor —dijo, haciéndola enrojecer—. ¿Y ya se ha casado?

—¡Por supuesto que no! —contestó frunciendo el ceño—. Marta tiene otras inquietudes.

—Una mujer necesita un marido, Herminia —dijo con solemnidad.

—¡Una mujer necesita muchas cosas, Venancio, no sólo un marido! —

Sacudió la escoba con rabia y entró en la casa, dejándole con la boca abierta.

—Bueno... pues... me voy... adiós...

Compró el periódico en el quiosco de Anastasio y con él bajo el brazo y el descontento recorriendo su cuerpo, se encaminó, como cada mañana, hacia el bar, donde las Fuerzas del Orden desayunaban. El sargento Facundo y el cabo Serafin constituían la más extraña pareja que haya existido nunca en el Cuerpo, y

no sólo por lo contrapuesto de sus físicos, característica que les había granjeado

naturalmente el apodo del Gordo y el Flaco, sino también por lo opuesto de sus

personalidades. Y aunque sus muchos años al frente del cuartelillo (la jubilación

llamaba ya a sus puertas) les había dado ese poso de solvencia que sólo la experiencia puede proporcionar, su capacidad de sorpresa estaba a punto de ser

validada una vez más, pues los acontecimientos que iban a tener lugar en el pueblo en las horas siguientes, no dejarían indiferente a nadie.

Y, mientras la sombra de la tragedia les sobrevolaba sin que ellos lo supieran,

el sargento, ignorando también su enorme barriga, se metía entre pecho y espalda un café con leche bien grande y un bollo relleno de crema aún mayor, mientras que el cabo, que ya había dado cuenta de su carajillo y sus tres churros,

enfocaba sobre el periódico su único ojo bueno y leía con desgana las noticias nacionales e internacionales que no le decían absolutamente nada, pues él se nutría de las que tenían “miga”, es decir, las locales. Y es que el cabo Serafín se lanzaba sobre ellas como un gavilán se lanza sobre su paloma, y éstas, tras dar

unas cuantas vueltas en su cabeza, salían convertidas en anécdotas, anécdotas por las que era conocido en toda la comarca, pues tenía una forma de contar las

cosas que a todo el mundo hacía reír. Claro que a ello contribuía mucho su cara,

con la que la madre naturaleza no había sido especialmente generosa, y sobre todo sus ojos porque, además de ver sólo por uno, cosa que a muchos hacía preguntarse cómo había conseguido entrar en el Cuerpo con semejante tara, del otro, del bueno... era bizco.

El señor Venancio cogió su café en la barra y se sentó con ellos a la mesa para entablar la conversación necesaria que el cotilleo tiene por costumbre.

—Venancio —dijo el cabo, cerrando el periódico—. ¿Te has enterado de que ha vuelto una de las hijas de Matías?

—Me he enterado, sí.

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó el sargento, levantando la cabeza y

quedándose con el bollo a medio camino de su boca—. Pues hablando de la reina de Roma...

Todas las cabezas que había en el bar se volvieron hacia la terraza, donde una mujer impresionante se sentaba a una mesa, con su melena negra reluciendo bajo

la luz del sol como si en ella se hubiesen posado estrellas, y con un cuerpo que no era un cuerpo, sino un pecado con piernas.

—¡Madre mía! —exclamó el cabo en voz baja, cuando fue capaz de articular palabra—. ¡Eso no es una mujer, es un monumento!

—Si yo fuese Matías estaría preocupado —sentenció el sargento muy serio—.

Una mujer así... no puede traer más que problemas.

—¡No digas tonterías! —saltó el señor Venancio, enfadado—. Marta es una buena chica.

—¿Y a qué se dedica? —preguntó el sargento.

—Pues... no lo sé, la verdad —contestó el señor Venancio alzando las cejas

—. Tendré que preguntárselo a Herminia.

El nombre de la amada les hizo olvidarse del monumento y las cabezas se acercaron para comenzar el cuchicheo sin ser oídos, cosa totalmente innecesaria

porque las parabólicas estaban perfectamente orientadas hacia su mesa, pues de

todos eran conocidas las atenciones de Venancio hacia Herminia, así como las calabazas que una y otra vez recibía de ésta, y que producían en él el efecto que

siempre producen las calabazas: intensificar el deseo.

—¿Y cómo va eso? —susurró el sargento.

—Pues no va.

—¿Y qué piensas hacer? Ya está bien de juegos de niños, que los años pasan y a vosotros no os quedan muchos.

—¿Qué te crees, que no lo sé?

—Pues tendrás que cambiar de táctica. —sonrió travieso el cabo Serafín.

—¿Y qué hago, la violo?

—Tienes que hacer lo que ha hecho siempre un hombre que corteja a una mujer —sentenció el sargento, avalado por la experiencia—. Lo que se ha hecho

siempre.

—¿El qué?

—¡Coño, Venancio, pues lo que se hace en estos casos! ¿Le has regalado flores? —La boca del señor Venancio se abrió asombrada—. ¿Y bombones? ¿Le

has regalado bombones?... Entonces, de anillos y esas cosas ya ni hablamos, ¿no?

—Si me presento en su casa con regalos, me echa a escobazos. No, Herminia no es una mujer interesada, no creo que con ella eso sirviese de nada.

—No es una cuestión de interés, Venancio —dijo el cabo Serafín meneando la cabeza—. A las mujeres les gustan esas cosas. ¡No me preguntes por qué, pero

les gustan! Ellas los llaman... detalles, y cuanto más tontos son, más se emocionan. Recuerdo una vez que...

La anécdota quedó postergada ante la llamada del deber. Al otro lado de la línea telefónica, un hombre que, entre risa y risa, se identificó como el agente de guardia, le pidió al sargento encarecidamente que se personase en la casa del señor Rogelio a la mayor premura, pues un problema muy serio requería de su

presencia inmediata.

Todos los días el señor Rogelio, fiel a su costumbre, recogía el pan de la puerta

de su casa, donde el panadero lo dejaba dentro de una bolsa colgada del picaporte. Así que cuando ese día el panadero encontró la bolsa con el pan duro

del día anterior, supo que pasaba algo y dio la voz de alarma. Como el señor

Rogelio no tenía familia conocida, los vecinos tomaron el mando de la situación y, tras llamar infructuosamente a la puerta, buscaron alguna ventana abierta por

la que entrar, pero como tampoco eso obtuvo ningún resultado, decidieron

finalmente llamar a la Benemérita; el último recurso siempre, pues de todos era

conocido el mal despertar del sargento, al que las llamadas intempestivas agriaban el carácter hasta límites insospechados, cosa que a Fernando, el médico,

hacía sospechar de una posible diabetes aún sin diagnosticar.

Por suerte para los vecinos, el sargento no pudo ser localizado en un primer momento; alguien en voz baja dijo que el quesero había ido a la ciudad, a lo que

las cabezas adyacentes asintieron. Fue así como ante la casa del señor Rogelio se

presentaron dos agentes que esa noche habían tenido que hacer una guardia muy

aburrida por toda la comarca y cuyas caras de sueño indicaban que sus horas de

vigilia tocaban inexorablemente a su fin. Forzaron la puerta mientras las vecinas

allí congregadas —no era cuestión de perderse semejante acontecimiento—

meneaban la cabeza con desaprobación, preguntándose entre cuchicheos por qué

el morador nunca les había dado una llave para emergencias como la que les ocupaba. Los agentes cruzaron la puerta y, en vista de que los vecinos hicieron

ademán de seguirles, levantaron las manos para frenarles, pero como eso no fue

suficiente, la cerraron ante las protestas de los allí presentes. Recorrieron el pequeño salón llamando al dueño sin obtener respuesta. En la cocina y en el baño no se apreciaba nada raro, así que se encaminaron por el pasillo hasta la puerta cerrada. Se miraron y respiraron profundamente, sabedores de que lo que

allí hubiese no sería nada bueno. El mayor de los dos agarró la manilla con fuerza y abrió lentamente la puerta. La habitación estaba en penumbra, pero no

lo suficientemente oscura como para que no se apreciara lo que había dentro. Se

quedaron paralizados observando la escena. El veterano cerró despacio y ambos

se apoyaron en la pared y fue entonces cuando la tensión acumulada comenzó a

salir de sus cuerpos. Las risas brotaron de sus bocas sin control, sin orden ni concierto, sin filtro que las detuviera, como un caballo desbocado al que no se le

puede poner freno. Las carcajadas salían en cascada. Intentaron acallarlas con las

manos para no ser oídos por los que esperaban expectantes fuera, pero ellas seguían y seguían espoleando sus cuerpos. Cuando les dieron una pequeña

tregua y sus respiraciones consiguieron serenarse un poco, entraron en el baño a

lavarse la cara, pero, al verse en el espejo, otro ataque de risa les hizo doblarse por la mitad. Así estuvieron por espacio de media hora, en la que todo intento por silenciar la risa era seguido de nuevas carcajadas. En semejante estado de hilaridad no podían salir de la casa; les abrierían expediente, así que el mayor, haciendo gala de un gran sentido común, llamó al sargento, convencido de que

tan pronto éste entrase por la puerta, sus risas cesarían, claro que con lo que no

contaba era con que aquella mañana le acompañase el cabo Serafín... Tan pronto le vieron aparecer, estallaron en risas incontenibles que ni el sargento pudo detener.

—¿Pero qué demonios pasa aquí?! —exclamó el sargento, intentando

ponerles firmes sin conseguirlo.

Como la risa les impedía dar ninguna explicación, señalaron la puerta de la habitación, hacia la que el sargento y el cabo se encaminaron, y allí, en su gran

cama... encontraron al señor Rogelio... desnudo como su madre le trajo a este

mundo, de rodillas, con el culo en pompa y con una zanahoria metida por la retaguardia... y muerto, claro, totalmente muerto. Que era una zanahoria lo que

estaba dentro del orificio lo sabían, no porque se viese nada de ella, sino porque

colgando del agujero estaban las hojas ya marchitas cual bandera ondeando al viento.

El sargento tragó saliva y salió al pasillo. El cabo Serafín empezó a reír y ya no paró en todo el día, lo que naturalmente hizo que los agentes retomasen sus risas. Por suerte para el señor Rogelio el sargento ya tenía sus años y había visto mucho en la vida, así que de poco se escandalizaba. Además, había pasado la noche sobre el cuerpo de Asunción, lo que le había dejado exhausto y sin ganas

de muchas chanzas y deseando terminar cuanto antes para irse a dormir unas horas. Por tanto, echó mano de su sentido práctico y, tras enviar a los tres al patio trasero para que rieran a gusto, hizo las llamadas pertinentes: al médico para que

certificase la muerte, y al juez para que procediese al levantamiento del cadáver.

Fernando, el medicucho, certificó la muerte. A la espera de lo que dijese la autopsia, apuntó como causa probable un ataque cardíaco. El juez asintió

tímidamente intentando controlar la risa, hasta que el cabo Serafín asomó la cabeza preguntando si ello se habría debido a la impresión de tener dentro algo

tan grande, lo que les hizo estallar en carcajadas incontrolables y que provocaron

que el sargento, enfadado, les enviase a todos al patio trasero cual niños en pos

de su castigo.

Cuando el cura comenzó con los preparativos para el entierro, todo el pueblo, o mejor dicho, toda la comarca ya sabía lo que los agentes habían encontrado en la

casa del señor Rogelio. La noticia corrió a la velocidad del viento y fue la comidilla del pueblo. Las vecinas del muerto se santiguaban sin poder creer lo que se contaba, en el bar fue el tema de conversación preferido y, entre carcajada

y carcajada, todo el mundo daba su punto de vista sobre ello.

Cuando el féretro hizo su entrada en la iglesia, una pequeña risa se oyó en una esquina, probablemente de alguien a quien la imagen se le había venido a la mente sin poder evitarlo, y tras ella aparecieron algunas más, aunque,

afortunadamente la gente se contuvo, estaban en la casa de Dios y no era cuestión de despedir a uno de sus vecinos de forma poco respetuosa. Pero...

cuando el señor Venancio abrió la boca y con su voz dulce y serena comenzó a cantar: “El Señor hizo en ti maravillas”, se produjo la hecatombe. La canción salida por su boca fue la mecha, pero la chispa que la hizo estallar fue la risa de Serafina, quien, sentada junto a la tía Herminia, no pudo contenerla, por más que

el codo de ésta se clavase en sus costillas. Y tan pronto comenzó a reír ya no hubo fuerza humana sobre la tierra capaz de frenar su contagio a los que la rodeaban, hasta que la iglesia se convirtió en una gran carcajada colectiva.

Nunca un entierro estuvo teñido de tantas risas. Sólo una persona se mantuvo inmune a la risa de Serafina: el farmacéutico. Eso al menos fue lo que vio Marta

en la iglesia y eso mismo fue lo que se encontró cuando, a la salida del entierro,

pasó por la farmacia en busca de las medicinas de su madre. La seriedad del

hombre al otro lado del mostrador la conmovió profundamente y le provocó algunas preguntas para las que necesitaba respuestas.

Cuando al anochecer le vio en la terraza del bar, mirando fijamente la copa que sostenía en la mano, ausente y abstraído, supo que se había perdido en el mundo de la nostalgia, ese mundo al que uno recurre para evadirse de la realidad

cuando la pena es infinita. Se sentó frente a él sin hacer ruido, observando sus ojeras, observando sus ojos tristes, el lamento que guardaba en su pecho, las ganas de gritarle al mundo y decirlo... Marta sabía de aquel dolor, callado, silencioso, sibilino, era el dolor del desamor, la tristeza por lo perdido.

—¿Desde cuándo erais amigos? —le preguntó, cuando por fin la vio.

—Desde hace siete años, cuando llegué aquí —contestó con una sonrisa triste

—. Le conocí el primer día y ya nunca dejamos de ser... amigos. No te imaginas

las cualidades que tenía. ¿A que no sabías que había sido paracaidista? — Marta negó mientras el camarero le ponía delante el café americano y su mejor sonrisa

—. Trabajó en el Ejército toda la vida, fue paracaidista e instructor de vuelo. Era un hombre muy competente y muy respetado en su trabajo, no es justo que haya

muerto de esta manera, ahora sólo le recordarán por eso, por cómo murió, pero

nadie le conocía realmente y es una pena y una injusticia.

—Podríamos hacer algo al respecto. Podríamos escribir sobre él.

—¿Para que se sigan riendo a su costa?

—Para que le conozcan de verdad. Para que el modo en que murió pase a ser

una simple anécdota en su vida. ¿No te gustaría cerrar algunas bocas?

El segundo centro de reunión estaba aquella noche al completo. Maruja había terminado a la velocidad del rayo sus muchas ocupaciones para poder dar rienda

suelta a las preguntas que aún revoloteaban por su mente. Las labores

descansaban sobre los regazos de las tertulianas a la espera de que las lenguas se

tomasen un descanso y las manos volviesen sobre ellas. Pero esa noche muchas

eran las noticias a tratar, así que allí permanecieron todo el tiempo como mudos

testigos de los acontecimientos.

—¿Pero por qué habrá hecho algo así? —preguntó Maruja, frunciendo el ceño.

—Pues está claro, mujer —contestó Manuela muy seria—. Porque le gustaba eso. Si un hombre se mete una zanahoria por ahí, es sencillamente porque le gusta.

—¿Era invertido, entonces? —inquirió Asunción.

—Qué palabra más fea, Asunción, y qué antigua —dijo la tía Herminia—.

Ahora ya no se les llama así, ahora se les llama *gays*.

—¿*Gays*? ¿Y qué palabra es esa?

—Pues una americana, Asunción —contestó Manuela deprisa—. Pero estarás conmigo, Herminia, que se le llame como se le llame, el tema es el mismo, le

gustaba que le metiesen cosas por detrás.

—Sí, está claro que le gustaban los hombres —asintió la tía Herminia—. De eso no hay ninguna duda.

—Pero si le gustaban los hombres... —señaló Maruja, pensativa—, ¿cómo es que nunca hemos oído hablar de ningún lío que tuviese aquí, en el pueblo?

—A lo mejor se iba fuera para tenerlos —contestó Serafina.

—Eso no tiene sentido —sentenció Maruja—. Llevaba viviendo aquí más de diez años, en todo ese tiempo ha debido de que tener algo con alguien.

—O no —contestó Manuela muy seria—. Mira si no a Herminia, lleva aquí toda la vida y no ha tenido nada con nadie. Aunque... eso ha sido porque ella no ha querido.

—¡Herminia! —exclamó Maruja— ¿Quién te ha cortejado?

—¡Nadie! ¡No me ha cortejado nadie! —contestó enfadada—. Son tonterías de Manuela. ¿Es que no sabes cómo es? Tiene una fantasía desbordante.

Asunción fue la primera en abandonar la tertulia aquella noche. Tras mirar el reloj con insistencia, levantó el campamento en cuanto el tañido de las campanas

de la iglesia comenzó a dar las doce, recogiendo rápidamente y llevando el bamboleo de sus caderas por la calle oscura adelante.

—Su marido no está —susurró Maruja, viéndola marchar tan ligera—. Se fue a la ciudad el día antes de la muerte del señor Rogelio y aún no ha vuelto, por

eso tiene prisa por llegar a casa.

—¡Ahora entiendo por qué el día del óbito no conseguían localizar al sargento! —exclamó Manuela—. Aquí se masca la tragedia, os lo digo yo, tarde

o temprano el marido se va a enterar y va a pasar una desgracia.

—Deberíamos hacer algo —dijo la tía Herminia muy seria—. Somos sus amigas.

—¿Te has vuelto loca? —exclamó Manuela—. ¡De eso nada! Entrometerse no sirve sino para estropear las cosas aún más. Ya no es una niña, sabe lo que hace y sus consecuencias.

—Pues yo creo que Herminia tiene razón —intervino Serafina—. No podemos quedarnos de brazos cruzados esperando que ocurra una tragedia.

—Podríamos ir a la quesería... —propuso Maruja—. Y robarle a Pinto todas las escopetas.

Su comentario provocó la hilaridad de las otras, que dieron rienda suelta a la risa y con ella a la preocupación por el porvenir de Asunción, hasta que, al fondo

de la calle, una sombra tambaleante hizo acto de presencia.

—¡Vaya por Dios, lo que nos faltaba! —exclamó Manuela—. ¡Venancio se ha tomado unas copas! Pues yo me voy, que hoy no me apetece discutir con él.

El señor Venancio no era un hombre dado a la bebida, de ahí que un par de

copas hiciesen estragos en su cuerpo. Sólo se dejaba arrastrar por el alcohol cuando la ocasión lo merecía y ésta había sido una de esas noches en que la soledad y el miedo habían tomado el control de su mano, llevando la copa hasta

su boca y nublando su entendimiento casi tanto como su visión. En el tiempo que empleó en llegar hasta ellas, las pertenecientes al club recogieron sus útiles, guardaron las sillas dentro de la casa, se despidieron de la presidenta y aún tuvieron tiempo de lanzarle al tambaleante una mirada reprobadora.

—¿Podrás llegar hasta tu casa, Venancio? —le preguntó Manuela, preocupada.

—Te gustaría... que me quedara tirado... en mitad de la calle... ¿verdad?

—No, no me gustaría —contestó, meneando la cabeza y alejándose—. No tenemos edad para soportar el relente de la noche, y con un entierro por semana

ya es más que suficiente.

—¡Menuda tajada llevas, Venancio! —exclamó la tía Herminia, chasqueando la lengua.

—Cada vez que alguien se muere, Herminia... —susurró, apoyándose en la pared y mirando al cielo con ojos vidriosos—. Me entra el miedo... ¿Qué habrá

al otro lado?

—No tengo ni idea, nunca he estado. Pero tú deberías consolarte pensando que cuando llegues te encontrarás con tu mujer.

—Sí... es verdad... es verdad... —dijo, inclinando la cabeza y limpiándose

una lágrima que se le había escapado—. Es que... es tan triste estar solo, Herminia... ¿Por qué vivir en soledad pudiendo no hacerlo?... No sabes cuánto

daría yo por estar... con la mujer que quiero.

—¿No estarás pensando en marcharte al otro barrio de manera voluntaria? Ya sabes que eso es pecado mortal, te irías de cabeza al horno.

—¡Oh, Herminia, cuánto me gusta hablar contigo! —Una sonrisa se dibujó en su cara congestionada, mientras sus ojillos grises y brillantes la miraban con dulzura.

—¡Anda, vete a casa! ¿Puedes tú solo?

—Sí, sí —dijo irguiéndose—. Estoy bien... estoy bien... buenas noches... que descanses.

Se puso lo más derecho que pudo, intentando mantener la verticalidad que le confería cierto decoro, y enfiló la calle rumbo a su casa, mientras los ojos de la

tía Herminia le miraban preocupados.

La tía Herminia se acostó en su cama, esa que nunca había compartido con nadie

en sus setenta años de vida, la misma en la que había nacido, en la que pensaba

morir, y en la que el señor Venancio quería entrar. Una sonrisa apareció en sus labios sin llamarla; las atenciones de aquel hombre hacia ella eran claras y, por

más que se dijese que no eran sino chocheras de viejo, no podía por menos que

satisfacerla el hecho de que en el ocaso de su vida un hombre mostrase interés por ella.

Y es que el señor Venancio, vecino siempre respetable y solícito con la tía Herminia, había cambiado mucho tras la muerte de su esposa y, en un intento desesperado por evitar que las paredes de la casa se lo comiesen, había tomado

la costumbre de pasar el mayor tiempo posible fuera de ella, por lo que cada mañana y cada tarde visitaba el bar del pueblo. Él no había nacido para estar solo, lo supo a temprana edad y también a temprana edad le puso remedio casándose con la mujer con la que compartiría su vida durante más de cuarenta años. No habían tenido hijos, pero a su lado había conocido la felicidad. Y ahora,

en el tramo final de su vida, la soledad había llegado para atormentarle, hasta que, una de aquellas tardes que intentaba huir de ella tomándose un café en el bar de la plaza, vio pasar a la tía Herminia camino de la iglesia; se fijó en ella

por primera vez: su andar mesurado y cadencioso propio de su edad, su figura espigada y elegante, su pelo blanco recogido en un moño perfecto, y las pequeñas arrugas que decoraban su cara de porcelana le atrajeron como un imán,

y, como un imán no puede resistirse a otro, lo dicen las leyes de la Física, tras él se fue.

Y fue sentada en un duro banco de la iglesia, donde la tía Herminia conoció por primera vez la fuerza de los imanes y, sin haber cursado nunca estudios de

Física, respondió a ella de la única forma que podía responder: se giró y buscó la

causa de aquella fuerza que sentía clavada en su espalda. La mirada del señor Venancio le produjo un escalofrío, cosa por otro lado nada extraña en el Templo,

pero cuando sintió que los colores inundaban sus mejillas, todas sus alertas se dispararon. Por suerte para ella, las hordas defensoras de la moral se pusieron en

pie y como si de un auténtico escudo se tratase, formaron filas para protegerla,

cosa que la hizo suspirar aliviada; sentir que no estaba sola para luchar contra el demonio la tranquilizó enormemente. Claro que la tía Herminia no estaba

preparada para lo que sus oídos estaban a punto de escuchar, pues el señor Venancio, ya metido en harina, se dejó llevar por el rito religioso y, cuando el sacerdote comenzó a cantar, él no pudo evitar abrir la boca y dejar que por ella

saliesen las notas musicales más hermosas, esas que sólo su mujer, que en paz descansa, conocía, y que desde que ella se había ido habían estado reprimidas en

su interior. Así fue como en medio de la fría iglesia, su cantar impregnó los muros que les rodeaban y entró por los oídos de la tía Herminia que, asombrada,

lo recibió.

Tras aquella primera tarde de culto, el señor Venancio acudió puntualmente a la iglesia cada día, lo que, naturalmente, disparó todas las alarmas. Serafina era

de la opinión de que el maltrecho corazón del señor Venancio, al que ella había

aprovisionado de pastillas durante muchos años tras el infarto, había tenido la culpa de su conversión tardía, pues según ella: “Cuando la enfermedad llama a la

puerta, el alma se altera y busca refugio”. Asunción era de la opinión de que el señor Venancio sencillamente se aburría en casa tras la viudedad. Manuela afirmaba categóricamente que el señor Venancio estaba buscando esposa, porque

los hombres no sabían vivir solos, porque sus camisas estaban mal planchadas,

porque había adelgazado mucho en los últimos tiempos, y porque tenía semejante mirada de animal en celo que no podía con ella. La tía Herminia no dio su opinión, sabedora de que las elucubraciones de Manuela no iban

desencaminadas. No estaba dispuesta a que las habladurías se produjesen por una indiscreción suya, así que, esperando que la verdad se supiese lo más tarde

posible, cerró la boca y puso su cara de indiferencia total, aquella que guardaba

para casos extremos como el que le ocupaba, aun a sabiendas de que en el pueblo era casi imposible que hubiese secretos, y antes o después se sabría, si no

por ella, seguramente por él.

Se colocó las almohadas, recordando la voz que cada tarde inundaba su alma,

una risa tonta asomó a sus labios al preguntarse cómo sonaría en su cuarto. Se santiguó, pidiendo perdón al Altísimo por aquellos pensamientos que la

rondaban, y estiró el brazo hacia la mesilla de noche donde descansaba... el libro

de Marta.

Marta fue desde el mismo instante de su nacimiento su ojito derecho y su sobrina nieta favorita, en realidad la consideraba como la única, pues de los demás no echaba cuentas. La sintió especial en cuanto la tuvo en sus brazos por

primera vez, su olor se le metió dentro y le robó el corazón. Decía que olía a manzanas, y no a cualquier manzana, sino a las más verdes y sabrosas, a veces

dulces, a veces ácidas, y que por más perfume que se pusiera, a ella siempre le

olía así y su olor la hacía sonreír porque era fresco, porque era limpio, porque era como el agua clara.

Pero lo que la subyugó de su sobrina fue su necesidad de saber, aquella que

puso en práctica tan pronto comenzó a hablar y que ya nunca había abandonado.

Marta quería saber, Marta necesitaba saber, y su principal método para lograrlo,

antes de ir a la escuela, era preguntar. Preguntaba a todo el mundo, pero con la

familia se cebaba. La tía Herminia aún recordaba lo incómoda que se había llegado a sentir cuando la niña le hacía aquellas preguntas que ella jamás se había atrevido ni tan siquiera a pensar.

Cuando la madre de las gemelas decidió que debían ir a un internado en la ciudad, la tía Herminia puso el grito en el cielo, pero en aquella ocasión no le sirvió de nada. Tener a la luz de sus ojos a tantos kilómetros de distancia supuso

para ella un auténtico tormento hasta que descubrió algo que la dejó maravillada,

y ese algo fueron... las cartas de Marta. Todas las semanas tía y sobrina intercambiaban una larga carta que se convirtió en el cordón umbilical que

nunca

las había unido y que las nutría a ambas por igual pues, si bien para la tía fueron la válvula de escape perfecta a aquella losa que para ella suponía el pueblo, para

la sobrina constituyeron el descubrimiento de su gran pasión: la escritura. Pero Marta, en el convencimiento de que de la Literatura no se podía vivir, se dejó llevar por la practicidad y comenzó Arquitectura. Tras terminar la Carrera en tiempo récord y llevada por sus inmejorables notas, empezó a trabajar en un importante Estudio donde esperaba dar rienda suelta a su imaginación, claro que,

una vez embarcada en el mundo laboral, descubrió con pesar que aquello no la llenaba, no la hacía feliz, no era a lo que se quería dedicar el resto de su vida, por lo que volvió a mirar la pasión que había arrinconado en un pequeño lugar de su

corazón. A ello contribuyeron sus compañeras de trabajo, un amplio abanico de

mujeres que, ante la máquina del café, daban rienda suelta a sus inquietudes, angustias, frustraciones, desasosiegos y miedos. Fue así como comenzó a tomar

forma su primer libro, en el que plasmó las experiencias amorosas de aquellas mujeres, a las que llamó: “El club de las sin orgasmo”. Tras el visto bueno de las

protagonistas, envió el libro a un concurso literario que, sorprendentemente, acabó ganando, lo que marcaría un punto de inflexión en su vida; dejó el estudio

de arquitectura y se lanzó a la aventura de escribir, descubriendo con gran sorpresa que sí se podía vivir de ello.

La tía Herminia se colocó bien las gafas y cogió el libro, el primero que Marta

había escrito y el que más le gustaba. Recordó una vez más el día en que Teodoro, el cartero ya jubilado, se lo entregó en la puerta de casa y la emoción que sintió al tenerlo por fin entre sus manos, así como el susto que se llevó al ver la portada, porque si el título era sugerente, *El demonio entre las piernas*, la portada lo era aún más. Aunque Marta había escrito su primer libro bajo pseudónimo, lo primero que hizo la tía Herminia fue forrarlo con un precioso papel de flores; no podía arriesgarse a que cualquiera que entrase en su casa se

topase con semejante “ataque a la decencia”, como seguramente diría Manuela.

Aquel libro le había abierto la ventana a un mundo nuevo, un mundo en el que las verdades absolutas no existían y las conocidas hasta entonces se ponían en entredicho, un mundo donde las preguntas buscaban respuestas y éstas eran tan variadas y variopintas como las personas que las defendían. Y fue así, escuchando las preguntas que otros se hacían, como la tía Herminia comenzó a hacerse también las suyas, preguntas para las que no encontraba respuestas y que, una tarde en que se sintió tremendamente intrépida, la llevaron hasta el confesionario de la iglesia.

—Padre... —dijo, poniéndose colorada—. ¿Podría preguntarle algo?

—Claro, Herminia, dígame —contestó él con una sonrisa a aquella mujer siempre tan respetuosa—. Pregunte lo que quiera.

—¿Alguna vez... tiene usted dudas?

—Soy humano. Claro, claro que tengo dudas.

—¿Y qué hace para disiparlas, Padre?

—Rezar.

—¿Y rezando se le disipan?

—No siempre, Herminia... no siempre.

Como vio que el cura no tenía las respuestas que necesitaba, decidió saltarse la cadena de mando. Naturalmente su Creador no le dio ninguna de las respuestas que ella esperaba, pero la conversación, o mejor dicho, el monólogo, tuvo en su alma un efecto tranquilizador. Y así, noche tras noche, y sin ningún tipo de remordimientos, la tía Herminia se sumergía en el libro de Marta, mientras sus protagonistas femeninas tomaban posiciones en su cama para contarle sus tristes historias de noches sin orgasmos y, aunque ella era una mujer de férreos principios y nunca los había experimentado, había empatizado con ellas desde el principio.

Abrió el libro como quien abre la Biblia. En realidad ese era el lugar que antes ocupaba la Sagrada Biblia, pero que nunca había conseguido arrancarle una sonrisa como lo hacía el libro de su sobrina.

## EL DEMONIO ENTRE LAS PIERNAS

### CAPÍTULO 1

*“Nuestra querida rubia, o los pantalones de leopardo”*

Nuestra querida rubia llegó aquella lluviosa mañana a la oficina, más llamativa que nunca. Colgó en el perchero la reluciente gabardina de charol, dejando al descubierto los impresionantes *leggings* de piel de leopardo que parecían salidos de la mismísima sabana africana y la sugerente camisa blanca que marcaba a la

perfección su generosa delantera, y nos miró tras sus pestañas embadurnadas

hasta la saciedad de rímel con una de aquellas miradas tuyas que prometían muchas cosas, para que la siguiésemos hasta la máquina del café. Pero quiso el

destino que aquel día uno de nuestros mejores clientes estuviese de visita y no de

visita de cortesía, precisamente, sino para echarle al jefe una de esas broncas que hacen historia. La potente voz del enfadado se oía por los pasillos del estudio como auténticos truenos, mientras nuestro jefe, tras su mesa, capeaba el temporal

como buenamente podía, hasta que... ante la cristalera del despacho pasó la mujer escultural y al afrentado la afrenta se le olvidó de golpe, dejó al jefe con la palabra en la boca y tras ella se fue como cazador tras su presa. Le dio alcance

en nuestro lugar habitual de reunión, agachada ante la máquina cogiendo su café

y pillándola desprevenida. La mano se le fue, cual garra atrevida, directa al trasero de la susodicha, quien, al sentirla clavada en su firme nalga cual lanza de cazador intrépido, se convirtió de repente en felina... se incorporó con lentitud y

le dedicó una gran sonrisa, sonrisa que también apareció en los labios de él y que

allí se mantuvo el tiempo que ella tardó en tirarle el café sobre la camisa.

El escándalo que protagonizó el agraviado fue de los que hacen historia. Sus

gritos se oyeron en toda la planta, y probablemente en todo el edificio, y no solamente por la humillación sufrida, sino porque la temperatura con que la máquina expulsaba los cafés era algo digno de estudio. Una vez hecha la

fechoría, nuestra rubia se encaminó con total serenidad hacia nuestro segundo punto de encuentro: los cuartos de baño. Nos faltó tiempo para reunirnos con

ella; una situación así bien merecía un debate en profundidad. Dejamos a nuestro

jefe capeando el temporal, para eso era el jefe, y, rodeadas de lavabos y de váteres, y con un cigarrillo entre los dedos, debatimos la situación que nos ocupaba. Tras despellejar al manos largas, tal y como la ocasión lo merecía, la morena de los pendientes grandes (aquel día tocaban racimos de uvas),

armándose de todo el valor necesario, decidió atacar la cuestión de fondo que sobrevolaba en el ambiente.

—¿Nunca te has planteado... vestir de una forma un poco más... discreta?

Mis compañeras miraron asombradas a la morena, asombradas de que hubiese puesto en palabras lo que la mayoría pensaba, un pensamiento machista, sí, pero

que en el ambiente flotaba. A mí nunca se me hubiese ocurrido hacer semejante

pregunta pues mi indumentaria se asemejaba más a la suya que a la de las demás,

pero allí estaba en el aire, esperando una respuesta, así que abrí bien los oídos para no perderme nada.

—No me interpretes mal —siguió la morena, un tanto azorada—. No estoy diciendo que tengas la culpa de nada, todas sabemos que el cabrón es él, eso está

fuera de toda duda, pero... quizá tu forma de vestir sea demasiado provocativa y

me preguntaba si alguna vez habías pensado...

—Sí, lo he pensado. Pero no quiero —dijo con total decisión, dedicándonos

una triste sonrisa—. Os lo contaré para que lo entendáis, pero no puede salir de

aquí, bueno, salvo para ilustrar tu libro, y sin dar nombres, por supuesto —

Asentí frenéticamente y abrí mis oídos cual antenas en busca de su señal—. Me

visto y me pinto así... para que mi marido me vea. —Encendió lentamente un cigarrillo, acto que imitamos la pelirroja con gafas de pasta, la mujer que había

perdido su cintura y servidora, mientras la que había hecho la pregunta abría la

ventana, y la de las trenzas se cercioraba de que la puerta estuviese bien cerrada.

Aquello requería de toda nuestra concentración y no era cuestión de que nadie la

perturbara—. Al año de casarme... caí en una depresión. El matrimonio no era

lo que yo esperaba y la enfermedad me llevó hasta la consulta de un psiquiatra

que me diagnosticó: “frigidez”. Busqué el significado en el diccionario, sólo para cerciorarme de que le había entendido bien, pero ¿quién no cree a un médico con más de treinta años de experiencia y muchos diplomas colgados en

las paredes? Estuve tomando unas pastillas que me recetó, me dijo que no me curarían, pero que me harían sentir mejor. Las pastillas me relajaron mucho, sí,

pero nada más, hasta que una noche pasó algo que lo cambió todo... Volvía a casa cuando me perdí en el polígono, estaban en obras y las señalizaciones me

confundieron, así que me encontré dando vueltas buscando la salida hacia la

autopista cuando, en uno de los aparcamientos frecuentados por las prostitutas,

vi el coche de mi marido. —Tiró la colilla al váter y encendió otro cigarrillo; el

sonido del mechero era lo único que se oía—. Los cristales estaban empañados y

el coche se movía. Aparqué a cierta distancia, con el corazón a punto de salirseme del pecho, y esperé. Cuando terminaron le seguí, la dejó junto a la gasolinera, donde estaban las demás, tenía una pinta increíble, no como yo que

me había abandonado mucho. Me coloqué tras su coche y regresé a casa, ni se

enteró de que le seguía. Esa noche me acosté a su lado y la pasé en vela, preguntándome qué iba a hacer. Cuando empezó a amanecer ya había tomado

una decisión. Me tomé el día libre, tiré las pastillas por el retrete y me fui rumbo a la peluquería. Cuando regresó a casa aquella noche me encontró vestida como

una auténtica fulana, con una falda que sólo me tapaba el culo, un top de tirantes

en pleno invierno, el pelo salvaje, y pintada como una puerta, y entonces... ¡Me

vio!... Por primera vez me vio. Comenzó a hiperventilar, con los ojos como platos, y se quedó paralizado. Encendí un cigarrillo de la manera más insinuante

que recordaba haber visto en las películas pero no conseguí hacerle reaccionar,

estaba bloqueado, así que me lancé yo. “¿Qué cariño? —le pregunté,

acariciándole suavemente la cara y rozándole con mi cuerpo—. ¿Echamos un

polvo o prefieres ir al polígono?”. Lo siguiente que recuerdo es que lo tenía sobre mi cuerpo, tomándome como no lo había hecho nunca, haciéndome el

amor como nunca creí que se pudiese hacer, besándome como si en ello le fuese

la vida. Aquella noche sentí el primer orgasmo de mi vida y, desde entonces, lo

he vuelto a sentir cada noche y no pienso renunciar a ello, por mucho cabrón de

manos largas que me encuentre y con quien me las tenga que ver. Así que, por favor, chicas, no me digáis que me vista de forma más discreta... ¡No quiero que

mi marido deje de verme!

11

El día había amanecido nublado amenazando tormenta, densos nubarrones cubrían la Sierra, pero aun así el calor en el valle era sofocante. Su segunda vuelta al lago estaba llegando a su fin, cuando hasta sus oídos llegó el chapoteo

de la sirena. Disminuyó el ritmo y se acercó al embarcadero, donde un montón de ropa descansaba en espera de su dueña.

—¡Buenos días, Padre! —dijo Marta alegremente.

—¿Está buena el agua?

—Deliciosa. Le vendría bien darse un baño, hace mucho calor.

—No deberías venir aquí sola, Marta. —Frunció el ceño y se llevó las manos a las caderas—. Esto está muy alejado.

—No tengo miedo.

—Pero no es seguro. —dijo muy serio—. Deberías tener cuidado.

—¿Por qué? —preguntó con una sonrisa, nadando hacia el embarcadero—.

¿Hay violadores por los alrededores?

—¿Estás desnuda?! —exclamó horrorizado— ¡Oh, por el amor de Dios!

—Me temo que me he olvidado el bikini —dijo con una sonrisa traviesa, apoyando los brazos en el borde de madera—. ¿Me acerca la ropa, por favor?

—¡Oh, por el amor de Dios! —repitió, entregándosela, y dándose la vuelta.

—¡Venga, Padre, no se haga el escandalizado! —rio ante aquel cuerpo

crispado, subiéndose al embarcadero y vistiéndose—. No creo que sea la primera

mujer que ve desnuda, ¿verdad?... —Por respuesta le llegó un gruñido—. Ya puede darse la vuelta. Bueno, qué, ¿me va a echar el sermón de una vez?

—¿Por qué, Marta? —preguntó con el ceño fruncido—. ¿Por qué haces estas cosas?

—¿Qué cosas, Padre? —Se escurrió el agua del pelo.

—¡Esto! ¡Bañarte aquí, desnuda, a la vista de cualquiera!

—¿Y por qué no habría de hacerlo? ¿Hay alguna ley que lo prohíba, quizá?

No he visto ninguna señal.

—¡Sabes perfectamente a qué me refiero!

—Lo sé, pero me gustaría que me lo dijese. Me gustaría oírle decir cuáles son las leyes que, según usted, he transgredido.

—¿Te gusta escandalizar, Marta? ¿Es eso?

—No es lo que pretendo.

—¡Pero lo haces!

—Dígame una cosa, Padre... —dijo, colocándose lentamente las zapatillas y poniéndose seria—. ¿Cuántos años tiene?

—¿Qué?

—Bueno, da igual. Cuarenta o cuarenta y pico, según dice Maruja. Pues con cuarenta años ya no está usted en edad de escandalizarse ni con lo que ve, ni con

lo que oye, así que los únicos que están en peligro de ser traumatizados por mi desnudo son los peces, que hasta el momento no se han quejado y dudo mucho que lo hagan. —Le miró con rabia—. Es un lugar precioso, el agua está deliciosa, el calor aprieta con fuerza, no hay nadie por los alrededores... ¿Por qué no habría de hacerlo, Padre? ¿A quién daño con ello?

Se encaminó hacia el sendero, pero tras dar unos pasos se lo pensó mejor y se paró en seco. Se giró, mirándole con furia, y remató la faena.

—¡Y para más INRI, Padre, todo esto lo hizo Dios! ¿Si no lo hizo para que lo disfrutemos, para qué lo hizo?

Tras pasar por la librería para ver cómo iban las obras de acondicionamiento, alegrándoles así el día a los obreros, se encaminó hacia el bar para tomar un café

con el farmacéutico, en la que se estaba convirtiendo en su costumbre de cada día. Le gustaba aquel hombre que con su hablar sutil y un poco cínico la hacía

reír, se había convertido en el amigo que allí no tenía, mientras que para él Marta era el soplo de aire fresco que necesitaba para vivir, alguien que venía de fuera,

alguien sin prejuicios, y alguien que sabía escuchar, lo que supuso un gran alivio

para su atormentado corazón.

—¿Puedo preguntarte por qué dejasteis de veros? —preguntó, llevándose la taza de café a los labios.

—Cariño, tú puedes preguntarme lo que quieras. —Acarició suavemente su mejilla—. Pero no se te ocurra mencionarme en el libro.

—Puedes estar tranquilo. La historia será la del señor Rogelio, sólo suya.

—Marta, no creas que soy un hipócrita... que lo soy. —Esbozó una sonrisa

—. Pero entiende que vivir en un pueblo es complicado. Tú algún día regresarás

a la ciudad, pero yo seguiré aquí, y no quiero que se ceben conmigo

¿comprendes?

—Te entiendo perfectamente, Farma.

—¿Se puede saber por qué me llamas así? —preguntó, estallando en carcajadas.

—Es que no me sale llamarte por tu nombre. No te pega nada. ¿De quién fue semejante idea? De una mujer, seguro, a un hombre jamás se le habría ocurrido semejante desatino.

—Pues sí, fue idea de ELLA, de mi madre.

—¿Y por qué eligió ese nombre? ¿Se lo has preguntado?

—Al principio pensé que era porque le gustaba la Historia, pero cuando me hice mayor y se lo pregunté... ¡No conseguí que la muy hija de puta me lo dijese!... No te rías, cariño, no tiene ninguna gracia, te lo aseguro.

—Perdona. Es que nunca he conocido a nadie que odie a su madre tanto como tú.

—Comenzó con el nombre, Marta, y a partir de ahí se cebó conmigo. Me hizo la vida imposible, la convirtió en un infierno. ¡Hay madres y madres, Marta! Si

te contara algunas de las cosas que viví a su lado, no me creerías.

—¿No te quiso?

—No es que no me quisiera, es que me odiaba.

—¿Y no sabes el motivo?

—No.

—¿Dónde vive?

—Vive en la ciudad, con mi hermana.

—Pues deberías pedirle una explicación, es lo que yo haría. Me presentaría ante ella y se la pediría, tienes derecho a saberlo.

—Quizá lo haga. Un día me tomaré una botella de whisky y me plantaré delante para pedírsela. ¡A ver qué cara pone la cabrona!

El cura luchaba, al otro lado de la rejilla del confesionario, con un terrible

dolor de cabeza. Había comenzado a palpar en sus sienes en el mismo instante en que

la sirena había emergido de las profundidades del lago, y allí se había mantenido

durante toda la jornada —al igual que el gran hongo gris que cubría el cielo del pueblo y que aún no había descargado— hasta llegar a aquel momento en que amenazaba peligrosamente con desintegrarla.

—Ave María Purísima —Su voz le provocó un escalofrío, convirtiendo su dolor en auténtico suplicio.

—Sin pecado concebida.

—Qué poca gente hay hoy.

—¿Qué quieres confesar?

—¡Caray, qué serio! ¿Sigues enfadado por lo de esta mañana? Te aseguro que los peces no han presentado ninguna reclamación. —El suspiro al otro lado la preocupó—. ¿Has tenido un mal día?

—¡Cómo yo haya pasado el día no es asunto tuyo! ¿De qué te acusas?

—¡Oh, sí, has pasado un mal día! ¿Por qué no me lo cuentas? A lo mejor puedo ayudarte.

—¡No hay nada que contar! —Se frotó la frente—. ¿Quieres decirme de una vez de qué te acusas?

—Vale, me apiado... Pues verás, es que tengo un amigo...

—Ya, el hombre por el que has vuelto al pueblo.

—¡Oh, no, ese no, éste es otro! Trabaja en el aserradero y es un encanto, la

verdad. Me está ayudando con la tienda por las tardes, es muy mañoso y...

—¿Qué quieres confesar Marta, acaso que os habéis acostado?... *Ego te absolvo in...*

—¡Pero qué estás diciendo! —exclamó asombrada—. ¿Por qué habría de acostarme con él si estoy enamorada de otro? ¡Cómo puedes pensar algo así!

—Bueno, dices que tienes un amigo y estás en el confesionario... No creo que hayáis estado rezando el Rosario.

—¡Oh, cómo me gusta hablar contigo! —Su risa atravesó la rejilla y entró en la cabeza del cura como si de un cuchillo se tratara—. No, verás, el problema es

otro. Mi amigo, el del aserradero, me llama por teléfono por las noches, dice que

tengo una voz muy bonita y que le gusta oírla, que le ayuda a conciliar el sueño.

Naturalmente eso me resultó muy halagador, a qué mujer no se lo parecería...

—¡Marta, por favor!

—Vale, voy al meollo. ¡Qué impaciente! —suspiró—. Pues últimamente me he dado cuenta de que esa no es la única razón por la que me llama...

—¿Piensas terminar la historia o nos quedamos aquí hasta mañana?

—Se masturba cuando le hablo.

—¡Qué barbaridad!

—¡Oh, venga, no se haga el escandalizado, Padre! ¡La de cosas que usted habrá oído ahí sentado!

—¡Pues dile que no te llame y asunto resuelto!

—Pero es que me gusta hablar con él, y yo a veces también le llamo, no para tocarme, sólo porque me cae bien, pero cuando llevamos un rato hablando me doy cuenta de que se está...

—Ya, ya... Bueno, pues eso tendrá que confesarlo él.

—Se lo he dicho, pero se ha reído. Creo que le he arrastrado por el camino del mal, Padre. Ya no tiene remedio, así que me temo que a ese cliente lo han perdido.

—Bueno, pues un trabajo menos —dijo, provocándole otra risa—. ¿Algo más?

—Sí... ¿Por qué estás tan enfadado? Nunca te había visto así.

—¡No es asunto tuyo!

—Yo creí que éramos amigos...

—¡No, no lo somos! —dijo con rotundidad—. ¡Soy tu confesor, nada más!

—Veo que hoy no tienes compasión.

—¡Te he escuchado y te doy la absolución! ¡Ya está! ¿Qué más quieres?

—¿Por qué esta dureza conmigo?

—¿Alguna otra cosa que quieras confesar, Marta?!... ¿Algún otro hombre al que atormentas por la noche con tu sensual voz? ¿O quizá una mujer? ¡Porque supongo que dentro de: “De lo demás lo he probado todo”, habrá habido cabida

para las mujeres!... —La compasión aquella tarde brillaba por su ausencia—

¿Qué será lo siguiente, Marta?! ¿Pasearte por la plaza Mayor como Dios te trajo al mundo para demostrar lo libre que eres?!... ¿Qué será lo siguiente?!...

¿Qué?!

El sonido de los tacones sobre las piedras de la iglesia fue su única respuesta.

Ninguno de los dos tenía la más mínima intención ni ganas de volver a verse aquel día, pero, dado que en un pueblo no hay muchos sitios adonde ir, una hora

más tarde volvieron a encontrarse. Marta, que había salido de la iglesia con el corazón herido, el orgullo pisoteado, y los colores inundando sus mejillas, recordó camino de casa, que no había recogido las medicinas de su madre y, refunfuñando, volvió sobre sus pasos. El cura, a quien la crueldad empleada con

ella no había hecho sino acrecentar el terrible dolor de cabeza que sentía, salió

de la misa de ocho como alma que lleva el diablo, en busca de una pastilla que calmase su dolor. Y así, como si de un auténtico cruce de caminos se tratase, la

farmacia se convirtió en lugar de encuentro, y nuevo campo de batalla.

—¡Huy, qué mala cara tienes! —le dijo el farmacéutico.

—Dame algo para el dolor de cabeza, por favor. Me va estallar.

La campanilla de la puerta repiqueteó con alegría, alborotando la cabeza del cura casi tanto como el perfume que le envolvió.

—¿Vienes por lo de tu madre, verdad Marta? —preguntó Farma con una

sonrisa—. Es esa bolsa de ahí, Ana.

—Gracias —dijo Marta, cogiendo la bolsa que la dependienta le entregaba—.

Quiero también una caja de condones, por favor.

—¿Esta está bien? —preguntó la dependienta, mostrándole una.

—¡Oh, no, de esos no! ¿No tienes de sabores?

—Claro. ¿Qué sabores quieres?

—Me da igual. Me gustan todos.

12

Marta estuvo una semana sin visitar la iglesia, una semana en la que si ella se sentía mal por el varapalo recibido, peor se sentía él, pues a las dudas, los miedos y los deseos, se unieron los remordimientos, convirtiendo su atormentada

mente en un batiburrillo de sensaciones que le provocaban dolor de cabeza día sí

y día también. Pero el auténtico infierno lo constituían las noches, cuando, en la

soledad de su cuarto, sentía cómo la grieta se agrandaba, provocándole un tsunami de sentimientos incapaz de detener.

Hizo lo que se le había enseñado, rezar, rezar con todas sus fuerzas pidiendo

precisamente eso, fuerzas, pero el diablo le visitó y le encontró caliente, sudoroso y excitado y, aunque le suplicó que se fuera, no pudo evitar que se metiera en su cama, donde las caricias se sucedieron sobre la piel, la respiración

se aceleró y los sentidos tomaron el control de su cuerpo haciéndole estremecer.

Noche tras noche el cataclismo se cebó con él y noche tras noche por la grieta se asomaban todas aquellas preguntas que habían estado guardadas en su alma durante tanto tiempo, pero para las que las respuestas de siempre ya no le servían, ya no tenían la intensidad del “Una palabra tuya bastará para sanarme”.

Su conciencia le susurró las palabras que no deseaba oír: que su fe no era tan grande como pensaba, que las verdades conocidas se habían dado la vuelta transformando lo blanco en negro, la seguridad en miedo, la serenidad en deseo... Las palabras parecían reírse, parecían burlarse, y fueron ellas

precisamente las que provocaron que la grieta se agrandase, por ese extraño poder que sólo tienen ellas de cerrar puertas y abrir ventanas... de aclarar dudas... de desenredar entuertos... de pisotear vanidades... de desentrañar

mentiras y mostrar verdades... Ellas, como espadas haciendo palanca, abrieron la grieta y por ella se coló la tristeza que siempre le estuvo negada. La más total y absoluta tristeza que jamás había sentido sacudió su cuerpo, desestabilizó su corazón e invadió su alma... Tristeza por el sosiego perdido, por las verdades transformadas en dudas, por el consuelo no encontrado, por la decepción y la vergüenza que sentía cuando el espejo le devolvía la imagen de un hombre derrotado.

La tristeza trajo consigo al llanto, dirigió las lágrimas, las alentó, y les indicó el camino a seguir, y ellas abandonaron el alma por la grieta y llegaron hasta los

ojos que las recibieron sorprendidos. Las compuertas se abrieron y lo inundaron

todo; grandes riadas arrasaron el fango y la maleza, revolvieron cada rincón que

había permanecido seco durante tantos años, limpiaron el polvo acumulado en las esquinas y formaron remolinos que arrasaron con todo lo que encontraron a su paso.

Los ojos se enrojecieron, las sábanas se mojaron, el alma estalló y el cuerpo despertó de su letargo. El desasosiego dio paso a la rabia, la rabia dio paso a la furia, la furia dio paso al deseo, el deseo fue satisfecho y la calma inundó el cuerpo.

Alma y cuerpo se sosegaron, caminando a la par en el tiempo, y las compuertas quedaron abiertas para, cada noche, liberar poco a poco todo el dolor acumulado dentro.

13

El día de su inauguración, todo el mundo pasó por la librería, pues no era cuestión de perderse semejante acontecimiento. Y, mientras las mujeres miraban

con desagrado el color elegido para la fachada, a los hombres les encantó el rojo

pasión que la decoraba.

Los visitantes tomaron buena nota de lo que había allí dentro, en especial los jóvenes, a quienes no pasó desapercibido el estratégico escaparate que Marta había montado; no en vano, los años de Carrera habían intensificado sus

habilidades innatas para el diseño, cosa que pocos en el pueblo sabían, pues como decía el cabo Serafín: “Hay noticias relevantes, y otras que no lo son”, y

los estudios cursados por la hija de Matías no fue noticia lo suficientemente importante como para ir de boca en boca.

En primera línea estaban los grandes éxitos de crítica, que gustaban

fundamentalmente a los críticos, para quienes las palabras raras ejercen un extraño efecto y, si para su comprensión es necesario echar mano del

diccionario, mejor que mejor. En la segunda línea de la trinchera estaba lo realmente interesante: los *best sellers*, los que gustaban a la gente sencilla, los que estaban escritos con palabras llanas, de las que llegan al corazón y al alma.

El lugar no había sido elegido al azar, sino en la creencia de que los mayores de

cincuenta, con la presbicia tomando posiciones en sus ojos, no distinguirían con

demasiada claridad ni los insinuantes títulos ni las sugerentes portadas. Sin embargo, no pasarían desapercibidos para los jóvenes. *Cincuenta sombras de Grey* de E.L. James, *Irresistible* de Lisa Kleypas, *Mi querido zar* de una tal Cristina Brocos, y por supuesto los suyos, el primero de ellos *El demonio entre las piernas*, escrito bajo pseudónimo, y del que había vendido la friolera de diez mil ejemplares. También estaban allí los dos siguientes, *Secretos de alcoba* y *Sueños de princesa*, que habían batido récords de ventas, con su nombre bien visible por recomendación expresa de la tía Herminia cuando perdió el miedo...

“Son tuyos, los has escrito tú, y de ti misma jamás debes avergonzarte, no importa lo que diga el mundo”. Todos ellos esperando manos ansiosas y mentes

calenturientas en las que cobrar vida.

Los mayores se marcharon de la librería diciéndose que probablemente no

volverían por allí, los jóvenes abandonaron el local sabedores de que, al día siguiente y libres de miradas indiscretas, regresarían para aprovisionarse de entretenimiento con el que llenar las largas noches de un verano que no se

preveía cálido, sino caliente, muy caliente, y en el que la “mala Literatura”, como la llamaban los críticos, tomaría posiciones en mesillas y sofás, y

llenaría

las horas y las mentes de quienes deseaban reír, llorar, soñar y amar... sin necesidad de consultar el diccionario.

Marta, que naturalmente había recibido la visita de la familia en un día tan importante, cerró su nuevo negocio cuando el sol comenzaba a esconderse tras el

bosquecillo de los álamos y, tras tomarse un café con Farma, regresó lentamente

a casa, disfrutando de la puesta de sol en un camino tantas veces recorrido, y donde había dejado sembrados tantos sueños dormidos... En cada árbol un

lamento, en cada piedra un suspiro, en cada recodo un anhelo, en cada escondite

un gemido... Añoraba su presencia, añoraba su compañía, su ausencia llenaba su

alma, era su particular castigo.

Su teléfono comenzó a pitar porque su alma gemela percibía su angustia desde cualquier lugar del mundo, desde cualquier sitio.

¿Todo bien, princesa?

Todo bien, reina.

Te quiero.

Te quiero.

—¡Hola, hija! —dijo su madre alegremente desde el sofá cuando la vio llegar

— ¿Tienes hambre? Cenaremos en un momento.

Marta se quedó parada en el dintel de la puerta mirándola como quien mira a un extraterrestre, y es que su creadora, una de las muchas a la que la presbicia ya había llevado hasta la consulta del oculista, sostenía entre sus manos... *Secretos de alcoba*, y la miraba por encima de unas preciosas gafas de montura dorada que oscilaban en la punta de su nariz.

—Marta. ¿Te encuentras bien, cariño?

—Sí... yo... —Se acercó lentamente y se sentó despacio a su lado—. ¿Estás leyendo uno de mis libros, mamá?

—Este ya lo leí —dijo, cerrándolo y acariciando su cara—. Pero lo estoy releendo porque es el que más me gusta.

—Tú... tú... ¿Has leídos mis libros?

—Pues claro, hija —La miró preocupada—. ¿Te encuentras bien? Estás un poco pálida.

—Sí... sí... estoy bien, sólo un poco cansada... Me echaré un rato antes de cenar.

Subió la escalera a toda velocidad. Entró en su cuarto y se lanzó sobre la cama, escondiendo la cabeza bajo la almohada. No sabía si reír o llorar. Su madre nunca había sido una lectora compulsiva, como la tía Herminia, y, aunque

naturalmente les había enviado a sus padres ejemplares de sus libros... jamás se

le pasó por la mente que llegasen a leerlos.

—¡Dios mío, mis días como escritora se han acabado! —gimió, sacando la cabeza de debajo de la almohada y tomando aire—. ¡La historia de los

consoladores! ¡Virgen Santísima!

## SECRETOS DE ALCOBA

*“El látex”*

Me gustaba ir al *Parque de los enamorados* con la caída de la tarde, cuando los niños ya no lo llenaban con sus risas y sus juegos, y lo invadía el silencio y esa

luz del atardecer que parece detener el tiempo. En la soledad de sus caminos podía pensar en lo que estaba viviendo, en lo que estaba sintiendo, en lo que tenía y lo que me faltaba, en lo que provocaba mis anhelos; ese amor jamás olvidado y que de mi corazón se había hecho dueño.

La vi sentada en un banco, llevaba un viejo abrigo gris de paño que le colgaba

como si fuese varias tallas más grandes que su cuerpo, y una bufanda roja alrededor del cuello. Las lágrimas brotaban de sus ojos en completo silencio, sin

que su rostro mostrase ninguna alteración y con la mirada impasible fija en algún

lejano punto del universo. Y fue esa impasibilidad de su rostro la que me llevó

hacia ella, como si de un extraño imán se tratara, como una misteriosa fuerza.

Me senté a su lado y encendí un cigarrillo, desvió la mirada del mundo que

sólo ella estaba viendo y lo miró, le tendí uno en silencio, lo aceptó dedicándome

una pequeña sonrisa, pero comprendí que no me estaba viendo, porque... ni

todos los ojos cerrados duermen, ni todos los ojos abiertos miran...

Aprovechando esa invisibilidad que la vida me ofrecía comencé a preguntar, cosa que siempre me ha fascinado porque... hay tantas historias ahí fuera por

contar, tantos amores, tantos desamores, tantas injusticias, que quedarnos sólo con lo nuestro es como ver solamente un trocito de la vida, o verla en blanco y negro, tal y como yo la veía cuando le conocí a él, el amor de mi vida, y le entregué mi corazón, mi alma, mis noches y mis días.

—¿Por qué lloras?

—Por amor.

—¿Amas y no eres correspondida?

—Amo, pero lo que recibo a cambio... no sé si es amor. —Dio una profunda calada al cigarrillo y siguió mirando aquel universo que sólo ella veía—. Cuando

le conocí, sus besos y sus caricias me llevaban al mismo cielo, en su cuerpo me

perdía, pero ahora...

—¿No te ama como antes?

—Me besa... me acaricia... pero también me hace cosas que no entiendo...

—¿Cosas que no te gustan?

—No sé si me gustan. —Frunció el ceño—. Pero cuando le veo entrar en el cuarto con esa mirada de deseo... el mío se esfuma y me hace cosas que...

—¿Te maltrata?

—No. Pero en la cama... le gustan cosas que yo nunca había hecho.

—Bueno... hacerlo siempre igual debe de ser muy aburrido.

Su boca se abrió y liberó una gran carcajada y entonces me vio porque... no

sé qué tiene la risa que nos despierta. Se limpió las lágrimas y me miró divertida.

—Lo digo totalmente en serio —afirmé con una sonrisa—. Una mujer... de la que no puedo dar su nombre, me contó que su marido cada noche se desnuda, se

acuesta a su lado, aparta las sábanas, le sube el camisón, le separa las piernas, se la mete, se corre, sale, le da un beso en la mejilla, y le pregunta: “¿Te ha gustado, querida?” —Se tapó la boca con la mano para acallar la risa—. Ella... todavía con el faldón del camisón sobre la cabeza, le contesta: “Me ha encantado, cielo,

como siempre”, luego junta las piernas, se baja el camisón, se gira en la cama, y

llora.

—¡Oh, Dios mío!

—Cuando le pregunté por qué no hacía nada al respecto, me dijo: “Es que le quiero y no quiero perderle. Si él es feliz así, no quiero que lo haga de otra manera”.

—¿Quieres decir que tendría que sentirme afortunada?

—Pues no lo sé.

Dio una calada tan profunda al cigarrillo que lo terminó. Se quedó mirando la ceniza que pendía del filtro, concentrada en sus pensamientos, hasta que lo tiró al suelo y me miró, frunciendo el ceño.

—No me gustan los consoladores.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Pues... porque no son naturales.

—¡Ah, bueno, eso por supuesto, son de látex! Aunque últimamente el mercado se ha ampliado, ahora los hay de silicona, elastómero, vidrio, metal, cerámica, y creo que hasta de oro.

—¿Los has usado? —preguntó entre risas.

—No. Pero alguien me contó una historia sobre ellos que, la verdad, me hizo mucha gracia. ¿Quieres oírla? —Se giró hacia mí con los ojos brillantes y una sonrisa en los labios—. La mujer en cuestión tenía un novio, un hombre al que quería muchísimo, pero que una noche decidió sorprenderla y apareció en su cama con un consolador al que ella definió como lo más horroroso que había visto nunca, “grande y feo como un demonio”, esas fueron sus palabras textuales. Naturalmente, no le permitió usarlo.

—¿Y qué pasó?

—Él se quedó muy sorprendido de su reacción, mirando el consolador que tenía en la mano, sin comprender nada. Los hombres a veces pueden ser muy simples, por eso hay que explicarles bien las cosas, y qué mejor forma de hacerlo que de forma gráfica, ya sabes que a ellos todo les entra por los ojos... —Su carcajada me dio alas—. Así que ella cogió el artilugio y lo acercó a su miembro, la diferencia era abismal, aquel instrumento estaba diseñado para una elefanta. Pero como vio que a él le apetecía experimentar cosas nuevas, un día se armó de valor y entró en una tienda de productos eróticos, donde encontró uno que dijo ser perfecto para su cuerpo y una “auténtica monada”, de esos que puedes llevar en el bolso sin sentirte avergonzada...

—¡Oh, Señor! —La risa la dobló por la mitad.

—Espera, que falta lo mejor... cuando lo usaron, les gustó... a los dos. —

Apagué mi cigarrillo—. Cada persona busca el placer a su manera. Hay quien se

excita con imágenes, otros con sonidos, otros con olores, otros con ambientes.

Cada persona es única y diferente. Yo creo que todo puede hacerse siempre y cuando sea consentido, deseado, compartido, disfrutado...

Al fondo de la arboleda, un hombre apareció caminando lentamente, con la cabeza gacha, con profundas ojeras, con uno de esos cuerpos en los que el alma

atormentada no da sosiego. La mujer le lanzó una mirada intensa. Se colocó la

bufanda, se atusó el cabello, se cerró bien el abrigo sobre el cuerpo, se limpió la cara y me miró nerviosa y sonriendo.

—¿Tengo... tengo muy mal aspecto?

—No. Tienes los ojos tan brillantes que parecen dos estrellas.

—Gracias.

Apretó mi mano y se levantó con impaciencia. Se fue hacia él como quien va

hacia un oasis en el desierto, se lanzó a sus brazos que la recibieron al vuelo, alzándola del suelo para llevarla al cielo, mientras sus labios se fundían con una

pasión que haría prender fuego al mismo infierno.

Así les dejé, a uno en los brazos del otro, cielo con cielo, infierno con infierno, deseo con deseo... y regresé a casa donde un frío y artificial ordenador,

creación del hombre como tantas otras cosas, estaba esperando por mis dedos.

14

Desde la primera vez que se puso al otro lado de la rejilla, el confesionario siempre había sido para él una fuente inagotable de sorpresas y sobresaltos. Las

personas que tan recatadamente acudían a la iglesia en cuanto se arrodillaban se

quitaban la máscara, abriendo su corazón de par en par en busca del tan ansiado

perdón. Descubrir la otra cara de la moneda de la vida había supuesto para él un

tremendo impacto y, a pesar de los años transcurridos desde aquellas primeras confesiones, no habían dejado de sorprenderle según qué cosas, pues aunque en

el pueblo las posibilidades de actuación eran aparentemente limitadas, la

imaginación suplía todas las carencias. Las pasiones, rencores, vilezas y todos los sentimientos que el ser humano intenta esconder pero que ahí están, bajo la piel, subyacían, mostrándose en todo su esplendor y tomando el mando de los cuerpos.

Las rencillas personales estaban a la orden del día, por no hablar del cotilleo,

deporte preferido por la mayoría y que les llevaba hasta el reclinatorio para hacerle partícipe de las últimas escaramuzas de Asunción la de los quesos, o de

la mujer del notario, con la única intención naturalmente de tenerle bien informado de lo que ocurría en su rebaño. Lo que no dejaba de sorprenderle era

que nadie se hubiese acercado a contarle que el culpable de los cuernos que el quesero tenía sobre la cabeza era, además de la esposa, el sargento de la Benemérita, pues al parecer todo el mundo consideraba como únicas

responsables de la lujuria que se despertaba en el cuerpo del sargento a las caderas de Asunción, que con su cadencioso bamboleo le provocaban cada vez

que las veía chiribitas en los ojos y un tartamudeo en el habla que eran la comidilla de toda la comarca. Como tampoco comprendía cómo a nadie se le había ocurrido insinuar que los calores que devastaban a la mujer del notario eran debidos a que el marido no empleara con ella la manguera para calmarlos y

sí lo hiciera con su secretaria, y eso que más de uno se los había topado en pleno

acto en el bosquecillo de los álamos.

“Los deseos insatisfechos provocan que las vidas de las personas tomen extraños derroteros”... Eso iba pensando el cura cuando aquella tarde salió de la

sacristía para ocupar su lugar en el confesionario antes de la misa de ocho, como

cada día, cuando de repente alzó la cabeza... y se paró en seco. Una marabunta

de pecadores le esperaba para aliviar sus almas. Pestañeó sorprendido por semejante avalancha. Las cabezas se levantaron a mirarle, pero rápidamente se

bajaron avergonzadas. ¡Es lo que tienen los pecados, que avergüenzan!

Teodoro, el cartero jubilado, se acercó lentamente al confesionario y se

arrodilló ante él, respirando profundamente. Veinte años hacía que no visitaba aquel lugar, pero su entrada en la tercera edad había cambiado su punto de

vista

respecto del más allá; ahora que lo veía más cercano, le parecía más real. Así que había decidido que, hubiese o no algo al otro lado, él allanaría el terreno todo lo que pudiese, por si acaso. ¡No era cuestión, después de haber pasado tantas vicisitudes en la vida, volver a pasarlas al otro lado!

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

—¿Siempre hay tanta gente para confesarse, Padre?

—Pues no. No sé qué ha pasado hoy, la verdad.

—Les habrá ocurrido lo mismo que a mí —dijo, meneando la cabeza.

—¿Y qué le ha ocurrido, Teodoro?

—He cometido el pecado de la carne, pero no ha sido culpa mía, se lo aseguro. ¡La culpa la tiene la hija de Matías!

—¿¿Marta?!

—Sí, señor, Marta. Ha sido culpa suya y sólo suya, yo soy inocente.

—¿¿Ha... ha pecado usted con Marta?!

—¡No, hombre, no! —contestó escandalizado—. ¡Cómo voy a pecar con ella, si es una cría! He pecado por culpa de su libro, por eso.

—¿Su libro?

—Sí, señor. Por su culpa me he tocado.

—¿Se ha tocado por culpa de un libro? No entiendo.

—Es que no es un libro cualquiera, Padre, no lo es.

—¿Es por un libro que ha comprado en su librería, por eso le echa la culpa?

—¡Lo ha escrito ella, Padre!

—¿Marta ha escrito un libro? ¡Vaya, no lo sabía!

—Pues debe de ser usted el único del pueblo. —Alzó las cejas—. Ha escrito varios, pero yo con éste ya tengo suficiente.

—Bien... pues... mi consejo es que si ese libro le incita a pecar, deje usted de leerlo.

—¡No puedo! —exclamó, meneando la cabeza con decisión—. Por eso he venido, para que sepa usted que la culpa no ha sido mía, sino de ella, y para confesar que he pecado y que volveré a hacerlo. Así que... mejor me absuelva usted de antemano y nos ahorramos el trabajo los dos.

—Pero eso no puedo hacerlo, Teodoro... Los pecados se perdonan una vez se han cometido.

—¡Oh, pero es que éste lo voy a cometer, se lo aseguro!

—¿Tanto le gusta ese libro? —preguntó, frotándose la barbilla.

—¡A ver, Padre, se lo voy a explicar bien clarito para que lo entienda!... He cumplido sesenta y siete años y mi próstata se empieza a resentir, ¿entiende? Y ese libro me ha dado... alegría, sí señor, así que no me pida que lo deje porque

no lo pienso dejar, es más, en cuanto lo termine lo voy a releer. Usted aún es

muy joven y no lo puede comprender, pero a lo mejor estas son las últimas alegrías que me llevo de este mundo. Cuando llegue a mi edad lo comprenderá

perfectamente, el cuerpo no responde cuando uno quiere, así que cuando algo consigue despertarlo, no hay que hacerle ascos. ¿Me comprende usted?

Carla observó con impaciencia cómo Teodoro abandonaba lentamente el confesionario y, con decisión, se levantó del banco, se colgó con rabia al hombro

su bolso de Desigual y se acercó al reclinatorio con todo el salero de sus veinte

años.

—¡Ave María Purísima!

—Sin pecado concebida.

—Vengo a confesarme por mí y por mi novio, Padre.

—Me temo... —El cura ahogó una risa— que la confesión todavía es personal e intransferible, Carla. Luis tendrá que venir él mismo si quiere la absolución.

—En ese caso, seguirá en pecado.

—Bien... deduzco que habéis pecado juntos.

—Como siempre, Padre, pero esta vez la culpa no ha sido nuestra, sino de Marta, la hija de Matías. ¡Ha sido culpa suya, Padre!

—¿Por su libro?

—¿No me diga que usted también lo ha leído?!

—Pues no, no lo he leído, pero parece que otros sí lo habéis hecho.

—¡Ah, bueno! Ya me parecía a mí raro que usted lo leyese. Supongo que siendo cura le estará prohibido, como trata de sexo...

—Entiendo.

—¡Oh, no, no creo que lo entienda, Padre! ¡Las cosas que cuenta en ese libro son monstruosas!

—En ese caso... deberías dejar de leerlo.

—¡No es tan fácil! —Tragó saliva—. Bueno, pues... además de acusarme del acto en sí... tengo que acusarme de otra cosa, Padre...

—Dime.

—¡Caray, qué difícil! —resopló—. Bueno, pues sólo hay una forma de contarlo... Verá, el otro día Luis apareció con el manubrio...

—¿El qué?

—¡El manubrio, Padre, el manubrio! —susurró con rabia—. ¡Un consolador!

¡¿Se lo puede creer?! Se le metió entre ceja y ceja que tenemos que ser más modernos y apareció en el bosquecillo de los álamos con semejante artefacto del

demonio. ¡No le di un guantazo de puro milagro! Pero claro...una vez metidos en faena...

—Entiendo. Lo usasteis.

—¡¿Qué si lo usamos?! ¡Vaya si lo usamos! —Su enfado subía de intensidad

—. ¡Llevamos dos años juntos, dos años, Padre, dos años en los que cada vez

que he pecado con él he venido muerta de vergüenza a confesarme, y ahora descubro, después de dos años, que los orgasmos existen de verdad, que no son

palabras raras de las revistas femeninas, no señor, existen realmente, y he tenido

que descubrirlo con un manubrio que vibra! ¡¿Se lo puede creer?! ¡Con Luis nunca lo he sentido, y lo he sentido con ese cachivache!

—¿Por eso estás tan enfadada?

—¡Padre, que a mí me haya gustado el manubrio es una cosa, pero que le haya gustado a él... oh, eso no se lo perdono! —El cura tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para mantener la compostura—. ¡Me lo quise llevar a

casa, pero me lo quitó de las manos el muy perro, así que cualquier día... no se

sorprenda si le encontramos como al señor Rogelio!

—Ave María Purísima —dijo María la castañera.

—Sin pecado concebida.

—Padre, tiene usted que hacerme un favor, tiene que hablar con mi nieta, la Isabel.

—¿Qué le ocurre?

—Está desatada, Padre, no hay otra palabra para decir lo que le pasa. Está desatada y todo por culpa de esos libros. ¡Esos malditos libros! ¡Oh, perdone, Padre, perdone, pero es que estoy muy enfadada con la hija de Matías!

—¿Pero qué ha hecho su nieta?

—Pues verá... Mi nieta, la Isabel, siempre ha sido una niña muy buena, nunca nos ha dado un disgusto, pero, desde que se ha comprado esos libros... bueno, pues yo la oigo por las noches. ¿Entiende, Padre?

—Su nieta está en una edad difícil, en plena adolescencia, y es normal que...

—¡No, no, no! —exclamó, meneando la cabeza—. ¡No es normal, en nuestra familia nunca ha ocurrido eso, no señor!

—En todas las familias ocurre eso, se lo aseguro.

—¡En la mía no! —sentenció—. ¡Nosotros siempre hemos respetado el sexto mandamiento! ¡Siempre!

El cura ahogó una risa, recordando cómo la madre de Isabel confesó en aquel mismo lugar que estaba embarazada de la niña. A la abuela le dijeron que la nieta era sietemesina y ella se lo creyó, o se lo quiso creer, y de ahí ya nunca nadie la sacó.

—Creo que esto sería mejor que lo hablase usted con ella.

—Ya lo he hecho, Padre, pero no ha servido para nada. ¿Sabe lo que me dijo cuando le pregunté qué hacía por las noches?... Me contestó: “Sentir, abuela, sentir”. Y cuando le dije que eso era pecado me dijo que cómo iba a serlo si lo

había creado Dios.

Cuando la voz ronca y desabrida sonó al otro lado de la rejilla, el cura apretó la mandíbula; nunca le había gustado aquella mujer que, más que confesar sus pecados, parecía regodearse en ellos.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

—He pecado contra el sexto mandamiento, pero esta vez no ha sido culpa mía, sino de “esa” que ha llegado al pueblo.

—¿Esa?

—La hija de Matías. La que se pavonea por ahí como si fuese una estrella de cine.

—¿Y qué culpa tiene ella de sus pecados?

—¡Me ha incitado! —contestó con contundencia—. ¿Acaso eso no es también un pecado, la incitación al pecado?

—La decisión de pecar es suya y sólo suya —resopló, mirando su reloj.

—¡La culpa la tienen sus libros! ¡Las historias que cuenta en ellos son monstruosas, ponen los pelos de punta y alteran los sentidos! —Su voz no era más que un gruñido continuo—. Yo estaba tan tranquila en casa leyendo uno, el segundo... cuando oí fuera al barrendero...

El cura abrió los ojos sorprendido. Aquello era nuevo. La mujer del notario se había beneficiado a todo cuanto en el pueblo era digno de ser beneficiado, sin necesidad de incitación alguna, pero de Benito, el barrendero, nunca había oído

nada.

—Benito...

—¿Acaso hay otro?

—Benito es un hombre casado... como usted.

—¡Yo tengo necesidades que mi marido no satisface, ya se lo he contado

muchas veces! —dijo con furor—. Y a él no parecieron importarle mucho sus votos matrimoniales cuando salí al balcón. ¡No tuve ni que decirle nada, me entendió a la primera mirada y subió a casa corriendo!... No es que sea un hombre muy guapo, la verdad, pero cuando le vi con el escobón en las manos y esos brazos tan fuertes, no lo pude evitar, la tentación fue superior a mí y...

—Está bien... rece tres Ave Marías y...

—¡Espere, que hay más! —El cura cerró los ojos y respiró profundamente—.

Yo soy una mujer con necesidades, con grandes necesidades que mi marido no satisface y si encima “esa” me las espolea, pues pierdo el rumbo... Por eso, cuando el viernes llegó el sargento para hablar con mi marido sobre no sé qué tema... pues eso, que mi marido no estaba, pero yo sí y...

—Bien... rece...

—¡Espere, que hay más! Yo... le hice al sargento cosas que nunca le había hecho a un hombre, ni siquiera a mi marido, y le gustaron tanto que creí que se volvía loco y yo me puse tan caliente que...

—No hace falta que siga.

—Pero...

—¡He dicho que ya está!

El cura cortó lo que parecía la historia interminable. La mujer del notario siempre había sido una caja sin fondo en lo que a tentaciones consumadas se refería, pero, al parecer, desde la llegada de Marta al pueblo, la caja se había convertido en cajón.

Cinco confesiones más tarde, el olor a lavanda suavizó el ambiente, un tanto enrarecido, del confesionario, cosa que el cura agradeció, pero la voz al otro lado de la rejilla no conseguía salir. El lento lagrimeo de sus ojos era continuo, las manos se entrelazaron y por su boca se escapó un profundo suspiro.

—¿Qué le ocurre, Serafina? ¿Se encuentra usted mal?

—No, Padre, estoy bien. Es sólo que... es difícil contar algunas cosas y no sé muy bien cómo hacerlo.

—Pues como lo ha hecho siempre, mujer: con sinceridad.

—Pues ese precisamente es el problema, Padre —dijo, sacando de la manga de su camisa un pañuelo y limpiándose los ojos—. Porque desde la primera vez

que vine a confesarme con usted, he sido de todo menos sincera.

El cura alzó las cejas. Que le sorprendiese la mujer del notario era una cosa, pero que lo hiciese Serafina, la dulce y tierna Serafina, era otra.

—Nunca he sido sincera, Padre, ni con usted ni con nadie, pues a nadie he contado la auténtica realidad de mi vida —suspiró—. Quería hacerlo, de veras que quería, no se imagina las veces que estuve tentada de acudir en busca de ayuda, pero no tuve valor, y por eso... hice cosas terribles.

—Estoy convencido de que no será para tanto, mujer —dijo él con una sonrisa tierna.

—¡Oh, sí, sí que lo es, estoy segura de ello! —suspiró profundamente—. De lo que ya no estoy tan segura es de si usted está preparado para oírlas. Si le parece bien... voy a empezar por las más suaves.

—Empiece por donde quiera, Serafina. Ya sabe que Dios todo lo perdona.

—Eso dice la Biblia, sí... —Se sonó con fuerza y guardó el pañuelo bajo el puño de su camisa, al tiempo que sus ojos se secaban y su cabeza se erguía—.

Bien, pues lo primero de lo que me acuso es precisamente de mi falta de sinceridad cada vez que me he confesado. Le pido disculpas por ello, aunque el

motivo no se lo puedo contar hasta dentro de unos días —El cura pestañeó desconcertado—. Lo segundo, es que... he descubierto mi cuerpo. —La boca del

párroco se abrió sola—. ¡Quién me iba a decir a mí que a los setenta y dos años

iba a saber lo que era un orgasmo, igual que una quinceañera! Yo no daba crédito

a lo que me estaba pasando, pero me pasó, me pasó... Todo ocurrió cuando comencé a leer *Sueños de princesa*, y más concretamente la historia del fontanero... ¿Usted ha leído ese libro, Padre?

—No...

—Lo ha escrito Marta, una de las gemelas de Matías, que resulta que además de guapa es inteligente. ¡Para que luego digan que ambas cosas no pueden darse

en una mujer! —Una risa traviesa se escapó de sus labios—. ¡Es fantástica esa chica contando historias, sí, señor, fantástica!

—Serafina, disculpe, pero... usted estuvo casada muchos años.

—Veinticuatro.

—¿Y con su marido nunca...?

—¡Jamás!

—¡Vaya!

—Mi marido tenía... algunas cualidades, no lo niego, pero darle placer a una mujer no estaba precisamente entre ellas. —respiró profundamente—. Bueno, pues lo que le estaba diciendo, ha sido maravilloso descubrir el placer, Padre, y,

lamentándolo mucho porque la Santa Madre Iglesia dice que es pecado, yo seguiré disfrutándolo hasta el día en que me muera. Comprenda usted que tengo

que recuperar el tiempo perdido.

—Pero...

—No se moleste usted en recordarme que es pecado mortal, ya lo sé y asumo las consecuencias.

—Pero...

—Por hoy ya es suficiente, Padre. Deme la absolución.

—Pero...

—Padre, usted no se ha dado cuenta pero... ya son las ocho y media, aún no ha empezado la misa, la gente se está impacientando y nos empiezan a mirar con

mala cara.

La dulce y tierna Serafina ocupó su lugar habitual en el banco, y el cura su lugar habitual tras el altar, pero mientras una cabeza había recuperado cierta serenidad volviendo sus aguas mansas, en la otra el mar se había encrespado y

las olas iban y venían a su antojo. “Pobrecillo —pensó ella, dedicándole una mirada cargada de ternura—. Qué mal se tiene que sentir escuchando nuestras miserias. ¡Si hasta se ha puesto pálido! Menos mal que no se lo he contado todo”.

15

Se preguntó por qué no le sorprendía en absoluto el color elegido. Lo que para otros era rojo pasión, para él era rojo vino. Aquel era el color que inundaba su mente cuando el diablo aparecía de madrugada haciendo de las suyas, como un mal invitado. Abrió la puerta, un precioso atrapasueños cargado de cascabeles comenzó a repiquetear con alegría, y allí al otro lado estaba ella, subida en una

gran escalera, colocando libros en una estantería y mostrando a quien pasase ante la tienda sus largas y preciosas piernas bajo una minifalda vaquera que no merecía tal nombre y que alteró toda su bilirrubina.

—¡Vaya! ¡Menuda sorpresa, Padre!... Bienvenido.

—¡Bájate de ahí!

—¿Por qué? ¿Teme que me caiga?

—¡Estás dando un espectáculo! ¡Llevas una falda demasiado corta, se te ve desde la calle! ¿Es que no lo has pensado?

—Pues sí, es una falda corta, por eso precisamente me la compré. ¿No le gusta? —Le regaló una sonrisa—. ¡Oh, no me diga que le he vuelto a escandalizar!

—¡Quieres bajar de una vez!

—No se sulfure tanto, Padre —rio, bajando lentamente los peldaños—. Al fin y al cabo el cuerpo lo hizo Dios. ¿Y qué le trae por aquí, la curiosidad, tal vez?

—Tengo que hablar contigo.

—¡Huy, huy, huy, cuando se pone tan serio da miedo! —dijo, mirando preocupada su ceño fruncido—. ¿Le apetece un café?

—No, no quiero un café, quiero hablar contigo de algo importante.

—¡No me diga que los peces han presentado reclamación! —dijo, divertida, yendo hacia la cafetera.

—Te agradecería que apartases el sarcasmo, esto es muy serio. —Marta acercó la taza de café a los labios y le miró fijamente—. ¡El confesionario no da abasto! ¡Lo que ha ocurrido de un tiempo a esta parte no había pasado nunca! ¿Entiendes?

—Pues no estoy muy segura de comprenderle bien. —Se mordió el labio—.

Veamos... ¿Me está usted diciendo que los pecados lo desbordan?... Bueno, pues

eso no debería ser ningún problema, Padre, para eso son los confesionarios, para

depositar en ellos cuantos más pecados mejor, pero si tiene usted un problema de

*overbooking*... ¡Con poner un dispensador de números como en la carnicería, asunto resuelto!

—¡No me fastidies, Marta, sabes perfectamente de qué estoy hablando! ¡Tus libros están escandalizando!

—Hemos llegado al meollo de la cuestión —susurró, apoyándose en el mostrador y encendiendo un cigarrillo—. Curiosa palabra esa: “escandalizar”.

Pues digo yo que si tanto les escandalizan, con no leerlos, problema solucionado.

¿No le parece?

—¿Te gusta escandalizar, Marta? —Sus mandíbulas, las de ambos, no podían estar más prietas—. ¿Por qué escribes esas cosas?

—¿Qué cosas, Padre?

—¡La gente dice que escribes cosas monstruosas, sí, esa es la palabra que más se ha repetido, monstruosas!

—La gente dice... la gente dice... ¿Y qué dices tú? ¿Te parecen monstruosas las cosas que escribo? —La sorpresa que percibió en sus ojos se lo dijo todo —.

¡Oh, vaya, así que tú no los has leído!

—Yo...

—¡Y tienes la poca vergüenza de presentarte aquí para echármelo en cara y pedirme explicaciones amparándote únicamente en dimes y diretes!

—Yo...

—¡Qué decepción! ¡Esperaba más de ti, la verdad!

Apagó el cigarrillo con rabia y le dio la espalda. Comenzó a desembalar una caja que recibió toda su furia; las tijeras la destrozaron, pero el sonido del metal contra el cartón tuvo la extraña capacidad de sosegar el corazón del cura, que recuperó lentamente su ritmo habitual, permitiéndole respirar por fin con serenidad.

—¿Estás... estás refunfuñando, Marta? —le preguntó, sorprendido.

—¡¿Aún estás aquí?! —exclamó ella, irguiéndose con furia—. ¿No temes lo que la gente diga?

—Marta, yo...

—¿Tú, qué?

—Creo... creo que me he precipitado... Te pido disculpas.

—¿De corazón o para salir del atolladero?

—De corazón... —La suavidad de su voz la desarmó por completo—. Lo siento, de veras que lo siento.

En su mirada no sólo había arrepentimiento, había tristeza, había desconsuelo, había abandono, había miedo... y había deseo. Brillaba en sus pupilas, se asomaba entre sus pestañas y se escondía entre los mechones de su pelo.

—Lo siento.

—Disculpas aceptadas.

—Has hecho un buen trabajo aquí —miró en redondo y una pequeña sonrisa asomó a sus labios—. La librería ha quedado muy bonita.

—Gracias —respiró lentamente—. Sí, tengo que reconocer que el resultado me gusta, claro que... mi amigo el del aserradero ha trabajado de lo lindo —se lo

espeté con ganas—. Ahora tendré que buscar a alguien que se haga cargo cuando

me marche.

—¿Marcharte?! ¡Creí que te ibas a quedar!

—Esa era la idea original, sí, pero... todo depende.

—¿De qué depende, de que la tienda vaya bien?

—¡Oh, no, la librería irá bien, estoy segura! Depende de si lo que me ha traído hasta aquí sale bien, o no.

—Marta... ¿Puedo preguntarte quién es ese hombre por el que has vuelto?

—Me temo que eso no se lo puedo decir, Padre.

—¿Por qué? —una tímida sonrisa se dibujó en su cara—. ¿Qué ha pasado con la sinceridad, Marta?

—Verá, él... está casado.

16

El trabajo que conlleva poner en marcha un negocio le impidió visitar el confesionario, cosa que él agradeció en el alma pues, a las dudas que la inundaban se unió la confesión hecha fuera del Templo Sagrado, confesión que

le había puesto la cabeza del revés y le había soliviantado. Pero una vez la librería estuvo instaurada, Marta retomó sus planes y hacia la iglesia se encaminó para atormentarle, pues sus sacos de paciencia estaban cargados y rebosantes, no en vano los había ido llenando con el paso de los años, mientras

que los del cura estaban al límite de su capacidad, llegando a su punto más álgido.

Y aquella tarde comenzaron las que serían las últimas confesiones de Marta, en las que se conocerían realmente, en las que hablarían sus almas, porque los cuerpos y las bocas mienten, pero no las almas.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

—Me temo que he vuelto a pecar, Padre. Pero esta vez no ha sido por lo de siempre.

—¿No me digas que has matado a alguien?

—A eso aún no he llegado, y espero no llegar nunca.

—Ojalá tuvieses tan claros los demás Mandamientos de Dios.

—No sea cínico, Padre. Usted los tiene tan poco claros como yo.

—¿Qué quieres confesar, Marta?

—¿Por qué se enfada?

—No estoy enfadado. ¿Qué quieres confesar?

—¿Por qué me miente?

—¡Oh, por el amor de Dios!

—Bueno, está bien... He venido a confesar una mentira. No me gusta mentir, pero he tenido que hacerlo.

—Has tenido que hacerlo... Ya.

—No me hable con condescendencia. No lo soporto.

—Veo que utilizas bien las palabras, Marta.

—¿Por qué se sorprende? ¿Acaso cree que es usted el único que puede hacerlo, o es simplemente porque soy mujer y el acceso a la cultura me debería

estar negado?

—¡No digas tonterías! ¿Por qué habría yo de pensar algo así? ¡Es absurdo!

—Sí, claro, como tantas otras cosas. Bueno, pues lo dicho, he mentido y quiero que me perdone, ya está.

—¿Y por qué has mentido?

—¡Ay, Padre, no debería usted dejar que la curiosidad anidase en su alma, no es bueno! —susurró, haciéndole sonreír—. He tenido que mentir, no me ha quedado más remedio.

—Y no te gusta hacerlo.

—No. Es lo que más detesto en el mundo: la mentira.

—Pero no te ha quedado más remedio que hacerlo. —Se le escapó una risa—. Siempre se puede evitar una mentira, Marta. No hay por qué mentir.

—No tuve más remedio. ¿Me da la absolución, por favor?

—Me gustaría saber cuál fue la mentira —dijo, divertido, al verla tan agobiada.

—No creo que sea de su incumbencia, Padre. Yo confieso, usted perdona, esto funciona así, ¿verdad? ¿O es que las cosas han cambiado desde la última vez que vine?

—Me temo que mi curiosidad empeora con los años —dijo con desazón, provocándole una risa.

—En ese caso... tendré que hacer una obra de caridad y saciar esa curiosidad que le domina. Pues verá... Ayer entró en la tienda un hombre, estaba alterado, sí, esa es la palabra, muy alterado y...

—¿Le conocías?

—No, nunca le había visto, no es de por aquí. Pero por favor, no me interrumpa, me hacer perder el hilo. —El cura acalló la risa con la mano—.

Bueno, pues eso, que no le conocía y que estaba alterado. Se puso a ojear los libros de un expositor, haciéndose el interesado, pero supe que quería decirme algo y...

—¿Cómo lo supiste?

—¡Quiere dejar de interrumpirme, así no acabaré nunca! —contestó, exasperada—. ¡Esas cosas se notan! Él quería hablar, de modo que me senté en

la escalera... ya sabe, esa desde la que pervierto a los viandantes, y esperé.  
Fue

cuestión de tiempo. Cogió un libro y mirándome muy serio, lo abrió y comenzó a leer una de las historias. Cuando terminó me preguntó quién me la había contado y...

—¿Y quién te la había contado?

—¡Oh, por Dios, esto es insufrible! —exclamó, haciéndole estallar en una carcajada ahogada—. Ni se lo dije a él, ni se lo puedo decir a usted; las fuentes

no se revelan. Así que le mentí.

—Bueno, por lo que me cuentas veo que no es más que una mentira piadosa.

—Ya. Pero una mentira es una mentira.

—Bueno, Marta, pero una mentira piadosa no hace daño.

—A mí sí.

—Te doy la absolución, pero creo sinceramente que no deberías dejar que algo así te atormentase, no me parece tan importante, la verdad.

—Bueno, eso es porque usted no conoce toda la historia.

—¿Cómo se titula el libro?

—No importa.

—¿No quieres decirme el título? —preguntó, divertido.

—No, no quiero. Ya bastante fama de escandalosa tengo, usted mismo lo dijo, que me gusta escandalizar. ¿No lo recuerda? Porque a mí no se me ha olvidado.

—No era mi intención ofenderte, te lo aseguro.

—Pues lo hiciste, te lo aseguro.

Se quedó ensimismado escuchando el sonido de sus tacones sobre el pavimento, sin entender a aquella mujer que era tan libre para algunas cosas y tan conservadora para otras.

—Ave María Purísima —susurró una voz al otro lado.

—Sin pecado concebida.

—¿Pero qué es esto? —exclamó la anciana—. Padre, aquí alguien ha olvidado algo.

El cura abrió la cortinilla, por la que la anciana le entregó *El demonio entre las piernas*. Las mejillas del sacerdote se tiñeron del mismo rojo vino de la fachada de la librería, pero, al ver las cataratas en los ojos de la feligresa, respiró aliviado. Dejó el libro a un lado y comenzó con la confesión, sin escuchar ni una

sola palabra de lo que la buena mujer le contaba.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

—Padre, yo... me temo que he pecado —dijo tan bajito que parecía realmente arrepentida.

—Ya, bueno, si no fuese así no estarías aquí.

—¡Vaya, hoy estamos sarcásticos!

—¿Y qué has hecho esta vez? —sonrió—. ¿Has vuelto al lago a escandalizar

a los peces?

—He pecado pensando en un hombre.

—¿El hombre casado?

—Sí. Yo... no puedo resistirme a él. Cada vez que le veo, siento cosas tan bonitas que...

—No me des más detalles.

—¿No quiere saber los detalles? ¿Pero qué clase de cura es usted?

— *Ego te absolvo in...*

—No he terminado, Padre, hay más.

—Está bien, te escucho.

—Yo... verá, no me porto bien con él. —Parecía compungida—. Él es un hombre felizmente casado y yo... bueno, le atormento.

—Pues deja de hacerlo.

—¡Oh, sí, eso es muy fácil decirlo, pero es que no puedo!

—¿Por qué?

—¿Por qué va a ser, Padre? ¡Porque le quiero!

—Pareces muy segura de tus sentimientos hacia él.

—Sí, lo estoy. Completamente segura.

—¿Y él... te quiere?

—Sí.

—Ya... Te quiere, pero está casado.

—Bueno, las cosas no siempre son tan fáciles como puedan parecer a simple vista.

—¡Marta, por favor, tú eres una mujer inteligente! Cuántas veces habrás oído historias de hombres casados que prometen dejar a sus mujeres para irse con la

que dicen querer. ¡Nunca lo hacen, deberías saberlo!

—Él nunca me ha prometido tal cosa, la verdad. Verá, entiendo su planteamiento, pero en él hay una ligera laguna, algo que usted no sabe. Ese hombre al que quiero, aún no sabe que me quiere.

—¡Pero qué tonterías estás diciendo, Marta, por favor! ¡Es un hombre casado, apártate de él y no destruyas su familia!

—¡Oh, no, yo no pienso destruir nada! Él se dará cuenta de que me quiere y vendrá a mí. Estoy segura.

—¿Tan segura estás de tus... encantos?

—¿Se refiere a mi cuerpo?... Bueno, tengo que reconocer que a los hombres les gusta, siempre me lo han dicho y...

—¡Para ya, por favor!

—¿Por qué? ¡Usted me ha preguntado! ¿Para qué pregunta si no quiere oír la respuesta? Es un poco incongruente, ¿no cree?

—Marta, te doy la absolución y te aconsejo que le dejes tranquilo. Es lo mejor para todos.

—Para mí, no. Yo le quiero con todo mi corazón, y le necesito en mi vida.

—Pues en la vida no se puede tener todo lo que se desea.

—¿Lo dice por experiencia propia, Padre?

—Marta, ya tienes la absolución, puedes irte.

—¿Me está echando? ¿Le parezco un caso perdido?

—No llegaremos a ninguna parte si seguimos hablando. Yo creo que debes dejarle y tú no quieres. Es absurdo seguir discutiéndolo, es mejor que te vayas.

—Creía que todos éramos bienvenidos en la casa de Dios, sobre todo los pecadores.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

—Qué poca gente hay hoy. ¿Qué ha pasado con el *overbooking*?

—Estarán todos leyendo —dijo, provocándole una risa—. ¿Qué quieres confesar?

—Pues qué va a ser, Padre, lo de siempre. ¿Por qué han tenido que poner el sexto Mandamiento en la lista? Si lo quitasen nos ahorraríamos muchos problemas.

—Las normas son las normas.

—¿Pero es que no saben que es imposible acatarlo?

—¿Puedo preguntarte algo, Marta?

—Claro.

—Cuando sales de aquí... ¿Te vas pensando en pecar de nuevo?

—No.

—Bien, bien, eso es un avance.

—No lo crea, Padre. Cuando salgo de aquí, ni me molesto en pensar si volveré a pecar, porque sé que lo haré. Sería una pérdida de tiempo, ¿comprende?

—Lo que no comprendo es que si pecas porque como tú dices no se puede evitar, luego sientas tantos remordimientos por haberlo hecho y quieras confesarlo.

—Bueno, eso es culpa suya.

—¿Mía?

—Por supuesto. Cuando me dio aquel catecismo me lo aprendí tan bien que se me ha quedado grabado dentro como un mantra, y las palabras a veces me asaltan por la noche y no me dejan dormir, me hacen dudar, así que vengo a confesarme, me quedo tranquila por un tiempo, pero sé que volverá a pasar, una

y otra vez. Es como una gran rueda de molino que nunca deja de girar.

¿Entiende?

—Sí... Las dudas pueden asaltarnos y no dejarnos vivir tranquilos. Pero yo no soy responsable de ello, cualquier sacerdote en mi lugar te habría pedido lo mismo para hacer la comunión.

—No le hago responsable sólo por lo del catecismo, sino también... por lo otro.

—¿A qué te refieres?

—No importa. Eso no se lo tengo que contar porque ya lo confesé en la ciudad y ya me absolvieron.

—Pues me gustaría saberlo, la verdad.

—¡Ay, Padre! ¡Esa curiosidad, debería controlarla! —dijo, haciéndole reír—.

Pues verá, mi despertar al mundo del sexo tuvo un culpable... usted.

—¿Qué?!

—Escuchando su voz aquí en la iglesia tuve mi primer orgasmo, y a partir de ahí ya no pude parar, cada vez que recordaba su voz mi cuerpo respondía y yo sentía cosas tan bonitas que...

—¡Por el amor de Dios, cállate ya!

—¿Para qué pregunta?

—¿Cuántos años tienes, Marta?!

—¿Pero por qué se enfada?

—¡Deberías empezar a crecer de una vez! —Las palabras ya no podían seguir encerradas por más tiempo, necesitaban salir—. ¡Tenías diez años entonces, aquellos recuerdos ya deberían formar parte del pasado, deberías centrar tu vida

y dejar de jugar a ser niña y mujer a la vez! ¡La niña ya no está, Marta, empieza

a pensar y a actuar como una mujer!... ¡Venir a un pueblo a escandalizar a la gente, a presumir de lo lista y libre que eres, es un poco grotesco, e intentar escandalizar a un cura con relatos eróticos me parece el colmo del mal gusto y el

mayor de los egoísmos!... ¿Qué quieres demostrar? ¿Que sabes escribir? ¿Que sabes hablar? ¿Que eres libre? ¿Que haces lo que quieres, cuando quieres y con

quien quieres?... ¡Pues bien, yo ya lo sé, y todo el pueblo también!... ¡¿Y ahora qué, Marta, qué más quieres?!

—Yo no pretendo presumir de nada. Busco respuestas, respuestas que nadie me da y que necesito conocer.

—¿¿Para qué?! ¡¿Para escribir más libros?! ¡¿Para ganar más dinero?! ¡¿Para ser más importante?!

—Para ser feliz. Para vivir sin miedo. Para amar con libertad.

—¡Ese amor tan pleno quizá no exista! ¿Nunca te lo has planteado?

—Sí, existe. Yo lo siento.

—¿Y si es tan pleno por qué no está a tu lado, Marta?! ¡Vives en un mundo de fantasía que te has fabricado a tu antojo!

—Vivo en el mundo real, un mundo que no me gusta pero que intento comprender, por eso hago preguntas, porque no lo entiendo y tengo dudas... Igual que tú.

—¡No sé de qué me estás hablando!

—Lo sabes perfectamente. Tú también tienes dudas, pero desde el otro bando, desde el bando de los buenos, como os hacéis llamar. Pero ni los malos somos tan malos, ni los buenos sois tan buenos.

—¡Se te dan bien las palabras, tengo que reconocerlo!

—¡A ti también! ¡Pero yo las uso para preguntar, para saber, tú las has usado para herirme! ¡Decir que soy una niña caprichosa, consentida y egoísta ha sido cruel y no me lo esperaba de ti! ¡Vengo aquí, a la casa de Dios, a mi casa, en busca de respuestas que necesito para vivir! ¡Si no las tienes, dílo, reconócelo, pero no me trates como si fuese un caso perdido, una estúpida ninfómana que sólo busca follar, porque no es así y lo sabes!

—¡No lo sé y no tengo por qué saberlo!

—¡Sí lo sabes, no te escondas tras la sotana! ¡Quizá tú también tengas que crecer, quizá las respuestas que había hasta ahora y que te producían paz y serenidad ya no lo consigan! ¡Quizá también buscas otras respuestas, como yo!

¡A lo mejor te sientes tan perdido como yo, tan infeliz como yo, y por eso te molesta tanto escuchar en mi boca tus propias dudas!

—¡Yo no soy como tú!

—¡No, tú no eres como yo! ¡Tú eres más soberbio, más orgulloso y más embustero!

17

Clavó con decisión la aguja en el acerico, cerró su impecable costurero y se echó sobre los hombros su rebequita negra, que en aquel momento no le hacía ninguna falta pero que agradecería una vez estuviese en el Templo. Salió de casa,

recorrió el pueblo a paso ligero y llegó hasta la iglesia, cruzando con decisión sus puertas guiada por la misión que hasta allí la había llevado y que no era ni más ni menos que informar al Pastor de lo que ocurría en su rebaño, porque lo que estaba pasando en el pueblo era un completo y absoluto escándalo y, aunque

el asunto estaba en boca de todos, él parecía ser el único que no se había enterado, cosa muy extraña teniendo en cuenta que Maruja también se ocupaba de su casa.

Así que, ni corta ni perezosa, en la iglesia se plantó con la sana intención de informarle convenientemente de lo que la presencia de la hija de Matías estaba provocando porque, lo que era confesarse... ni se le pasó por la cabeza.

Acusarse de sus pecados era algo que Manuela había dejado de hacer treinta años antes, concretamente el día de las Fiestas Patronales, cuando se presentó sin

avisar en la casa del cura llevando en sus manos la casulla que éste le había enviado para remendar. De aquel terrible día tan sólo era capaz de recordar algunas cosas, porque las imágenes se habían difuminado en su mente por la impresión y por el paso de los años; las siluetas de los cuerpos en la cama... los

gemidos que salían por la boca de la mujer, a la que no consiguió ver la cara bajo

el enorme cuerpo de don Jeremías... el olor del sexo, que todo lo impregnaba...

y las palabras perfectamente moduladas que salían por la boca del Santo, como

todos le llamaban.

—*¡Ábrete más, cariño, ábrete más, quiero metértela hasta el fondo, hasta el fondo, hasta el fondo!*

Antes de salir de allí corriendo, había tenido el tiempo justo de ver los ojos desorbitados del Santo cuando repararon en su presencia. La casulla cayó al suelo, y al suelo habría caído también ella si no fuera por las ganas de correr que le entraron y que la llevaron hasta su casa en un tiempo récord. En una silla de la cocina se desplomó, respirando entrecortadamente, con las mejillas encendidas,

con la mente desquiciada, mientras su mano temblorosa iba hacia el aparador y

cogía la botella de *Sanson*. Aquel día se juró que nunca volvería a confesarse, ni con él ni con ningún otro cura, y tachó de su lista al Santo, pero se guardó mucho de contarle a nadie lo que había visto, olido y oído, sabedora de que los

rumores que habían corrido por el pueblo acerca de su afición a la botella resurgirían de inmediato si por su boca salía una sola palabra contra el cura más

querido y respetado de la comarca; nadie en su sano juicio creería sus palabras,

ni le bajarían del pedestal en el que le habían colocado.

Pero si bien las palabras nunca fueron pronunciadas, las miradas que

comenzó a dirigirle a don Jeremías fueron aterradoras, tan aterradoras que cuando meses más tarde la noticia de su marcha corrió de casa en casa

provocando una exclamación de asombro tras otra, ella supo que habían sido el

motivo que la había provocado, y nada de lo que oyó la hizo cambiar de parecer,

ni tan siquiera se planteó que los remordimientos que sufría el sacerdote fuesen

la causa de su partida; estaba completamente segura de que sus miradas habían sido lo suficientemente potentes y perturbadoras como para hacerle tomar las de

Villadiego.

—Buenas tardes, Padre.

—¡Vaya, me alegro de verla por aquí!

—No he venido a confesarme. Tengo que contarle algunas cosas que usted debe saber.

—¿No quiere confesarse?

—¡Calle y escuche! La hija de Matías está revolucionando el pueblo. Todo el mundo lo sabe, menos usted, y tiene que hacer algo al respecto.

—No la entiendo, Manuela.

—¡Pues está bien claro, no hay más que mirarla! ¿O usted no ha visto cómo se viste y cómo se mueve?

—El hábito no hace al monje...

—¡No me venga con pamplinas, Padre! ¡Esa chica es un problema, lo que está pasando en el pueblo es muy serio y usted tiene que hacer algo!

—¿Y qué quiere que haga yo?

—¡Usted es el cura, a usted le escuchará! ¡Tiene que hablar con ella!

—¿Para decirle qué, Manuela?

—¡Oh, por el amor de Dios! ¿Es que hay que dárselo todo hecho? —El cura ahogó la risa—. ¡Para empezar, una mujer que se precie debe vestir con recato!

¡Y luego podría usted decirle que no se pasee por el pueblo con esa libertad, los

hombres la desnudan con los ojos, no hay más que ver las miradas que le echan!

¡Y ahora, encima, ha abierto una tienda de libros, ni más ni menos que de libros!

—¿Y puedo saber qué tiene usted en contra de los libros, Manuela?

—¡Nada! ¡En contra de los libros no tengo nada, pero en contra de los que escribe ella tengo mucho, sí señor, mucho! ¡Sus libros son pecaminosos,

obscenos, y no deberían venderse! ¡Serafina los tiene todos y no me gusta, no señor, no debería haberlos comprado, usted no se imagina cómo ha cambiado

nuestra Serafina, con lo modosa y comedida que era ella y ahora tiene...

pensamientos raros! No me lo ha dicho, pero yo lo sé.

—¿Lee usted el pensamiento?

—¡No me hace falta, lo sé, la conozco bien!

La noche se había convertido para él en la cárcel que no conocía, la oscuridad en

una losa con la que debía cargar, las sombras en un pesado manto que le cubrían,

los sonidos de los animales nocturnos en lóbrego canto, y los pensamientos

que

le atormentaban en una condena que cada noche cumplía. Se sentía  
sentenciado.

Por eso, cuando las campanas anunciaban las doce, salía de la casa parroquial  
y

recorría las solitarias calles en busca de la paz que su alma no tenía,  
esperando

encontrar en algún vericuetto del camino las palabras que la sosegasen,  
esperando

aplacar en alguna esquina la ira que la consumía, esperando que los adoquines  
de

las callejuelas le devolviesen un eco de la esperanza perdida. Cada noche  
salía con esa ansia, y cada noche la perdía, se quedaba escondida entre los  
muros de

las casas, entre las enredaderas y las lilas, entre los balcones y las ventanas,  
entre las puertas cerradas y las rendijas.

La temperatura era deliciosa, el termómetro indicaba que el calor sofocante  
había dado paso a una suave brisa, el ambiente había refrescado y un leve  
rocío

en el aire se percibía. Se dijo que tal vez el frescor consiguiese serenar su  
mente aturdida. Las viejas farolas iluminaban el pueblo, ambientado como  
cada noche

por la banda sonora de los grillos, impregnándolo de esa magia que sólo  
tienen

los pueblos cargados de leyendas y de mitos. Llegó a la plaza y allí, sentada  
en la terraza del bar, Marta encendía un cigarrillo.

Tras la luz del encendedor, Marta vislumbró su silueta, podría reconocerla en

cualquier sitio. La noche le había atraído igual que a ella, quizá sus pies estuviesen movidos por las mismas ansias, quizá sus mentes inundadas por las mismas dudas, quizá sus corazones acompasados en sus latidos. Cómo podía encenderle tanto aquel cuerpo que ni tan siquiera había tocado, pero que podía adivinar con total perfección bajo la sotana, como si se acercase a ella completamente desnudo... Lo difícil no sería quitarle la ropa, sino el escudo...

—Buenas noches, Padre.

—Buenas noches, Marta.

—¿Hace una noche estupenda, verdad?

—Sí, así es. No deberías fumar, no es bueno.

—Ya, pero me gusta.

—¿Siempre haces lo que te gusta?

—Cuando puedo, sí. ¿Y usted siempre recrimina? —preguntó con una sonrisa

—. ¿Le apetece un café?

—Gracias, pero... se ha hecho tarde y...

—¿Lo ha leído?

—¿Qué?

—El libro ¿Lo ha leído?

—¿Por qué, Marta? —preguntó, sentándose frente a ella—. ¿Por qué me lo dejaste allí?

—Para que pueda usted opinar con conocimiento de causa y no por

habladurías de la gente —sonrió—. Además, tengo que hacer propaganda de mi

tienda.

—¿En la iglesia? —preguntó, también con una sonrisa.

—Ya sabe lo que dice la publicidad; cualquier sitio es bueno.

—Marta... —Se frotó la barbilla—. ¿Qué has venido a buscar aquí?

—Ya se lo dije, Padre. He venido por amor.

—Creo que más bien has venido por... sexo.

—¿Lo dice por los condones?

—Bueno, para eso se utilizan.

—¿Usted los ha utilizado, los de sabores? —El cura suspiró y se levantó lentamente—. Ya se está enfadando otra vez... ¿Por qué pregunta, si luego le incomodan las respuestas? No me mire así, con esa desaprobación, la palabra *sexo* la ha utilizado usted, no yo. Yo he hablado de amor, pero usted ha hablado de sexo. ¿Por qué lo habrá hecho? —Se levantó despacio, mirándole fijamente

—. Ahora mismo se está preguntando si será verdad...

—¿El qué?

—Que el demonio entró en mi cuerpo a los diez años y aún no ha salido de él.

18

Sintió que le faltaba algo... Miró su atuendo, todo estaba en su sitio, observó el altar pero nada llamó su atención y, entonces lo comprendió... le faltaba su mirada. Esa que se clavaba en él en cuanto salía de la sacristía y que ya no se movía de su cara durante toda la celebración Eucarística, convirtiéndose así en algo más de su día a día, en lo más parecido a una caricia. Alzó la vista y la

buscó entre la gente, la encontró triste, pensativa, ausente, con la cabeza ladeada, la mirada clavada en el suelo y un extraño halo envolviendo su cuerpo, como si

un velo de nostalgia la abrazara.

Él aún no lo sabía pero aquella era la tristeza de Marta, la que él no le conocía, pero que, de cuando en cuando, la invadía, devastándola. Todo había comenzado a los trece años, cuando tuvo por primera vez una visita inesperada.

Unos la llamaban la inoportuna, otros la viajera, otros la molesta, pero para ella

era la tristeza, la más absoluta de las tristezas que tomaba el mando de su cuerpo, de su corazón y de su alma durante cinco días interminables en los que sentía que su vida no le pertenecía, que su cuerpo ya no era su cuerpo, que las lágrimas

tenían látigo, y que la angustia era una insoportable compañera de vida que transformaba lo blanco en negro y en llanto la risa.

El sacerdote, desconocedor de aquella realidad, comenzó con la celebración, pero el desasosiego que le produjo aquella melancolía le oprimió el corazón el resto de la homilía. Al término de la misma, se dejó guiar por el halo de tristeza.

La encontró en el cementerio, arrodillada ante una tumba, dejando sobre ella lentas caricias.

—Marta...

—Hola...

—¿Qué haces aquí?

—Mi madre siempre dice que la abuela era la mujer más aseada y escrupulosa

del mundo —susurró, apartando despacio las hojas secas—. Y que se revolvería

en su tumba si ésta no estuviese limpia...

—¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien. —Se incorporó, con los ojos brillantes como estrellas—. Es que la echo de menos. Echo de menos sus caricias, sus abrazos, sus consejos... y

su comida —Sonrió—. ¿Usted no la conoció, verdad?

—No.

—Era una persona muy especial.

—Como su nieta —Las palabras le salieron sin pensar.

—Su nieta tiene el demonio en el cuerpo —dijo, poniéndose seria—. Es lo que dice todo el mundo.

—La gente dice muchas cosas, Marta, y eso no quiere decir que sean ciertas.

—Yo... no puedo evitarlo, Padre —dijo, mirando al cielo.

—¿El qué?

—Desear.

—Nuestra fuerza de voluntad debería mandar sobre nuestros deseos, ¿no crees?

—Pero si deseo algo... ¿Por qué no tomarlo? Está ahí para ser tomado, no rechazado.

—La capacidad de decisión es nuestra, está en nosotros, nosotros decidimos.

—¿Pero por qué habría de decidir no tomar algo que deseo tomar? ¿Con qué objetivo?

—Quizá... para fortalecer nuestro carácter.

—No hago nada que pueda dañar a otros. Si deseo sentir placer en mi cama...

¿Qué hay de malo en hacerlo? ¿A quién daño haciéndolo?... A nadie. Pero si decido no hacerlo, mis deseos insatisfechos me hacen daño, y nadie sale

beneficiado con mi renuncia, entonces... ¿Por qué renunciar al placer que

nuestros cuerpos nos proporcionan? Aceptando ese placer nadie pierde,

rechazándolo sí —suspiró profundamente—. Usted vive sin sexo. ¿No se siente

a veces desesperado y atormentado por ello?

—Sí...

—Pues yo... no creo que ese sentimiento fortalezca su carácter, creo que más

bien lo agría. —Miró a un horizonte que sólo ella veía—. Mis padres se levantan

cada mañana con una sonrisa en los labios, yo les oigo por la noche, oigo sus risas, son felices uno en los brazos del otro. ¿Por qué renunciar a esa felicidad que el mismo Dios ha puesto ahí para nosotros, para que la disfrutemos, para que

la vivamos, para que la gocemos?...

El silencio que les rodeó sólo se vio alterado por el cantar de un mirlo que les

observaba atentamente desde lo alto de un panteón. Marta se limpió las lágrimas

que resbalaban por sus mejillas y clavó sus ojos azules, brillantes como mar en

calma, en los ojos del color de la tierra, en los que asomaba una pena infinita.

—¿Le han molestado mis palabras, Padre?

—No, Marta, no me han molestado, me han... emocionado.

19

Los bancos llegaron a la iglesia a tiempo para las Fiestas Patronales, después naturalmente de alguna que otra visita del párroco al aserradero. Todo el pueblo

acudió el domingo a la misa de doce, engalanados para la ocasión y con el único

deseo de pasárselo bien, porque, al fin y al cabo, para eso son las fiestas.

El cura recibió, como cada año, la visita de su hermana Sara, y esto, que siempre había constituido para él un motivo de inmensa alegría, le produjo en esta ocasión una gran intranquilidad, pues su hermana siempre llevaba consigo a

su inseparable amiga... la intuición. La intuición de Sara era famosa en la familia, sus padres, que en paz descasaban ya, decían de ella que cuando entraba

en un lugar era capaz de hacer un croquis de la situación más perfecto que el de

muchos topógrafos. Naturalmente, Sara lo vio claro en su cara tan pronto le miró. La mirada esquiva del cura no consiguió su objetivo, ella supo de inmediato la tormenta que atenazaba su corazón. Tras esta primera toma de contacto, la intranquilidad de él fue a más, mientras que a ella le ocurrió todo lo contrario, una gran calma comenzó a nacer en su interior, pues Sara anhelaba desde lo más profundo de su ser que su hermano rompiera las

cadenas que le ataban, cadenas que le habían recluido en vida en una secta llamada Iglesia. Sara

estaba convencida de que aquella reclusión era como estar muerto en vida, una vida que él desperdiciaba bajo la sotana, y eso por no hablar del sexo, el que marcaba su quehacer diario tras descubrirlo a la temprana edad de quince años y

que desde entonces no había dejado de practicar, formando ya parte de su existencia como el comer, el dormir, o el soñar, y al que se entregaba sin el más

mínimo asomo de remordimiento... ¡Es lo que tiene no creer, que le ahorra a uno

los remordimientos que acompañan siempre a los actos pecaminosos!... Sara se

preguntaba a menudo cómo era posible vivir sin sexo sin volverse loco, y no comprendía que su hermano se mantuviese tan cuerdo.

No tuvo que esperar mucho para conocer a la causante del desasosiego de su hermano. En cuanto la vio en la iglesia, lo supo; el modo en que ella le miraba y

el modo en que él evitaba mirarla, se lo confirmaron. No podría haberse fijado en una mujer más llamativa, exuberante y preciosa que aquella. Pocos hombres

habrían podido resistirse a semejante monumento pues el magnetismo que emanaba de su cuerpo no pasaba indiferente a nadie, como bien pudo comprobar

por las miradas que se posaban sobre su anatomía a cada momento, miradas que

ella no percibía pues sus ojos estaban posados sobre él. Y fue precisamente su mirada lo que la emocionó, desprendía una ternura que le alegró el alma, esa que ella creía no tener. No pudo evitar que los ojos se le llenasen de lágrimas viendo

cómo aquella mujer acariciaba a su hermano con la mirada. Pero, conociéndole,

sabía que estaría luchando con uñas y dientes contra el sentimiento que había nacido en su corazón y decidió que tenía que ser práctica, que tenía que ayudar a

que las Murallas de Jericó cayesen cuanto antes, era su obligación como

hermana, evitarle un sufrimiento inútil, porque estaba claro que las murallas antes o después terminarían por desmoronarse y, cuanto antes ocurriese, menor sería el daño.

Entró en la sacristía, donde él se cambiaba de ropa, sacó del bolso la cajetilla de tabaco y se acercó al pequeño ventanuco, abriéndolo y encendiendo un cigarrillo mientras le miraba concentrada.

—Sara, por favor, no fumes aquí.

—Así que te has enamorado. —La percha que el cura sostenía en la mano sufrió una leve agitación—. No me miras, no hay mayor confirmación que esa, Pablo.

—No sé de qué estás hablando, Sara.

—Sabía que antes o después ocurriría, en realidad no te imaginas cuánto lo he deseado. Bien, ¿y qué piensas hacer?

—¡No digas tonterías, Sara!

—A mí no puedes engañarme, Pablo, a mí no, y lo sabes. Quizá puedas engañarte a ti mismo durante un tiempo pero... antes o después tendrás que aceptarlo y obrar en consecuencia.

—Sara, yo...

—Pablo, por favor.

—¡Oh, Sara! —exclamó, desplomándose sobre una silla y escondiendo el rostro entre las manos—. ¡¿Qué voy a hacer, Sara, qué voy a hacer?!

Liberó entre los brazos de su hermana todas sus angustias, todos sus miedos, todas sus dudas, hasta que se serenó y volvió a ser dueño de su cuerpo y de su mente. Sara tomó entonces las riendas del asunto con alegría. Le dijo que aquello bien merecía una celebración. Le levantó de la silla y le arrastró hacia la verbena. La risa del cura ante la determinación de su hermana atravesó el aire de

la pequeña sacristía, se coló por la ventana pequeña y llegó hasta los oídos de alguien que, bajo la misma, había buscado una sombra donde echar un cigarrillo,

y a quien las palabras pronunciadas allí dentro habían dejado con la boca abierta

y el cigarrillo entre los dedos, consumido.

El campo de la fiesta estaba a reventar. La orquesta amenizaba la verbena con los primeros acordes y todo el mundo parecía pasárselo bien, todos menos el cura, a quien un cuerpo y una mente de mujer habían secuestrado el corazón y el

alma, impidiéndole ver el lado hermoso de la vida. Sara, sabedora de su carácter reflexivo, le arrastró sin miramientos hasta la primera barra, esperando que los efluvios etílicos liberasen su cuerpo de aquella pesada carga. Allí estaba acodado

el farmacéutico, tomándose la segunda copa de vino, como bien atestiguaban sus

mejillas sonrosadas.

—¿Qué os apetece tomar? —les preguntó con una gran sonrisa, en cuanto les vio llegar.

—Tomaremos lo mismo que tú, Napoleón, gracias —dijo Sara, dejando sobre su mejilla un suave beso.

—Por favor, querida, no me llames así. Aquí pocos son los que lo saben, y quiero que así siga siendo.

—Pues no entiendo por qué, la verdad. A mí me parece un nombre con una gran personalidad. ¿A ti no, Pablo?

Pero Pablo ya no estaba allí. Aunque su cuerpo seguía junto a ellos, sus ojos se habían posado bajo el palco de la orquesta, donde, apoyada sobre el tronco de

un árbol, una preciosa mujer era el centro de todas las miradas. Enfundada en un

ajustado vestido rojo con un gran escote que mostraba el comienzo de sus pechos, reía con ganas. Unas increíbles piernas y unos impresionantes zapatos también rojos de tacón de aguja completaban el cuadro, que no podía ser más erótico y llamativo. Los ojos del cura recorrieron extasiado aquel cuerpo. Con el

pelo negro alborotado por el viento y una gran sonrisa en los labios, Marta escuchaba atentamente a alguien que susurraba en su oído, hasta que echó la cabeza hacia atrás y liberó una carcajada, dejando a la vista la cara del hombre

que provocaba su risa... Fernando, el médico, un hombre casado.

El corazón del cura se descontroló, su respiración se aceleró, y su mano llevó con prisa la copa de vino hasta los labios, se la tomó de golpe y, con una excusa,

se alejó de su hermana y de Farma y hacia ella se fue. Pasó ante otra de las barras de la fiesta donde varias mujeres, entre ellas la mujer de Fernando, charlaban animadamente ajenas a lo que estaba pasando. Ganas le entraron de abrirle los ojos, pero la prudencia ganó la batalla a la rabia y contuvo sus palabras. Apretó el paso y llegó hasta el árbol... Marta ya no estaba. La estela de

un vestido rojo perdiéndose por el camino del lago le guio y tras ella se fue, con

la mente ofuscada, con el corazón atolondrado, con la ira dirigiendo sus pasos.

El lago siempre había sido su refugio, el suyo y el de su hermana. A él iban cuando tenían algo que celebrar, a él acudían cuando era necesario discutir temas

importantes, y en él se perdían los días de verano cuando el sol apretaba. Sonrió

al pensar en su gemela, a tantos miles de kilómetros de distancia, feliz entre los

brazos de un hombre que la amaba. Ella también amaba. Por amor había vuelto al pueblo, por amor, deseo y añoranza, para robarle el corazón al hombre que

había ocupado sus noches y sus días desde su marcha. Aquel amor despertado en la infancia, aquel deseo nacido en sus entrañas, lejos de difuminarse con el tiempo había crecido imparable, nada había conseguido detener su avance, y eso

que Marta lo había intentado, repitiéndose miles de veces que era un amor imposible, como una mala hierba que debía arrancar de cuajo pero... cuanto más

lo intentaba, más profundamente se introducían las raíces en su alma. No consiguió sacarlo de su corazón, ni apartarlo de sus pupilas, ni borrarlo de su piel, ni aplacarlo en sus entrañas. Se había mezclado con los nutrientes de su cuerpo y corría por sus venas como barco navega en lontananza, pero... algo había cambiado desde su llegada, algo con lo que no contaba... La

desesperación que había percibido al otro lado de la rejilla del confesionario, la

tenía descolocada. Ser testigo de sus dudas, de su dolor, de su tristeza, de su rabia, tuvieron en ella un efecto devastador y la hicieron dudar de la misión que

hasta allí la había llevado, pues observó la situación desde otra perspectiva... el

dolor del ser amado.

—¿Qué haces aquí, Marta?

—¡Oh, Padre, me ha asustado! —Se giró sobresaltada.

—¿Qué haces aquí? —repitió, caminando hacia ella por el embarcadero en cuyo borde estaba sentada, con los pies metidos en el agua.

—Me estoy refrescando —contestó con una sonrisa—. Hace tanto calor.

—Tienes calor, ¿verdad?

—¿Usted no?

—Deberías irte, Marta.

—¿Por qué? —sonrió, volviendo la vista hacia el lago—. Se está tan bien aquí.

—¡Deberías regresar a la ciudad!

—¿Qué?

—¡He dicho que debes regresar a la ciudad!

—¿De qué está hablando?

—¡Te he visto con Fernando! —Con el ceño fruncido y la mandíbula apretada, lo que salía por los ojos del cura no era una mirada, era pura rabia.

—No sé de qué me habla...

—¡Sabes perfectamente de qué te estoy hablando, no te hagas la tonta!

¡Olvida esta historia y vuelve a tu vida, regresa a la ciudad y déjale tranquilo!

¡No puedes destruir así una familia, no tienes ningún derecho! ¡Tienen hijos!

¡Deberías pensar en ellos antes de lanzarte a la aventura y destrozarte sus vidas por un capricho!

—Ya le dije que yo no voy a hacer nada de eso. Además, no creo que sea asunto suyo. Me dejó muy claro que no le interesaban mis argumentos. ¿Por qué

ahora intenta retomar la conversación donde la dejamos?

—¡Porque no puedo quedarme de brazos cruzados viendo el error que vas a cometer!

—¡Mis errores no son asunto tuyo! —estalló, levantándose y encarándose con él—. ¡Deberías ocuparte de los tuyos y no entrometerte en los ajenos, no son de

tu incumbencia!

—Escúchame...

—¡No quiero!

Caminó por el embarcadero con decisión, pero él, que no estaba dispuesto a que le dejase con la palabra en la boca, en dos zancadas se plantó ante ella, cerrándole el paso.

—¡Quieres hacer el favor de escucharme! —exigió, sujetando sus brazos.

—¡No, no quiero escucharte! —Le apartó las manos de un manotazo—.

¡Cuando fui a confesarme no quisiste hablar conmigo de ello! ¿Por qué ahora me

quieres echar el sermón? ¡No lo necesito, soy adulta y tomo mis propias decisiones, te gusten a ti o no!

—¡No permitiré que cometas semejante error, Marta! —exclamó, subiendo el volumen de su voz.

—¿Que no lo permitirás? ¡¿Pero quién te has creído que eres para

entrometerte?! —le gritó con rabia, intentando ponerse los zapatos—. ¡No tienes

ningún derecho!

—¡PUES ME ENTROMETO! —El grito le salió sin pensar—. ¡TE GUSTE

## A TI O NO, ME ENTROMETO!

La potencia de la voz la sacudió de lleno. Sorprendida por semejante arrebatado de furia, levantó la vista hacia él y perdió el equilibrio, pero allí estaban sus brazos para cogerla al vuelo y apretarla contra su cuerpo... Por primera vez los

cuerpos se tocaron, por primera vez los cuerpos se sintieron, por primera vez las

respiraciones se mezclaron y los ojos se convirtieron en espejos. El hombre tantas veces soñado, se pegó a ella con deseo, haciéndole perder la noción del espacio y del tiempo, del sol que les calentaba, del agua fresca que les rodeaba,

del viento que mecía sus cabellos. Nada existía, salvo sus cuerpos, salvo el latido acelerado de sus corazones en el pecho. Observó extasiada aquella cara angulosa

que tanto había recordado, y en la que las facciones juveniles habían dado paso a

las del hombre que la estaba mirando, deseó acariciarla, rozarla con la yema de

los dedos, sentir el roce de su barba, pero lo que sintió... fue su boca devorándola... Los labios eran más cálidos y suaves que en sus sueños, y

también más apasionados. La lengua entró en su boca y despertó lo que anidaba

en su vientre desde los diez años. Y las manos le confirmaron que el color azul

que les había otorgado, era el adecuado, pues las caricias que le regalaron

parecían nubes de algodón que del cielo hubiesen bajado... El cuerpo le mostró la intensidad de la pasión que lo dominaba, apretada contra su vientre,

dura, caliente y palpitante. Los sueños dieron paso a la realidad y Marta se apartó de

su boca lentamente con los ojos llenos de lágrimas.

—Para...

—Marta...

—Es mejor parar ahora...

Se apartó con dificultad del cuerpo deseado, se apartó con dolor del sueño soñado, se apartó con tristeza del hombre amado... Con los zapatos en la mano

corrió por el sendero del lago, con el llanto inundando sus ojos, con los sentidos

alterados, con la mente nublada por el éxito y el fracaso.

Las piedras de la muralla se tambalearon tan peligrosamente que la sacudida a punto estuvo de hacerle perder el conocimiento. Las señales de peligro ya estaban colocadas, ya sólo era cuestión de tiempo que se produjese el

desprendimiento. Lo inevitable había ocurrido, no podía seguir negando la

evidencia. Había quebrantado sus principios, en un solo momento los había destruido, estaban aniquilados, pisoteados, desperdigados por el suelo hechos pedazos. Todo aquello en lo que había basado su vida, a lo que se había entregado en cuerpo y alma, se había evaporado, desaparecido en un instante como si nunca hubiese existido, como si no hubiese sido más que un sueño.

Regresó a la iglesia lentamente, con el alma partida, con el corazón

destrozado. Se sentó en el último banco y allí, en la soledad de su refugio, su mente reflexiva tomó el mando. Decidió hablar directamente con Dios, se sacó el

corazón del pecho y se lo mostró sin pudor; así sentía, así sufría, latiendo

descontrolado por un amor... Pero el Señor, que tendría cosas más importantes

que hacer que atender las humildes súplicas de un cura de pueblo, tardó en darle

respuesta, hasta que el desasosiego de aquel corazón alcanzó cotas de semejante

angustia y desespero que alguna fibra sensible tocó allá por las alturas y, en el último momento, una pequeña lucecita se iluminó, mostrándole el camino

correcto.

20

El obispo, un hombre de cincuenta y cinco años, alto y atlético, con muy buena planta pero con un corazón muy negro, le recibió en su despacho aquella tarde

de verano en que los pajaritos literalmente se caían y, tras su gran mesa de caoba

y amparándose en párrafos de la Biblia, en los Votos Sagrados y en los Principios conocidos, le echó el rapapolvo de su vida; un sermón que hizo tambalearse las mismísimas piedras del monasterio, el mismo monasterio al que

por la noche hacía ir a una prostituta para dar rienda suelta a sus más bajos instintos, pues a diferencia del cura, el obispo tenía instintos, no deseos.

Pablo, quien no tenía ni la más remota idea de las maquinaciones nocturnas de su Ilustrísima, al igual que todos los que le conocían de día y le tenían como

un ejemplo, escuchó todas y cada una de las palabras perfectamente moduladas

que salieron por su boca, sin imaginar que por aquella misma boca durante la noche salían las más obscenas y denigrantes que se pudiera pronunciar, dirigidas

a una mujer que le alquilaba su cuerpo y a la que su Ilustrísima usaba, dañaba, y

mancillaba, cuando su corazón se volvía completamente negro.

El obispo utilizó todos los argumentos que estaban a su alcance para hacerle

cambiar de idea, no porque creyese que merecía la pena mantener a aquella oveja descarriada en el redil, sino por los inconvenientes que una nueva deserción en sus filas le ocasionaría. Le habló del demonio, del infierno, de todo

lo que se le vino a la mente con tal de infundirle miedo, y eso por no hablar del

desprecio que imprimía en cada una de sus palabras por haber caído, según él:

“Bajo el influjo maligno de una mujer, causantes de todos los males del universo”. La frase causó un profundo impacto en Pablo, pero era tal su confusión en aquel momento que no cayó en la cuenta de que quizá el obispo no

fuese merecedor de ocupar el pedestal en el que le había colocado.

Salió a la calle con las mejillas encendidas, la cabeza atiborrada de palabras y

la promesa de que no tomaría ninguna decisión importante hasta haber hecho unos Ejercicios Espirituales que pusiesen en orden sus “absurdos pensamientos”.

Respiró profundamente el aire de la noche, el mismo que Celeste, la prostituta,

inhalaba con ansia cuando abandonaba aquel monasterio tras cumplir con la misión para la que era llamado su cuerpo.

Dos días más tarde, y tras dejar a un sustituto recién salido del seminario al

frente de la parroquia, el cura abandonó el pueblo en dirección al Santuario,

donde, con un poco de suerte y mucha ayuda divina, le lavarían el cerebro y volverían a poner cada cosa en su sitio; eso al menos era lo que esperaba el obispo.

21

Ya no podía pasar sin el café de media mañana, se había instaurado en su vida igual que la siesta de media tarde. Se aposentó en la terraza del bar diez minutos

antes de la hora convenida.

—¡Dios Santo, Marta, cada día que pasa estás más guapa! —exclamó, cuando la vio aparecer—. ¿Tú no estarás enamorada?

—No digas tonterías —respondió, escondiendo la cara en el bolso en busca de un cigarrillo.

—¡Oh, Señor, que te sonrojes ya es el colmo de los colmos, cariño!

—¡Oh, cállate! —sonrió—. Bueno... ¿Qué es eso tan importante que querías decirme?

—Pues verás, resulta que en las últimas horas el orden de prioridades ha cambiado, los acontecimientos se han precipitado, así que lo primero es lo primero... ¡El cura se ha ido!

—¿Qué? ¿Cómo que se ha ido?

—Se ha marchado.

—¿Adónde?

—Adonde le pongan la cabeza en su sitio —rio divertido—. Al parecer a nuestro querido párroco le han asaltado las dudas, dudas terribles que sacuden

su

alma y le atormentan y, claro, ante las dudas, ha puesto tierra de por medio...

Tú

no sabrás cuál es la causa de sus dudas, ¿verdad cariño?

—No tengo ni la más remota idea, Farma.

—Ya... Y si lo supieras, tampoco me lo dirías, claro.

Farma estalló en risas que le tuvieron ocupado un buen rato, mientras las lágrimas se escapaban de sus ojos viendo el rostro concentrado de Marta. Los parroquianos que estaban dentro del bar les miraban sorprendidos,

preguntándose qué vería aquel cañón de mujer en semejante hombre rechoncho y bajito, al que pocos entendían, pero todos respetaban, no fuese a equivocarse con sus medicinas.

—¿Y la segunda cuestión es? —preguntó Marta cuando le vio más sereno.

—Tengo que pedirte un favor. Un gran favor, cariño.

—No me pidas que cambie más cosas del libro, o me dará un ataque.

—No, no se trata del libro, se trata... de mi madre.

—¿La bruja?

—Quiero ir a verla pronto. Tengo que preguntarle algunas cosas antes de que se muera.

—¿Está enferma?

—No, pero es vieja, y no quiero que abandone este mundo sin darme algunas

respuestas, pero no puedo ir solo... no me atrevo.

22

La tía Herminia trajinaba entre fogones en la cocina cuando una voz alegre y cantarina llegó hasta sus oídos.

—¡Buenos días, Herminia!

—¡Venancio!... ¿Por qué has entrado sin llamar?... ¿Y por qué has cerrado la puerta?

—He entrado sin llamar porque la puerta estaba abierta, y la he cerrado porque tengo que hablar contigo de algo importante y no quiero que nadie nos oiga.

—¡Esto no es lo apropiado, Venancio! ¡Abre la puerta ahora mismo o me pongo a gritar y...!

—Se trata de Marta.

En las sillas de la cocina aparcaron sus renqueantes cuerpos y, ante un café humeante, el señor Venancio le contó lo que había oído bajo la ventana de la sacristía. La tía Herminia se llevó una mano al pecho; allí estaba el escándalo, a

la vuelta de la esquina, esperando encontrar quien lo esparciese por el pueblo como una semilla, y allí estaba Venancio, quien tenía veinticuatro horas al día de

aburrimento para compartirlo con quien quisiese escucharle. El brillo de sus ojos grises era preocupante, parecía un periodista del corazón deseoso de contar

la noticia.

—Sólo es cuestión de tiempo que se sepa, Herminia. —Meneó la cabeza,

fingiendo pesar—. Tú sabes tan bien como yo que es una simple cuestión de tiempo. —Sacó del bolsillo de su chaleco una cajetilla de tabaco que ella le quitó

de entre los dedos—. ¿Pero qué haces?... ¿FUMAS?

—Desde los veinte años —contestó, encendiendo el cigarrillo y aspirando profundamente.

—¡Hay que ver la de cosas que no sabemos de nuestros vecinos! Vivimos puerta con puerta y...

—¡No puedes contárselo a nadie, Venancio!

—No, mujer, si quieres fumar, fuma...

—¡No digo esto, hombre, digo lo de Marta!

—Yo no se lo he contado a nadie... —La sonrisa que le regaló alteró todas sus células... todavía.

La tía Herminia se puso en guardia y fumó con ansia, esperando la

continuación de aquella contienda, porque aquello era una contienda, donde los

sables eran la información y los escudos... ¡a saber cuáles eran!

—Estas cosas no se pueden mantener en la intimidad, Herminia, y menos

tratándose de quien se trata. Pero yo, que hasta el momento soy el único que tiene acceso a esta información... podría demorarla en el tiempo. —Cogió un cigarrillo y lo encendió lentamente—. Si tú fueses un poco más... cariñosa conmigo, podría evitar que se supiera.

—¡Oh, pero qué ruin eres, Venancio! Intentar aprovecharte de una desgracia

como esta para sacar beneficio. Tienes razón, qué poco conocemos a los que nos

rodean, qué poco.

—Compréndelo, Herminia, llega un momento en la vida en que la soledad es una compañera terrible, tú no lo sabes porque siempre has vivido sola, pero para

quien no la ha conocido es sencillamente horrorosa. Así que, por favor, no me juzgues tan duramente por querer aprovechar esta última oportunidad que me brinda la vida.

—¡Me estás chantajeando, Venancio, y esto no me lo esperaba de ti,

aprovechar semejante desgracia para intentar acostarte conmigo es lo más bajo que he visto nunca!

—¡Pero mujer! ¿Qué estás diciendo? ¡Yo nunca haría eso! —El cigarrillo se le escurrió entre los dedos—. ¿Quién te has creído que soy? ¡Yo sólo te pedía un

beso!

La tía Herminia se levantó de la silla con toda la dignidad que había en su cuerpo, y escondió en el fregadero la risa que se le formaba en el pecho, pero sus

cuitas amorosas quedaron en suspenso cuando los miembros del club recreativo

llegaron ante su puerta para el esparcimiento.

—¡Vaya por Dios, ya han llegado! —susurró, mirando tras los visillos—.

¡Pues ahora no puedes salir, te quedas dentro!

—¿Cómo que no puedo salir? ¡Hay fútbol y no me lo quiero perder!

—¡Pues te aguantas, no haber entrado como un furtivo!

—¿Dónde tienes la televisión?

—No tengo.

—¿Que no tienes televisión?! ¿Pero en qué mundo vives, Herminia?

—Tengo radio, si te sirve. Pero de aquí no te mueves hasta que la tertulia termine.

—¿Desde cuándo cierras la puerta, Herminia? —preguntó Manuela, clavando en ella su mirada más intensa.

—Parece mentira que me preguntes eso, Manuela —contestó con la mayor ingenuidad—. Siempre la cierro cuando subo al desván a colgar ropa, hace corriente.

—¿Os habéis enterado de lo del cura? —preguntó Asunción, llegando a la carrera—. ¡Se ha ido!

—¿Cómo que se ha ido, adónde? —preguntó Serafina.

—Al País Vasco, al santuario de... no sé qué. Al parecer es adonde se van siempre cuando les entran las dudas —dijo Asunción, meneando la cabeza—. Si

es que los hombres no saben estar solos, no señor, siempre necesitan a una mujer

que les guíe. Ahí viene Maruja, a ver si ella sabe algo.

—Te he oído, Asunción —dijo Maruja, aposentándose—. Y poco tengo que

aportar, salvo que se ha ido al santuario de Loyola, que es donde hacen los Ejercicios Espirituales. Eso al menos me ha dicho mi prima, la de la ciudad. La

he llamado porque está enterada de estas cosas, como trabaja en la diócesis...

—¿Tú prima trabaja en la diócesis?! —exclamó Manuela—. ¿Y por qué nunca nos lo has dicho?!

—¿Qué es la *diócesis*? —preguntó Asunción.

—¿Diócesis, Asunción, donde vive el obispo! —dijo Manuela de prisa—. ¿Se puede saber por qué nunca nos has dicho que tu prima trabaja allí?! ¿Pero qué clase de amiga eres tú, eh, qué clase de amiga eres?!

—Manuela —intervino la tía Herminia, intentando serenar los ánimos—.

Tampoco es para tanto.

—¿Pues claro que es para tanto, Herminia! ¡Para una vez que tenemos infiltrada a una de las nuestras en una casa importante, y ni siquiera lo sabemos!

¡Eso no se hace, hombre, eso no se hace! —Las risas aparecieron y fueron en aumento al ver su cara congestionada—. ¡A saber las cosas de las que se enterará

allí, y nosotras sin saberlo!

—¿Y a nosotras qué nos importa lo que haga el obispo? —preguntó Asunción con desconcierto.

—¿Que qué nos importa?! ¡Pero bueno, nos importa lo que hace el carnicero,

y no nos va a importar lo que hace el obispo!

El señor Venancio encontró la radio en la habitación de la tía Herminia y allí se quedó. Pero según iba transcurriendo el partido y en vista de que la emoción

brillaba por su ausencia y de que las risas de la puerta presagiaban que la cosa iba para largo, le empezó a entrar el sueño. Se sentó en la cama, para más tarde

recostarse sobre los almohadones y, posteriormente, quitarse los zapatos para ponerse cómodo.

—Pues la verdad, Manuela —dijo temerariamente Asunción—, no entiendo por qué te pones así. A lo mejor Maruja no lo contó porque es más prudente de lo que creemos.

—¡Oh, vaya! —exclamó la aludida, levantando la vista de su labor—. ¿Debo tomar eso como un halago? Pues te recuerdo, por si lo has olvidado, que los chismes que yo traigo te gusta escucharlos.

—¡Y bien que te ríes con ellos! —apostilló Manuela con rabia.

—¡Oh, con las dos no puedo! —exclamó Asunción, meneando la cabeza.

—Pues tendrás que poder, Asunción, tendrás que poder... —dijo Manuela—.

Porque tenemos que hablar contigo muy seriamente. —Las mujeres dejaron la labor sobre el regazo, la tía Herminia escondió su mano temblorosa bajo el tapete—. ¡Estás jugando con fuego, y te vas a quemar! La cuestión es: ¿te vas a quemar tú sola, o te vas a llevar por delante a alguien?

—¡Qué! —se puso colorada— ¿De qué estás hablando?

—¡Del sargento!

—¿Qué... qué pasa con él?

—Asunción, por favor, no nos tomes por tontas —dijo Maruja, chasqueando la lengua—. Va a ocurrir una desgracia y nosotras que somos tus amigas no podemos permanecer impasibles viendo cómo te diriges hacia el acantilado.

—Tu marido se va a enterar, Asunción —intervino Serafina dulcemente—. Es el único del pueblo que aún no lo sabe.

—Pero yo... yo... Siempre he sido muy discreta.

La carcajada fue unánime, no estaba preparada, al contrario que la encerrona, fue completamente espontánea y salida de las mismas entrañas; la ingenuidad de aquella mujer era su mayor tesoro.

—Discreta, sí —asintió Maruja lentamente—. Como cuando os encontré en el cementerio.

—¡En el cementerio! —exclamaron las otras al unísono.

—Sobre la lápida de Ramona, que en paz descansa —dijo Maruja muy seria

— ¡Quién se lo iba a decir a Ramona, que sobre su lápida estos cenutrios echarían un casquete!

—¡Ay, Dios, con lo mojigata que era! —exclamó Serafina, haciéndolas estallar en risas—. Y sobre una lápida, qué incómodo.

—Es que... me pilló a la salida de misa, dijo que estaba muy guapa con el vestido nuevo y me fue llevando sin darme cuenta y... cuando me quise enterar

estaba allí, sobre su lápida. Y sí, es incómodo, no os lo recomiendo, tuve lumbago una semana.

Las carcajadas del ramillete de mujeres se mezclaron con el llanto de

Asunción, quien, sin poder aguantar por más tiempo, rompió a llorar como una niña chica, dejando salir por sus ojos todo el dolor acumulado en su tierno corazón y por su boca las palabras que albergaba su alma.

—¡Es que con él me siento tan especial! —gemía—. ¡Y me quiere, dice que no hay nadie como yo, que no puede vivir sin mí, y yo... yo... con Pinto no siento nada, nunca lo he sentido, pero con él... me hace vibrar! ¿Entendéis?

—¿Cómo que no hay nadie como tú? —Manuela apretó la mandíbula—. ¿Eso te dice?

—Sí —suspiró, sorbiendo los mocos—. Y además, me ha prohibido que me acueste con Pinto, dice que me quiere solo para él y...

—Bueno, pues llegados a este punto, no nos queda más remedio que decírtelo. —La interrumpió Manuela, mirando a las otras, que asintieron lentamente—. Tú sargento, tu querido sargento, para quien no existe nadie como

tú, se está beneficiando también... a la mujer del notario.

Aquello fue una estocada en toda regla, porque si había alguien en el pueblo a quien Asunción, la campechana y buenaza de Asunción, odiase con toda su alma, era ella; la mujer del notario, la que la miraba por encima del hombro y con desprecio, la que se burlaba de sus curvas y sus caderas, la que decía que

sus

quesos eran los peores de la comarca, y la que le había robado las lindes de la huerta, metiéndola en pleitos de los que ella nada entendía pero que le quitaban el sueño.

—¿Eso es cierto, Herminia? —le preguntó, con mirada suplicante.

—Eso al menos es lo que ella va diciendo, sí.

—¿No puedes darle otra oportunidad a Pinto? —preguntó Serafina con tristeza—. Tu marido es un buen hombre, siempre se ha portado bien contigo, te

cuida, te respeta y te tiene como a una reina.

—Lo sé, pero es que con él yo... yo...

—A lo mejor sólo necesita que alguien le enseñe algunas cosas —siguió Serafina.

—¡Serafina, por Dios! —exclamó Manuela con rabia—. ¡No se te ocurra hablar ahora de los libros de Marta! ¡Lo que nos faltaba!

—¿Qué pasa con los libros de mi nieta? —Arrugó el ceño la tía Herminia, poniéndose firme en la silla.

—No es tu nieta, Herminia —puntualizó Maruja—. Es tu sobrina nieta.

—¡Que escribe locuras, Herminia! —explotó Manuela—. ¡Eso es lo que pasa!

—¡No son locuras! —exclamó Serafina con voz decidida, haciéndolas callar —. Yo he leído sus libros y me han gustado, y también me han enseñado cosas, cosas que no sabía y que ahora conozco, cosas sin las que he vivido toda la vida y que ahora he descubierto, cosas que son maravillosas y de las que no me avergüenzo.

—¿De qué está hablando? —preguntó Maruja.

—¡ORGASMOS!

El silencio más absoluto se hizo en la calle. Las bocas se cerraron y los corazones bombearon con desconcierto. Los ojos iban de unas a otras, mirándose con aturdimiento, y en medio de aquel silencio sepulcral, una boca se abrió y por

ella salió un grito desgarrador, haciendo tambalearse las piedras del pavimento.

—¡GOOOOOOOL!

23

**O**bservó atentamente a los hombres que le rodeaban. No necesitaba preguntarles qué motivo les había llevado hasta allí, lo llevaban escrito en la cara; sus mismas dudas, sus mismos miedos, sus mismas ansias. Todos necesitaban encaminar de nuevo sus vidas, sus cuerpos y sus almas. Al término de las charlas, los pasos les llevaron uno hacia otro, como combatientes reconocibles del mismo bando. En la cara de su compañero de seminario se dibujaban las mismas ojeras, en sus ojos el mismo temor, el mismo rictus en sus

labios. Se sentaron en un banco de la entrada, donde una ligera brisa corría pero

no serenaba las ansias.

—¿Recuerdas cuando nos ordenamos, Pablo? —le preguntó, encendiendo un cigarro—. Entonces me sentía tan fuerte para luchar contra el diablo...

—Todos tenemos dudas, todos tenemos miedos, por eso estamos aquí.

—Sí, pero yo ya no tengo corazón.

Dio una profunda calada al cigarrillo y aspiró con fuerza, clavando la mirada en el horizonte que había ante ellos, plagado de árboles que se mecían al viento.

—Se llama María... Viene a limpiar dos veces por semana y, cada vez que la veo, se me olvida que soy cura. He hecho todo lo que le aconsejo a mis feligreses que hagan: evitar la tentación, pedir ayuda a Dios, rezar... Todo lo he

intentado, pero cada vez que la huelo... se me altera el alma —suspiró

profundamente—. ¿Sabes lo que me dijo el obispo cuando le conté lo que me pasaba? Que las mujeres son las culpables de todos los males que azotan a la humanidad. ¿No te parece increíble, que él precisamente diga eso?

La llamada para la cena interrumpió las confidencias.

Aquella noche, en la soledad de su cuarto, Pablo recordó las palabras salidas por la boca del obispo: “Caer bajo el influjo maligno de una mujer, causantes de

todos los males del universo”, “Las mujeres son las culpables de todos los males

que azotan a la humanidad"... Sacudió la cabeza con desazón. Para él, al

contrario que para su Ilustrísima, el demonio no tenía cuerpo de mujer, sino alas.... alas de libertad que le llamaban incansablemente invitándole a volar por

ese cielo que había conocido en los ojos de Marta, por ese mundo que había encontrado entre sus brazos, por ese jardín que había aspirado en el aroma de su

piel, por esa seda que había descubierto en sus labios, por ese latido de su corazón que había traspasado su pecho y se había clavado en el suyo,

despertándolo... No, las mujeres nada tenían que ver con el diablo, en ellas

estaba Dios, pues eran el Paraíso que había creado... Se dijo que quizá no debería tener al obispo en aquel pedestal en el que le había colocado y, a la espera de informarse convenientemente sobre él, decidió bajarle unos peldaños.

Pensar en el demonio le trajo recuerdos de tiempos pasados, cuando las

preguntas inundaban su mente y la búsqueda de respuestas dirigía sus pasos, como aquella tarde de invierno de hacía ya algunos años, cuando al regresar a casa y pasar ante el Centro Comercial llamó su atención la gente que a sus puertas se apelotonaba, la cola daba la vuelta a la manzana. Dejándose guiar por

la curiosidad, entró y encontró el stand rodeado de grandes expositores en los que una misma imagen los adornaban; la preciosa portada de un libro, llena de

duendes y de hadas, su título *LA CASA*. Cogió un ejemplar y leyó la sinopsis de la contraportada.

*"El infierno existe, pero no está fuera como nos quieren hacer creer, está en nuestro interior, en nuestros corazones, en nuestras almas. Yo lo he conocido, y como yo otros muchos que habitaron en él. Pudimos olerlo y no huele a azufre,*

*sino a miedo. Pudimos tocarlo y no está caliente, sino frío. Pudimos sentirlo y no da dolor, sino terror. La maldad del hombre no tiene límites, yo lo sé muy bien, pero las ansias de libertad están en nuestro corazón, arraigadas en nuestra alma, a ellas recurrí cuando creí que ya no podía más, y a ellas me aferré para sobrevivir a aquel lugar”.*

La mujer sentada al otro lado de la mesa tenía muy buen aspecto para haber estado en el infierno. Sus preciosos ojos marrones le sonrieron.

—¡Hola! —le saludó, tomando el ejemplar de sus manos—. ¿Quieres alguna dedicatoria en especial? ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Pablo... ¿Puedo preguntarte algo?

—Dime, Pablo.

—¿Tú has estado allí, en el infierno?

—He estado... en un infierno, pero creo que hay alguno más.

—No lo entiendo. La Biblia dice que sólo hay uno.

—Yo no creo que haya uno solo, por desgracia, pero eso no significa que yo tenga razón. Cada persona piensa de una manera diferente.

—¿Tú crees en Dios?

—No.

—¿Por qué?

—Porque si Dios existiese no permitiría que cosas como éstas que cuento en el libro, pasasen...

Con el libro bajo el brazo se fue a casa, esperando encontrar en él algunas de las respuestas que buscaba. Y es que Pablo, a quien el desarrollo le había llegado un poco tarde, no experimentaba los deseos incontrolables de sus amigos y, mientras éstos se pasaban el día persiguiendo a las chicas, él se pasaba el día buscando respuestas. Todo lo que necesitaba saber sobre la pubertad y el desarrollo se lo enseñó un libro sobre sexología, pero el resto del mundo constituía para él un gran misterio. El origen de la vida, de la humanidad, de la

naturaleza... le tenía completamente fascinado, y en su estudio por conocerlos y

comprenderlos, llegó hasta el alma. La Filosofía le fascinó, pero las diferentes interpretaciones que del mundo, del ser humano y del alma daban los grandes pensadores le desconcertaron profundamente, pues había tantas deducciones distintas como personas.

Comenzó a leer *LA CASA* y mientras sus ojos recorrían aquellas páginas llenas de terror, maltrato y humillación, mientras su corazón bombeaba

descontrolado y su frente se perlaba de sudor, comprendió las palabras de la autora, pues él también se preguntó cómo Dios podía permitir que aquellas cosas

ocurriesen, cómo Dios podía permitir tanto dolor.

La cena de aquella noche pasó ante sus ojos sin tan siquiera verla. Siguió a los compañeros que se encaminaron hacia el jardín, pues, aunque él no necesitaba ningún chute de nicotina, sí le hacían falta algunas respuestas a las preguntas que se le habían quedado en el tintero. Las palabras de Marta regresaron a su mente

haciéndole sonreír: “No debería usted dejar que la curiosidad anidase en su alma,

Padre, no es bueno”.

—Tu cara esta mañana, cuando leían la carta del obispo... era todo un poema

—le dijo a su compañero de seminario un cura calvo que fumaba con ansia, sin

saber que por aquellos derroteros iban encaminadas las preguntas que Pablo tenía en la punta de la lengua—. A ti también te han llegado los rumores,

¿verdad?

—¡Y a quién no!

—¡No habléis así! —protestó el más anciano del grupo, arrugando el ceño—.

El obispo es un buen Pastor.

—Sí, un buen Pastor... —contestó su compañero con desprecio—. Un buen Pastor con deseos inconfesables.

—¡Todos tenemos debilidades, por eso estamos aquí! —dijo exasperado el anciano, tirando el cigarrillo.

—¿Y por qué él no está aquí? ¿Acaso no debería predicar con el ejemplo?

—¡Tiene grandes responsabilidades sobre sus espaldas, vosotros no podéis comprenderlo, sois demasiado jóvenes!

El anciano se marchó enfadado y los otros fueron lentamente abandonando el grupo, con sus miserias ya tenían más que suficiente. Sólo Pablo se quedó porque, al igual que Marta, él quería saber.

—No hablo por hablar, Pablo —susurró el compañero encendiendo otro cigarrillo.

—Lo sé.

—El obispo tiene una mujer, y no una mujer cualquiera, es una prostituta. Si fuese un simple rumor no hablaría de ello, pero estoy al tanto de los detalles, detalles que no puedo contar y no por protegerle, sino porque como hombre me

avergüenzan, cosas que pondrían los pelos de punta y harían reconsiderar a muchos la opinión que tienen de ese “Santo Varón”... Se llama Celeste, la llama

todos los meses y pasa con ella toda la noche. Le paga mil euros y cuando se marcha, otra mujer entra a limpiar la habitación en la que su Ilustrísima ha dado

rienda suelta a sus más bajos instintos, y más de una vez ha vomitado al ver... el

resultado de sus encuentros. ¡Y María no cobra mil euros por limpiar la inmundicia del obispo, Pablo!

Tras tirar a su Ilustrísima del pedestal y romper éste de una patada cargada de rabia, se acostó en su cama suspirando profundamente. Aquella noche estuvo cargada de angustia y de tormento. Tenía ganas de emprender el vuelo, de salir corriendo. Pocas cosas son tan devastadoras para el ser humano como perderle el

respeto a quien se tenía por modelo. Dio vueltas y más vueltas sobre la cama, analizó una y otra vez sus pensamientos, pero allí estaba el holocausto, instaurado en su mente, agitando su cuerpo. Siempre había creído que con el paso de los años su alma encontraría más paz y más sosiego, y que aquellas dudas embrionarias se disiparían con el tiempo, pero, sorprendentemente, había

ocurrido todo lo contrario: sus preguntas no hallaban respuestas, las ansias le atormentaban y no veía salida a su infierno... Recordó la primera vez que

descubrió la grieta... le había sorprendido en plena madrugada, como si de un terremoto se tratara y le había levantado de la cama. Aturdido y somnoliento, había recorrido la casa en silencio buscando el origen de aquella sacudida pero,

al no encontrarlo, se había vuelto a acostar creyendo que no había sido más que

un mal sueño, y entonces... la sintió explotar en su pecho. Notó cómo crujía, cómo se extendía atravesando cada porción de su cuerpo, provocándole un

terrible dolor que le hizo llevar la mano al pecho. Intentó pararla, pero su avance era tan incontrolable como el de una bola de nieve deslizándose por una ladera,

una bola de nieve que avanza y avanza, haciéndose más y más grandes, más y más dura, más y más fuerte... imparable. Y tras aquel temblor, otros muchos llegaron. Cada noche oía a la grieta estallar, crecer, desplazarse, abrirse camino

en su afán por expandirse y conquistarle, hasta que una noche la grieta se detuvo,

haciéndole creer ingenuamente que su crecimiento se había paralizado pero... no era más que una falsa apariencia, o tal vez una simple broma del destino que quería jugar con su conciencia porque, en aquel paréntesis... volvió Marta, y, como si de una ráfaga de aire fresco se tratara, se coló por ella, convirtiéndola en real, haciéndola visible, mostrándole su profundidad. Allí estaba su precipicio, sus dudas, sus miedos, sus sentimientos, sus mentiras... y la puñalada de la verdad.

24

La tía Herminia se preguntaba, mientras colocaba las sillas en la acera, hasta cuándo las que se hacían llamar sus amigas la tendrían castigada sin su presencia. No habían vuelto por allí desde la nefasta noche del gol en propia puerta, así que aquella tarde, mientras movía la aguja a diestro y siniestro, el canto de los grillos era lo único que la acompañaba mientras el sol se ponía en

la

Sierra.

Asunción fue la primera en llegar. Bamboleando sus hermosas caderas, se dejó caer en la silla, sofocada. Al minuto apareció Serafina, y tras ella Maruja,

que tomó posesión de su trono maldiciendo al ver sus hilos enredados. La última

en hacer acto de presencia fue Manuela, y tras ella diez minutos eternos, en los que los grillos dieron un auténtico concierto y, tras los cuales, estalló la tormenta.

—¿Bueno, qué?! —comenzó Manuela—. ¿Nos lo vas a contar de una vez, Herminia, o te lo vas a llevar al otro barrio?

—No hay nada que contar, Manuela —suspiró la tía Herminia—. Además, si os contara la verdad nunca me creeríais, así que ¿para qué molestarse? He pasado a engrosar oficialmente la lista de “mujeres perdidas”, ahora soy igual que la mujer del notario.

—¡Calla, calla, no me hables de ella! —resopló Asunción—. La he visto esta mañana en la tienda y no os imagináis la mirada que me ha echado. Creo que si pudiera me arrancaría los ojos.

—Yo más bien creo que te arrancaría las caderas —dijo Manuela provocando la hilaridad general—. Siempre se queja de que las tuyas son estrechas, creo que

por eso te tiene tanta rabia, porque en el fondo de su corazón envidia tus

caderas.

—¡Vaya! —sonrió Asunción—. ¡Nunca se me había ocurrido verlo de esa manera! Hay que ver qué importantes son las amigas. Por cierto, quería contaros

que ya he tomado una decisión.

—¿Le vas a dejar? —preguntó Maruja.

—Ya lo he hecho.

—¡Oh, bien, Asunción, bien! —dijo la tía Herminia suspirando profundamente—. Esa es una buena decisión. ¡No sabes cuánto me alegro!

—¿Y cómo se lo ha tomado? —preguntó Serafina con la mirada encendida—.

¡Cuenta, cuenta!

—Pues mal —Asunción puso los ojos en blanco—. Me llevó al cementerio.

—¡Ay, Dios! —exclamó Serafina llevándose la mano al pecho—. ¡Sobre Ramona otra vez no, por favor!

—No. Esta vez no fue sobre la de Ramona, esta vez fue... sobre la de Fulgencio.

—Bueno, pues ahí ya no me extraña tanto, la verdad —dijo Maruja muy seria

—. Todo el mundo sabe que Fulgencio fraternizaba muy bien con las Fuerzas

del Orden. Era un facha, de los de “Arriba España”, y todo eso.

—¿Y esa es forma de dejarlo, Asunción? —preguntó la tía Herminia,

meneando la cabeza.

—Ha sido mi regalo de despedida. ¡Me lo merecía! —Su seriedad las hizo estallar en risas—. Claro que luego me fui a casa y me entraron los remordimientos y...

—¿Y? —Cuatro pares de ojos se posaron sobre ella con desconcierto.

—Pues que... hablé con Pinto.

—¿Quéeee? ¡¿Se lo has dicho?! ¡Pero te has vuelto loca! —gritó Manuela—.

¡Ya os dije que era mejor no entrometerse! ¡En estas cosas nadie debe intervenir,

todo el mundo sale malparado! ¡Ay, Señor, se va a armar la de Dios es Cristo!

—¡Jesús bendito! —exclamó Maruja frotándose la frente—. ¡Con la cantidad de escopetas que tiene tu marido! ¡Va a liquidar a medio pueblo!

—¡Y a por nosotras vendrá, seguro! —gimió Serafina con el terror inundando sus ojos—. ¿Quién sino nosotras iba a saberlo?

—¡Señor! —exclamó la tía Herminia—. ¡Y yo sin hacer testamento!

—¡Pues no sé a qué esperas, Herminia! —dijo Maruja muy seria.

—¿Pero cómo podéis pensar eso? —preguntó Asunción, asombrada—. ¡Ni que yo fuera una tonta del bote que no sabe dónde tiene la cabeza! ¡Pues claro que no le he dicho nada de lo del sargento, pero le he hablado muy clarito... de

lo otro, para que se ponga a ello!

—¿De qué? —preguntaron cuatro voces a un tiempo.

—¡Pues de qué va a ser! ¡Del sexo!... Por cierto, Herminia, he comprado todos los libros de tu nieta, a ver si aprende algo, porque yo desde que he descubierto los orgasmos... ¡No puedo vivir sin ellos!

25

Los Ejercicios Espirituales sólo le sirvieron para aclararle dos cosas: que su fe pendía de un hilo, y que los pedestales son un mal invento. Y con estas dos cosas

claras en mente el cura se reincorporó a la parroquia, pero, como todo el mundo

sabe, un hilo tiene elasticidad limitada, sobre todo cuando está hecho de sentimientos, así que era una simple cuestión de tiempo que dicha elasticidad llegase a su punto más álgido y se acabase rompiendo.

Marta, desconocedora del regreso del cura, salió de casa aquella mañana con un fuerte dolor de cabeza. Se dirigió con rapidez al quiosco de Anastasio y, con

el periódico de su padre bajo el brazo, inició el camino de vuelta, pero en cuanto

llegó a la iglesia... el destino, cruel traidor desalmado, a veces cómplice, a veces

villano, le recordó que no había desayunado, y lo hizo nublando su visión y provocándole un cosquilleo en las extremidades que no le era ajeno. Se apoyó en

los muros de piedra y respiró profundamente y, en vista de que el mareo no remitía, cruzó la puerta del Templo. Con la mirada perdida se dejó caer en el último banco, el mismo en el que el cura le había mostrado a Dios su corazón en

bandeja, en espera de que su nublada visión se enfocase de nuevo.

—¡Marta! ¿Qué te ocurre? —preguntó él, apareciendo a su lado—. ¿Te encuentras mal? Estás muy pálida.

—Has vuelto...

—¿Qué te pasa?

—No es nada... me he mareado un poco... estaré bien enseguida...

—Vamos a la sacristía. Te daré algo de beber.

Pero en cuanto se puso en pie, se desplomó. El cura tomó entre sus brazos aquel cuerpo y, sintiendo su calor y aspirando su aroma, su corazón se desbocó.

La apretó contra su pecho y recorrió el pasillo hasta el altar Mayor, atravesó la

sacristía y entró en la casa parroquial. La tendió sobre su cama y le puso sobre la frente una toalla mojada. Marta abrió los ojos turbios al sentir el frescor.

—Bebe un poco —dijo él, acercando un vaso a su boca.

—Esto no es vino de misa —susurró tras el primer sorbo.

—Ya tienes mejor color —sonrió—. ¿Quieres que llame a Fernando?

—No es necesario —contestó, incorporándose y sentándose en el borde de la cama—. Me ocurre a veces. Tengo la tensión baja y el calor me afecta, pero ya estoy bien.

—¿Quieres que avise a tu padre para que venga a buscarte? —preguntó, arrodillándose ante ella.

—¿Aquí? ¡Te has vuelto loco, le daría un infarto!

—Ya te ha vuelto el color a las mejillas...

Tomó su cara en el hueco de su mano, recorriendo lentamente su mejilla con el pulgar, produciéndole un estremecimiento que subió de golpe su tensión.

—Marta... ¿Cómo puedo ayudarte?

—Ya lo has hecho —sonrió.

—No me refiero a esto.

—No tienes por qué ayudarme. Es algo que debo resolver yo.

—Pero no puedo quedarme impasible viendo cómo te equivocas.

—¿Por qué no?

Los ojos azules como el cielo y brillantes como las estrellas consiguieron lo que parecía imposible, que aquel hilo que, aparentando ser tan frágil, era tan resistente, llegase a su punto de máxima elongación. El chasquido que produjo al

romperse fue como un latigazo en su corazón, pero, contra todo pronóstico, no sintió dolor. Tomó su cara entre las manos y en aquellos ojos se perdió. Besó sus

labios con toda la dulzura que manó de su corazón que, ya libre de cadenas, se abrió y se abrió. Saboreó su boca con deleite, la rozó, la llenó, dejando sobre su

cara caricias bajadas del mismo cielo, un cielo en el que ella se perdió.

Marta cerró los ojos y se dejó besar, saboreando aquellos labios como se saborea el mejor manjar, ese que se ha deseado durante años, ese con el que

nunca se ha dejado de soñar y que tan bien sabe al paladar. Los gemidos se formaron en sus pechos y subieron hasta las bocas, donde se encontraron reconociéndose como caminantes de un mismo caminar.

Se tendió sobre ella y hundió la cara en su cuello aspirando su aroma, enredándose en su cuerpo, mezclándose con su piel, saboreándola, provocándole

un profundo gemido de placer que se quedó para siempre en aquel cuarto en el que nunca había estado pero donde su recuerdo impregnaba cada lugar; estaba en

las cortinas que ondeaban al escaso viento, estaba en los cuadros y en los adornos de cristal, estaba en las paredes, estaba en el suelo, y entre los pliegues de las sábanas arrugadas de sueños y soledad.

—Marta... Marta...

—No sé cómo te llamas —le susurró al oído.

—Pablo.

—Pablo... Pablo...

Dicen que un hombre no es hombre hasta que oye su nombre de labios de la mujer amada, y con Pablo el dicho se cumplió... La dulzura dio paso al fervor, la

cordura al arrebató, y la tentación al ardor... En el calor de su cuerpo se perdió,

en la suavidad de su piel despertó, con su olor quiso fundirse y su boca la

reclamó. La mano recorrió su cuello y bajó por su escote en busca del pecho, marcando con los dedos la senda del deseo, directos a su corazón... Marta abrió

los ojos y se miró en aquellos ojos en los que estaba todo su universo, su mundo,

el origen de su pasión, y en los que en aquel momento sólo brillaba el deseo.

—Pablo... para...

—Marta...

—Para... —Tomó su cara entre las manos—. Para...

—¡Oh, Marta!

—Debemos parar ahora —le susurró, apoyando sus frentes.

—No...

—Mírame... abre los ojos, por favor. Es mejor así, es mejor parar ahora.

26

Tres días fue el tiempo que tardaron en volver a verse, tres días en los que a punto estuvo de ocurrir una tragedia en el pueblo. Mientras el cura miraba desde

lo alto de la grieta el acantilado que había ante él, diciéndose que aquello ya no

tenía solución, que el destino estaba escrito, que lo imposible había ocurrido y que mirar hacia otro lado no iba a solucionar nada salvo dilatar lo inevitable en

el tiempo... Marta se decía todo lo contrario; que aquella no había sido una buena idea, que aquel hombre no quería abandonar su sueño, y que ella no quería

ser la causante de que el cura colgase la sotana porque jamás se lo perdonaría y,

tarde o temprano, la haría responsable de ello... Y mientras ellos debatían consigo mismos cuál sería el siguiente paso que iban a dar en sus vidas, Asunción dio uno, y no muy bueno. La culpa no fue de ella, sino de los calores

estivales que se le metieron dentro y que la guiaron aquella mañana hacia el cuartelillo de la Benemérita, pues si bien la despedida le había gustado a su cuerpo, su mente no estaba satisfecha; la imagen de la mujer del notario bajo el

cuerpo del sargento la despertaba por las noches como un mal sueño.

Acababa de amanecer cuando la rabia la dirigió hacia allí, dispuesta a

descargar sobre el amante traicionero las mil y una recriminaciones que tenía guardadas en su alma, y que por su boca estaban prestas a atravesar el viento.

Con Pinto camino de la ciudad y la furia dominando su cuerpo, subió con rapidez las escaleras y cruzó la puerta, en espera de encontrar las explicaciones

que creía merecer, pero lo que se encontró fue... a su desposado dentro.

—¡Pinto!

—¡Asunción!

—¿Qué haces aquí?

—¡Eso mismo podría preguntarte yo! —Achicó los ojos—. ¡¿Qué haces aquí?!

Maruja, que salía del calabozo en aquel momento, con el cubo y la fregona en las manos tras limpiar la vomitona de Benito, quien seguía durmiendo a pierna suelta proporcionándoles la banda sonora de sus ronquidos, se quedó paralizada

ante lo que estaba viendo. Si la cara de Asunción era un poema, la de Pinto lo era aún más porque, a la bola de queso que con los años se había convertido su

faz, quizá por deformación profesional, se unía el intenso color rojizo que la adornaba, por no hablar del fuego que salía por sus ojos y que se clavaba, cual

flechas en un tenso arco, en la cara de su mujer, a la que la sangre había

abandonado por completo. Pero como el refrán: “Éramos pocos y parió la abuela” tiene que cumplirse, y más en un pueblo... por la puerta de su despacho

salió el sargento y, si las caras de la pareja eran un auténtico espectáculo de luces rojas y blancas, en la del sargento comenzaron a aparecer todas las que allí faltaban, pero lo peor fue cuando sus ojos se posaron sobre el cubo que Maruja

llevaba en la mano, y cuyo indiscutible aroma atravesó el aire cargado de electricidad llegando hasta sus fosas nasales, que en aquel momento se

ensanchaban dilatadas por la impresión, y que recibieron plenamente los vapores

que de allí salían. Naturalmente, los olores recorrieron el camino que debían recorrer y tan pronto inundaron sus pulmones, revolvieron su estómago y sus entrañas hasta provocarle unas arcadas que le doblaron sobre el suelo. Lo que salió por aquella boca sólo tenía un nombre... miedo.

—¡Pero es que no tengo suficiente con los borrachos del calabozo! —

exclamó Maruja, moviendo la fregona en el cubo con salero—. ¡Y tú, Asunción,

ya podía seguir esperándote, llegas una hora tarde!

—Me... me he retrasado... lo siento.

—¿Y a ti qué se te ha perdido aquí, Pinto?! —gruñó Maruja, clavando sus ojos en la cara del quesero—. ¿No deberías estar ya en la ciudad vendiendo los

quesos?!

—¿Lo que yo haga aquí o no, no es asunto tuyo, Maruja! —contestó, frunciendo el ceño—. ¿Y a usted qué le pasa, sargento?

—Nada, nada... —dijo, limpiándose la boca con un pañuelo—. Me sentó mal la cena de anoche. ¿Qué querías, Pinto?

—¿Me han pinchado las ruedas de la furgoneta! ¡Las cuatro! ¡Y han sido los de la whiskería! ¡Ese negocio fue un mal invento, ya se lo dije al alcalde, pero...!

—¿A buen sitio fuiste a decirlo, Pinto! —dijo Maruja, echando la fregona al suelo—. ¡Va allí todos los domingos, mientras la mujer está en misa con cánticos

y con rezos!

—¿El alcalde va a la whiskería? —preguntó Asunción, anonadada.

—Y no es el único —sentenció Maruja—. Verdad, ¿mi sargento?

—¿Lo que yo haga o deje de hacer no es asunto tuyo, Maruja!

—¿Tú también vas allí, Belarmino?! —Asunción no pudo contenerse.

—¿Belarmino? ¿Se llama usted Belarmino? —preguntó Pinto—. ¡No fue usted un hijo deseado, mi sargento!

El sol regalaba sus últimos rayos a los picos de la Sierra cuando un petirrojo se posó sobre el cerezo. Al petirrojo miró concentrado un minino desde el suelo. Al

minino miró Manuela, con mirada severa. A Manuela miró la tía Herminia, temerosa de su vena funesta. A ésta, Serafina, preguntándose a qué se debería aquella mirada seria. Y a la antigua farmacéutica, Maruja, quien había acudido a

la asamblea para estar al tanto de las últimas nuevas. Cuando el manto de la noche se extendió sobre la acera y la tía Herminia entró en la casa para encender

la luz de fuera, apareció Asunción al cabo de la calle meneando sus caderas.

—Bueno... —resopló, sentándose junto a ellas—. Pues ya le he escondido las escopetas a Pinto. No quiero que ocurra una desgracia en el pueblo.

—Pero... antes o después las buscará, Asunción —dijo Serafina, levantando las cejas—. ¿Qué harás cuando te pregunte por ellas?

—No lo sé. Ya cruzaré ese puente cuando llegue a él. Ahora, por de pronto, duermo más tranquila.

—Pues no sé por qué, la verdad —dijo Manuela muy seria—. Habiendo cuchillos...

—¡Ay, Señor, Señor! —exclamó la tía Herminia con preocupación sincera—.

¿Nosotras no tendremos el demonio en el cuerpo?... No os riais, que no lo digo en broma. ¿No os dais cuenta de cómo ha degenerado esto?... Asunción con un querido, yo con un intruso que me ha robado la honra sin tan siquiera haberme

dado un beso, Serafina que ha descubierto los orgasmos, y Manuela que ha visitado el lugar de los lamentos.

—¿El confesionario?! —exclamaron al unísono los demás miembros.

—Sí. ¿Qué pasa? El confesionario —contestó contrariada, meneando la cabeza—. Tenía que hablar con el cura. ¡Y todo porque tú no haces bien tu trabajo, Maruja! ¿Se puede saber por qué no le tenías al tanto de lo que pasaba en el pueblo?

—¿Le has ido a contar lo mío? —preguntó Asunción—. ¡Pero si ya lo sabe!

—¡No le habrás dicho lo de Venancio! —dijo la tía Herminia, quitándose las gafas y mirándola muy seria.

—Pues lo de mis orgasmos no hacía ninguna falta, Manuela, se lo conté yo —remató Serafina.

—¿Qué has ido a contarle, Manuela? —preguntó Maruja.

—Yo... Lo siento, Herminia, pero tenía que hacerlo —dijo, meneando la cabeza con desconcierto—. ¡Marta está escandalizando al pueblo!

—¿Has ido a hablarle de mi nieta?

—Tu sobrina nieta —rectificó Maruja.

—¡Manuela! —exclamó la tía Herminia—. ¡De verdad que no te entiendo!

—Herminia, ¿pero tú has visto cómo se pasea por el pueblo?

—Pues a mí me parece que va muy guapa —dijo Serafina, recibiendo semejante mirada reprobatoria por parte de Manuela, que cerró la boca al

momento.

Los pasos sobre el empedrado las hicieron callar de golpe. El forofo apareció

al final de la calle, con unos ligeros colores adornando sus mejillas y preguntándose una vez más por qué el constructor de aquel pueblo no había podido hacer una calle con doble salida, evitándole así tener que pasearse ante el

ramillete, cuando tan pocas ganas tenía.

—Buenas noches, señoras. Dándole a la aguja, como siempre.

Manuela, quien aquella noche no tenía el cuerpo para muchas fiestas,

interpretó en tan inofensiva frase todo un mundo de afrentas.

—Si lo que intentas dar a entender es que no dejamos de darle a “la sin hueso”, deberías preguntarte qué nos hace tenerla tan suelta.

—Manuela... —dijo tímidamente la tía Herminia, intentando detenerla.

—¡Déjame, Herminia, que a este le tengo muchas ganas y me va a oír! ¡Vaya que si me va a oír!

—¡Ni que fueras mi parienta!

—¡Sálveme Dios de semejante locura! ¡Y por cierto, no sé qué pudo ver en ti Vicenta!

—¡Vicenta sabía ver en los ojos de la gente, no como tú, que sólo ves las apariencias!

—¿Apariencias? ¡Qué sabrás tú de apariencias!

—¡Pues lo mismo que tú, que no puede uno fiarse de ellas!

Como dos *miuras* retándose con la mirada eran Venancio y Manuela: los ojos encendidos, las mandíbulas bien prietas, y las manos apretadas para continuar la  
contienda.

—¿Algo más que quieras decirme, Manuela?

—¡Pues sí! ¡Aparta tus garras de Herminia, que no tiene edad para perder la inocencia!

—Eso tendré que decidirlo yo, Manuela —dijo lentamente la tía Herminia, sin ser consciente de que despertaba a la bestia.

—¿Pero tú te oyes, Herminia?! ¡Este hombre te ha vuelto lela! ¡No ves que es como todos, que sólo piensa con la entrepierna!

—¡Controla tu lengua, Manuela! ¡Herminia no es ninguna lela! ¡Y si tanto te preocupan las habladurías, deberías dejar de extenderlas, porque de tu boca no salen más que sapos y culebras!

—¡Mira, Venancio, no te parto la cara simplemente porque me das pena!

—¿Pena, yo? ¿Yo te doy pena? ¿Pero tú has visto lo que es tu vida, Manuela?  
¡Si no fuera por tus amigas estarías sola como una perra!

—¡Como tú!

—¡Yo estoy solo por culpa de la muerte, tú... porque nadie te aprecia!

Con el cuerpo muy derecho y levantando bien la cabeza, Venancio enfiló el camino de la higuera, con el corazón acelerado y barruntando en la cabeza cómo

demonios una mujer había parido a semejante hembra.

Herminia suspiró aliviada, Asunción se abanicó muy seria, Maruja se frotó la frente y Serafina se rascó una pierna.

—¡Y luego dicen que yo tengo lengua viperina! —susurró Manuela—. ¿Y qué ha sido eso, sino una sanguijuela?

—La tienes tomada con Venancio —dijo Maruja muy seria—. Y él no se merece eso. Es un buen hombre, siempre lo decía Vicenta.

—Decidme una cosa... —dijo Serafina suavemente, inclinando la cabeza—.

¿Es que hoy hay luna llena?

28

Cuando la madre de Marta se quedó petrificada como una estatua ante el fregadero sin poder moverse, hizo lo único que podía hacer: gritar. Marta bajó corriendo la escalera y la ayudó a llegar hasta el sofá, donde un buen rato después la encontró Fernando.

—¡Así que un ataque de ciática! —dijo alegremente el médico entrando en el salón.

—¿Y eso lo sabe sólo con mirarme la cara? —le preguntó frunciendo el ceño.

—Si le digo que se levante del sofá, ¿puede hacerlo?... ¡Pues entonces, no me discuta!

La rabia que la madre de Marta le tenía a Fernando era algo que escapaba al entendimiento del pueblo, nadie había conseguido encontrar una explicación

para aquella animadversión que con el paso del tiempo había ido a más, hasta alcanzar unos límites que, según Manuela, rozaban la irracionalidad. La enferma

protestó cuando el galeno le extendió una pomada por la zona dolorida,

afirmando con vehemencia que las inyecciones eran mucho más efectivas y que

si él no sabía ponerlas era problema suyo, y puso el grito en el cielo cuando ayudó a Marta a llevarla hasta su habitación pues aquello atentaba contra la decencia, la moralidad y todos los principios que, entre escalón y escalón, se le

vinieron a la mente.

—Muchas gracias, doctor —dijo Marta, bajando la escalera—. ¿Le durará mucho?

—La ciática unos días, como siempre —refunfuñó él—. El mal carácter me temo que ya es crónico.

Marta ahogó la risa. Su madre no tenía mal carácter con nadie, salvo con él,

pero al parecer Fernando era desconocedor de este dato, así que decidió dejarle

sumido en la ignorancia, sabedora de que en ella uno a veces es más feliz. Le acompañó hasta la puerta, sin saber que al otro lado había alguien que quería verla.

—¡Padre! —exclamó el médico, sorprendido, al ver la silueta recortada en la penumbra—. No sé si recomendarle que entre, las aguas aquí están un poco revueltas.

—Buenas noches. —La mirada que le regaló era inquietante, pero el médico

no la percibió entre las sombras de la noche y bajó la escalera con premura—.

¿Estás ocupada, Marta? Me gustaría hablar contigo.

Una vez más, Marta escondió sus colores en el fregadero de la cocina. Lavó la cafetera lentamente recordando aquella noche en la que su corazón también dio un vuelco; entonces todo era posible, ahora todo era cierto. Allí estaba en su

cocina, después de tantos años, el arcoíris de su vida, su paraíso y su infierno, el causante de su gozo y su desdicha, de sus noches de insomnio y sus madrugadas

de deseo... Allí estaba el amor de su vida provocando el temblor de su cuerpo.

—No has vuelto por la iglesia.

—Necesitaba pensar...

—¿Estás enfadada?

—No, no es eso, yo...

La llegada del padre la hizo callar. Matías apareció dedicándole a su hija una gran sonrisa, hasta que sus ojos se posaron sobre la visita sentada a la mesa.

—¡Padre! —exclamó, mirando sorprendido al cura.

—Buenas noches, Matías —dijo muy serio, levantándose.

—No se levante, por favor, no se levante. ¿Ha ocurrido algo malo?

—He venido a hablar con Marta, si... no le molesta.

—¡Oh, bien, bien!

—¿Te apetece un café, papá? —preguntó ella poniendo la cafetera sobre la mesa.

—No, cariño, gracias, ya he tomado en casa del tío Miguel. ¿Y tu madre?

—A mamá le ha dado un ataque de ciática.

—¡Oh, Señor, Señor! —exclamó saliendo a la carrera hacia la escalera—.

¡Pobrecita mía!

Mientras el padre reconfortaba a la doliente, se sentaron frente a frente. Marta

observó aquella cara que recordaba serena y relajada y en la que la  
pesadumbre

había tomado posiciones. Sus ojeras eran preocupantes, y el ceño fruncido le  
provocó deseos de acariciarlo, de convertirlo en valle bajo sus dedos.

—Tengo que decirte que a mi padre no le gustan los curas —le dijo con una  
sonrisa traviesa—. No es nada personal. No le gustan los curas, ni las monjas,  
ni

la iglesia, ni nada que tenga que ver con ella.

—Pero al final... os dejó comulgar.

—Ese mérito fue de mi madre. ¿Quieres saber cómo lo consiguió? —Su  
sonrisa traviesa se volvió pícaro—. ¡Con sexo! —susurró—. Le amenazó con  
no

dejarle entrar en su cuarto hasta que consintiese en dejarnos hacer la primera  
comunión.

—¿Puedo preguntar cuánto tardó en... consentir? —preguntó, riendo.

—Casi un mes. La primera semana fue la peor. —Puso los ojos en blanco,  
provocándole una carcajada—. La tensión que flotaba en el aire se podía  
cortar

con un cuchillo. Supongo que estar sin sexo debe de ser muy duro.

—Sí, lo es. ¿Tú no podrías, verdad?

Los pasos que se escucharon bajando la escalera les interrumpieron una vez más, para decepción de él y alivio de ella, quien no se sentía preparada para tener aquella conversación.

El cura dio por finalizado el intento.

Tras los visillos de la ventana, Marta le observó perderse lentamente entre las sombras de la noche. Así le había recordado muchas veces, como un ser etéreo,

incorpóreo, inaccesible para ella.

—Es una pena que sea cura, hija —susurró Matías en su oído, dejando un beso sobre su cabeza—. Una verdadera pena.

29

Maruja tenía la costumbre de dejar bajo el felpudo de la puerta de la casa una llave de la misma. Todo el mundo en el pueblo estaba al tanto de su rutina y, aunque nadie había osado nunca robar en las casas que ella limpiaba, su costumbre era por todos conocida. Así que cuando Marta quiso tener una charla

en privado con el cura, supo exactamente dónde encontrar la llave que necesitaba.

—¡Marta!

—No te preocupes. No me ha visto nadie.

—¿Pero qué haces aquí?

—Necesito hablar contigo.

En aquel decisivo momento para ambos, cuando más necesitaban la serenidad de espíritu, la luna llena que lucía majestuosa en el cielo decidió hacer de las suyas y alborotó los corazones que bombeaban en sus pechos con una fuerza repentina. Marta le acompañó hasta el pequeño salón, donde el cura abrió el armario de las bebidas y preparó dos vasos, mientras su mente se hacía pregunta

tras pregunta, mientras su corazón iba y venía.

—Pablo... yo... he decidido marcharme.

—¿Irte? —preguntó, tendiéndole un vaso—. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo con él?

—No ha pasado nada, ni pasará.

—¿Te ha dejado? —preguntó, sentándose a su lado y sintiendo cómo su corazón, alborozado por su llegada, comenzaba a desestabilizarse.

—Tenías razón en lo que me dijiste, Pablo, no tengo derecho a destrozar ninguna vida, por mucho que mi corazón me lo pida. Cada persona es libre de tomar sus propias decisiones y yo no puedo empujar a nadie a hacer algo que le

destrozaría, así que he decidido regresar a la ciudad y continuar allí con mi vida.

—Se tomó la copa de golpe y le dedicó una pequeña sonrisa—. Bueno, pues eso,

dile al jefe que... misión cumplida.

—Creo que has tomado la decisión correcta, Marta. Es lo mejor para todos.

—Para mí no. —Cerró los ojos y apretó la mandíbula—. Te aseguro que para mí no lo es.

—¿Tanto le quieres?

—El amor... todo lo llena. —Los ojos azules se inundaron de lágrimas—.

Yo... no sé cómo ocurre, pero ocurre, y lo invade todo, no deja sitio para nada más, es como una gran ola que rompe sobre la arena y la allana en una lenta caricia, borrando de ella todas las huellas, dejándola suave, lisa, lista para ser acariciada, lista para ser andada, lista para ser vivida. —Con dedos temblorosos

encendió un cigarrillo—. Mi vida ha tenido sentido porque él estaba en ella, ocupando mis pensamientos, llenando mis sueños. Siempre imaginé mi vida a su

lado, con nadie más, sólo con él. Soñaba en pasar las noches en sus brazos, pegada a su cuerpo, y los días escuchando su voz y el sonido de su risa... ¿Sabes

que cuando llegó a mi vida la llenó de color?... Y cada vez que le oigo reír, las

mariposas de mi estómago comienzan su descontrolado baile, alegrándome el alma, acariciándome con su aleteo y haciéndome sonreír. Él... ha estado en mi mente durante años y no ha pasado un solo día en que no le recordase, en que no

desease tenerle junto a mí...

—Marta, yo... —El descontrolado palpitar de su corazón le levantó del sofá, haciéndole caminar con nerviosismo. Se pasó la mano por el pelo con

desconcierto—. Siento que sufras así, lo siento enormemente... La verdad es que

creí que no era más que un simple capricho, un reto; conseguir a un hombre que

pertenecía a otra mujer... Pensé que tal vez no fuera más que una cuestión de orgullo personal y...

—¿Vanidad femenina?

—Pues algo así, sí...

—Nunca te planteaste que pudiese ser amor.

—Sí, pero...

—Pero no un amor de verdad. —Se limpió las lágrimas y achicó los ojos, mirándole fijamente—. Porque... al fin y al cabo, con mi aspecto, tengo que ser

una mujer superficial.

—No he querido decir eso...

—¡Oh, sí, por supuesto que has querido decir eso, porque es lo que piensas!

—Se levantó con rabia, encarándose con él—. ¡Usted más que nadie, Padre, debería saber que el hábito no hace al monje, que las apariencias engañan, y que

las cosas no siempre son lo que parecen!

—Marta...

—¡Escuchas las confesiones de la gente, te abren su corazón y depositan en ti sus más negros sentimientos! ¿Quién mejor que tú para saber que el envoltorio

no hace el regalo, que la luz que mostramos por fuera oculta las sombras que llevamos por dentro? ¡Quién mejor que tú para saberlo!

—Marta, yo...

—¡Tú sabes de luces y de sombras, de verdades y misterios, conoces la hipocresía de la gente, no te es ajeno!

—Yo... yo...

—¡¿Tú qué?! —Su dedo impactó con rabia contra su pecho—. ¿Cuál será ahora tu consejo? ¿Que me vista de forma más recatada, quizá como la mujer del

notario, a la que cualquier día le dará un síncope por llevar las blusas tan cerradas en el cuello?

El cura no pudo evitar que se le escapase una risa, una risa que inundó el aire y que movilizó, sin que ella lo quisiera, a las traviesas habitantes de su estómago, que comenzaron a aletear con desenfreno, pero en esta ocasión en lugar de provocarle cosquillas le provocaron un llanto traicionero.

—Marta, yo... sólo quiero lo que sea mejor para ti.

—¿Y esto es lo mejor para mí? ¿Renunciar a lo que más quiero, a lo que más deseo? —Las lágrimas inundando sus ojos—. ¡Le necesito en mi vida, le quiero

con todo mi corazón y mi alma, le deseo como no he deseado a ningún hombre, y no puedo vivir sin él... no puedo!

—No llores —susurró, tomándola entre sus brazos y apretándola contra su cuerpo—. No llores, no puedo verte sufrir, no puedo...

Los ojos anegados, las mejillas encendidas y un cuerpo que temblaba  
incontrolablemente entre sollozos de tristeza, de desesperación y de miedo...

hicieron el resto. El acantilado se desprendió bajo sus pies, como si  
dinamitasen

sus cimientos, voló por los cielos como polvo pulverizado llevado por el  
viento.

Y las Murallas de Jericó... cayeron.

30

Que Maruja era de las más madrugadoras del pueblo era algo que también  
todo

el mundo sabía, y el cura mejor que nadie. Pocas veces había tenido que  
despertarle, pues los primeros rayos de sol le hacían abrir los ojos y  
espabilarse, pero aquella mañana el amanecer no consiguió su objetivo, de  
modo que cuando

los nudillos dieron sus tres golpes en la puerta, el desconcierto más total y  
absoluto tomó posesión de su cama.

—¡Padre! ¡Despierte, es la hora!

—¡Sí, ya voy! —gritó, mirando a Marta, que abría los ojos sobresaltada—.

Nos hemos quedado dormidos —susurró.

—¿Maruja?! ¿Maruja está aquí?! —exclamó también en susurros, con ojos  
desorbitados—. ¡Oh, Dios mío, de esta me destierran, no podré volver nunca,  
y a

mis padres les dará un infarto! ¡No te rías, cómo se nota que no eres mujer, tú  
te

convertirás en el machito del pueblo y yo en la segunda mujer del notario!

—Marta... no hemos hecho nada.

—¡Pero ellos no lo saben, y además, nunca lo creerían!

—En eso tienes razón. —Meneó la cabeza—. No te preocupes, yo la entretendré. Sal por la cocina y espérame, te acompañaré a casa.

—¡De eso nada, para que nos vea alguien!

—Es temprano, todo el mundo está durmiendo.

—¡Los visillos nunca duermen!

El cura se llevó a Maruja al cuarto de baño con... ¡sabe Dios qué disculpa!, y

Marta salió por la puerta de la cocina como alma que lleva el diablo. Al otro lado, el frescor de la mañana acarició sus mejillas encendidas. Se apoyó en la pared y comenzó a respirar más tranquila al sentirse a salvo. Él apareció en pantalón de deporte y camiseta, aparentando una calma que no tenía y con una tímida sonrisa asomando en sus labios.

—Bueno, no ha sido tan difícil.

No habían dado ni dos pasos para alejarse de la casa parroquial, cuando la puerta se abrió y por ella apareció Maruja, con los ojos tan brillantes como faros

en medio de la tormenta y las mejillas rojas como las llamas del infierno... y con

el bolso de Marta entre las manos.

—¡Toma! —exclamó, empotrándoselo contra el pecho—. ¡Se te ha olvidado!

El camino de vuelta constituyó para Marta un auténtico tormento, mientras que

para el cura fue motivo de absoluta diversión. Demolidas las murallas y

tomada la decisión, la ligereza inundaba su alma, y oír a aquella mujer tan valiente y decidida elucubrar sobre cuál sería el momento más adecuado para que la quemaran públicamente en una pira dispuesta en la plaza Mayor, junto al

quiosco de Anastasio, le provocó carcajadas que no podía reprimir y que salían

por su boca sin control. Claro que al llegar ante la casa de los padres se le acabó la risa, cuando las voces altisonantes llegaron hasta ellos y la puerta se abrió y

apareció tras ella Fernando, con el rostro sudoroso, el enfado inundando su cara

y rugiendo como un león.

—¡Marta, lo siento mucho, pero a partir de ahora mandaré al practicante! ¡Tú madre está imposible!

—¡Marta! —gritó la madre desde el interior—. ¡Dile a ese medicucho que no vuelva! ¡Me has oídos? ¡Que no vuelva!

Fernando entró en su coche, abrió la ventanilla y encendió un cigarrillo, en espera de que su descontrolado corazón recuperase su habitual latido. El odio que le profesaba aquella mujer era algo incomprensible para él. Al principio le había hecho gracia aquella animadversión y le había seguido el juego, pero con

el paso de los años se lo había empezado a tomar en serio, preguntándose una y

mil veces a qué sería debido, sin encontrar nunca un motivo. Cuando el motor de

su cuerpo se recuperó, encendió el mecánico y enfiló la cuesta. Al llegar al cruce

del Ahorcado se encontró bajo el olivar con el cura, caminando lentamente y mirando a las alturas.

—¿Va para el lago, Padre? —preguntó, abriendo la ventanilla del copiloto—.

¿Quiere que le acerque?

—¡NO!

—¡Pero bueno! —exclamó, con ojos desorbitados—. ¿Qué le pasa a todo el mundo conmigo? ¿Acaso llevo un cartel que dice: “Trátele mal, es mala persona”?

La disertación del médico tenía todos los visos de continuar, así que el cura, resoplando, abrió la puerta y se sentó a su lado, cerrándola con fuerza.

—¿Y a usted qué le pasa, si puede saberse? —preguntó, acelerando con rabia

—. ¡Mi coche tampoco tiene la culpa, Padre!

—¡No me llames Padre, dejo de serlo!

El frenazo llegó de golpe, como todos los frenazos. Al médico el cinturón le paró en seco, pero el cura, que no había tenido tiempo de ponérselo, no tuvo tanta suerte. Salió despedido contra la guantera, lo que le obligó a frenar el golpe con las manos.

—¿Me vas a llevar, o me vas a matar?!

—¡Cómo que deja de ser Padre!

—¡Lo que oyes, dejo el sacerdocio!

—¿Pero por qué?

—¡Pues podría decirte que no es asunto tuyo, pero mentiría, porque sí lo es!

¡LO DEJO POR TU CULPA!

—¿Qué?

—¡POR TU CULPA, POR TU GRAN CULPA, POR TU GRANDÍSIMA CULPA!

—¡Se ha vuelto loco!

—¡Pues como con ella no puedo hablar, lo haré contigo, así al menos me desahogaré con alguien!

—¿Se encuentra bien, Padre?

—¿Adónde vas ahora?

—A... a la casa del tío Miguel... tiene la tensión baja y...

—¡Perfecto, te acompaño!

—Pero...

—¡Arranca de una vez, Fernando! ¡Tengo que hablar contigo!

—¿De qué?

—¡De ELLA, Fernando, de ELLA! ¡Vamos a hablar de ELLA!

La tensión del tío Miguel, que siempre le provocaba sustos mañaneros, se disparó de golpe cuando vio entrar al médico seguido del cura. No fue necesario

usar el tensiómetro para saberlo, su cara y los latidos de su vena en el cuello daban fe de que la tensión había iniciado la remontada de forma natural.

—¿Tan mal estoy? —preguntó, con ojos desorbitados.

—No, tranquilo, tío Miguel —resopló el médico, sentándose a la mesa—. El cura viene porque quiere... quiere... ¿Se puede saber qué quiere, Padre?

—¡Ya te he dicho que no me llames Padre, cuelgo la sotana! —dijo, buscando la cafetera. El tío Miguel le indicó, con un movimiento de cabeza, dónde se encontraba.

—¿Por qué? —preguntó Fernando—. Se le ve feliz en la parroquia. Aquí todo el mundo le quiere y...

—¿Por qué va a ser, hombre? —dijo el tío Miguel, tomando un sorbo de café

—. Pues por una mujer.

—¿Por una mujer? —Fernando le miró asombrado—. ¿Y usted cómo lo sabe?

—Eso lo sabe todo el mundo. Un cura sólo cuelga la sotana por una mujer.

—¡Así que te has enamorado! —El médico miró divertido al cura—. ¿Y de quién?

—¿No te lo imaginas?! —La mirada del cura no podía ser más furibunda—

¡De ELLA, Fernando, me he enamorado de ELLA!

La boca del médico se abrió, pero volvió a cerrarse. Sus ojos asombrados seguían clavados en los del cura, que le miraba con dureza, hasta que en las mejillas del doctor comenzaron a formarse dos perfectos rosetones, claros indicadores de la traición descubierta.

—No sé de qué me hablas... — “Negarlo hasta la muerte, y más allá de ella”,

decía siempre su padre.

—¡No seas hipócrita! —le espetó con saña—. ¡No voy a quedarme de brazos cruzados viendo cómo tira su vida por la borda corriendo tras un hombre casado como tú!

—Pero yo... yo... eso ya se terminó hace tiempo —Él no tenía el temple de su “viejo”.

—¿Ah, sí? —El cura dejó con fuerza la taza vacía sobre la encimera, mientras sus manos iban hacia sus caderas—. ¡Pues para ella no se ha terminado porque te

sigue queriendo! ¿Qué pasa, ya te has cansado y decides tirarla como una colilla?

—¡No digas tonterías, si fue ella la que me dejó!

—¿Y quién es ella, si puede saberse? —preguntó tímidamente el tío Miguel, observando aquellos rostros alterados.

—¡Anda, díselo! —exclamó el cura—. ¡A estas alturas seguramente ya todo el pueblo lo sabe!

—¡No, no lo sabe nadie! —Se frotó la cara, consternado—. Ana y yo hemos sido muy discretos, y la verdad es que no sé por qué te lo ha tenido que contar a

ti. ¿Lo ha hecho en confesión? ¡Por el amor de Dios, pero si ni siquiera va a misa!

—¡Ana! —Los ojos del cura amenazaron con abandonar su cara, darse un paseo por el pueblo, recorrer la Sierra y regresar de madrugada. Mientras que los

del tío Miguel iban de una a otra cara; de su bajada de tensión ya no quedaba ni

rastro.

—¡Ahhhh, la chica de la farmacia! —asintió el tío Miguel—. Una chica muy guapa, sí, muy guapa, pero... ¿No eres feliz con tu mujer, Fernando?

—Sí, pero... un desliz lo tiene cualquiera.

—¡Ana! —susurró el cura, pero nadie le oyó.

—¡Caray, cuando cortó conmigo y me dijo que había conocido a otro...

nunca imaginé que fueses tú!

—¿Ahora está contigo? —preguntó el tío Miguel.

31

El día amaneció caluroso, de los más calurosos del verano; los primeros rayos de sol calentaron de inmediato. Dos hombres se despertaron, abriendo los ojos al

mismo tiempo, en distintas casas del pueblo y, mientras uno se ponía sus pantalones de pana, pues el frío de la soledad se le había metido en los huesos, el otro se ponía unos vaqueros viejos de aquella época en la que la sotana aún no

cubría su cuerpo. El calor abrasaba al segundo, el frío atenazaba al primero. El

primero bajó la escalera rumbo a la cocina, donde un café bien caliente le

estabilizaría por dentro. El segundo se encaminó hacia el lago, al embarcadero.

La cara de Maruja era un auténtico poema. Estaba sentada muy recta a la mesa, con un café entre las manos y la mirada fija tras los cristales de la ventana, completamente ensimismada en sus pensamientos. El tío Miguel pasó a su lado

sin decir ni buenos días, y se puso un café bien cargado, no fuese a haber malas

noticias y la tensión le jugase una mala pasada de nuevo. Se sentó frente a ella

con la boca cerrada a cal y canto, no en balde, había estado casado más de cuarenta años y sabía que aquellas señales evidenciaban que algo grave estaba ocurriendo, y en esos momentos en los que la tormenta sobrevolaba la cabeza de

una fémmina... lo mejor era el silencio.

La cara de Marta era de relajación total y absoluta. Su secreto, durante tantos

años protegido, había salido al aire, como dirían los periodistas, y ahora ya sólo

era cuestión de tiempo que llegase a oídos de todo el pueblo. Pero tras el primer

impacto que le supuso la “pillada” de Maruja, su única preocupación era cómo

reaccionarían los que le habían dado la vida cuando alguien les fuese con el cuento, quién se lo diría era un misterio, pues los rumores en el pueblo no tenían

boca, sólo eco. El cura, que carecía de la experiencia marital del tío Miguel, se

lanzó a por ella como perro se lanza a por un hueso.

—Miguel, he visto algo que no me ha dejado dormir en toda la noche.

—Pues ya tenemos edad como para que no nos sorprenda nada, Maruja.

—Pues yo no puedo evitar estar sorprendida, sorprendida y enfadada, muy enfadada, tan enfadada que tengo ganas de gritar.

—¿Me lo vas a contar, o esperas a que me dé un ataque como al señor Rogelio, que en paz descansa?

—El cura pasó la noche con una mujer.

—Ya.

—¿Cómo que ya? ¿Es lo único que se te ocurre decir? ¡Menudo escándalo!

¡Si la gente se entera, será el escándalo del siglo en el pueblo!

—Pues no lo cuentes, Maruja, no lo cuentes.

—Sólo te lo he dicho a ti, tenía que decírselo a alguien o reventaba. Y, además, necesito que me aconsejes qué debo hacer.

—Nada.

—¿Cómo que nada? ¡Tengo que hacer algo, Miguel, no me puedo quedar así, es el cura!

—Es un adulto. Él sabrá lo que tiene que hacer.

—¡Es un hombre, Miguel, no tiene ni idea de lo que tiene que hacer!

—No deberías entrometerte... —Matías apareció por la puerta como cada mañana, con una sonrisa en la cara y buscando la cafetera—. Pregúntale a Matías, él te dirá lo mismo que yo.

—¿Preguntarme el qué?

—Matías... El cura ha pasado la noche con una mujer. ¿Qué hago?

—¿Qué vas a hacer? —preguntó, poniéndose un café—. Nada.

—¿Ves? —dijo el tío Miguel.

—Es un hombre —sentenció Matías.

—Es adulto —apostilló el tío Miguel.

—¡Pero es el cura! —exclamó ella, levantándose con rabia y comenzando con sus tareas cotidianas.

—¿Y sabes quién es ella? —preguntó el tío Miguel.

—No. Y si lo supiera no os lo diría. ¡No soy ninguna cotilla!

—¡Marta, sal del agua!

Marta se limpió el agua de los ojos y enfocó la mirada. El cura la observaba desde el embarcadero con cara de muy malas pulgas, pero con muy buen cuerpo.

El *footing* mañanero había hecho un buen trabajo y los músculos que se marcaban bajo sus ropas eran de total perfección. Claro que el subir y bajar de su

pecho era preocupante, evidenciaba que estaba alterado.

—¿Qué pasa? —preguntó, intentando sosegar su corazón atolondrado.

—¡Quiero hablar contigo! ¡AHORA!

—No me des órdenes, no las acepto. —Entrecerró los ojos—. ¿Por qué no te

das un baño? Te calmará los nervios.

—¡Te he dicho que salgas del agua, tenemos que hablar!

—Y yo te he dicho que no me des órdenes. ¿De qué quieres hablar?

—¡De tus mentiras!

—¿Qué mentiras?

—¡FERNANDO!

—¡Huy, huy, huy, esa ira, Padre, debería controlarla!

—¡Quieres salir del agua de una vez! ¡Es muy difícil discutir con alguien que se está bañando!

—¿Y por qué quieres discutir? No tienes motivos para hacerlo.

—¡Que no tengo...! —Las manos fueron a sus caderas—. ¡Marta, si no sales del agua ahora mismo, yo...!

—¡Vale, vale, claudico! —dijo, nadando hacia él—. ¡Hay que ver qué carácter tienes por las mañanas! ¿Has desayunado? —Se apoyó en el borde—. ¿Me acercas la ropa, por favor?

—¡¿Estás desnuda?! ¡Por el amor de Dios! ¡Vístete de una vez!

Marta se vistió, sí, pero lo hizo despacio. Aquella tormenta había que capearla bien, así que se tomó su tiempo, observando con atención aquel cuerpo que tenía

delante; no podía emanar más furia, la inundó el deseo.

—Puedes volverte, ya estoy presentable.

—¡Así que te habías enamorado de Fernando!

—¿Quién ha dicho eso? —Alzó las cejas—. ¡Hay que ver cómo le gusta a la gente hablar!

—¡No me fastidies, Marta! —exclamó, levantando los brazos desesperado.

—Yo nunca dije eso.

—¡Que habías vuelto por un hombre casado!

—Sí, eso sí lo dije, porque es cierto.

—¡FERNANDO!

—No, eso no lo dije, porque no es cierto. —Arrugó el ceño.

—¡Oh, por el amor de Dios!

El cura se frotó la cara con desesperación. Caminó por el embarcadero como fiera enjaulada, hasta que se dejó caer sobre la gran roca, sacudiendo la cabeza

con desconcierto, resoplando finalmente con resignación... no en vano había aprendido a hacerlo durante mucho, mucho tiempo.

—Pablo... yo nunca te he mentado. —Se acercó lentamente—. Volví aquí por un hombre, por un hombre casado, sí, pero yo nunca dije que fuese Fernando.  
A

esa conclusión llegaste tú, yo nunca lo dije...

—¡Me has engañado, Marta! —Se levantó, encarándose con ella—. ¡Has jugado conmigo como te ha dado la gana!

—No. Yo nunca te he mentado. Si has llegado a conclusiones erróneas lo has hecho tú solo, pero yo nunca te he mentado, nunca.

—¡Yo preocupándome porque no echases a perder tu vida y tú... jugabas conmigo, te reías en mi cara! —Se acercó tanto que podía olerle, olía a lavanda,

a lino, a hierba cortada—. ¡Eres una embustera!

Pero como los días que empiezan mal, mal acaban, aquel terminó de mala manera. Maruja, que era una mujer de acción, haciendo oídos sordos a la voz de

la experiencia masculina, se dejó llevar aquella misma tarde por la furia que bullía en su interior hasta el otro lado de la rejilla del confesionario, donde un hombre que sabía que no debería estar allí cumplía fielmente con sus

obligaciones en espera de que su sustituto llegase cuanto antes.

—¡Buenas tardes! —gruñó, arrodillándose.

El cura alzó las cejas sorprendido. Pocas eran las veces que Maruja aparecía por aquel lugar, solía confesarse cuando iba a la ciudad, al menos eso era lo que

decía.

—¡Maruja! ¿Qué pasa?

—¡Eso digo yo! ¿Qué pasa?

—¿Ha venido a confesarse?

—¿Con usted? ¡No me haga reír! —resopló—. ¡No puede usted seguir

viéndola, no puede! ¡Hizo usted unos votos y tiene que respetarlos, tiene unas obligaciones para con Dios y para con los hombres! ¿Cuántas veces nos ha dicho

que hay que evitar la tentación? ¿Cuántas? ¡Pues ahora se lo digo yo, tiene que dejar de verla! ¡Lo que ha hecho no está bien, es pecado mortal!

—Maruja, por favor... usted no lo entiende...

—¡Oh, lo entiendo muy bien, claro que lo entiendo muy bien! ¡Se ha dejado usted arrastrar por la carne, Padre! ¡Ya sé que es un hombre, pero ante todo es cura y debe respetar los votos que hizo, así que... deje de pensar con la entrepierna!

32

La tía Herminia se tomaba su segunda taza de café mientras encendía un cigarrillo de la cajetilla que le había robado a Venancio. Aspiró con fuerza en la

ventana de la cocina, la que daba al patio trasero y en la que se sentía a salvo de miradas indiscretas —las de las gallinas no contaban—, buscando en su mente las

palabras adecuadas que debía utilizar aquella tarde con la visita que esperaba.

—Tía Herminia... —suspiró la madre de Marta, sentándose a su lado en la silla de la acera que la estaba esperando—. Cada vez que dices que tienes que hablar conmigo, me da un vuelco el corazón; la última vez, las niñas hicieron la

primera comunión. ¿Qué pasa ahora? ¿No será por Marta? —La tía Herminia asintió lentamente, provocando el tan terrible vuelco—. ¡Oh, Señor! Pues si me

vas a decir que debe vestir de forma más recatada, olvídalo, ya lo he intentado y

no ha servido de nada, y encima Matías me quita la razón, así que no puedo luchar contra los dos. Si tú quieres intentarlo, hazlo, yo ya he tirado la toalla y...

—El cura cuelga la sotana por ella.

El vuelco se convirtió en temblor, retumbó sobre el empedrado del suelo con la misma fuerza que en su temeroso corazón. La boca de la madre se abrió, la piel se erizó, y el aire le faltó y, en semejante momento de tremenda conmoción

su hija apareció al fondo de la calle subida en sus altísimos zapatos de tacón, caminando con garbo y desconocedora de que su secreto había desestabilizado otro corazón.

—Marta... —susurró la que le había dado la vida, cuando se sentó al otro lado de la tía Herminia—. ¿Tan mal te he educado, hija? ¿Es que no hay más hombres sobre la faz de la tierra que has tenido que posar tus ojos sobre él? ¿Qué

he hecho mal, hija? Dímelo...

—Déjate de ñoñerías, María —dijo con firmeza la tía Herminia—. No has hecho nada malo, son cosas que pasan, en el corazón no se manda. Así es la vida.

La tía Herminia sacó del bolsillo de su chaqueta la cajetilla de tabaco y encendió con pericia un cigarrillo, exhalando una gran nube de humo. Ella siempre había sabido dar golpes de efecto y desviar la atención.

—¿¡FUMAS?! —Esta segunda impresión fue para su sobrina más fuerte que la primera—. ¿¡Desde cuándo?! ¡Ay, si mi madre levantara la cabeza, ella que te

tenía en un pedestal!

—Bueno, pues ya está. Yo ya te lo he dicho —dijo la tía Herminia, exhalando una densa nube, sin hacer caso de aquella cara descompuesta que la miraba anonadada—. Ya sólo es cuestión de tiempo que el pueblo se entere, así que ya

se lo estás contando a Matías y, por si acaso, ten a mano la pastilla para el corazón que te dio Fernando, no vaya a ser que en vez de ir de boda tengamos que ir de entierro.

El señor Venancio apareció doblando la esquina, momento que la madre de Marta aprovechó para salir de allí antes de que le diese un síncope, momento que

la tía Herminia aprovechó para apagar y esconder la colilla, y momento en que el

señor Venancio se preguntó una vez más por qué aquella calle no podía tener dos

salidas.

—Buenas tardes señora, señorita...

—¡Hay que ver qué fino te pones ahora! —le susurró con rabia la tía Herminia, clavando sus ojos en él—. ¡Espero que esa delicadeza continúe y no sea un simple espejismo en el desierto!

—¿Pero qué dices, mujer? —Alzó las cejas, sorprendido.

—Me estás entendiendo perfectamente, Venancio. Sólo tú sabes lo del cura y de ti depende que la noticia no se extienda. Así que espero que puedas

mantener

bajo control esa lengua que tenéis los hombres de este pueblo y que tan mala fama nos da a las mujeres.

—Herminia, me parece estar oyendo a Manuela —dijo con una sonrisa

traviesa—. Por cierto... ¿No habrás visto por aquí una cajetilla de tabaco? No la

encuentro.

—No deberías fumar. ¿No sabes que es malo?

—¿Te preocupas por mí, Herminia? —La sonrisa traviesa se transformó en sonrisa enamorada—. No sabes cuánto me complace oír eso.

—¡Quieres irte de una vez, tengo que hablar con mi nieta!

—No es tu nieta, Herminia, es tu sobrina nieta.

El señor Venancio enfiló la corredera, con el corazón desbordante de

satisfacción, con el alma rebosante de sosiego, sintiendo sobre su espalda la mirada de la tía Herminia, mientras ella meneaba la cabeza preguntándose

cuánto tiempo tardaría en soltar la lengua.

33

Para Matías, como hombre de campo que era, sólo existían dos tipos de hombres: los fuertes y los débiles, y al cura le había incluido en el primero desde el principio. Se había preguntado muchas veces por qué desperdiciaba su vida bajo la sotana en la casa de Dios, en lugar de estar donde le correspondía, que era el mundo de los hombres. Así que cuando recibió la noticia de su cambio de

vestimenta, sonrió con satisfacción.

—No deberías reírte —dijo su mujer, meneando la cabeza.

—Pues me río, sí, me río. Porque hombres como él no deberían perder el tiempo entre cánticos y misas. Tiene un cuerpo para el trabajo, para la vida, para

tener hijos. Me alegro de que se haya dado cuenta.

—Pues no deberías alegrarte tanto porque, cuando te diga por quién cuelga la sotana, te va a dar algo.

A Matías no le dio algo, pero, como buen hombre de campo puso el grito en el cielo, blasfemó, maldijo, juró e hizo todo lo que un hombre del grupo de los fuertes hace en estos casos, hasta que una pregunta comenzó a formarse en su mente... ¿Cómo serían los hijos de semejante pareja?... Y poco a poco se fue calmando, porque lo que vio le gustó, y en un tiempo récord olvidó su enfado, pues no había nada que más desease en el mundo que ser abuelo, que le llamasen

“yayo”.

Entró en la cocina del tío Miguel con una sonrisa espléndida en los labios, le regaló al dueño de la casa un pícaro guiño y se lanzó hacia la cafetera que, como

cada mañana, le estaba esperando.

—Maruja... Así que no sabías de quién se ha enamorado el cura.

—¿Lo sabes?! —exclamó ella, secándose las manos en un trapo.

—¿De quién? —preguntó el tío Miguel.

—Pues me alegro de que lo sepas, Matías, supongo que ahora tomarás cartas

en el asunto.

—Por supuesto que no, Maruja.

—¡Pero no puedes dejarlo así!

—No es asunto mío. No pienso hacer nada al respecto.

—¿De quién? —preguntó de nuevo el tío Miguel, arrugando el ceño.

—¡Que no piensas hacer nada! ¿Pero qué clase de hombre eres tú? ¿Es que no tienes sangre en las venas?

—¡No me hables así, no te lo permito! —exclamó, levantando un dedo amenazador—. ¡Ahora entiendo por qué sigues soltera!

—¡Oh! —exclamó ella, meneando la cabeza—. ¡Eso ha sido un golpe bajo, Matías, muy bajo!

—Tú me has llamado poco hombre, así que yo te llamo solterona. ¿A que no te gusta?

—¡Estoy soltera porque quiero, porque no he encontrado nunca un hombre que mereciese la pena!

—¿Y aquel pretendiente que tuviste a los veinticinco? —preguntó el tío Miguel, mirando concentrado el fondo de su taza.

—¿Tuvo uno a los veinticinco? —preguntó Matías sorprendido, sentándose frente a él— ¿Quién?

—¡No se lo cuentes! —dijo ella con rabia para hacerse oír entre el ruido de

las tarteras—. ¡Que se quede con las ganas de saberlo, por llamarme solterona!

—¿Quién, Miguel, quién?

—El boticario.

—Pero qué dices, hombre, si ese es muy joven para ella.

—Este no, el viejo, el que le vendió la farmacia a Serafina.

—¿Don Segismundo? ¿El que se acabó casando con la Escoba?

—El mismo —contestó el tío Miguel con una sonrisa—. La cortejó con ganas, sí, con muchas ganas. Una vez oí decir que... los encontraron en el pajar

de Eladio.

—¡Válgame Dios! —El grito de Maruja se mezcló con el estruendo del cucharón que se le escurrió de entre las manos e impactó sobre el suelo, provocándoles un sobresalto tremendo—. ¡Pero quién ha dicho semejante barbaridad?!

—Yo lo oí, Maruja. —dijo el tío Miguel levantando las manos, muy serio—.

Te lo juro.

—¡Pues no es cierto! ¡Nunca me puso una mano encima! —gimió, sentándose a la mesa y enjugándose los ojos llorosos con la punta del mandil—.

¡Pero qué mala es la gente, cómo les gusta hablar!

—¿Y por qué no dejaste que te tocara, mujer? —dijo con pesar el tío Miguel

—. Te vas a morir sin saber lo que es el sexo, y eso es una pena.

Los ojos lagrimosos se clavaron en la mesa y las manos se mantuvieron serenas pero... las mejillas decidieron hablar por su cuenta, tiñéndose de un rojo

carmesí como no se había visto en la parroquia en décadas. El tío Miguel y Matías abrieron asombrados los ojos y se echaron hacia delante sobre la mesa, avance que fue seguido del inverso por ella, quien apoyó el cuerpo en el respaldo

de la silla en un inútil intento de poner tierra de por medio.

—¡LO HICISTE! —exclamaron dos bocas a un tiempo.

Nunca dos palabras causaron tanto desconcierto. Maruja se levantó como pudo y salió de la cocina a la velocidad del viento.

—¡Santo Dios Bendito! —suspiró Matías.

—¡Hay que enterarse de con quién, Matías! ¡Yo no puedo morirme sin saberlo!

34

Se sentó en el porche a fumar el único cigarrillo que su mujer le permitía en todo el día. Lo saboreaba con ganas. Naturalmente, no era el único que

disfrutaba, lo hacía a escondidas cuando estaba en la finca de los naranjos, pero,

como ella no lo sabía, se sentía muy satisfecha cuando tras la cena, él exclamaba: “Y ahora llega el mejor momento del día, un cigarrito con el beneplácito de mi señora”. Marta salió tras su padre y se sentó en un escalón, dejando la otra mecedora libre... Aquellas mecedoras tenían toda una historia que contar, pues eran la única herencia que había dejado el bisabuelo Pepe,

quien, según decía la abuela: “Siempre fue un tarambana, en las Américas lo dejó todo, salvo las mecedoras”. Y es que la belleza del bisabuelo había encandilado a más de una dama y él se había dejado querer y había esparcido por

el Nuevo Continente su semillita; quince hijos decían las malas lenguas que de ella habían nacido.

—Bueno, hija... —dijo la madre, sentándose junto al marido—. ¿Y cuándo os casaréis?

—¿No te estás precipitando un poco, querida? —preguntó Matías acariciando su mejilla—. Hay que darle tiempo al tiempo, aún son jóvenes.

—Joven es ella, él ya tiene sus años. ¿Y de qué va a vivir cuando cuelgue la sotana? ¿Tiene alguna profesión?

—Hay que ver qué prácticas sois las mujeres —rio Matías, tomando una de sus manos y besándola suavemente—. ¡Qué bien hueles, cariño!

—¡Oh, no me huelas las manos, que acabo de picar ajos! —exclamó ella riendo.

—Pues a mí no me huelen a ajos, no señor.

—¿A qué te huelen, papá?

—A lilas. Tu madre siempre huele a lilas.

—Pues a lo mejor era cierto... —dijo la madre pensativa.

—¿El qué, mamá?

—Mi madre, tu abuela Lela, decía que cuando un niño venía a este mundo

necesitaba un olor y cada vez que asistía a un parto preparaba cuidadosamente el

olor del niño. Le preguntaba a la parturienta cuál era su aroma preferido y cuando el niño nacía ella le bañaba en una tinaja con agua caliente y esa esencia.

Decía que ese primer aroma impregnaba la piel de la persona para el resto de su

vida y... bueno, a ella le gustaban las lilas y como yo nací en primavera...

Siempre creí que no era más que una de sus historias. A ella le gustaba inventarlas, igual que a ti.

—Mamá... no todas las historias que escribo son inventadas. De hecho, la mayoría son reales.

—¿Reales? —preguntó asombrada—. ¿Quieres decir que la historia de *El hombre que no quería despertar* te la contó alguien? —Marta estalló en carcajadas—. ¿No sería alguien del pueblo, hija?

—Yo... quería hablaros precisamente de la abuela Lela, de su casa. Me gustaría vivir allí.

—¿En la finca de los naranjos? —Matías frunció el ceño—. Pero esa casa está en ruinas, Marta. No es habitable.

—Lo sé. Me gustaría levantarla de nuevo, reconstruirla.

—¡Levantar la casa de la abuela, Marta! —exclamó Matías—. ¿Pero sabes lo que puede costar eso, hija? Yo... lo siento, hija, pero no tengo tanto dinero para

hacer algo así.

—¡Oh, no, papá, no quiero que lo hagas tú, yo puedo hacerlo!

—¡Pero cómo vas a poder hacerlo tú, Marta! —exclamó Matías, apagando el cigarrillo—. ¡No digas locuras!

—Tengo dinero suficiente, papá.

—¿Qué? Pero Marta, tú escribes libros... No puedes tener dinero para hacer algo así. —Marta asintió con una sonrisa radiante—. ¡Vaya, vaya, vaya, así que

la Literatura da para vivir!

—¡Ya sé quién es! —exclamó la madre emocionada—. *El hombre que no quería despertar*. ¡Ya sé quién es! ¡El pelirrojo que vive con Susana, la loca!...

¡Hija, no quiero que hables con ella, dicen que está como un cencerro!

35

La voz al otro lado de la rejilla le hizo pegar un pequeño respingo.

—¡Así que cuelgas la sotana!

—¡Marta! ¿Qué haces aquí? Vete, no puedo confesarte.

—¿Qué es eso de que cuelgas la sotana? ¡¿Y por qué no me lo habías dicho?!

—Porque no es asunto tuyo.

—¿Es asunto de todo el pueblo y no es asunto mío?

—¡Lo que yo haga con mi vida no es asunto tuyo!

—¡No repitas mis palabras! ¡Todo el pueblo me cree la causante de tu huida de la Iglesia, así que me merezco una explicación, al menos!

—Hay que ver cómo le gusta a la gente hablar.

—¡Pablo!

—¿Qué quieres oír? ¿Qué han sido tus encantos los que me han hecho tomar la decisión? —Los colores subieron a la cara de Marta—. Pues supongo que algo

han tenido que ver, sí.

—¡Oh, pero qué ruindad, echarme la culpa! ¡Esto no me lo esperaba de ti!

—¿Y qué esperabas, Marta?! ¡¿Qué esperabas arrodillándote al otro lado y contándome tus... elucubraciones mentales?! ¿Qué?

—¡Lo que yo te he contado de este lado no son elucubraciones mentales, son pecados! ¿No estás aquí para eso, para oírlos? —El cura apretó los dientes—. ¡Que me hagas responsable de tus dudas me parece vergonzoso! ¿Acaso no las tenías antes de que yo llegara? ¡Eres un egoísta y me pones ante el paredón!

—¿El paredón? —preguntó, sin poder evitar la risa.

—¡Sí, el paredón! ¡Me expones ante el pueblo como si fuese María

Magdalena y eso... no te lo permito! —El silencio al otro lado la enardeció—. —

¡Haz el favor de decirme algo!

—¿Quieres confesar algún pecado, Marta, algún otro hombre al que hayas

seducido con tus muchos encantos?... Por cierto, si no es Fernando ¿quién es?

La respuesta que recibió fue el bufido que salió por su boca al otro lado de la rejilla, seguido por el taconeo de sus zapatos abandonando el Templo.

36

El día amenazaba una nueva tormenta. Maruja salió de la carnicería, donde la conversación quedaba en lo más álgido. Abrió su paraguas, segura de que antes

de llegar a la casa del tío Miguel, un chubasco descargaría con fuerza; eran demasiados años contemplando aquellas nubes como para no saber

interpretarlas. Llegó a la antigua carpintería sorteando charcos y agradeciendo a

su intuición que se mantuviese tan viva y expectante como a los veinte años, claro que... alguna que otra vez le había fallado.

—¿Te ha pillado de lleno el chubasco, eh? —rió el tío Miguel viéndola sacudir el paraguas.

—Y no soy la única a la que han pillado. ¿Te has enterado de lo de Fernando?

—¿Qué ha pasado?

—La mujer le ha pedido la separación.

—¡Vaya! Se ha enterado de los cuernos.

—¡Pues claro! ¡De eso siempre se entera una, aunque sea tarde! Está hecha un auténtico basilisco y él no hace más que llorar. ¡Ahora se pone a llorar!

—¿Quién llora? —preguntó Matías, apareciendo por la puerta y chorreando agua como una lechuga recién lavada.

—El médico; la mujer le ha pedido la separación —contestó el tío Miguel, mirándole preocupado—. Oye, Matías... Hoy espero una visita y no sé si será bueno que tú estés aquí.

—¿A quién esperas? —preguntó Maruja.

—Al cura.

—¿Al cura?!

—Quiere alquilarme la carpintería.

—¿Es carpintero, como San José? —preguntó Matías.

—Pues parece que su padre lo era, y que le enseñó el oficio de niño. También quiere el piso de encima y...

—¡Virgen Santísima! —exclamó Maruja con ojos desorbitados—. ¡¿Quiere traerla a vivir a semejante cuchitril?! ¡Matías, supongo que ante una cosa así tomarás medidas!

—Pues veréis, de él precisamente quería hablaros. Necesito que me echéis una mano.

Cuando una hora más tarde el cura llamó suavemente con los nudillos a la puerta del tío Miguel, Matías en persona la abrió, provocando que el corazón del

clérigo se saltase varios latidos que se perdieron en la espesura del monte próximo.

—Buenos días, Padre. Pase, pase —le sonrió Matías—. Estamos tomando un café. ¿Le apetece?

—Sí, gracias. Pero... llámeme Pablo, por favor.

—¡Si aún lleva la sotana! —le recibió Maruja con cajas destempladas.

—Mi sustituto llegará pronto, eso al menos me ha dicho el obispo.

—¡El obispo, claro! —exclamó ella, meneando la cabeza.

—¿También tienes algo en contra del obispo, Maruja? —preguntó divertido el tío Miguel.

—¡Yo no, pero sé de alguien que tiene mucho en contra de esa rata!

El tío Miguel y Matías rieron viéndola tan enfadada, pero al cura la boca se le abrió y por ella otros dos latidos se escaparon en compañía de los primeros. Se

dijo que a ese ritmo el motor de su cuerpo se pararía en cualquier momento.

—Ya he hablado con mis hijos, Padre... digo, Pablo —dijo el tío Miguel—. Y les parece bien la idea, de hecho creo que están encantados de que tenga compañía. Ellos se ocuparán de redactar el contrato de arrendamiento y esas cosas, si le parece bien. Pero siéntese, siéntese.

El cura se sentó frente al tío Miguel, como también lo hicieron Matías y Maruja, que lo flanquearon. Tres pares de ojos se clavaron en la cara del sacerdote, haciendo aflorar a sus mejillas ligeros colores.

—¿Quieren... quieren ustedes decirme algo?

—Sí, así es —asintió el tío Miguel.

—Claro —ratificó Matías.

—¡Por supuesto! —sentenció Maruja, a quien sólo le faltó dar un golpe en la mesa.

—Yo... —carraspeó—. Entiendo que la noticia les haya impactado, pero les aseguro que no ha sido fácil tomar una decisión así y...

—¿Tú sabes la suerte que tienes, Pablo? —le interrumpió el tío Miguel—.

Marta es una mujer preciosa, preciosa de verdad.

—Por no hablar de su inteligencia —continuó Matías, encendiendo un cigarrillo—. Cosa que ha heredado de su madre, por supuesto.

—¿Y a una mujer como ella quiere traerla a vivir a semejante cuchitril?! —intervino Maruja—. ¡Pero se ha vuelto loco?! ¡Una mujer necesita una casa, una casa de verdad! ¡¿Qué piensa hacer al respecto?! —

—Pero antes de pensar en dónde van a vivir, habrá que celebrar la boda. —

Las palabras del tío Miguel produjeron un silencio sepulcral.

—¿La... la boda? —consiguió articular el cura, tragando saliva.

—¡No pensará vivir con ella en pecado! —bramó Maruja.

—Organizar una boda requiere de cierto tiempo —dijo el tío Miguel, encendiendo un cigarrillo—. Y supongo que tú estarás como loco por casarte cuanto antes.

—¡No seas verde, Miguel! —intervino Maruja.

—Mujer, es comprensible, tantos años con la sotana, el hombre querrá casarse ya...

—¡Y se dice por ahí que no le gusta su forma de vestir! —cambió de tercio Maruja.

—¡Pero qué dices, mujer! —exclamó el tío Miguel—. Si va preciosa.

—¿Qué quiere, que se ponga velo?! —bramó ella, dando por fin un golpe sobre la mesa—. ¡Válgame Dios, lo que nos faltaba, el cura nos ha salido moro!

El cura, que había llegado a la casa del tío Miguel con el alma templada, la abandonó con ella exaltada. Los tres mosqueteros con los que allí dentro se topó

habían desenvainado sus espadas y las habían ondeado ante sus ojos como expertos espadachines. Le habían sacudido por todos lados, y habían dado por completo en la diana... Claro que aún le faltaba por conocer a la madre de Marta.

—Cada vez que pienso... —susurró Maruja tras los visillos, observando cómo se alejaba— que ese hombre ha confesado a todo el pueblo, que sabe las miserias de todos nosotros y que se pasea alegremente por ahí con semejante información... me hierve la sangre en las venas.

—Pues como tantos, Maruja —rio el tío Miguel—. Como tantos.

—No ha sido el primero, ni será el último —remarcó Matías.

—Además el secreto de confesión es sagrado —dijo el tío Miguel.

—Sí... como los votos sacerdotales —refunfuñó ella.

—¿No nos habremos pasado un poco? —preguntó Matías, preocupado.

—¡Ni hablar! —exclamó Maruja, dirigiéndose hacia los fogones.

—No, hombre, no —le tranquilizó el tío Miguel—. Éste acaba de aterrizar en

el mundo de los hombres y hay que abrirle los ojos. Por cierto, Matías, ¿desde cuándo eres partidario del matrimonio por la iglesia?

—Desde que mi mujer me atormenta día y noche con el tema. No parará hasta que lo consiga. Y como sé que lo conseguiré, haré todo lo que esté en mi mano para que eso ocurra cuanto antes. ¡No puedo con semejante tortura, Miguel, ya no tengo edad!

37

La estridente voz que respondió al telefonillo del portal les estremeció; en aquella voz estaba contenida la amargura de años. La mujer que les abrió la puerta de la casa, dueña y poseedora de la voz, mostraba en su semblante la infelicidad total y absoluta, la rabia contenida, el desasosiego, y todas las malas vibraciones que un ser humano pueda albergar. Pero, en el fondo de sus ojos, Marta vio la pena, la pena infinita, la pena de la oruga que no ha podido eclosionar, la de la flor que no ha podido florecer y que ha sido disecada en vida.

En ella el tiempo se había detenido, la primavera no existía.

—Marta, te presento a mi hermana Silvia.

Aun siendo una mujer joven, Silvia aparentaba más de cuarenta años.

Pequeña y enjuta, se movía con la intranquilidad de quien está al borde del abismo, con el nerviosismo de quien se asoma a la locura, con la indecisión de

quien no sabe si está muerta o viva. Marta la observó atentamente; allí había una

historia que contar, de esas que ponen los pelos de punta.

—Napo, podrías haberme avisado de que venías —dijo con desazón,

colocándose un mechón de pelo rubio y descolorido tras la oreja.

—Yo también me alegro de verte, Silvia —contestó sarcástico, provocándole una leve sonrisa—. Como puedes ver, Marta, las relaciones fraternales no son la nota predominante en mi familia.

—No digas eso, sabes que yo siempre te he querido. —Farma dejó sobre su mejilla un ligero beso y ella una suave caricia sobre la suya—. Pero que me hayas endosado a la vieja es algo que no te perdono.

—Ahí no me queda más remedio que darte la razón. Fue una faena por mi parte.

—¡Oh, querido, esto es más que una faena!

—¿Por qué no la metes en una residencia?

—¡Schchchch! —Se llevó un dedo tembloroso a los labios—. Como oiga la palabra *residencia*, me asfixia mientras duermo... Está en el salón, como siempre.

La casa estaba limpia, olía a limón, pero a medida que se acercaban al salón un olor se hacía más y más intenso, más y más penetrante. Y allí, en un viejo sofá orejero, que desentonaba con el resto del mobiliario casi tanto como ella, estaba la matriarca, sentada en su trono como si de una reina se tratara, y a sus pies sus súbditos, cuatro seres ronroneantes e inquietos que se movían intranquilos sobre sus orines. Con el pelo blanco y revuelto cayendo sobre sus hombros y vestida de riguroso negro que intensificaba la palidez de su rostro, parecía una auténtica bruja. Las arrugas de su cara se acentuaron al enfocar la mirada sobre las visitas y sus maléficos ojos verdes brillaron de expectación como los de las hienas se iluminan en la noche oscura. Marta la miró

fascinada.

¡Aquella escena, ni en una película!

—¡Vaya, vaya, vaya! —Más que voz, lo que salió por su boca era un gruñido

—. ¡Pero quién está aquí! ¡Si es el hijo pródigo! —rio, liberando una carcajada

que habría puesto los pelos de punta al mismísimo Lucifer—. ¡Y está más feo de

lo que lo recordaba! ¡¿A qué has venido, pedazo de mierda?!

—Hola... madre...

—¿Quéeee? —gritó, echándose la mano a la oreja.

—¡Huy, huy, huy! Más alto, cielo —dijo Marta alegremente, abriendo la ventana y encendiendo un cigarrillo—. Parece que la bruja está un poco sorda.

Su comentario provocó en Silvia una carcajada que intentó acallar con la mano y que tuvo en Farma el mismo efecto que cuando eran pequeños; cada vez

que su hermana se reía, él la seguía cual ratón tras la flauta.

—¿Se puede saber de qué os reís?! —preguntó la hiena.

—Quiero hablar contigo, madre.

Farma pronunció la frase con calma. La risa se había llevado el miedo, que no la rabia, y el ser que tenía enfrente la avivaba, se había convertido en un deshecho humano, en una caricatura de la mujer que había sido antaño, nada que

ver con la fiera que había conocido en su infancia y que había creado

especialmente para él un infierno que nunca había olvidado, por más que lo intentara.

—¿Qué has dicho?! —gritó, echándose hacia delante agarrando con rabia los brazos del sillón.

—Más alto, cariño —dijo Marta, meneando la cabeza—. Está como una tapia.

—¿Quién es esta?! ¡No la conozco! ¿Quién es?!

—¿Por qué nunca me quisiste, madre? —preguntó Farma, sentándose en el brazo del sofá y observándola atentamente.

Silvia miró a su hermano anonadada. Aquel tono de voz jamás se lo había escuchado, salía de las profundidades de su alma, de su sufrimiento más dañino,

de sus llantos desaforados, de sus carreras en mitad de la noche para escapar de

los palos, de sus atardecidos febriles, de sus pesadillas interminables, de la infancia vivida en el pueblo en aquella casa a la que todos llamaban “La casa del

páramo”.

La bruja dio un pequeño respingo en el trono y el gato que se había subido a su regazo saltó de él, escabulléndose por el pasillo, adonde le siguieron sus hermanos.

—¿Qué pregunta es esa?! ¿Has bebido?! ¡Sí, seguro que ahora le das a la botella!

—A ti nunca te ha hecho falta recurrir a la botella para soltar por la boca sapos y culebras, ¿verdad?

—A ver qué respuesta te da —dijo Marta, divertida, clavando su mirada en ella—. Tengo curiosidad.

La vieja parpadeó asombrada. Las piernas de Silvia se olvidaron de sostenerla, buscó una silla y se aposentó lentamente en ella, mirando a su hermano como quien descubre una nueva especie sobre la Tierra.

—¿Qué has dicho, pedazo de mierda?!

—No te asustes, Marta —dijo Farma, dedicándole una sonrisa triste a su amiga—. Así es como me llamaba siempre la muy perra. ¡Dime por qué, madre!

¿Por qué traer hijos a este mundo para despreciarlos, para humillarlos, para odiarlos? ¿Qué clase de mujer eres tú? Hasta las hienas protegen a sus crías.

—¡No me hables así, no te lo consiento!

—¿Por qué? Dímelo, ya es hora de saberlo.

—¡No me da la gana!

—¡No me iré de aquí hasta que me lo digas, tengo derecho a saberlo!

—¡Tú no tienes ningún derecho!

—¡Tengo todo el derecho del mundo, y me lo vas a decir aunque tenga que arrancarte... las pestañas... las uñas... el pelo! —gritó, levantándose y

blandiendo ante ella un dedo amenazador.

—¡Cállate!

—Te han venido recuerdos a esa mente desquiciada que tienes, ¿verdad?

—¡Yo no estoy loca! ¡Ni se te ocurra decir eso!

—¡Sólo una loca le haría semejantes aberraciones a un hijo, sólo la locura puede justificar eso!

—¡YO NO ESTOY LOCA!

—¿Por qué entonces, por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Quieres saber por qué?... ¡PORQUE ERAS DIFERENTE, POR ESO!

—Eso no te daba ningún derecho a odiarme.

—¡Tenía todo el derecho, te di la vida, así que tenía todo el derecho!

—¡No tenías derecho a odiarme, ni a insultarme, ni a azotarme con el cinturón de padre, ni a dejarme días encerrado en el desván... ni a obligarme a comer mis propias heces!

—¡DIOS BENDITO! —gritó Silvia, llevándose las manos a la cabeza—.

¡¿Hiciste eso, madre?! ¡¿Pero cómo pudiste hacerle eso a un hijo?!

—¡Esto no es asunto tuyo, Silvia!

—¿Que no es asunto mío? ¡Eres mi madre y es mi hermano! ¡¿Pero qué clase de loca eres tú?! ¡A los hijos se les trae al mundo para quererles, no para odiarlos!

—¡No podía quererle, no podía! ¡Tan pronto lo parí, lo supe, que nunca le podría querer, nunca!

—Un recién nacido... —susurró Marta— no viene con la bandera arcoíris bajo el brazo.

—¿Por qué, madre, por qué? —Farma achicó los ojos, mirándola fijamente.

—¡NACISTE! ¡¿TE PARECE POCO?!

—Pero si él nació... —dijo Marta bien alto para que la oyese—. Es porque tú,

nueve meses antes, echaste un casquete.

—¿Quién es esta fulana?! ¡No la conozco! ¡Que se vaya!

—Así que él te recordaba aquel casquete, un casquete que querías olvidar...

—Los ojos de Marta brillaban intensamente— Recordatorio perpetuo de tu pecado... ¿Con quién echaste el casquete, vieja bruja?

—¡Ay, Dios mío! —gimió Silvia con ojos desorbitados—. ¡Le pusiste los cuernos a padre! ¿Con quién, madre?

—¡No tengo por qué daros explicaciones!

—¡Dime quién es su padre! —La furia había tomado el control del cuerpo de Silvia y la desesperación, de su alma. Del apocamiento ya no quedaba ni rastro

— ¡Dímelo, vieja hipócrita!

—¡Jamás!

—No hace falta, Silvia... —Farma se acercó a la ventana y aspiró profundamente—. Ya lo sé. Creo que siempre lo he sabido, pero no lo he querido

ver, o no he podido verlo...

—¿Qué? —Su hermana lo miraba ansiosa—. ¿Quién? ¿De qué estás hablando?

—A veces lo que tenemos ante nuestros ojos es lo que más nos cuesta ver...

¿Quién tenía todo el día al gran Napoleón en la boca, Silvia? ¿Quién?

—No... no... no puede ser... —Sus rodillas se doblaron, mientras su cabeza negaba una y otra vez—. No puede ser, Napo, no puede ser... ¡Dime que no es cierto, madre, dime que no, que no fue con ÉL!

La bruja se reclinó en su trono, tragó saliva y cerró los ojos, apretó la mandíbula y arañó con sus largas uñas los reposabrazos del sillón orejero, donde

sus huellas ya estaban impresas.

—¡HIPÓCRITA! —Silvia estaba desatada, desquiciada, encolerizada—.

¡Todo el día con la palabra *dignidad* en la boca y traicionaste a padre con ÉL, precisamente con ÉL! ¡Y tuviste un hijo suyo, un hijo al que padre dio sus

apellidos, al que crío como propio! ¡¿Pero cómo pudiste hacer algo así?! ¡¿Cómo se puede ser tan mala, tan ramera?!

—¡SE LO MEREÍA! —Sus ojos verdes se abrieron y por ellos salieron las llamas del infierno—. ¡ÉL ME TRAICIONÓ PRIMERO!

—¡No digas tonterías! —dijo Silvia.

—¡Me traicionó, sí, con la Roberta, ni más ni menos que con ella! —Las uñas atravesaron varias capas del sillón—. ¡Tenía que vengarme, ¿entiendes? Algo así

no se perdona, y con quién mejor que con ÉL!... Pero me quedé preñada, con eso

no contaba.

—¡Ahora entiendo tu amargura! —La mujer enjuta ya no lo parecía—. ¡Ruín!

¡Mezquina!... ¡¿Qué culpa tenía mi hermano de tu maldad y tus errores?!

¡Descargaste sobre él la rabia que tenías hacia ti misma, el asco que te tenías, y

has intentado alimentar en mí el odio hacia él haciéndome creer que fue el culpable de la muerte de padre!

Farma alzó las cejas; aquello era nuevo. Cogió un cigarrillo del bolso de Marta y lo encendió lentamente.

—¡Yo nunca he dicho eso! —gritó la bruja.

—¡Claro que lo dijiste, y con esas mismas palabras, que él había sido el culpable de su muerte!

—¡Me habrás entendido mal, hija!

—¡Me contaste que cuando le dijiste a padre que el niño era de la otra acera

le dio el ataque al corazón, que no pudo con ello! ¡No me lo niegues, lo oí de tus

propios labios!

—¡No es cierto, yo nunca le dije eso!

—Y si no le dijiste eso... —dijo Marta lentamente—, ¿qué fue lo que le dijiste para que le diese un ataque al corazón?

—¡Virgen Santísima! —gimió Silvia—. ¡LE CONTASTE LA VERDAD!

—¡SE LO MEREÍA! ¡El muy cabrón siguió engañándome con la Roberta durante todos aquellos años! ¡Cuando le oí pronunciar su nombre en sueños no pude soportarlo por más tiempo, le desperté y se lo dije, sí, se lo dije, tenías que haber visto su cara cuando se lo conté, era un auténtico poema! ¡Hijo de la gran puta, ponerme los cuernos a mí, a su mujer, con esa cerda, se lo tenía merecido el cabrón, bien merecido!... ¡Te trató como a un hijo a ti... AL HIJO DE SU PADRE!

Al llegar a la autopista, la carretera estaba desierta. Una suave niebla comenzaba a cubrirla mientras el sol se ponía y la luna anunciaba su presencia. Un kilómetro fue lo que Farma aguantó aquel silencio, tras el cual disminuyó lentamente la velocidad y aparcó en el arcén, puso las luces de emergencia y miró a su copiloto, muda como un muerto.

—¡Por el amor de Dios, Marta, dime algo!

—¡Virgen Santísima, Farma! Y yo creyendo que tengo el demonio en el cuerpo porque amo sin medida, sin orden ni concierto... ¿Cómo no tenerle el odio que le tienes! ¡Tú has vivido en el averno! ¡Eso no es una madre, no es una mujer, es el mismo Lucifer de los infiernos!

38

La mujer de Fernando regresó de la ciudad tras hablar con la abogada, quien

le afirmó categóricamente que le arrancarían las entrañas al cabrón del marido y las

tirarían al contenedor más próximo, donde serían comidas por las ratas. Las palabras de la letrada y su cara congestionada al otro lado de la mesa le habían

producido un revoltijo estomacal que no había conseguido serenar con nada. Un

poleo menta y una tila en el bar de abajo del despacho de abogados habían hecho

una tímida incursión en su estómago pero, lejos de serenarlo, se habían comportado como si de aguas contrapuestas de un mismo río se trataran.

Aparcó en la plaza, y se sentó a una mesa de la terraza del bar, vacía a aquellas horas de la mañana a pesar del toldo que la resguardaba, y es que la canícula apretaba. Espoleó su media melena castaña, pegada a su cuello sudado,

e intentó serenar su alma. Las palabras de aquella mujer, además de alterarla, la

habían asustado, pues ella... no odiaba a Fernando. Le quería con esa ternura del

que quiere a su primer amor, el que entra en el corazón y se expande, lo abraza,

lo acaricia, y de él ya nunca sale. Fernando había sido su primer hombre, no el primero con el que se había acostado, pero a su lado los otros no eran más que

muchachos. Era inteligente, atractivo, mundano, con don de gentes, con saber estar y esa picardía en los ojos que la había enamorado. Nadie como él la había

hecho reír, nadie como él la había hecho gozar, y es que Laura, entre sus brazos,

había conocido los orgasmos.

—¿Qué te pongo, Laura? —preguntó el camarero.

—¡Un coñac!

—¿Un coñac?

—¡Sí, un coñac!

—¿A estas horas, Laura? —La miró asombrado.

—¡Y que sea doble!

Farma salió de la farmacia y miró ceñudo el rótulo que la identificaba: treinta y siete grados. Refunfuñó por lo bajo y, limpiándose con un pañuelo el sudor de

la cara, se encaminó hacia el bar arrastrando con dificultad sus kilos de más.

Sonrió con ternura al verla, y con tristeza al observar cómo acercaba la copa temblorosa a los labios. Siempre le había caído bien Laura. A pesar de ser la hija

del cacique del pueblo, ella tenía su propia personalidad y no había crecido a la

sombra del padre. Es más, muchas veces le cuestionaba, lo cual alteraba

profundamente al antiguo alcalde. Lo que nadie sabía era que en la soledad de su

cuarto le decía a su esposa con sonrisa divertida: “Esta ha salido a mí, no como los otros, que son blandos”.

—¡Hola, Laura! —saludó alegremente—. ¿Te puedo acompañar o prefieres estar sola? Lo siento, ya me he enterado.

—¿Y de qué te has enterado? —preguntó, señalando la silla—. ¿Del divorcio o de los cuernos?

—Pues de lo primero. Lo segundo ya lo sabía.

—¿Lo sabías?!

—Claro.

—¿Y no se te ocurrió decírmelo?!

—¡No digas tonterías! ¿Qué esperabas que te dijera?... “Oye, Laura, no es por meter mierda en tu matrimonio, pero que sepas que tu marido se está tirando a mi dependienta”. —Meneó la cabeza con pesar—. Esto es un pueblo, Laura, aquí

todo se sabe. ¿Qué crees, que lo tuyo con Felipe es un secreto?

—¿Quéééé? ¡Ay, Dios mío!

—Tranquila. Lo sabemos todos, menos Fernando.

—Fernando también lo sabe —susurró Marta, que apareció ante ellos, provocándoles un sobresalto.

—¿Quéééé? —Laura se tapó la boca con la mano—. ¿Lo sabe?

El camarero apareció con la celeridad de un rayo, ya en la mano el café americano de Marta, que ella aún no había pedido, y recibiendo de Farma una mirada reprobadora, pues a él nadie le había preguntado. Con la comanda del farmacéutico, el camarero volvió a entrar y dos pares de ojos se posaron

sobre el

rostro de Marta, que saboreaba con deleite la caféina que su tensión tanto necesitaba.

—Yo... prometí no decir nada, pero, dadas las circunstancias, creo que debo hacerlo —calló cuando el té con hielo apareció ante Farma—. Cuando te liaste

con Felipe, le afectó mucho, tanto... que cayó en una depresión. Le encontré una

tarde en la ciudad, había ido al médico y, desde entonces, cada vez que iba me llamaba y comíamos juntos. Nunca he oído a un hombre decir palabras de amor

tan hermosas sobre una mujer como las que él pronunció sobre ti, de hecho me gustaron tanto que las incluí en uno de mis libros.

—¡Oh, Dios! —suspiró Laura.

—Creo que lo que ha hecho con esa chica no ha sido más que una pequeña venganza, y encima... no le salió bien.

—¿Cómo que no le salió bien? —Farma frunció el ceño.

—Los sentimientos mandan sobre el cuerpo, querido.

—¡¿GATILLAZO?!

—Gatillazo.

39

Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

—He oído decir que su sustituto está a punto de llegar y, como a él no le conozco y no quiero empezar con mal pie, he pensado que le contaré a usted el resto de la historia, si le parece bien.

—Yo no traicionaré el secreto de confesión, Serafina —dijo con solemnidad

—. Ni con sotana ni sin ella.

—Confío en usted, Padre. Además, le he estado dando muchas vueltas a lo que ha hecho y me he dado cuenta de que no ha tenido que ser una decisión fácil, no señor.

—No lo ha sido, no.

—Creo que hace usted lo correcto, no se puede vivir en la mentira. Ha sido usted un magnífico sacerdote que ha estado disponible siempre que le hemos necesitado, ha cumplido espléndidamente con su trabajo y, a pesar de lo que digan, no se le puede reprochar nada. —Una triste sonrisa apareció en el rostro

del cura—. Uno no puede engañarse a sí mismo, si esta vida ya no le hace feliz debe buscar otra, porque cuando nos acostamos por la noche estamos solos con

nuestra conciencia, y a esa no se la puede engañar. Le aseguro que sé de lo que hablo, Padre, mi conciencia me ha despertado muchas noches para echarme en cara mis actos pecaminosos, muchas noches, y no es una buena compañera de sueños.

—¿Qué le preocupa tanto, Serafina?

—Pues verá... Usted no conoció a mi marido, Raúl.

—No, no le conocí. Pero he oído decir que era un gran hombre.

—Padre... Raúl, mi marido... era un demonio. —El cura alzó las cejas y abrió la boca—. Todo el mundo le tenía, como usted, por un gran hombre, pero nadie le conoció como yo, no señor, nadie. —Un profundo suspiro se escapó de

su boca—. Ante la gente, mi marido mostraba una cara, la cara amable, pero de

puertas para dentro... yo veía la otra. Y le aseguro que mi marido se asemejaba

mucho a como me imagino al diablo de los infiernos.

—¿Raúl... le dio mala vida?

—Le parece inconcebible, ¿verdad?

—Ustedes... todo el mundo dice que parecían el matrimonio perfecto.

—Usted lo ha dicho: parecíamos.

—¿Pero... por qué nunca lo dijo? Quizá podrían haberla ayudado y...

—Nadie podía ayudarme, Padre, nadie, porque nadie hubiese creído lo que era mi vida a su lado. Todo el mundo veía en él a un santo varón y nada de lo que yo hubiese dicho habría cambiado esa visión que la gente tenía de él, por eso... hice lo que hice.

—¿Qué hizo?

—Le maté.

El cura olvidó respirar, olvidó dónde estaba y olvidó su nombre. Sus pupilas

se dilataron y su frente comenzó a perlarse de sudor. Tragó saliva, diciéndose a sí mismo que aquella mujer no estaba en sus cabales, tenía que haberle dado un ictus o algo similar porque aquello no podía ser cierto... Serafina, la tierna y dulce Serafina, matando al toro de Raúl, como le llamaban en el pueblo; era imposible.

—¿Serafina, se encuentra usted bien?

—¿Ve? No me cree. Me toma usted por una loca. Le estoy confesando un asesinato y no me cree. ¿Y se pregunta usted por qué no lo conté? Si el cura no me cree, ¿quién me iba a creer?

—Serafina, yo...

—Bueno, pues me crea o no, yo tengo que seguir, que para eso he venido. —

Sacó del puño de su camisa un pañuelo y se lo pasó por el rostro—. Lo peor de

todo, Padre, no es que le matara, lo peor, lo que no creo que Dios pueda llegar a

perdonarme es que lo hice lentamente, con premeditación y alevosía, haciéndole

sufrir cruelmente.

—Usted... usted... no puede estar hablando en serio...

—Hay dos medicamentos que, usados por separado, no ocasionan ningún mal a las personas y son de uso habitual, todo el mundo los ha tomado alguna vez,

pero los que trabajamos con ellos sabemos los efectos que pueden provocar cuando se toman de manera conjunta. Naturalmente, no es algo que vayamos contando por ahí, no queremos que los instintos asesinos se disparen entre la muchedumbre y, además su uso esporádico no ocasiona ningún mal... pero

usados en la proporción adecuada y durante el tiempo necesario...

—¡Oh, Señor! —El cura se echó las manos a la cabeza—. ¡Le mató de verdad!

—¿Es que no me escucha, Padre? ¡Mi marido era una rata! —dijo con toda la rabia—. ¡Una rata que no merecía más que lo que recibió! Fue justo que así ocurriese, se lo aseguro.

—¿Justo? —El cura estaba escandalizado—. ¿Pero por qué no acudió usted precisamente a la Justicia, a la Policía?

—¿A quién? ¿Al sargento? Que le consideraba un hermano, que iban juntos de caza... ¿No sabe usted cómo lloraba el día de su muerte? ¡Cómo iba a decírselo a él, se habrían ido directos al notario, quien me incapacitaría de inmediato!

—¡Oh, Dios mío! —El cura se frotó la cara—. ¿Y por qué me lo cuenta ahora, ahora precisamente?

—Porque ha prescrito.

El cura nunca había deseado tanto tener un cigarrillo entre los dedos, aquello no podía estar ocurriendo.

—No me interprete mal, Padre, ya sé que debe usted respetar el secreto de confesión, pero... no quería correr riesgos, ¿entiende? Al fin y al cabo, es usted

un hombre, como bien se sabe en este momento. —Un profundo suspiro de alivio se escapó por sus labios—. Tuve ganas de confesarlo muchas veces, los remordimientos son terribles, pero... ¡La visión de la cárcel lo es aún más!...

Y

yo, Padre, ya sufrí mi particular encarcelamiento.

—¡Oh, Serafina, yo... no sabe cuánto siento lo que ha tenido que padecer, ojalá alguien hubiese poder ayudarla y que la cosa no acabase así!

—Pues le aseguro que yo estoy muy contenta de que la cosa acabase así, como usted dice, lo que lamento es no haberlo hecho antes, porque, si bien los remordimientos no me dejaron dormir durante mucho tiempo, tras la marcha de mi marido encontré la paz que tanto ansiaba. Desde su partida mi vida ha estado

llena de tranquilidad, y no sabe usted cuánto se ansía la tranquilidad cuando se vive con el diablo.

La cándida Serafina, con su alma de Maquiavelo, abandonó el confesionario, dejando en el aire el aroma a lavanda que siempre emanaba su cuerpo. El cura se

quedó allí sentado, con la mente nublada y boquiabierto, pero por más que intentó e intentó imaginarse la escena... fue incapaz de visualizar a la entrañable

Serafina acabando con la vida del toro de Raúl, el marinero aguerrido y musculoso, de poblada barba y manos tan grandes como patas de elefante.

—Ave María Purísima...

—¡NAPOLEÓN! —exclamó el cura, sobresaltado.

—¿Se dice así, no, o ha cambiado la cosa?

—¿Qué haces tú aquí?

—Tengo que hablar contigo.

—¡Ay, Señor, qué día llevo! —Se frotó la frente—. ¡Si has venido a echarme alguna bronca, te aseguro que con Maruja, Matías y el tío Miguel ya he tenido más que suficiente!

—¡No digas chorradas! ¡Qué olor! ¡No soporto el olor del incienso, me recuerda a la capilla de aquel colegio de León en el que estuve interno!... Bueno,

lo primero es lo primero. ¡Enhorabuena, me alegro de que salgas de esta secta!

—No digas eso.

—Lo digo porque es cierto, y a las verdades no hay que tenerles miedo.

—Napoleón, que tú precisamente hables de verdades... cuando te escondes en el armario.

—Si estoy dentro es por gente como tus jefes, que nos excluyen como si fuésemos apestados. Y si nos excluye la Iglesia, Pablo... ¿Qué no hará el resto?

—Ahí tengo que darte la razón. ¿Y de qué querías hablarme?

—¿De qué va a ser, hombre? De Marta.

—Napoleón, yo...

—Todo el pueblo sabe que dejas la sotana por ella, y todo el pueblo sabe que ella siente algo por ti. Todos, menos tú.

—Te equivocas. Marta está enamorada de otro.

—Ya. —chasqueó la lengua—. ¿Y de quién?

—Pues... creí que era de Fernando, pero parece que no es él.

—¡Paparruchas! —exclamó, ahogando la risa—. Marta está loca por ti, lo sabe cualquiera que tenga ojos en la cara. ¡No hay más que ver cómo te mira, cómo te busca, cómo te escucha! ¡Esas cosas se notan, hombre, se nota en la piel, en el pelo, en la risa, hasta en el movimiento del cuerpo!

—Te veo muy poético.

—No seas cínico. Tú lo sabes tan bien como yo, sólo que aceptarlo es mucho más difícil que negarlo.

—Ella... nunca me ha dicho nada.

—Directamente no, claro. ¿Cómo te lo va a decir, hombre? ¿Para que le echas en cara toda la vida que has colgado la sotana por su culpa? Es una mujer inteligente, nunca haría eso.

—¡Oh, Napoleón, ya se lo he echado en cara!

—¡Pues entonces he llegado tarde! —gruñó, suspirando profundamente—.

¡Hay que ver qué cobardes somos los hombres, los de una acera y los de la otra,

en lugar de reconocer nuestro fracaso, le echamos la culpa al que tenemos más

cerca! ¿Y quién está más cerca de ti sino ella?... ¡Bueno, pues ya lo estás arreglando, porque yo no me quiero quedar sin boda!

El cura abandonó el confesionario con la mente sumida en una espesa niebla, una extraña nebulosa que todo lo copaba y que le hacía preguntarse si realidad y

ficción no estarían conviviendo de manera espontánea en su cabeza y aquellas confesiones que acababa de vivir, una tan trágica y otra tan tierna, no serían más

que simples alucinaciones motivadas por la decisión tan trascendental que había

tomado en su vida. Respiró lenta y profundamente al situarse tras el altar y continuó con la rutina de cada día; la misa de ocho, mientras en su cerebro extrañas imágenes de demonios con tridentes y cuernos se paseaban libremente

alrededor de una silueta femenina que parecía una ninfa, provocándole una vez más un terrible dolor de cabeza.

Y mientras la asesina confesa rezaba con gran serenidad arrodillada en su banco, ajena al dolor que había provocado en el ánimo del cura, y el

farmacéutico se encaminaba al primer centro de reunión por excelencia del pueblo, ajeno al alborozo que había causado en su corazón, un tercer

acontecimiento estaba a punto de producirse porque... no hay dos sin tres, y si

bien no tendría una gran repercusión para el cura, iba a poner patas arriba a medio pueblo. Todo comenzó al término de la misa de ocho cuando, ante la puerta de la rectoría, le esperaba su sustituto.

—Bienvenido, Padre —le dijo con una sonrisa, abriendo la puerta—.

Adelante, por favor. Está usted en su casa.

—¡Vaya! —dijo el sustituto, dejando la maleta junto al perchero—. Veo que nada ha cambiado, todo sigue igual.

—¿Había estado antes aquí, Padre?

—Sí, así es. Hace muchos años.

—¡Oh, bien! Eso facilita mucho las cosas. Vayamos a la cocina. ¿Le apetece

un café?

—¿No tendría una copita de licor?

La cocina estaba reluciente y sobre la tabla de planchar descansaban las últimas prendas que las manos de Maruja habían tocado. La artífice del orden, sentada a la mesa, disfrutaba de su penúltima taza de café, con la mente perdida

en sus pensamientos, cuando la puerta se abrió y por ella aparecieron dos sotanas... La taza que sostenía entre las manos se escurrió de sus dedos y cayó,

derramando su contenido.

—¡JEREMÍAS!

40

La llegada de don Jeremías rompió las últimas cadenas. El cura colgó por fin la sotana y se puso su traje de hombre, aquel que guardaba en el fondo de la maleta

y que mostraba signos de polillas y de penas, de amaneceres llenos de soledades,

de preguntas sin respuestas. Y con el corazón acelerado, el alma henchida y los

ojos brillantes del que regresa a la vida, salió en busca de ella.

Para disfrutar del lago cualquier momento era bueno, pero el amanecer tenía algo especial. Cuando los primeros rayos de sol se colaban entre las cumbres de

la Sierra y se reflejaban en sus aguas cristalinas, un mágico silencio lo envolvía, como si el tiempo se detuviera para contemplar lo que la madre naturaleza había

creado con maestría. A ese momento de silencio total le seguía... la vida; el murmullo de los animales nocturnos recluyéndose en sus guaridas, el aleteo de

los pájaros que lo invadían, el ulular del escaso viento sobre su superficie como

una suave caricia, y a lo lejos el tañido de las campanas anunciando un nuevo día. Así era como Marta lo sentía.

Se zambulló en el agua fresca y se sumergió en sus profundidades para

disfrutar de los tesoros que allí había, porque si lo de fuera era hermoso, lo que

guardaba en su interior hacía sus delicias. Los seres que poblaban sus aguas y a

los que no sabía dar nombre la maravillaban con sus formas y colores y la hacían

preguntarse por qué nadie acudía como ella a aquel hermoso lugar que parecía guardar en su interior los secretos de la vida... Las maravillas de la Tierra nos pasan desapercibidas.

Inició el ascenso en busca de aire y allí, sobre el embarcadero, estaba el hombre de su vida, pero el brillo que percibió en sus ojos y la concentración de

su mirada le indicó que algo ocurría, activando sus alarmas. Y entonces... los largos dedos del hombre comenzaron a desabrochar los botones de su camisa.

—¡Pablo!

—¿Está buena el agua?

—¿Qué... qué haces?

—Me voy a dar un baño.

—¡No!

—Sí.

La camisa cayó sobre el embarcadero, dejando al aire su anatomía. Marta observó anonadada aquel cuerpo, la envergadura de sus hombros le dio vértigo,

tragó saliva.

—¿Por qué?

—¿Cuántas veces me has dicho que me vendría bien un baño? —Sus dedos comenzaron a desabrochar los pantalones.

—¿Pero qué pasa?... ¿A qué viene esto?

Los pantalones desaparecieron de su cuerpo y el slip dejó bien claro que lo que había debajo estaba más vivo que muerto. Pero cuando el slip también desapareció, Marta comenzó a hiperventilar y su corazón retumbó dentro de su pecho con la misma potencia que los truenos de tormenta en la madrugada.

¡Aquello no era una erección, era un cohete listo para el lanzamiento!

—¡No se te ocurra meterte en el agua!

—Te dije que no era seguro venir aquí, pero como siempre... tú no me haces caso.

Se lanzó de cabeza y desapareció de su campo de visión. Marta, a pesar de estar en el agua, boqueó como pez fuera de ella. Su corazón estaba al borde del

infarto, su mente desquiciada por el miedo, y su piel erizada por el deseo.

Emergió de las aguas ante ella, rodeándola con sus brazos y apretándola contra

su cuerpo, en sus ojos no podía haber más deseo, y el mundo... desapareció por

completo.

—Tenías razón... está deliciosa.

—¡Suéltame, o me pongo a gritar!

—¿Temes que te viole? —sonrió pícaramente, recorriendo aquel rostro que le tenía cautivado—. Tampoco sería tan raro que hubiese perdido la cabeza después

de las cosas que me has contado en el confesionario. ¿No crees?

—¡Pablo, por favor...!

—¿Qué?

—¡Suéltame!

—Lo haré. Cuando hayas contestado a algunas preguntas para las que necesito respuestas... Yo también quiero saber.

Intentó zafarse de sus brazos, pero lo que consiguió fue que la apretase más fuerte contra su cuerpo.

—Dime, aquí y ahora, quién es ese hombre por el que has vuelto.

—¡No me des órdenes!

—No es una orden, es un ruego.

—Pablo, por favor, suéltame...

—Dímelo, Marta, necesito saberlo.

—Yo... yo...

La boca del cura se perdió en su cuello, lo recorrió con las mismas ansias con que recorría cada mañana la senda de los montañeros.

—Dímelo... —susurró en su oído, enredando la mano en su pelo—. Dímelo, te lo suplico...

—Yo... yo...

—¿Por quién volviste, Marta?

—Volví... por un hombre... al que he querido siempre.

—Dímelo, Marta, dímelo, cielo.

Marta se miró en aquellos ojos que habían inundado sus sueños, en ellos vio

su reflejo, desnuda entre sus brazos, pegada a su cuerpo, oliendo su aroma, sintiendo su deseo. Recorrió su rostro como se recorren los senderos,

deleitándose con cada tramo, con cada vericuetos, allí estaba su universo, su alegría y su agonía, su verdad y su secreto, su valor y su cobardía, todo estaba en él, en el amor que por él sentía, en su alma, en su mente, en su cuerpo.

—Pablo... —susurró, tomando su cara entre las manos—. Siempre has estado en mis sueños.

Marta le entregó un beso, y con él las noches de insomnio, los miedos

escondidos, las verdades silenciadas, los amaneceres de tormento, las caricias reprimidas, los suspiros ahogados, las ansias contenidas y todos los anhelos

atesorados dentro. Rodeó su cuello y se perdió en su boca y el beso se volvió más y más profundo, más y más caliente... Piel con piel, alma con alma, deseo con deseo...

—¡PADRE! ¡PADRE! —El cabo Serafín agitaba su gorra desde el embarcadero, intentando enfocar sobre la escena su único ojo bueno—. ¡Siento

interrumpir este momento, Padre, pero tenemos una urgencia y no encontramos al otro cura! ¡Al tío Miguel le ha dado un jamacuco y parece que quiere emprender el viaje!

41

Cuando al tío Miguel le sobrevino el jamacuco, todos en el pueblo dieron por hecho que se iba. Los hijos llegaron de la ciudad ya vestidos de negro, convencidos de que esta vez el padre sacaría los pies del tiesto. Don Jeremías, al

que finalmente se consiguió localizar, llegó a la antigua carpintería provisto de los Sagrados Óleos y dispuesto a limpiar aquella alma que quería atravesar la puerta.

—¿Cómo está, Miguel? —preguntó con voz bien modulada, entrando en el cuarto del moribundo.

—¡Jodido! ¿No me ve? —refunfuñó desde la cama, frunciendo el ceño—.

¿No nos conocemos?

—Pues sí, pero me extraña que me recuerde, los años no han pasado en balde para ninguno.

—Pero usted está mejor que yo.

Tras llevar a cabo el ritual con el que el alma ya podía entregarse al descanso eterno, llegó el momento de apaciguar el cuerpo. Por la puerta entró Maruja con

un tazón de sopa en las manos, seguida de uno de los hijos que traía las medicinas con las que ahuyentar el miedo. El cura se levantó de la cama y se apoyó en la pared, mientras ella ocupaba su lugar y acercaba la cuchara a la boca

del enfermo. El caldito y las medicinas hicieron su efecto revitalizante y las mejillas del tío Miguel adquirieron color de nuevo.

—¿Está Matías abajo?

—Sí, padre —contestó el hijo—. Ha venido mucha gente.

—Me gustaría hablar con él.

Matías entró en la habitación dispuesto a darle el último adiós a su amigo, pero el brillo de los ojos que le recibieron desde la cama activó todas sus alertas.

—¿Les importaría dejarme a solas con mi amigo? —dijo el tío Miguel.

Del cuarto del moribundo salieron Maruja y el hijo, don Jeremías cerró la comitiva y la puerta.

—¿Qué pasa, Miguel? —preguntó Matías, sentándose en la cama y mirando preocupado a su amigo.

—Pasa... que no me muero —dijo, incorporándose y mirándole con picardía

—. Ya sé que estáis todos esperando que la palme, pero aún no puedo. —  
Matías

ahogó una risa—. Ahora te vas a reír más, cuando te cuente quién fue el hombre

al que se entregó Maruja.

—¿Lo sabes? ¿Quién?

—El que acaba de salir con ella por la puerta.

—¡Tú hijo!

—¡No hombre, no, el cura!

—¿El cura?! ¡No puede ser, Miguel!

—El cura, Matías, el cura, don Jeremías! —exclamó en susurros, metiendo la mano bajo la almohada y sacando una cajetilla de tabaco escondida—. Ahora entiendo por qué iba a misa todos los días, y a veces hasta en dos ocasiones, por

la mañana y por la tarde... Mi mujer siempre lo decía: “Pero hay que ver qué devota se ha vuelto Maruja”... Creo que ella lo sospechaba, sí, pero nunca me lo

dijo, no señor, era una mujer muy discreta mi mujer, supe elegirla bien.

—¡Dios Santo! ¡Nunca lo hubiese imaginado, con lo santurrón que es y se lio con el cura!

—Pero hay más, Matías.

—¡Qué!

—Pues que creo que aquello... sigue latente. Se ha puesto muy nerviosa delante de él y se ha puesto colorada, y ya sabes lo que significa eso en una mujer.

—¡Aún le quiere!

—¡Exacto! Aquí va a pasar algo y yo no me lo quiero perder, así que ya le

estás diciendo a los de abajo que se vayan a sus casas, porque lo que es yo...

¡Aún no me muero!

El tío Miguel, milagrosamente, se recuperó, pero siguió solicitando los servicios del Padre Jeremías, pues decía que había recuperado la fe y que quería

ponerse a bien con Dios. Matías, único conocedor de la verdadera razón que le

movía, procuraba estar presente siempre que el cura llegaba de visita, no quería

perderse ni uno solo de los colores que adornaban las mejillas de Maruja, y ni una sola de las miradas que al cura se le escapaban hacia la susodicha.

Cuando

don Jeremías se iba, con la satisfacción del deber cumplido, y Maruja escondía

sus colores en el piso de arriba, el tío Miguel y Matías daban rienda suelta a la

hilaridad contenida, y fue así, “partiéndose la caja”, como les encontró un día Pablo. El excura puso el grito en el cielo y les echó una buena reprimenda (deformación profesional), pero cuando se marchó, las risas arreciaron,

inundando el tercer centro recreativo, oficialmente inaugurado.

42

Marta apareció aquella soleada mañana en la antigua y futura carpintería, más guapa que nunca. Enfundada en unos *leggings* blancos que se ajustaban con total perfección a sus bien torneadas piernas, una camisa de cuadros blancos y rosas,

con un gran cinturón sobre las caderas, y subida a unas impresionantes

sandalias

también rosas. El pelo negro cayendo en cascada de bucles sobre sus hombros y

los ojos azules brillantes como estrellas del firmamento... sólo le faltaba la corona para parecer una princesa salida de un cuento. Pero la sonrisa de sus labios se congeló cuando se topó... con el leñador, pues el cura, una vez colgada

la sotana, había echado mano de la practicidad y aquella mañana lucía unos vaqueros viejos y una camiseta azul, y todo ello aderezado con una buena capa de serrín, que le hacía parecer un auténtico hombre de los bosques, al que sólo le

faltaba la motosierra. Los tablones de madera que cargaba en sus manos se escurrieron de ellas nada más verla y su ceño se frunció, regalándole su mirada

más seria.

—¿Adónde vas así vestida?!

—A trabajar.

—¿Y tienes que ir así?!

—¿Así, cómo? ¿No te gusta?

—¡No, no me gusta! ¡Podrías ponerte algo menos llamativo!

Marta inclinó la cabeza, mirándole atentamente y frunció también el ceño. Se

acercó despacio al gran espejo que descansaba sobre la pared, aún cubierto de telarañas, y miró concentrada su imagen: de frente... de lado... de espaldas.

—¿Sabes, Pablo? —dijo, haciendo un mohín con los labios—. Creo que

tienes razón, quizá debería cambiarme.

Salió por la puerta y se subió al coche. Media hora más tarde regresó, y si la que se había ido era una princesa, la que volvió era una reina. En su cuerpo la famosa minifalda que escandalizaba a los transeúntes, dejando al descubierto sus

impresionantes piernas, un top rojo con tirantes que se pegaba a sus generosos pechos como una segunda piel, y en los pies unas sandalias de tacón descomunal

con cintas que, más que atarse a sus piernas, las recorrían, las adornaban, las acariciaban. El conjunto lo completaba su cabello, recogido en una juvenil coleta, y colgando de sus orejas unos llamativos pendientes que brillaban más que las estrellas.

—Gracias, Pablo —dijo, acercándose al hombre patidifuso y dejando sobre su cara crispada una caricia y sobre sus labios un suave beso—. Tenías razón, así estoy mucho mejor.

—Marta...

—Había venido para hablar contigo de un tema, pero creo que este no es un buen momento. Lo dejaremos para otra ocasión, no vaya a ser que te estalle una vena.

El bar, siempre en plena efervescencia, paralizó toda actividad cuando llegó ella.

Los ojos la recorrieron con admiración, con deseo... ¡Vamos, como se recorren

las riquezas!... El farmacéutico le dedicó una sonrisa tierna, aquella mujer era

todo un monumento.

—Farma —suspiró, desplomándose en la silla—. ¿Tú no sabrás dónde venden esas prendas tan favorecedoras para las mujeres, llamadas burka? Los necesito de todos los colores.

La carcajada del farmacéutico devolvió a la realidad a los presentes, quienes regresaron a sus quehaceres.

—¡Oh, cariño! ¿Qué ocurre?

—¡El cura me ha salido un poco moro! —gruñó, haciéndole estallar de nuevo en risas—. Y a mí, la verdad, no me apetece nada ver la realidad a través de una

rejilla.

—Así es como la ha visto él hasta ahora.

—¿Crees que se está vengando? —resopló—. ¡Lo que me faltaba, celoso y vengativo!

—¡Marta, cariño, eres adorable! —rio, tomando su cara entre las manos y besando su mejilla.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco? Como alguien le vaya con el cuento te arranca la cabeza. Esto de los celos tiene que ser una enfermedad. ¿Aún no se ha

descubierto una cura?

Las risas del farmacéutico inundaron la plaza y llegaron hasta las escaleras del centro médico, por las que bajaba exultante Fernando, con una gran sonrisa

iluminando su cara. Su aspecto era el de la satisfacción más total y absoluta.

—¡Buenos días! —dijo alegremente, sentándose con ellos.

—¿Por qué estás tan contento? —preguntó Farma, frunciendo el ceño.

—Laura y yo lo hemos arreglado —contestó, hinchando el pecho—. ¡Hemos vuelto!

—Ya... —susurró Farma, achicando los ojos—. ¿Y cuánto vais a durar esta vez?

—Pues duraremos... lo que tengamos que durar. ¿Pero a qué viene eso?

¡Caray, muchas gracias por tu apoyo, tener amigos para esto!

—Fernando, para eso son los amigos, para hacernos ver lo que nosotros no vemos, ¿verdad, Marta?

Marta, a quien todo aquello le sonaba a chino, ruso o griego, recibió la pregunta acompañada de una patadita bajo la mesa.

—Por supuesto —contestó muy seria.

—Fernando... —Farma meneó la cabeza—. Lo vuestro no irá a ningún sitio hasta que resolváis el problema de fondo.

—¿Qué?

—Los problemas hay que afrontarlos, no esconderlos. ¿O crees que se solucionan solos?

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó, ya crispado—. ¿Qué problema?

—¿Pues cuál va a ser, Fernando? —exclamó Farma, abriendo las manos—.

¡SEXO!

La palabra inundó la terraza, cruzó la calle, se mezcló con las acacias, se dio una vuelta por el quiosco de Anastasio y regresó, colándose bar adentro, cosa que no hacía ninguna falta pues todas las orejas habían dado buena cuenta de ella. El silencio que se instauró en la mesa de la terraza fue roto por un vaso que a alguien se le escurrió de entre los dedos y que se estrelló contra el suelo y por el sonido del motor de un coche que aparcó ante ellos y por cuya puerta salió Laura, convertida en aquel momento en “la muerta en el entierro”... La mirada

que le regaló su cónyuge hizo tambalear las piedras del pavimento.

—¡LAURA! —susurró furioso— ¿¿Se puede saber qué demonios les has contado a estos?! ¿Dicen que tenemos problemas sexuales! ¿¿Por qué lo dicen, Laura, me lo quieres explicar?!

—Ella no nos ha dicho nada, Fernando —dijo Farma, suavemente, dedicándole a la recién llegada una sonrisa tierna y acercándole una silla—. No

ha hecho falta, todo nos lo dice su cuerpo.

—¿De qué coño hablas? —Fernando nunca había mirado con tanta rabia al farmacéutico.

—El cuerpo dice muchas cosas de la persona, sin que la persona quiera.

¡Parece mentira que tú, siendo médico, no te hayas dado cuenta!... Mírala bien, Fernando, es una mujer en la flor de la vida y está mustia, como una planta sin sol, como una planta sin vida, le falta alegría. ¡Quiere reír pero no tiene risa,

quiere soñar pero no tiene sueños!...

—¡Tú te has vuelto majara! —exclamó, patidifuso.

—Su piel está apagada, sus ojos inundados de pena, sus manos estrujan con ansia todo lo que encuentran. —El sobre del azúcar se había convertido en un triste papel arrugado entre sus dedos—. El hombre que debería llevarla al cielo no la lleva, no sabe encender en su piel el deseo. El hombre que tanto la ama no

sabe amarla. El hombre que dice quererla, no sabe quererla...

Aquella disertación parecía no tener fin. Cuando a Farma le entraba la vena poética, se dejaba llevar por las palabras, se dejaba imbuir por las letras. Laura, con los ojos llenos de lágrimas, no pudo soportar aquello por más tiempo y abandonó precipitadamente la mesa, se metió en su coche y a toda velocidad desapareció por la carretera. El médico siguió sus pasos y se perdió por las callejuelas del pueblo como alma en pena.

—¡Virgen Santísima! —exclamó Marta, viéndolos alejarse en direcciones contrapuestas—. ¡Me podías haber avisado, me has pillado totalmente por sorpresa!

—¡Lo siento, cariño, lo siento, pero es que me ha surgido la vena Celestina de repente! Al verle aparecer tan pagado de sí mismo me ha entrado una rabia tremenda y me he preguntado qué demonios les ocurriría para estar siempre a la

gresca, y se me ha encendido la lucecita... ¡Así, de repente!

Marta se despidió dándole un beso en la calva y dejando ceremoniosamente el manuscrito sobre la mesa.

—“El señor Rogelio”... —susurró para sí el farmacéutico, recorriendo el título con los dedos—. Tanto discutir el nombre para acabar llamándolo como había que hacerlo.

43

Cuando le vio aparecer en el embarcadero con la misma mirada brillante de la última vez, Marta comenzó a nadar hacia él con desenfreno.

—¡Ni se te ocurra meterte en el agua, Pablo! —exclamó, apoyándose en el borde de madera.

—¿Te has puesto un bañador?

—¡Los burkas se habían agotado!

—Quiero hablar contigo.

—Y yo contigo. —Se subió al embarcadero y comenzó a vestirse.

—Está bien. Tú primero.

—¿Desde cuándo tienes esos celos?

—¿Qué?

—¿Siempre has sido tan celoso, o es algo nuevo?

—¡No digas tonterías, yo no tengo celos!

—¡Huy, huy, huy, empezamos mal, Pablo!

—¡Yo no tengo ningún problema de celos, Marta, el problema lo tienes tú, que vistes tan descocada!

—¡Yo no visto descocada, visto como me gusta, como me apetece, y como me da la gana, y ni tú ni nadie va a hacerme cambiar!

—Ya... por eso te has puesto un bañador —sonrió con cinismo.

—Se llama “consideración”. Un gesto que he querido tener hacia ti, pero en vista del resultado obtenido lo consideraré como un simple error. ¿Ves? De todo

se aprende y éste no volveré a cometerlo. A partir de ahora volveré a utilizar el

traje de baño que vino de serie, y si no te gusta o no te sientes capacitado para aceptarlo... ¡Vuelve a coger la sotana!

—¡No juegues con eso, Marta, me ha costado mucho dejarla!

—¿Y qué pretendes, que ahora me la ponga yo? —Se sentó en la gran piedra a atarse las zapatillas—. ¿De eso querías hablarme, de mi vestimenta?

—No, yo... —Se pasó la mano por el pelo—. He venido a preguntarte cuándo vendrás a vivir conmigo.

—¿Cómo has dicho?

—Quiero saber cuándo vendrás a vivir conmigo.

—Vivir contigo... —Su ceño se frunció—. ¿Pero qué clase de declaración es esa?

—¿Declaración? —La miró patidifuso—. ¡¿Esperas una declaración?! ¡Por el amor de Dios, Marta, he colgado la sotana por ti! ¡¿Qué más declaración necesitas?!

—¡Oh, no, no, no, por ahí no vayas! —exclamó, saltando de la piedra y

moviendo un dedo ante su cara—. ¡No me hagas responsable de tus dudas, tus dudas son tuyas y sólo tuyas, y las decisiones que hayas tomado al respecto también! ¡No esperes que yo cargue con esa responsabilidad el resto de mi vida,

si has dejado el sacerdocio es porque no te hacía feliz!...

Marta siguió hablando y blandiendo un dedo ante su cara. A ella las palabras también la encandilaban. El cura, sorprendentemente, deseó que el cabo Serafín

apareciese de nuevo meneando la gorra, no porque ansiase que el tío Miguel emprendiese el viaje, sino para que aquel asalto terminase cuanto antes.

—A ver, Marta... —suspiró profundamente, pasándose la mano por el pelo

—. ¿Qué clase de declaración quieres?

—Pues una declaración... normal.

—Normal... —susurró, acercándose lentamente—. ¿Y cómo es una declaración normal?

—No lo sé... nunca se me han declarado.

—Así que, en el fondo, eres una romántica. —Rodeó su cintura y pegó sus frentes—. ¡Quién lo iba a decir!

—¿Quién lo iba a decir?! —exclamó, apartándose de él con rabia—. ¡O sea, que porque me visto de forma llamativa, ya soy una fresca!

—Yo... no he dicho eso...

—¡Lo insinúas, y si lo insinúas es porque lo piensas!

—No, yo...

—¡Soy una mujer libre, no una mujer fácil! ¿Te ha quedado claro, o te lo repito más alto? ¡Ah, y no esperes que me vaya a vivir contigo! ¡Ni lo sueñes!

—Pero...

—¡NI LO SUEÑES!

La mujer del notario eligió para aquel caluroso día una falda negra que tapaba sus piernas hasta las rodillas, y una camisa blanca de lunares que abrochó hasta

la barbilla. Se recogió el pelo en un recatado moño y se perfumó con esencia de

vainilla, consejo que había leído en un artículo de una revista femenina que se titulaba: “El imán perfecto para atraer al sexo masculino”. Y así, como bandera

de la decencia que no tenía, se encaminó hacia la carpintería. El cura recibió asombrado aquella visita, pero, por más que le repitió que el negocio tardaría en

abrir sus puertas al público, ella hizo oídos sordos y se paseó entre los tablones

de madera, moviendo insinuante las caderas que tampoco tenía y

desabrochándose el primer botón de la blusa, argumentando que lo hacía para aliviarse por el muchísimo calor que sentía. Una hora tardó en quitársela de encima. Los visillos de la cocina del tío Miguel se movieron ligeramente cuando

el cura salió por la puerta de la carpintería. La pareja de curiosos tuvo el tiempo justo de apartarse de la ventana y sentarse a la mesa, clavando sus miradas en las

tazas de café vacías.

—¡Necesito ayuda! —bufó el antiguo cura yendo hacia la cafetera.

—¿La mujer del notario, eh? —dijo el tío Miguel.

—Sí, ese también es un problema —contestó Pablo—. Pero lo que quería comentarles...

—He oído decir que está desatada —afirmó el tío Miguel.

—¿Por qué? —preguntó Matías.

—Porque el marido viaja mucho con la secretaria. ¿Te ha tirado los tejos?

—Más que eso, se me ha insinuado descaradamente —dijo Pablo—. Pero no es eso lo que quería contarles, yo...

—Pues esa no es de las que aceptan un no por respuesta —dijo Matías.

—Es una perra caliente —sentenció el tío Miguel, sonriendo a su amigo—. Y no se achanta ante nada. Si ha puesto sus ojos en él, corre peligro.

—¿A quién estáis poniendo a parir ahora? —preguntó Maruja alegremente, entrando en la cocina—. ¡Y luego dicen que las mujeres somos cotillas!

—¿Y tú por qué llegas tan tarde hoy, si puede saberse? —preguntó el tío Miguel.

—¿Y llevas un vestido nuevo? —continuó Matías.

—¡¿Y usted, qué?! —exclamó ella, al ver al cura— ¡¿Cuándo piensa casarse con Marta?!

—Pues... de eso había venido a hablarles. Le he preguntado cuándo vendría a vivir conmigo y se ha...

—¡¿VIVIR JUNTOS?! —El poco respeto que Maruja le tenía desapareció de

golpe— ¡¿Pero qué clase de cura eres tú?! ¡¿Así es como sigues los

Mandamientos de la Santa Madre Iglesia, incitando a una pobre criatura a vivir

en concupiscencia?!

—Maruja, no me hable así. Yo ya no soy cura y lo que haga con mi vida...

—¡Lo que tú hagas con tu vida me la trae al paio, pero esa criatura se merece algo mejor que vivir en pecado con un renegado! —Pablo abrió la boca,

completamente atónito, aquello era furia en estado puro—. ¡Ya deberías empezar

a pensar con la cabeza y no con otra parte del cuerpo!

—¿Cuántos años tienes, Pablo? —intervino el tío Miguel, intentando aplacar los ánimos.

—¡Tiene cuarenta y dos! —sentenció ella—. ¡Y digo yo, Miguel, que ya es una edad para casarse y no andar haciendo el tonto jugando a las casitas! ¡¿Qué quieres, que todo el mundo la señale con el dedo, como si fuese una perdida?!

—Los tiempos han cambiado, Maruja —suavizó el tío Miguel.

—¡En los pueblos los tiempos no cambian, tú lo sabes igual que yo, aquí las murmuraciones no conocen de épocas!

—Las murmuraciones aparecen siempre —siguió el tío Miguel—. Haciendo las cosas bien o haciéndolas mal. Así que lo mejor es hacer lo que a uno le da la

gana, porque hablar... van a hablar siempre.

—¡Miguel, por Dios! —Maruja estaba desatada—. ¡Que el cura haya colgado la sotana ya es un escándalo, pero que lo haya hecho por Marta es un escándalo

mayor! No te ofendas, Matías, pero tu hija levanta pasiones por donde pasa. Los

hombres del pueblo se revolucionan cuando la ven aparecer y no es para menos,

porque es una mujer deslumbrante y luego está... esa forma de vestir que tiene, que no es muy discreta, que digamos.

—Mi hija es una mujer preciosa que, se ponga lo que se ponga, está guapa.

—¡Pues por eso mismo, Matías, por eso mismo! —siguió ella—. ¡Que se ponga lo que se ponga, está para comérsela, pero si además enseña tanto... pues

eso, que en el bar a más de uno se le enciende la mirada cuando la vea llegar, y

otras cosas, claro! ¡¿Qué dirá la gente de ella si el cura se la lleva a vivir con él, así, por las buenas, como si fuese su querida?!

—¡Oh, Señor! —exclamó Pablo, saliendo por la puerta—. ¡Esto es demasiado!

—¡Vaya! —dijo el tío Miguel, alzando las cejas— ¿Os podéis creer que me había olvidado de que estaba aquí?

Le encontraron sentado sobre un antiguo caballete, entre tabloncillos nuevos y tablas viejas, con el ceño fruncido, la mandíbula contraída, fumando despacio

un

cigarrillo y mirando al suelo mientras con el pie removía virutas de madera.

—¿Desde cuándo fumas, Pablo? —preguntó el tío Miguel, cogiendo dos banquetas.

—Desde esta mañana.

—¿Y qué ocurrió esta mañana? —preguntó Matías, aposentando su cuerpo.

—Que su hija me dio calabazas.

—No sientan bien, no —susurró el tío Miguel, encendiendo un cigarrillo.

—¿Y qué ha argumentado para ello? —preguntó Matías, intrigado.

—Qué bien hablas, Matías —dijo el tío Miguel con admiración.

—¡Que no me he declarado! ¿Se lo pueden creer? ¡He colgado la sotana por ella y eso no le parece suficiente declaración! ¿Qué mayor declaración puede haber que esa?

—Pues una con... flores —dijo el tío Miguel.

—Con anillo —continuó Matías.

—Con rodilla en tierra, si la artrosis lo permite...

—Y con palabras de amor, por supuesto —remató Matías.

—¡Ay, Pablo, Pablo! —suspiró el tío Miguel—. ¡Cómo se nota que no has vivido en el mundo de los hombres todos estos años! ¿Pero por qué no nos has consultado a nosotros antes de meter la pata de esta manera?

—Pues este error va a ser difícilmente subsanable —Matías meneó la cabeza.

—¡Cómo se nota que tienes una hija escritora, Matías! ¡Hay que ver qué bien te expresas!

44

Tras el asesoramiento del comité de sabios, se organizó la cena, a la que el novio acudió con todo lo necesario: flores, anillo, palabras bonitas y rodillas preparadas para ser hincadas en tierra si la ocasión lo requería, claro que...

olvidó un pequeño detalle, la madre de Marta, su futura suegra, quien, tan pronto

le vio cruzar la puerta clavó en su cara su mirada más fría y retadora... ¡La animadversión comenzaba a anidar en ella!

—¡Así que mi hija te ha dado calabazas! —le espetó de lleno tan pronto se sentaron a la mesa—. Eso es porque las cadenas que le ofreces no le gustan.

Cuando un hombre ofrece hermosas cadenas, no hay mujer que se resista.

—Yo... no puedo ofrecerle más que lo que tengo.

—¿Y qué es lo que tienes, aparte de tus celos enfermizos?

Marta ahogó una risa, recibiendo de su padre un pequeño codazo, y Pablo abrió la boca pero Matías se la cerró con una simple mirada, cuando su mujer iniciaba la descarga era mejor no tentar a la suerte.

—¡Así que no te gusta su forma de vestir! ¿Algo más que no le agrada a su

Ilustrísima? —Los colores inundaron las mejillas de Pablo—. ¡Y luego está lo de

ese cuchitril al que la quieres llevar a vivir!

—Lo estoy acondicionando y...

—¡Mi hija no puede vivir ahí, no es un lugar habitable! Además, va a reconstruir la casa de la abuela Lela.

—¿Qué vas a qué? —Pablo miró a Marta con ojos desorbitados—. ¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—Cuando le diese la gana, por supuesto —intervino la madre—. ¿O es que crees que necesita tu permiso para hacerlo?

—¡Marta, ya tenemos un lugar donde vivir! —le dijo enfadado, sin hacer caso de la madre... ¡Craso error!—. ¿Y se puede saber por qué no me lo has dicho?

—¡Te repito que mi hija no necesita tu permiso para hacer con su vida y con su dinero lo que le plazca! —Lo de Fernando no era nada comparado con aquello, el cura no sabía lo que le esperaba—. ¡Y yo no permitiré que te conviertas en un obstáculo para su felicidad! Marta es una mujer libre que puede

hacer con su vida lo que le venga en gana, y si tú has dejado la sotana y esperas

que ella se sienta culpable por ello y se te ofrezca en bandeja de plata... estás muy pero que muy equivocado.

Mientras Pablo se desplomaba en la cama que tenía en el “cuchitril”, suspirando

profundamente y diciéndose que verse las caras con la madre de Marta había sido peor que vérselas con el obispo, los padres de la novia se desnudaban en su

habitación en silencio, hasta que Matías no pudo soportarlo por más tiempo y decidió arriesgarse.

—¿Por qué te cae mal, cariño, es porque ha dejado la sotana?

—No me cae mal —contestó ella, abriendo el armario y colgando en la percha la falda.

—¿No te cae mal?

—No. Me parece un buen mozo y creo que la quiere, pero no me gusta que no la valore.

—No te entiendo.

—No ha leído sus libros, y eso dice mucho.

—¿Que no le gusta leer?

—Es cura, se pasan el día leyendo —dijo, poniéndose el camisón—. Está loco por ella, por su cuerpo, por su personalidad, eso está claro. La desea en todos los sentidos menos en uno: su mente, no le gusta su mente.

—¿Por qué?

—Pues está claro, porque Marta es más inteligente que él.

—¿Y no puedes estar equivocada, cielo? —preguntó, apagando la lámpara de la mesilla cuando se tendió junto a su cuerpo.

—No —contestó, abrazándole.

—Tendrán hijos guapos.

—Estoy de acuerdo.

—Que descanses.

—Felices sueños.

—Te quiero.

—Te quiero.

45

El jueves era el día en que la dependienta libraba, de ahí que fuese el elegido.

Esperaron en la acera de enfrente hasta que los últimos clientes salieron y la farmacia se quedó vacía. Farma les recibió con una sonrisa. Ella entró seria, pero

con la cabeza alta y desafiante. Él, con las mejillas encendidas y la respiración

agitada.

—¡Venga, dásela de una vez! —instó ella.

Él sacó la receta del bolsillo y con mano sudorosa se la tendió al farmacéutico, que la miró con gran profesionalidad.

—¡No ha sido tan difícil! —exclamó ella.

—Napo... —susurró él, cogiendo la caja y guardándola deprisa—. ¡Como digas algo de esto... dejo de hacerte recetas!

Entregarse a Fernando había sido para ella en los últimos tiempos más una obligación que un placer. Aquellos primeros encuentros amorosos en los que había descubierto su plenitud sexual quedaban tan alejados en el tiempo que a veces hasta le costaba recordarlos. La llegada de los hijos había supuesto un punto de inflexión en su relación, que ella había achacado al deterioro que había

sufrido su cuerpo sin imaginar que la causa pudiese ser otra, de ahí que las palabras de Farma le hubiesen causado un profundo impacto y una terrible furia;

que no hubiese compartido con ella sus problemas era algo que la enfadaba sobremanera. Así que aquella noche, cuando se desnudaban para acostarse, su cara no era precisamente de alegría y esperanza, sino de furia contenida, de ansiedad y de rabia.

—Laura, no tenemos por qué hacerlo si no te apetece —dijo tímidamente él, viendo su cara crispada.

—¡Después del día que hemos pasado, es lo menos que podemos hacer; ver si dan resultado!

—¿Puedo hacerte una pregunta? Cuando te acostaste con Felipe... ¿te gustó?

—¡Fernando, si lo que quieres es empezar una discusión...!

—No, no, no quiero discutir. Es sólo que... me gustaría saberlo.

Laura se quitó los pendientes y los dejó sobre la mesilla de noche, apagó la

luz y se metió bajo las sábanas. El suspiro de su marido le llegó suavemente, como un viento perdido, un viento olvidado entre biberones, pañales y noches en

vela, un viento desorientado entre michelines impertinentes y estrías descubiertas, un viento extraviado entre ojeras mal disimuladas y tristes

amaneceres. Cerró los ojos y comenzó a hablar, porque en la penumbra nos cuesta menos confesar nuestras intimidades, nuestras angustias y nuestros

miedos.

—No... —susurró—. No me gustó.

—Pero repetiste con él... ¿Por qué?

—Porque... porque... porque necesitaba que alguien me abrazase, que

alguien me besase, que alguien me desease... porque necesitaba sentirme mujer

de nuevo... porque me sentía sola, porque me sentía fea, porque me sentía morir

y tú no parecías verlo... porque estaba agotada, porque estaba asustada... —  
Las

lágrimas acudieron a sus ojos y los desbordaron—. Porque tus manos ya no me tocaban, porque tu cuerpo ya no me deseaba... porque quería que me quisieran y

quería querer...

—Laura... —La tomó entre sus brazos y la apretó contra su pecho—. Yo te quiero, Laura, te quiero, te quiero, te quiero...

El llanto ya era imparable, el caudal se desbordó, incontrolable. En su cuello dejó todas las lágrimas, todas las angustias, todos los miedos, todas las ansiedades. Fernando la abrazó hasta que la inundó la calma, hasta que el llanto

cesó y los corazones pudieron escucharse, entonces... los labios la buscaron, saboreándola como antaño, haciendo surgir de su boca todos los gemidos

guardados. Bajó lentamente los tirantes de su camisón blanco y acarició sus pechos muy, muy despacio, en sus manos toda la magia, en su cuerpo el deseo, el amor en sus labios.

—Eres preciosa, Laura —sonrió entre besos—. Tus pechos son deliciosos, cariño. ¡No me extraña que nos costara tanto destetar al niño!

Laura estalló en carcajadas, allí estaba de nuevo el lado pícaro de Fernando,

aquel que la había enamorado, aquel que había despertado su enjambre, aquel que siempre la había hecho reír y que en el camino de la vida se había quedado

olvidado. La risa liberó sus cuerpos de la tensión acumulada durante años. Se entregaron como la primera vez y en mitad de la noche recorrieron el

firmamento estrellado, descubriendo nuevos caminos sobre la piel, inventando nuevos roces en los labios, creando nuevas formas de mirarse, proporcionándose

el placer deseado. Laura gimió en su boca todos los gemidos olvidados, nuevas

melodías los entonaron y en medio de ellos el nombre tantas veces pronunciado,

aquel que le entregaba cuando el placer la recorría, aquel que le regalaba cuando

el orgasmo la atravesaba...

—Fernando...

—Te quiero, Laura...

—Fernando...

—¡Oh, Señor, benditas pastillas!

46

La gente comenzaba ya a levantarse de sus asientos cuando la boca de don Jeremías se abrió y, con una pronunciación clara y perfecta, comenzó con las...

amonestaciones. El murmullo en la iglesia fue unánime, y todos volvieron a sentarse. Los miembros del Club Recreativo Casa de la Tía Herminia abrieron la

boca con asombro y miraron a la presidenta con desconcierto.

—¡Menuda amiga estás hecha! ¡Que nos hayamos tenido que enterar aquí, como todos, no te lo perdono!

La que hablaba era Manuela quien, tan pronto abandonaron la iglesia y pusieron los pies en el atrio, recriminó con rabia a la presidenta, agarrándose de

su brazo, mientras del otro se colgaba Serafina, y del brazo de ésta, Asunción con cara seria.

—Pues aunque no lo creas, Manuela, yo me acabo de enterar también.

Maruja apareció tras ellas a la carrera. Hasta la sacristía, donde estaba planchando, había llegado el murmullo de la iglesia y, olvidando las casullas y la

plancha encendida, se fue tras las noticias frescas. Se colgó del brazo de Asunción y así, como un auténtico ramillete de viejas primaveras, enfilaron la cuesta de la higuera.

Una hora después, cuando la reunión estaba en pleno apogeo en la acera, Marta apareció al cabo de la calle subida en unos preciosos zapatos de corte salón y enfundada en un delicioso vestido veraniego de flores que se ajustaba a

su cuerpo a la perfección y cuya vaporosa falda se mecía con el escaso viento.

—¡Virgen Santísima! —susurró Serafina—. No me extraña que el cura haya perdido por ella la cabeza.

—Es una preciosidad, ¿verdad? —dijo con orgullo la tía Herminia—. Pues es tan guapa por dentro como por fuera.

—¡Ay, Señor, Señor! —suspiró Asunción—. Así era yo de joven.

La joven primavera se fundió con las viejas primaveras sentándose a su vera, formando un jardín multicolor de vidas pasadas y venideras.

—Marta, hija, podías haberme dicho lo de las amonestaciones —dijo con dulzura la tía Herminia—. Se me ha quedado cara de tonta en la iglesia.

—¿Tú crees que con tres semanas tendrás tiempo para preparar la boda? —preguntó Maruja meneando la cabeza—. ¿Ya tienes el vestido de novia?

—El vestido es lo primero, hija —sentenció la tía Herminia.

—Yo tengo uno. —Todos los ojos se posaron en Manuela—. No me miréis así. Tengo el de Esperanza, se cambió en mi casa tras la... ceremonia, y nunca vino a recogerlo.

—¡No digas locuras, Manuela! —exclamó la tía Herminia—. ¡Ese vestido está maldito!

—Pobrecilla Esperanza —suspiró Serafina—. ¡Qué tragedia!

—Nunca he visto a una mujer llorar tanto como ella —asintió Maruja—.

¡Aquello fue una crueldad en toda regla!

—¿Qué habrá sido de ella? —susurró Manuela.

—Vive en la ciudad...

Aunque la voz de Marta no fue más que un susurro, cuatro cuerpos se giraron hacia ella, cuatro pares de ojos se abrieron cual persianas, cuatro corazones bombearon con desconcierto, cuatro almas aletearon con fuerza esperando

completar la historia incompleta.

—¡Marta, por Dios, no nos tengas en este sinvivir! —exclamó Serafina—.

¿Qué fue de ella?

—Vive en un ático de lujo, con tres personas de servicio y un chófer que la

trae y que la lleva... tiene una cuenta saneada y muchas, muchas tarjetas... el hombre que la cuida bebe los vientos por ella, le da todo lo que le pide, la tiene

como a una reina...

—Pero... pero... —Serafina abrió los ojos asustada—. Pero eso es de uno de tus libros, Marta, el relato de *La mujer de las camelias*.

—A Esperanza le gustan las camelias, me lo contó una noche de luna llena...

—susurró, mirando al cielo estrellado mientras sus ojos se inundaban de pena y

una lágrima se escapaba de ellos y rodaba por su mejilla hasta la acera—. Sería

muy hermoso que hubiese terminado así, ¿verdad? Pero me temo que Esperanza

ha acabado trabajando... en la calle Montera.

Marta abandonó el jardín y se perdió en la oscuridad de la noche, dejando tres corazones inundados de tristeza y uno de sorpresa.

—¿La calle *Motera*? —preguntó Asunción—. ¿Y eso qué significa, le ha dado por las motos?

—Montera, Asunción, Montera —replicó Manuela—. ¿No sabes lo que es?

¿Es que nunca has oído hablar de ella?

—Pues no, si lo supiera, no preguntaría.

—Es donde trabajan las ramera —aclaró Serafina.

—¿De puta?! —Asunción no daba crédito—. ¿Esperanza se ha hecho puta?!

—¡Y todo gracias a tu sargento! —le dijo con rabia Manuela—. ¡Que la dejó plantada ante el altar, vestida como una princesa!

Veintiocho días después, puntual como un clavo, la tristeza había llegado a ella, y había tomado el control de su cuerpo y de su mente, volviéndolo todo del

revés, transformando su mundo de color en uno gris, donde las nubes todo lo copaban. El vestido elegido no podía ser menos apropiado para la ocasión, pues

las flores que lo adornaban no habitaban aquella noche en su corazón cuando abandonó el Club Recreativo Casa de la Tía Herminia y se encaminó hacia el

“cuchitril” sobre la carpintería, donde un excusa no tenía ni la más remota idea de lo que se le avecinaba.

Cuando la vio al otro lado de la puerta, todo su ser se activó, su mirada se perdió en aquel cuerpo en total esplendor y el deseo galopó por sus venas llegando a cada rincón. Las curvas bajo el vestido no podían ser más sensuales,

más insinuantes, y los pechos, ya de por sí generosos, adquirirían en esos días una

redondez que los hacía brillar con luz propia, pero lo mejor estaba en los ojos que, cubiertos por una fina película de lágrimas, eran lo más delicioso que Pablo

hubiese visto nunca, pero claro, mirando los ojos... no vio la tormenta.

—¡AMONESTACIONES!

—Marta...

—¡AMONESTACIONES!

—Es... es lo habitual.

—¡AMONESTACIONES!

—Bueno... dijiste que querías una declaración, y lo hice... ¿Qué más quieres?

—¿Me has preguntado si quiero casarme contigo?

—Pues, no exactamente, pero...

—¡Pero no! —exclamó, cruzando la puerta—. ¡No me lo has preguntado, y dado que no me lo has preguntado, yo no he dicho que sí!

—Tampoco has dicho que no —dijo suavemente, cerrando la puerta.

—¡Ni sí, ni no, porque no me lo has preguntado! —Entró en lo que algún día sería la cocina—. ¿Dónde tienes la cafetera? ¡Necesito un café!

—¿Por qué estás tan enfadada?

—¡Para casarse, dos tienen que estar de acuerdo, y yo no he aceptado en ningún momento!

—¿Qué ocurre, Marta? Nunca te había visto así. ¿Qué pasa?

—¡¿Que qué pasa?! ¡Pasa que todo el mundo ha oído las amonestaciones, Pablo!

—Bueno, para eso son, para que todo el mundo las oiga. —sonrió,  
acercándose despacio y acariciando su mejilla encendida—. ¿Es que no  
quieres  
casarte conmigo?

Y allí estaba la frase... La que toda su vida había deseado escuchar, la que  
cada noche había soñado, la que cada amanecer había recreado... Allí estaba,  
en

sus labios, clara, nítida, y cristalina, pronunciada con una dicción perfecta,  
con

una modulación precisa, y acompañada de la más dulce sonrisa.

—Yo te quiero, Marta —susurró, rodeándola con sus brazos y pegándola a su  
cuerpo—. Te quiero con todo mi corazón y con toda mi alma, y quiero que  
seas

mi mujer, para lo bueno y para lo malo... ¿Quieres casarte conmigo, Marta?...

Dímelo, dime que te casarás conmigo, necesito oírlo de tus labios.

Los besos y las caricias, los susurros y los lamentos la hicieron perder la  
noción del espacio y del tiempo y la transportaron a ese cielo que estaba en  
sus

manos, a ese mundo de color que para ella el amor había creado. Cuando  
abrió

los ojos de nuevo, estaba tendida sobre un viejo sofá con un hombre excitado  
sobre su cuerpo, recibiendo de su boca todos los besos soñados, recibiendo  
de sus manos todo el deseo, recibiendo de sus labios todos los “te quiero”.

—¿Quieres casarte conmigo?

—Sí, quiero... sí, quiero... sí, quiero...

Los tirantes de su vestido abandonaron su cuerpo, fueron bajados por unos largos dedos que acariciaron su piel y provocaron su fuego, que liberaron sus pechos y los recorrieron, dejando sobre ellos caricias que le supieron a cielo.

—Pablo, para...

—No puedo, Marta. Te deseo.

—No, para...

—¿Por qué?

—Porque... porque no puedo.

—Tú también me deseas.

—Pero no puedo... no me encuentro bien... tengo la regla...

—Podemos hacerlo de todos modos —susurró, mordiendo su cuello.

—¡Que podemos hacerlo de todos modos! —exclamó, mirándole iracunda—.

¡Y el hecho de que yo no me encuentre bien te importa un pimiento!

—No, yo... no he querido decir eso.

—¡Eres un egoísta, como todos los hombres, sólo piensas en ti, sólo en ti!

El llanto ya no podía ser contenido por más tiempo, salió descontrolado por su boca convulsionando su cuerpo, estremeciéndola en terribles espasmos que asustaron al hombre excitado que estaba sobre ella.

—Marta, por favor, tranquilízate —dijo preocupado, sentándose y tomándola en su regazo—. Lo siento. No haremos nada si no quieres. Yo... no sabía que la

menstruación pudiese afectar de esta manera.

—Para ti esto debe de ser toda una novedad, claro —dijo sorprendida, limpiándose las lágrimas—. No había caído en ello.

—Dime qué puedo hacer para que te sientas mejor. —Dejó sobre sus labios un suave beso—. Me siento un poco perdido.

—Bueno, no te preocupes, estoy segura de que hagas lo que hagas... lo harás mal. La culpa la tienen las hormonas, que me descontrolan el cuerpo y la mente.

Tu jefe cometió un gran error cuando nos creó, ¿sabes? No es perfecto —dijo, provocándole una risa—. ¿Me preparas un café?

—¡Cómo vas a tomar café a estas horas, Marta, no pegarás ojo en toda la noche!

—¡Oh, por el amor de Dios! ¡Para una cosa que te pido!

47

A veces en la vida, los acontecimientos salen bien de principio a fin, pero otras veces no ocurre así. La boda de Marta y Pablo, que estaba a la vuelta de la esquina, más concretamente a la vuelta de la esquina del día siguiente, comenzó

a torcerse la noche anterior. Si alguien le hubiese preguntado a Serafina el porqué, ella habría contestado sin ningún género de dudas que la culpa la tenía la

luna, una luna llena y brillante que lucía majestuosa aquella noche de viernes. A

su convencimiento sobre la influencia del satélite en el comportamiento humano

había contribuido, y mucho, que los episodios más importantes de su vida se habían producido cuando éste estaba en todo su esplendor en el firmamento; su

noche de bodas, por ejemplo, un auténtico infierno en el que sólo el reflejo de la

luna había sido mudo testigo de su tormento. También en luna llena tomó la decisión de acabar con el demonio que dormía a su lado, y en luna llena también

encontró la fuerza necesaria para darle la dosis letal que le hacía falta al toro para caminar hacia el otro lado.

Ejerza o no un extraño influjo sobre las personas, lo que es incuestionable es que aquella noche de viernes una rara conjunción estelar se produjo en el firmamento, tejiendo una estrambótica tela de araña de la que nadie salió indemne.

—¿Qué pasa? —preguntó Pablo preocupado, cruzando la puerta.

—Tengo que hablar contigo.

—¿Qué ocurre? —preguntó, siguiéndola hasta el salón.

—Yo... tengo que contarte algo.

—Te escucho.

—¿Quieres una copa? —preguntó, preparando dos vasos deprisa.

—No. ¿Qué pasa, Marta?

—Verás, yo... —Se tomó la copa de golpe—. Me he dado cuenta de que tú a veces das muchas cosas por sentado y la mayoría de ellas te equivocas...

—¿De qué hablas?

—Pues hablo de que... las apariencias engañan, de que el hábito no hace al monje, y de que no todo es lo que parece.

—¿Qué demonios me quieres decir?

—Esto no es fácil para mí, Pablo —dijo, preparándose otra copa—. No creí que tuviese que contártelo, pero, dado que tú das muchas cosas por supuesto, creo que debo hacerlo y...

—¡Marta, por Dios, me va a dar algo! ¡Me lo quieres decir de una vez!

—¡Haz el favor de no enfadarte, esto no es nada fácil y me lo estás poniendo muy difícil!

—¿Has tenido algo con el del aserradero, verdad, es eso?!

—¿Qué?! ¡Pero cómo puedes pensar semejante cosa! —exclamó asombrada

—. ¡Mañana me caso contigo! ¿Pero qué clase de mujer te crees que soy?

—¡Se masturbaba cuando hablabais y sois amigos y...!

—¡Y punto, Pablo, somos amigos, y punto!

—¿Entonces, si no es él, quién?!

—¡Esto es increíble! —Se tomó la segunda copa—. ¡Mañana nos casamos y estás dando por sentado que he tenido algo con otro hombre!

—A ver, Marta. —Se pasó la mano por el pelo, desconcertado—. Me has pedido que venga porque tenías algo importante que decirme y te encuentro hecha un manojo de nervios y sin encontrar las palabras para hacerlo, tú, que dominas el idioma a la perfección. —Paró para respirar—. ¡Eres una mujer preciosa, eres una mujer libre, has paseado tu libertad por todo el pueblo, y...!

—¡Soy virgen!

La frase inundó el salón, llegó hasta los oídos de Pablo y entró por ellos,

encontrándose con las habitantes de su cerebro, pero la información tardó en ser

procesada, pues éstas la miraron como quien mira a una mosca que vuela.

—¡Tengo que reconocer que como broma es muy buena! —exclamó, desplomándose en el sofá y meneando la cabeza—. ¡Pero no me parece muy apropiada, la verdad!

—No es ninguna broma, Pablo.

—¡Bueno, Marta, ya está bien!

—Soy virgen, Pablo.

—¡Marta, no te permito que te pitorrees! —gritó, levantándose y encarándose con ella—. ¡Lo que me faltaba!

—¡SOY VIRGEN! ¡Nunca he tenido relaciones con un hombre, nunca, y todo por tu culpa, porque te me metiste dentro sin tan siquiera tocarme y ya no quise sentir otras manos, ni otro cuerpo!

—¡Basta! ¡Deja de decir locuras!

—¡Es la verdad!

—¡No te creo!... ¡Tu forma de vestir!... ¡Tu forma de hablar!...

—¡Me visto como me gusta y eso no significa que me acueste con el primero que posa sus ojos sobre mí! ¡Y hablo de sexo con libertad porque forma parte de

la vida como el reír, el dormir, o el soñar, lo que no implica que lo practique a

cada momento o con cualquiera! ¡Y no sé por qué te doy tantas explicaciones!  
¡Si tan bajo concepto tienes de mí, ¿se puede saber por qué me propusiste matrimonio?!

Pero como cuando las cosas van mal, siempre pueden ir a peor, el avión que traía desde Italia a su gemela, no llegó con retraso, y por la puerta apareció la familia mucho antes de lo que Marta esperaba.

—¿Qué son esos gritos? —Matías entró preocupado en el salón—. ¿Qué ocurre?

—¿Marta, por qué lloras cariño? —preguntó la madre—. ¡¿Qué le has hecho, cura?!

—¡Martita! —exclamó María lanzándose a los brazos de su hermana.

—¿Pablo? —Matías clavó su mirada más ceñuda en su futuro yerno.

Pablo caminaba por el salón como fiera enjaulada, como bomba de relojería, como animal herido. Sus ojos, más que ojos, eran antorchas, y su ceño no podía estar más fruncido.

—¡Si es que no me lo puedo creer, Matías, no me lo puedo creer! —exclamó, levantando los brazos—. ¡Y ha esperado hasta el último momento para decírmelo!

—¿Qué pasa, cielo? —preguntó la madre, sentándose en el sofá donde las hermanas se habían refugiado—. ¿No quieres casarte con él? ¿Es eso?

—Pues si no quiere casarse, que no se case, Pablo —sentenció Matías muy serio—. Yo no quiero que mi hija sea desgraciada.

—¡No es eso, papá! —dijo Marta entre suspiros— ¡Es que Pablo todo lo da por sentado, y las cosas no siempre son lo que parecen!

—¡No me fastidies, Marta, no me fastidies! —Pablo estaba al borde el infarto

—. ¡Eso lo da por sentado todo el mundo!

—¡Esa boca, cura! —exclamó la madre—. ¡Cuídate mucho de hablarle así a mi hija!

—¿Dar por sentado el qué? —Los ojos de Matías se iluminaron—. ¿Estás embarazada, cariño?

—¡¿VES?! —exclamó Pablo—. ¡Hasta tu padre!

—Pues si estás embarazada, hija, y no quieres casarte con él, no tienes por qué hacerlo —dijo la madre, acariciando su mejilla—. Los tiempos han cambiado y puedes tenerlo sola. Nosotros te ayudaremos, cielo.

—No estoy embarazada, mamá.

—¡Vaya por Dios! —exclamó Matías—. ¡Con las ganas que tengo de ser abuelo!

La carcajada que salió por la boca de la madre llenó el pequeño salón, contagiando de inmediato y como siempre había ocurrido, a las hijas, que liberaron mediante la risa toda la tensión contenida, pero que provocó en el antiguo cura el mismo efecto que una llama al acercarse a una cerilla.

—¡DÍSELO, MARTA!

—No...

—¡DÍSELO!...

—No...

—¿Decirnos, el qué? —preguntó Matías.

—¡ES VIRGEN, MATÍAS!... ¡VIRGEN!... ¡VIRGEN!

El cura salió de la casa como alma que lleva el diablo, nunca una noticia causó semejante impacto. Matías salió tras él y Marta se entregó a los brazos de

su hermana y se abandonó al llanto, mientras la madre pestañeaba sorprendida y

se levantaba muy despacio, acercándose al mueble de las bebidas y sacando el *Sanson* tan ansiado.

—¡Vaya, vaya, vaya! —dijo, colocando la botella sobre la mesa y a su lado tres vasos.

—Lo siento, mamá, siento el espectáculo, pero es que Pablo ha dado por

hecho que yo me acostaba con todo hombre con pelo con que me cruzaba. —  
Las

mujeres estallaron en carcajadas—. No os riais, es muy injusto juzgar por las apariencias. Que me vista de forma llamativa no me convierte en una fresca, otras lo son vistiendo recatadas.

—Soy yo la que lo siente, hija, porque yo soy una de las que... también lo di

por hecho. Y no es que me importara, ¿eh? Eres mi hija y a los hijos se les acepta

como son.

—Se ha ido hecho un basilisco, María —dijo Marta, mirando a su hermana—  
Creo que has venido para nada.

—¡No digas tonterías, se le pasará! —rio la madre, tomándose la primera  
copita—. Hay que ver cómo cambian los tiempos, antes estos espectáculos se  
producían por el caso contrario.

—Pues yo no entiendo que se haya puesto así —refunfuñó Marta—. Estoy  
muy ofendida, mamá.

—Cariño, compréndelo, esto es algo que él no se esperaba. —Se sirvió la  
segunda copa—. Nos hacemos una composición de lugar y llegamos a  
conclusiones equivocadas, es algo que ha ocurrido siempre y que siempre  
ocurrirá. Es como si ahora tu hermana, que ha estado viviendo durante un año  
con el italiano, nos dijese que es virgen... ¿Entiendes? —Las mejillas de  
María

se inundaron de colores—. ¡No!... ¿Nena?

—Había algo en él que no me convencía... —La gemela frunció el ceño—.

Por eso me fui a Italia, quería verle en su ambiente, ver cómo se desenvolvía  
y...

—¿Y? —preguntaron dos bocas a un tiempo.

—¡Tenía una querida!

—¡Virgen Santísima! —exclamó la madre, sirviéndose la tercera copita.

—¿Os lo podéis creer? ¡A mí prometiéndome amor eterno y a la amante  
pagándole un pisito en las afueras!

Las palabras que siguieron a estas ni Marta ni la madre las entendieron, y eso

que el italiano es un idioma parecido, pero los tacos cambian un poco, sobre todo

cuando están cargados de furia asesina, acaban perdiendo su esencia y se convierten en... otra cosa.

—¡Ay, María, tú deberías haber sido detective! —dijo Marta, dejándose inundar por la risa.

—Cariño... —dijo la madre, mirándolas divertida—. ¿Y en todo este tiempo nunca...?

—¡En un año no ha probado mis delicias!

—¡Vaya, vaya, vaya! —rio la madre, enjugándose una lágrima traicionera—.

Pues al final va a resultar que no os he educado tan mal. ¡Para que luego digan!

48

Cuando alguien muere en plena noche, a nadie le tiembla el pulso para llamar a los familiares y darles la tan terrible noticia. La madre de Marta, afectada por los acontecimientos y por las copitas de *Sanson* que llevaba encima, decidió que las buenas noticias había que compartirlas con la misma celeridad y, ajena a las cuatro de la mañana que marcaba el reloj de la cocina, cogió el teléfono con una

sonrisa y llamó a la tía Herminia, quien proclamó: “Junta urgente”.

Manuela pegó un brinco en la cama y se abalanzó sobre el que sonaba.

Maruja siguió roncando un buen rato hasta que el martilleo incesante se coló en

su cerebro y despertó a sus habitantes. Asunción, que descansaba entre los brazos de Pinto tras una intensa noche de pasión, estiró el brazo con desgana y

cogió el teléfono de la mesilla. Y Serafina, dejó el libro sobre el sofá y se quitó las gafas, preguntándose con pesar quién habría pasado a mejor vida.

Pero si para las féminas del pueblo el despertar fue un tanto estrambótico, no lo fue menos para los representantes del género opuesto. El tío Miguel abrió la puerta de su casa envuelto en una bata de *boatiné* de su mujer. ¡Lo primero que pilló! Y al ver la cara descompuesta del cura y la mirada divertida y satisfecha de Matías, se preguntó si habrían pasado la noche en la whiskería, en una despedida

de soltero a la que nadie le había invitado.

—¿Pero qué demonios pasa? —preguntó, entrando en la cocina, convertida desde aquel momento en puesto de mando en el que estudiar y capear la crisis desatada—. ¿Dónde demonios está la cafetera?

—Olvida el café, Miguel, necesitamos algo más fuerte —dijo Matías abriendo el aparador—. ¡Dios Santo, sólo tienes orujo!

En el tiempo que tardaron en llegar los miembros del Club Recreativo Casa de la Tía Herminia, a la presidenta le dio tiempo de calentar un caldito y fumarse

en la ventana un cigarrillo que le supo a Gloria Bendita, mientras se preguntaba

cuál sería el motivo de la inminente cancelación de la boda, pues una llamada de

su sobrina a semejantes horas sólo podía ser debida a una cancelación de última

hora. Tras el caldito revitalizante se metió entre pecho y espalda una buena copa

de *Sanson* antes de preparar la sala, pues la improvisada reunión no podía celebrarse en la calle, el relente de la noche podía arrastrar al otro barrio antes de tiempo a alguno de los miembros.

Manuela fue la primera en aparecer, envuelta en una toquilla negra y con el pelo enmarañado y sujeto en un moño torcido a punto de caer... era la vida imagen de la indigencia. Asunción apareció más lozana que nunca, sus brillantes ojos no dejaban lugar a dudas de que los libros de Marta habían hecho mella en

Pinto y habían orientado sus cualidades de oteador hacia presas más próximas, más concretamente la del otro lado de la cama y, claro, una vez avistada la presa,

no hay cazador que se resista a ir a por ella, y a por ella se fue, dejándola literalmente exhausta y satisfecha, dispuesta a aguantar lo que le echasen: muertes y tragedias. Maruja llegó en camisón y con un abrigo viejo sobre los hombros, que difícilmente tapaba sus curvas, con cara de pocos amigos y las medias con carreras subidas hasta las rodillas. La única que apareció presentable

fue Serafina, a quien la llamada había pillado todavía vestida y ensimismada en

uno de los libros de Marta, convertida aquella noche en primera figura del improvisado vodevil.

—¿Pero qué pasa? —Manuela no podía con la impaciencia.

—Aún no lo sé —contestó la tía Herminia, sirviendo las pertinentes copitas

—. Va a venir María, mi sobrina.

—¡Oh, Señor! —exclamó Maruja—. ¡Eso sólo puede significar una cosa!

—¡Que se cancela la boda! —remató furiosa Manuela—. ¡¿Y para eso he

trabajado yo tanto en el vestido?! ¡Pues espero que tengan una buena disculpa, porque eso no se hace, hombre, eso no se hace!

—A mí ya me parecía que Marta era mucha mujer para ese hombre —dijo

Asunción—. Ella ha vivido mucho y él ha estado tanto tiempo atado.

—¡Marta está de vuelta de todo! —sentenció Manuela—. No te ofendas,

Herminia, pero vivir en la ciudad no es lo mismo que vivir en un pueblo.

—¡Mira si no el obispo! —remató Maruja.

—¿Cómo que es virgen? —El tío Miguel achicó los ojos, mirando fijamente a

Pablo—. ¿Pero virgen, virgen?

—¡Virgen, tío Miguel, virgen! —exclamó Pablo, paseando desesperado por la cocina.

—¿No le habrás entendido mal?

—¡Eso no se puede entender mal, tío Miguel!

—En eso tiene razón —dijo Matías, sirviendo las primeras copas—. O se es, o no se es. No hay término medio.

—Bueno —dijo el tío Miguel—. ¿Y cuál es el problema?

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Pablo, echándose las manos a la cabeza.

—Mi mujer también lo era, y yo no puse el grito en el cielo. Y la tuya también, Matías.

—Ya, hombre —contestó Matías tomándose la copa de golpe—. Pero eran otros tiempos.

—La gente es siempre igual, sean los tiempos que sean —afirmó convencido el tío Miguel, mirando de reojo la botella de orujo mientras mareaba un poco el café en su taza vieja.

—¡Por el amor de Dios, tío Miguel! —exclamó Pablo—. ¡Estamos hablando de Marta! ¡De Marta!

—Cuidadito con esa lengua, que estás hablando de mi hija.

—¡Matías, entiéndame, es que yo... yo... esto no me lo esperaba!

—¡Ni tú ni nadie! —exclamó Farma, entrando por la puerta seguido de Fernando.

—¿Y vosotros qué hacéis aquí? —preguntó Pablo, mirándoles con rabia.

—A Fernando le llamé yo —contestó el tío Miguel, levantando la mano—.

Cuando Matías me llamó diciendo que ocurría algo grave y que veníais para aquí, pensé que le podíamos necesitar, pero al otro...

—Yo estaba en la farmacia comprando unas pastillas... —aclaró Fernando—.

Y él me oyó hablar y...

—¿A las cuatro de la mañana estabas en la farmacia? —preguntó Matías sirviéndoles el licor.

—¡Tengo dolor de muelas! ¿Qué pasa?

—¿Y se te alivia con las pastillitas azules? —preguntó Matías, provocando la risa del tío Miguel y que su mano fuese hacia la botella de orujo—. Pues

debes

de ser el único.

—Tú lo del secreto profesional te lo pasas por ahí, ¿no? —dijo Fernando al farmacéutico con rabia.

—¡Eso no puede ser, María! —exclamó Maruja, meneando lentamente la cabeza—. ¡Imposible!

—¡Una mujer como Marta! —siguió Asunción—. Si atrae a los hombres como un imán.

—Las apariencias engañan —dijo Serafina tomándose la segunda copa—  
Mirad si no a Esperanza, en la calle Montera.

—¡Virgen Santísima! —exclamó la madre de Marta—. ¿Esperanza se ha hecho casquivana?

—¿Casquivana? —La tía Herminia la miró asombrada—. ¡Por Dios, sobrina, qué nombre, pareces de otra época!

—¿Y dónde está el cura ahora? —preguntó Asunción.

—Con Matías.

—¡En la casa del tío Miguel, como si lo viera! —dijo Maruja—. Pues para allá me voy, a ver si puedo echar una mano y que la cosa no descarrile.

—Yo creo que es mejor que no intervengas, Maruja —dijo la práctica

Serafina muy seria—. Hay cosas que se tienen que tratar entre hombres, sin interferencias de féminas.

Aquella aciaga noche, a los tres centros de reunión establecidos oficialmente, dos de ellos en pleno funcionamiento (el bar estaba cerrado) y trabajando a pleno

rendimiento, se les añadió un cuarto: el cuartelillo de la Benemérita, donde el cabo Serafín montaba guardia durmiendo en un sillón a pierna suelta.

El sonido del teléfono le sacó de sus ensoñaciones; se levantó refunfuñando y preguntándose quién sería el borracho al que tendrían que detener por armar jaleo, pero ni en el mejor de sus sueños habría podido imaginar quién era el elemento.

El coche patrulla aparcó ante el local de lucecitas, la puerta estaba colapsada por los porteros que hacían piña en torno a un hombre al que habían sentado y atado a una silla y que no dejaba de gritar exigiendo que le soltasen inmediatamente. Cuando el cabo Serafín vio quién era el “detenido”, su boca se

abrió tanto que por ella podría haberse colado un tren entero.

—¡Menos mal que habéis llegado! —resopló uno de los porteros—. ¡Está imposible y no atiende a razones!

—¿Ha roto algo? —preguntó el agente.

—Nada, pero no deja de gritar y nos ahuyenta a la clientela. ¡Os lo tenéis que llevar de aquí cuanto antes!

—¿Y por qué no le habéis metido en el taxi de Argimiro?

—Lo hicimos, pero se tiró de él en marcha, y ha vuelto.

—¡Pues sí que está fuera de sí! —dijo el cabo Serafín, mirando asombrado

aquellos ojos que echaban fuego—. ¿Le llevamos a casa, don Jeremías?

—¡NOOOO!

—Pero aquí no se puede quedar, hombre.

—¡Quiero entrar!

—¡Eso ni lo sueñe! —le gritó el portero—. ¡Llévoslo, por Dios Bendito!

—¡No me quiero ir! —gritó la mole, contoneándose en la silla—. ¡Quiero  
follaaaar!

Viendo a aquel hombre tan grande, sudoroso, excitado y enfadado, el cabo Serafín no pudo evitar que la risa floja comenzase a nacer en su cuerpo y que tomase el control del mismo en las siguientes horas. Tanta risa tuvo que dominar

que se preguntó si debería llamar al sargento para que tomase las riendas, pero,

conociendo su mal despertar, decidió que sería preferible luchar contra la  
hilaridad.

Le soltaron de la silla e intentaron meterle en el coche, pero se les escapó corriendo. No les quedó más remedio que ponerle las esposas sin hacer caso de

sus gritos y trasladarlo al cuartelillo en un viaje que, para cualquier otro guardia hubiese sido un auténtico infierno, pero que para el cabo Serafín constituyó una

f fuente inagotable de anécdotas que amenizarían las largas guardias nocturnas de

allí en adelante durante mucho, mucho tiempo.

—¿Pero qué le ha pasado, don Jeremías? —le preguntó el cabo mirándole por el espejo.

—¡Tengo que follar! ¡¿Es que no lo entiendes?!

—¿Tan caliente está, hombre?

—¡ME HE TOMADO TRES!

—¿Tres? ¿Tres qué? —El cabo le miró preocupado mientras se decía si no acabarían la noche en urgencias—. ¿Tres qué, don Jeremías?

—¡Tres, hijo, tres!

—¿Pero tres qué?

—¡Tres pastillas azules!

—¡¿Tres Viagras?! ¿Se ha tomado tres Viagras? ¡Pero es que se quiere usted matar, buen hombre! ¿Por qué ha hecho eso?

—¡¿Pues por qué va a ser, hijo, por qué va a ser?!... ¡Los años no perdonan!

A la rabia le siguió el llanto, que comenzó a salir descontrolado por sus ojos, parecía un niño al borde de una crisis, berrinche o rabieta. Sus lamentos se asemejaban a los de un animal herido en pleno sufrimiento.

—¡Lo que nos faltaba, ahora le da la llorera! —gruñó el compañero, encendiendo un cigarro y abriendo la ventanilla.

—¡Ohhhh!... ¡No he podido olvidarla!... ¡Me alejé de ella, pero no he podido olvidarla!... ¡No he podido!... ¡No he podido!...

El cabo frunció el ceño, miró de reojo a su compañero y redujo a tercera.

—¿A quién?

—¡Ohhhh!... ¡Soy débil!... ¡Ohhhh!...

—¿A quién, don Jeremías?

—¿A quién va a ser, hijo, a ella?!... ¡Siempre ha estado en mis pensamientos!... ¡He intentado arrancarla de mi corazón, pero no he podido!... ¡No he podido!...

—¿Y qué ocurre, don Jeremías, ella ya no le quiere, le ha olvidado? — preguntó el compañero, acudiendo al apoyo.

—¡Oh, sí, sí que me quiere, me quiere tanto como yo a ella, por eso me tomé las pastillas, para no defraudarla!

—¿No me diga que tuvo usted un gatillazo? —El cabo Serafin no podía más, las lágrimas de risa que inundaban sus ojos le preocuparon, en cualquier momento podían salirse de la carretera.

—¡Pues claro, hijo, por qué si no habría de tomarme semejante invento del demonio! —El suspiro que salió por su boca disimuló las risas del cabo—.

¡Claro que yo no contaba con que precisamente esta noche ella se enfadara conmigo y... me dejara con semejante calentón!... ¡Y así estoy, más empalmado

que un mono!

Las carcajadas ya no pudieron ser aguantadas y salieron por la boca de los guardias inundando el coche, mezclándose con el llanto de don Jeremías que, entre hipidos y lágrimas no dejó de hablar hasta llegar al cuartelillo. Le sentaron sobre el catre sin quitarle las esposas porque el calentón seguía allí y un hombre

de su envergadura era potencialmente peligroso. Pero, cuando cerraron la puerta

del calabozo y se encaminaron hacia la oficina, los guardias se pararon en seco.

Se miraron muy serios, asintieron lentamente y, en pareja, como se deben hacer

las rondas, volvieron sobre sus pasos hasta el reo.

—Don Jeremías... —dijo suavemente el cabo Serafín, frotándose la barbilla

—. Estaba pensando que... quizá quiera usted que la llamemos.

—Tal vez, si usted le pide perdón... —continuó el compañero muy serio—.

Ella se ablandó un poco.

—Eso sería todo un detalle por su parte —sentenció el cabo—. A las mujeres

les gustan los detalles, y que un hombre les pida perdón las entenece. Lo que no

sé yo es... si tendremos su teléfono.

—¡Claro que lo tenéis, Maruja también limpia aquí!

Cuando el sargento llegó al cuartelillo, varias horas más tarde, se los encontró

todavía descompuestos por la risa. Les dirigió una profunda mirada

recriminatoria, pero, una vez puesto al día de los últimos acontecimientos, una sonrisa malévola asomó a sus labios mientras su mano cogía el teléfono.

Maruja

apareció ante ellos con un aspecto deplorable. A la discusión con su amor habían

seguido varias copas de *Sanson* y otras tantas de anís que le habían nublado el entendimiento y, todo esto unido a la noche de vigilia, había hecho estragos en su cuerpo, un cuerpo que hasta allí la arrastró sin saber lo que le esperaba dentro.

El sargento la recibió con una mirada explosiva que ella no supo interpretar y, acompañado por el cabo y el agente, la guiaron hasta el calabozo donde estaba el

capturado, despatarrado sobre el catre, roncando como un cosaco y con un hilillo

de baba de la boca colgando.

—¡Virgen Santísima! —exclamó la desvelada, agarrándose a los barrotes—.

¡¿Pero qué le ha pasado?!

—Parece que don Jeremías tiene... mal de amores, Maruja.

—¿Qué?

—Nos llamaron del club de alterne, *oséase*, de la whiskería. Al parecer, no quería irse de allí sin... aliviarse.

—¿Quéee?

—Se tomó tres pastillas, Maruja —aclaró el cabo Serafin, mirándola atentamente con su único ojo bueno.

—¿Quéee?

—Tres pastillas... azules.

—¿Quéee?

—Tres Viagras, Maruja —aclaró el sargento—. Ya sabes, lo que tomamos los

hombres para cumplir como Dios manda.

—Nunca mejor dicho, mi sargento —sentenció el cabo.

49

La tía Herminia se puso el vestido negro de organdí que descansaba sobre la cama, salido de las increíbles manos de Manuela, y los zapatos nuevos

comprados tres años antes que no había tenido ocasión de lucir hasta ese momento. Bajó la escalera y ante el espejo del cuarto de baño revisó una vez más su moño, preguntándose de nuevo si la boda se llegaría a celebrar o si el cura cogería las de Villadiego, pues nadie tenía noticias al respecto. Unos ligeros toquécitos en la puerta la hicieron regresar de su ensimismamiento.

—¿Estás preparada?

—¿Qué haces aquí, Venancio?

—Acompañarte a la iglesia, por supuesto —contestó, enfundado en su mejor traje de fiesta—. ¡Hay que ver qué guapa te has puesto, Herminia, pareces una princesa!

—Querrás decir una princesa vieja.

—No digas tonterías. Estás adorable, como siempre. Bueno, pues como supongo que también estarás atacada de los nervios... te he traído esto. —Dos cajetillas de tabaco aparecieron sobre la mesa—. Ya sé que no es muy romántico,

pero pensé que te haría más falta que un ramo de flores, además, de flores la iglesia va a estar llena.

Nunca un regalo produjo semejante derrumbamiento, eran demasiadas

emociones contenidas y eso, unido a la falta de sueño, provocó el llanto, un llanto que se mezcló con el agradecimiento y con el miedo, y el cuerpo de la tía

Herminia siempre tan recto y tan derecho, se dobló por la mitad presa de terribles lamentos. Pero allí estaban los brazos de Venancio, dispuestos a curar su tormento, rodeando su cintura y abrazándola contra su cuerpo, mientras sus labios dejaban sobre su cabeza tiernos besos.

—¡Venga, mujer, venga, no te emociones! A ver si vas a tener que pintarte de nuevo.

—¿Pintarme? Yo nunca me pinto, Venancio.

—Entonces... ¿Estos ojos son de verdad, esta piel, estos labios, este pelo?

La mirada del señor Venancio recorrió su rostro con la admiración y el deseo de quien recorre los campos tan deseados una vez llega a ellos, no en vano había

sido agricultor toda la vida y sabía reconocer los que eran buenos. Y en medio de

esta admiración y este reconocimiento... los labios de la tía Herminia le entregaron un beso.

La iglesia estaba a reventar, ni siquiera en las Fiestas Patronales se había visto nunca semejante apelo-tonamiento, y es que las noticias habían corrido como la pólvora por el pueblo y nadie en todo el municipio quería perderse el desenlace

de aquel encuentro. Sólo las dos primeras filas de bancos se habían librado del

alud pues, aunque la curiosidad era grande, más lo era el respeto a las familias

de los contrayentes. En el tercer banco nadie osaba sentarse nunca, pues a él pertenecían por pleno derecho las integrantes del Centro Recreativo Casa de la Tía Herminia, las cuales en un día como aquel habían tenido la delicadeza de hacerle un sitio a María la castañera, guardándole, eso sí, su lugar de honor a la

presidenta.

—¡Ay, Dios mío! —susurró Serafina, sentada junto a Manuela—. ¡La novia ya ha llegado y el cura sin dar señales de vida!

—Ya os dije que no era buena idea dejar el problema en manos de los hombres —gruñó Maruja—. ¿Os lo dije o no os lo dije? ¡A saber cómo acaba esto!

—Ahí viene Herminia —dijo Asunción—. A ver si ella sabe algo nuevo.

—¡Virgen Santísima! —exclamó Manuela, mirando a la tía Herminia y al señor Venancio junto a ella—. ¡Ya ha caído la presa!

La boda del excura y de Marta era el principal reclamo pero, la aparición de la nueva pareja alteró los corazones y todos los ojos se volvieron hacia ella. El

galante, que parecía haberse tragado un pavo entero, la acompañó ceremoniosamente hasta su banco.

—¿Se sabe algo? —le preguntó Asunción, nerviosa.

—¡No ha llegado! —exclamó la tía Herminia—. ¡Como deje plantada a mi nieta en el altar, no tendrá tierra suficiente en el mundo para esconderse, le encontraré adondequiera que vaya, le arrancaré los ojos, los dientes, el hígado, el corazón, el páncreas...!

—¡Herminia! —dijo Serafina, asustada—. ¡Que estamos en la casa de Dios!

El señor Venancio se dirigió hacia su lugar habitual, al fondo de la iglesia, donde el cabo Serafín le hizo sitio al momento.

—Tenías razón, Serafín —le susurró, aposentándose lentamente con una gran sonrisa en los labios—. Todo es cuestión de detalles.

—¿Y qué ha sido? ¿Flores? ¿Bombones? ¿Anillo? ¿Beso?

—Nicotina.

Matías apareció por la puerta de la iglesia hecho unos auténticos zorros: la mirada vidriosa, el pelo enmarañado, el traje colgando de su cuerpo como si estuviese al borde de un acantilado dispuesto a salir volando, y la corbata más

torcida que haya existido jamás rodeando un cuello, pero lo peor de todo era su caminar tambaleante y el modo en que abría y cerraba los párpados en un inútil

intento por enfocar la mirada. Tras él, y no en mejores condiciones, apareció Farma, quien llevaba el rostro iluminado por una bobalicona sonrisa. Detrás de

éste llegó Fernando que, tras dirigirle a su mujer una mirada de lo más lasciva que le provocó intensos colores en las mejillas, se encaminó hacia el altar Mayor

siguiendo a los que le precedían. Cerrando la comitiva; el tío Miguel, único que

parecía estar en las condiciones debidas.

La tía Herminia saltó de su banco y se dirigió con paso decidido hacia los que habían tomado posiciones en el altar y miraban tranquilamente hacia la puerta.

—¡Matías! ¡¿Pero qué haces aquí?! ¡Que eres el padrino!

—¡Ay, es verdad, se me había olvidado! ¿Y qué tengo que hacer, Herminia?

—¿A mí me lo preguntas, que nunca me he casado? —dijo, agarrándole por un brazo y tirando de él hacia la puerta—. ¡Pero tendrás que llevar a tu hija al altar, digo yo!

—Es cierto, es cierto... Pero es que hace tanto tiempo de mi boda que ya no me acuerdo.

—¿Dónde demonios está el cura? —le susurró con rabia mientras sonreía a los invitados.

—Pues en la sacristía, donde estás los curas.

—¡Ese no, el otro, Pablo!

—¡Ay, Dios! —Se llevó las manos a la cabeza—. ¡No sé dónde le hemos dejado!

—¿¿Quéeee?!

—¡Que no, mujer, es broma! —dijo, estallando en carcajadas que los otros secundaron desde el altar, sin saber de qué iba la cosa—. ¡Si vieras qué cara has

puesto, Herminia!

—¡Cara la que va a poner tu mujer cuando te encuentre en estas condiciones!

—Pues si te parece que yo estoy mal, no te imaginas cómo está él. No te digo más que le hemos tenido que meter en la ducha, ¡vestido y todo!

—¿Pero va a venir o no va a venir?

—Sí, sí, tranquila, vendrá. ¡El tío Miguel le ha amenazado con cortarle los huevos!

—¡Matías, por Dios!

—Perdona, perdona... olvidaba que eres soltera. ¡Mira, ahí está, vaya cara que tiene! ¡Pobrecillo, no sabe lo que le espera!

La madre de Marta no se equivocaba cuando decía que era un buen mozo, pues, a pesar de su lamentable estado, de que su cara era un auténtico poema y de que sus ojos tenían un brillo inconfundible, el excura estaba de muy buen ver.

Ante la puerta de la iglesia y del brazo de su hermana, el porte de su espalda era el de un auténtico atleta, espigado y musculado, no había parte de su cuerpo que

Marta no deseara cuando se colocó tras él... hasta que se volvió a mirarla. ¡En sus ojos no podía haber más fiereza, no podía haber más rabia!... Se preguntó a

qué extraños sortilegios habrían recurrido su padre y sus secuaces para conseguir

llevarle hasta ella, y también se preguntó cuánto tiempo tardaría en estallar la tormenta, porque aquel cuerpo albergaba una tormenta, una gran tormenta.

—“No me matado, no he robado y no he mentado... pero de lo demás, lo he probado todo”.

Así retumbaron los primeros truenos cuando los novios, convertidos en cargas eléctricas de distinto signo, se posicionaron ante el altar.

—El catecismo que me obligaste a estudiar decía claramente que se podía pecar de tres formas: pensamiento, palabra, obra u omisión —le contestó Marta,

también en susurros, colocándose la cola del vestido—. Me temo que algunos pecados se quedaron en pensamientos, sin llegar a realizarse, pero son pecados al

fin y al cabo.

—¡Embustera!

—¿Y se puede saber qué ha pasado con el secreto de confesión?

—“Si quiero sentir placer en mi cama, ¿a quién daño con ello?”

—Nunca dije que lo hiciese acompañada.

—Tampoco especificaste que estuvieses sola.

—Nunca lo preguntaste.

—¡No hacía falta, se daba por hecho!

—Pues las cosas no se pueden dar por hecho, “Padre”, usted mejor que nadie debería saberlo.

Las palabras de reproche susurradas cruzaron de uno a otro lado en un lento toma y daca. La tormenta tenía todos los visos de continuar pero, don Jeremías salió por la puerta de la sacristía y los contrayentes cerraron la boca. El sacerdote se colocó rápidamente tras el altar, sin levantar la cabeza, y comenzó a repetir de carrerilla la lección aprendida, hasta que llegó el mágico momento del

intercambio de los anillos y, fue entonces cuando se produjo la tragedia. Don

Jeremías tuvo que colocarse ante los novios y, si bien su cara ya se había recuperado un poco, no así su cuerpo, y don Jeremías aún tenía... izada la bandera. Las risas que, inevitablemente, subieron hasta las bocas fueron

ahogadas con rapidez, pues nadie quería estropear aquel momento. Claro que no

todos los corazones pudieron aguantar semejante esfuerzo, y el del tío Miguel, que ya no estaba para muchos trotes, comenzó a resentirse de ello... Su cabeza

empezó a caer lentamente sobre su vecino de asiento, en este caso Benito, el

barrendero, quien tras haber pasado la noche sobre el cuerpo de la mujer del notario, no estaba ese día para ser un buen samaritano y andarse con

miramientos, así que dio la voz de alarma, paralizando la boda de lleno.

El cabo Serafín, gorra en mano, indicaba a la ambulancia por dónde debía entrar

en el atrio de la iglesia para recoger al enfermo, cuando Matías apareció ante su

amigo, con lágrimas en los ojos inundados de miedo.

—¡Lo siento, Miguel, lo siento! ¡Ha sido culpa mía, tanto orujo, tanto orujo!

—¡De esta sí, Matías, de esta sí! —gimió, para después mirar a los

enfermeros y fruncir el ceño—. ¡Y vosotros, ni se os ocurra llevarme al hospital,

yo estiro la pata en casa, como se ha hecho siempre!

50

Siendo la primera hija que se casaba, Matías había tirado la casa por la ventana sin escatimar esfuerzos, y había alquilado para el banquete el Salón Imperial del

Parador Los Abetos, adonde los invitados comenzaron a llegar lentamente. Las caras eran de cansancio absoluto. Después de semejante noche y tras la extraña

ceremonia, aquello más que una boda parecía un entierro, y eso por no hablar de

la guerra que se traían entre manos los contrayentes, quienes entre foto y foto para el recuerdo, se dirigían las palabras más mordaces y más hirientes.

—Estos no aguantan ni dos meses —sentenció Manuela, sentándose a la mesa.

—Sí, ya me he fijado —ratificó la tía Herminia—. Están discutiendo desde que llegaron a la iglesia.

—¿Cómo está el tío Miguel, Maruja? —le preguntó Serafina cuando ésta llegó a su vera.

—Dice que la va a palmar, como siempre, pero lo dudo mucho, los que más lo dicen son los que menos ganas tienen de irse. Menos mal que el hijo estaba aquí, si no, me pierdo el banquete. ¿Dónde está Asunción?

—Desde la iglesia... ha desaparecido —susurró la tía Herminia.

—Igual que el sargento —remató Manuela.

—Herminia, la culpa de esto la tiene el *Sanson* —afirmó Serafina muy seria

—. La primera vez que cayó en sus brazos fue tras aquella Nochebuena que celebramos en tu casa. ¿Lo recuerdas?

—Es verdad —asintió la tía Herminia.

—Dice que el alcohol la pone tontorróna —dijo Maruja.

—Pues más tontorróna la va a poner Pinto —Manuela chasqueó la lengua—.

¡Mirad qué cara tiene!

El quesero, embutido en un traje que no estaba diseñado para albergar

semejante cuerpo, miraba a diestro y siniestro en busca de su costilla, con el ceño fruncido, la cara congestionada y la mandíbula en tensión del que reprime

en su interior un buen fuego.

—Como no aparezca pronto... —susurró Serafina—, esta boda va a acabar en tragedia.

La comida pasó ante los ojos de los comensales sin tan siquiera verla, pero no

ocurrió lo mismo con la bebida; las botellas volaban de las mesas. Habían sido

demasiadas impresiones en un corto período de tiempo, y la gente necesitaba un

reconstituyente. A Matías no le hizo falta ni media copa para recuperar la risa, todo lo que ocurría ante él le hacía gracia, y a ello contribuía mucho que sus compañeros nocturnos de parranda coreaban sus carcajadas desde sus mesas, y le

daban alas.

Y llegó el mágico momento de partir la tarta...Pablo colocó sus manos de

largos dedos sobre las manos de Marta, que sostenía la espada, y apretó con fuerza haciendo crujir las capas.

—¿Te gusta el chocolate, Marta?

—¿Qué?

—¿Y la nata?

—¿De qué estás hablando?

—¿Y la crema, te agrada?

—¿De qué estás hablando, Pablo?

El flash de la cámara del fotógrafo inmortalizó el momento, un momento dulce convertido en amargo; los ojos retándose, los rostros contrariados, y los corazones bombeando descontrolados sin darles un descanso.

—¿No lo recuerdas? ¡Pues yo no he podido olvidarlo! ¡De los condones,

Marta!... ¡LOS CONDONES!

Las últimas palabras salieron por su boca con semejante potencia que podrían haber asustado a las almas en pena y fueron escuchadas con nítida claridad por la

totalidad de los asistentes. A ello contribuyó que la modulación y entonación de

su voz eran perfectas, no en vano había pasado muchos años en el seminario aprendiendo a hacerlo. Un silencio sepulcral se extendió entre los comensales, que giraron la cabeza hacia la extraña pareja; en la cara del novio no podía haber

más rabia, en la de la novia no podía haber más vergüenza.

Con lágrimas asolando sus ojos y el corazón inundado de pena, Marta dejó la espada sobre la mesa, recogió la cola de su vestido y se apartó de él y de ella, saliendo del salón a la carrera en busca de un lugar donde purgar su condena.

Los cuartos de baño del Salón Imperial se convirtieron en improvisado oasis

en el desierto. La preciosa decoración con espejos de filigrana, una pared convertida en cascada a cuyos pies se amontonaban las piedras, y colgando del

techo, palmeras, invitó a ello.

—Cariño, —La tía Herminia abrazaba a su desconsolada sobrina nieta—, ¿pero a qué ha venido eso?

—¡Condomes! —exclamó Serafina con cara de asco—. ¡Hay que ver qué nombre más feo!

—¿No pensaréis usarlos, nena? —dijo la madre, con una sonrisa que intentaba desdramatizar aquello—. Ya sabes que tu padre está loco por ser abuelo.

—¡Oh, mamá! —sonrió Marta con tristeza—. ¡Pero cómo ha podido hacerme esto! Yo... sólo los compré por curiosidad, sólo por eso. ¡Tener curiosidad no es

malo!

—Por supuesto que no —sentenció Serafina—. De la curiosidad nace el conocimiento.

—¡La verdad es que nunca imaginé que ser virgen pudiese ocasionarme tantos problemas!

—Hay que ver cómo cambian los tiempos —reflexionó Maruja—. Antes era lo normal y ahora es la excepción que confirma la regla.

—Marta, espero que me perdones, pero... —Serafina meneó la cabeza—

todos pensábamos que no lo eras. Es comprensible que él lo diese también por hecho.

Las hermanas de los contrayentes aparecieron por la puerta y, mientras Sara miraba preocupada a Marta, la cara de María era la viva imagen del enfado y la

violencia. Cuando abrió la boca y comenzó a hablar en italiano, nadie entendió lo que salió por ella, su catarata de improperios contra el que ya era su cuñado sólo se detuvo cuando Sara le ofreció un cigarrillo con el que calmar los nervios,

momento en que los miembros del Club Recreativo Casa de la Tía Herminia dejaron de mirarla y regresaron al tema.

—¿Y a ti qué coño te pasa? —le recriminó Farma entrando tras él en el baño de caballeros—. ¡Menuda boda que le estás dando a Marta, y ella no se merece

esto, Pablo, no se lo merece y tú lo sabes!

—¡Es una embustera, Napo, una absoluta y completa embustera!

¡Pavoneándose por el pueblo presumiendo de libertad, y estaba más atada que yo!

—Pues tú ya sabes lo que pesan las cadenas. —Sacó un cigarrillo y lo encendió despacio—. Además... esas cadenas eran tuyas, no tenía otras cadenas.

—¡Joder, Napoleón!

—Lo sé, lo sé, entiendo que estés impactado, nadie se esperaba semejante

noticia, a todos nos ha pillado por sorpresa. ¡Pero oye, no es una noticia mala, es una noticia buena! ¿O preferirías casarte con una mujer como la del notario, que

tiene el demonio entre las piernas?

—Napó... —Una sonrisa tierna asomó a sus labios.

—¡Borrón y cuenta nueva, Pablo! Hay que afrontar las cosas como vienen, y echar en cara los errores cometidos es como echarle más leña al fuego... Lo que

no entiendo es que si tan cabreado estás con ella... ¿Por qué te has casado?

—¡Oh, Señor! —gimió apoyándose en la encimera—. Porque... porque la quiero con toda mi alma... porque cada vez que oigo su risa, el cuerpo se me enerva... porque cuando la toco siento que toco las estrellas... porque su olor me

embriaga... porque su dulzura me conmueve... porque sus palabras me atormentan... porque se me ha metido dentro y me corre por las venas.

—Bueno, bueno, bueno... Pues si eso no es amor, que baje Dios y lo vea.

—¡Aquí llegan los refuerzos! —exclamó Fernando, entrando por la puerta; en la mano, una botella—. ¡Venga, brindemos por los novios y que empiece ya la fiesta!

—¿Por qué le molestará tanto que seas virgen? —preguntó Maruja—. Eso es lo que no consigo entender.

—Porque cree que le he engañado —dijo Marta—. ¡Pero yo nunca le dije que no lo fuera!

—Los hombres son simples, dan muchas cosas por sentado —dijo la tía

Herminia—. Mirad si no a Pinto, ya está dando por hecho que Asunción se la está pegando.

—¡Herminia, por Dios! —exclamó Manuela—. ¡Eso lo damos por hecho todos, todos menos tú, que vives en un universo paralelo!

—Pues nunca hay que dar nada por sentado —dijo la madre acariciando la cara de su hija—. Las cosas no son lo que aparentan. Por cierto, no he visto al notario y a su mujer.

—No les he invitado —contestó la tía Herminia, muy seria.

—¿No les llevaste la invitación? —preguntó extrañada la madre—. ¿Por qué?

—Porque no me dio la gana —contestó, haciéndolas estallar en risas—. No te enfades, sobrina, pero es que el día que fui a repartirlas ocurrió algo... Dejé su

casa para el final, ya sabéis que no me gusta esa mujer...

—¿Y a quién le gusta, Herminia? —gruñó Manuela.

—Bueno, pues eso, que fue la última casa que visité. Cuando llegué ya se había hecho de noche y las luces estaban apagadas, así que pensé en meterla por

debajo de la puerta, pero entonces... los oí en la cocina y...

—¿Qué quieres, que nos dé un infarto? —exclamó Manuela—. ¡Sigue!

—Ya sé que no se debe espiar, que no es un buen comportamiento, pero... no lo pude evitar. Y allí estaba ella, tirada en el suelo de la cocina como una

simple bayeta, y con él encima, por supuesto.

—¿Él? ¿Quién? —preguntó Serafina con ojos brillantes—. ¿El marido?

—¡Qué iba a ser el marido, mujer! —exclamó Manuela—. ¡Hay que ver qué cosas tienes!

—Pero lo peor de todo no es lo que estaban haciendo —siguió la tía

Herminia, frunciendo el ceño—. Lo peor eran las palabras que salían por la boca de ella. ¡Me juré a mí misma que nunca las repetiría! ¡Eso no es una mujer, una

mujer no pronuncia semejantes palabras, ni siquiera durante el acto, dudo mucho

que las chicas de la whiskería hablen así!

—¿Pero quién? ¿Quién? —Serafina ni respiraba—. ¿Quién era él?

—¡El sargento!

—¡Ayyyyyyyyyyyyy!

El grito que salió del último váter resonó como si de una bomba se tratase; ni

siquiera la música que llegaba desde el Salón Imperial fue suficiente para acallararlo. Las mujeres allí reunidas reaccionaron ante él de formas tan diferentes

como ellas mismas. Maruja se llevó la mano al pecho, aguantando el sobresalto.

La madre de Marta se levantó del taburete en el que se había sentado, mirando

hacia todos lados. La tía Herminia sacó con mano temblorosa la cajetilla de tabaco. Manuela, única que reconoció la voz, a punto estuvo de sufrir un desprendimiento de retina. Sara, la hermana de Pablo, mujer previsora donde

las

haya, cogió el teléfono dispuesta a llamar a emergencias si hacía falta. María, la

hermana de Marta, sacó disimuladamente del bolso una navaja. Marta se quedó

donde estaba, pues con lo suyo ya tenía más que suficiente. Y la pobre Serafina

se escurrió del taburete y terminó en el suelo.

—¡MENTIROSO! —La voz de Asunción retumbó al otro lado de la puerta

—. ¡Con que no habías vuelto a verla! ¡MENTIROSO! ¡Y yo pensando en abandonar a Pinto por ti! ¡MENTIROSO!

—¡Cariño... por favor... suéltamela!

—¡Que yo era la mujer de tu vida! —Un gemido de dolor salió de allí dentro

—. ¡Que no había nadie como yo sobre la faz de la Tierra! ¡MENTIROSO!

—¡AYYYYYYY!

—¡Venga! —exclamó Manuela, tomando las riendas del problema y

lanzándose hacia la puerta—. ¡Hay que hacer algo, que si no, lo capa! ¡Abre la puerta, Asunción, que no merece la pena ir a la cárcel por semejante gañán, mira

si no lo que le pasó a Esperanza, meneando el bolso está!

Se abrió la puerta. Asunción, que se había acicalado mucho para la

ceremonia, estrelló una y otra vez contra la cabeza del sargento su bolsito de

lentejuelas, y así, a bolsazos, le sacó fuera. El sargento, más preocupado por el

estado de su miembro viril que por proteger su cabeza, salió del retrete con los

pantalones y los calzoncillos arremolinados en los tobillos y con las manos protegiéndola a “ella”, pues en aquel momento le preocupaba más que su azotea.

Pasó ante semejante elenco de fémimas como quien desfila ante un pelotón en día

de fiesta, pero al ver la navaja en la mano de María salió a la carrera.

—¡María, por Dios! —exclamó Marta, estallando en risas, al percibir el brillo de la navaja que empuñaba su gemela.

—Deja eso, nena, deja eso —susurró la tía Herminia.

—¡No me digas que el italiano era mafioso! —exclamó la madre mirando a su retoña con una sonrisa tierna—. ¡Ay, hija mía, menos mal que tienes dotes detectivescas!

Matías, que había llegado al baño de caballeros dispuesto a echarle la primera regañina a su recién estrenado yerno, al ver aparecer al sargento con el culo al aire, los pantalones por el suelo y protegiendo a su princesa, olvidó la encomienda.

—¡Ay, Dios, que me ha dejado impotente! —exclamó el sargento,

atolondrado, dominado por el miedo—. ¡Ay, Dios, que de esta la pierdo!

—¿Pero qué le ha pasado? —preguntó Farma.

—Asunción se ha enterado de que estuve de nuevo con la mujer del notario...

¡Y la ha tomado con “ella”, con ésta!

—A ver, déjeme echar un vistazo —dijo Fernando—. Nada, hombre, esto no es nada. ¿Pero por qué llora, si de esta no la pierde?

—¡Lloro porque me he enterado de algo! ¡Oh, Señor! ¡Esperanza, mi Esperanza, trabaja de puta, mi Esperanza, mi princesa!

—¿Cómo que tu princesa, Belarmino? —Matías le miraba sin dar crédito—. ¡Pero si la dejaste plantada en el altar!

—¡Nunca me arrepentiré lo suficiente de ello!

—¡Dios Santo! —exclamó Farma—. ¡Dejó a una mujer plantada en el altar!

¡Hay que tener huevos!

—Porque no le pilló... que si no —rio Fernando—. Le deja sin ellos.

—¡Me entró miedo! —Lloró el sargento—. El día de la boda me entró el miedo y me escondí en el monte, y claro, luego cuando la quise recuperar ya no

pude dar con ella. ¡Cómo iba yo a pensar que iba a acabar de puta, mi Esperanza,

mi princesa, la mujer más hermosa que haya existido nunca, la más amorosa, las

más deseada...!

—¡Hay que ver lo que hace el amor! —susurró Fernando, concentrado—.

Esperanza hermosa... amorosa... deseada...

—¡A ver, Pablo! —dijo Matías, recordando la encomienda y mirándole a través de la niebla—. Explícame eso de los condones. ¿No pensaréis usarlos? Porque yo estoy deseando ser abuelo, y no querrás empezar esta relación oponiéndote a mis deseos.

—Marta sólo los compró por curiosidad... —dijo el sargento sorbiendo los mocos, abriendo el grifo del lavabo y metiendo debajo del agua a su princesa—.

Dice que tenía curiosidad y que la curiosidad no es mala. ¡Ahora bien... a ti esta noche de bodas te espera una buena faena!

—A ver, Asunción, que te recojo bien el pelo —dijo Manuela sentándola frente al espejo—. Y deja de llorar de una vez o Pinto se va a dar cuenta.

—Pero Asunción —dijo Serafina—. ¿No decías que los libros de Marta le habían hecho efecto?

—¿Mis libros?

—Sí, hija, sí —dijo muy seria la tía Herminia—. Tus libros son el mejor afrodisíaco que haya llegado al pueblo.

—Ha cambiado, sí, ha cambiado —suspiró Asunción—. Pero es que éste... me ha dicho cosas tan bonitas cuando me ha visto con este vestido nuevo, que no supe decir que no.

—Pues toma ejemplo de Marta —gruñó Manuela—. Que ha dicho que no hasta ahora, y viviendo en la ciudad, no en un pueblo.

—¿Cómo lo has hecho, Marta? —preguntó Asunción, confusa.

—Por amor ¡No tiene mérito!... Oye, Asunción, tu marido debería leer *El amor de Alicia*.

—¡Ese es el nuevo! —exclamó Serafina—. ¿Ya está a la venta? ¿Cuándo ha salido? ¿Lo tienes en la tienda?

—¡Serafina, por Dios, recátate! —exclamó Manuela.

—¡Ay, Asunción, las noches que te esperan! —dijo alegremente la tía Herminia—. ¡Venga, volvamos a la fiesta, hay que reponer fuerzas!

—¿De qué trata, Marta, de qué trata? —Serafina no podía con la impaciencia.

—¡De qué va a tratar, Serafina! —gruñó Manuela— ¡Pues de sexo!

El sargento abandonó el baño de caballeros, ya recompuesto, dejando a los integrantes del Club Recreativo Casa del Tío Miguel terminándose la botella, momento en que recordaron al moribundo y decidieron comprobar si ya había cruzado la puerta.

—¿Aún sigues en este barrio? —le preguntó riendo Matías cuando contestó al teléfono.

—Aquí sigo, pero por poco tiempo... ¿El cura ya se ha serenado?

—Me temo que no, Miguel. Aquí las aguas siguen muy revueltas. ¿Y tú cómo lo llevas?

—Con un pie dentro y otro pie fuera, pero resistiendo, de momento resistiendo. —Un profundo suspiro surgió de su pecho—. Dile al cura que se ponga, que quiero hablar con él.

—A ver qué le vas a decir, Miguel, que se ha casado con mi hija —dijo preocupado—. Pablo, toma, el moribundo quiere hablar contigo.

—Pablo... escúchame atentamente, que a lo mejor estas son las últimas palabras que pronuncio sobre la faz de la Tierra... ¿Tú la quieres?

—Sí.

—¿Y ella te quiere?

—Sí.

—Entonces, ¿cuál es el problema?... ¿Que ella es virgen?... Tú también lo eres.

—Yo no, tío Miguel.

—¡Oh, sí, por supuesto que lo eres, hijo!... ¡Lo que pasó en el Neolítico ya no cuenta!

Los camareros observaban asombrados aquella extraña boda en la que la mesa presidencial permanecía casi vacía y los invitados daban buena cuenta de las botellas y hacían ascos a la comida. Los componentes de la orquesta que amenizaba la sobremesa estaban tan perplejos como ellos, pues faltaba lo

fundamental que acompaña siempre a un desposorio: la alegría. De repente, todos comenzaron a regresar a sus mesas, unos con más presteza que otros, pero

todos volvieron a ocupar sus sillas, todos... salvo Manuela. Y mientras Farma se

llevaba a Marta a la pista de baile, Pablo ocupó su asiento y miró preocupado a

su suegra, quien durante toda la cena le había enviado miradas furibundas, pero

que, en aquel momento, tenía la mirada perdida acariciando a su hija.

—María, yo... siento que las cosas hayan sido así. De veras que lo siento, si Marta me lo hubiese dicho, entonces...

—¿Entonces, qué? —le preguntó suavemente—. ¿Qué habría pasado entonces? ¿No te habrías casado con ella? —Cogió la copa que descansaba junto

a su plato y se la llevó a los labios lentamente, le dio un par de sorbitos para coger fuerzas y la dejó de nuevo sobre la mesa—. Mi hija siempre te ha querido,

y yo... creo que siempre lo he sabido, aunque no quería verlo. Desde aquel día

en que, tras la catequesis, desapareció y la buscamos por todas partes, hasta que

su padre decidió mirar en las ruinas de la casa de la abuela y allí la encontró, sentada junto al viejo pozo, encogida como un pajarillo, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes, estremecida por el llanto. Cuando le preguntó qué le ocurría, ella contestó: “Padre, ahora entiendo que por amor la gente se muera de pena”. —Sacó un pañuelo del pequeño bolso y se limpió una lágrima

traicionera—. Mi hija, en contra de lo que pueda parecer, no es una mujer

superficial, tiene principios y las ideas muy claras, sabe lo que quiere y lucha por ello, no se amilana ante las dificultades. Es una mujer con carácter, con tesón y

con valor, y esas son cualidades que cualquier hombre valoraría, menos tú, que

pareces no verlas. —Hizo una pausa para coger resuello—. Durante mucho tiempo has sido fiel a tus principios y creencias, y por eso te respeto, pero

colgar la sotana no ha sido culpa de ella, la has colgado por las dudas que te carcomían,

por las ansias de libertad que tenían tu mente y tu cuerpo, cosa que comprendo...

pero no permitiré jamás que la hagas responsable de ello. Has colgado la sotana

porque has querido y, a partir de ahí, sois un hombre y una mujer, así que deja de

comportarte como un niño... —Pablo abrió la boca, pero la volvió a cerrar, pues

Matías, muy previsoramente, clavó el codo en su costillar—. Pareces un niño caprichoso al que no le han contado el secreto, y no hay más secreto que el que

está ante tus ojos. Sólo tienes que saber mirarla, sólo tienes que saber verla. Ella no es la causa, ella es el premio.

Matías, con ojos brillantes, se acercó a su preciosa e inteligente esposa, quien le recibió con un beso y, tomándola de la mano la llevó a bailar una “pieza”.

Junto al plato de la suegra reposaba un libro con una portada muy bella. Pablo la

acarició en silencio y lentamente abrió la cubierta.

*Dedicatoria:*

*“A ti, mi amor, mi gran amor... El que ocupa mis noches y mis días, el que me hace soñar despierta, el que acelera mi pulso, el que enciende mis sentidos, el que abrasa mi piel, el que me atormenta. El que con su voz y sus palabras ha vuelto mi mundo de color, despertando este enjambre de mariposas que me enerva, el que acaricia mi corazón con su sonrisa tierna, el que se mezcló con*

*mi sangre y corre libre por mis venas, el que llegó hasta mi alma siendo una niña y aquí se quedó, anidando en ella”.*

Nunca a un novio, en el Salón Imperial del Parador Los Abetos, se le había escapado una lágrima tan densa. Cayó sobre la dedicatoria, impregnándola como

una huella, y a Pablo, de repente, se le cayó la venda. Una extraña calma comenzó a tomar posesión de su cuerpo y la imagen de la realidad que le rodeaba fue abriéndose paso hasta su atormentada cabeza, donde una silueta de

mujer la inundó por completo. Marta, con sus voluptuosas formas cubiertas por

el delicado vestido de encaje que Manuela, que tenía lengua viperina pero manos

de meiga, había elaborado en un tiempo récord, parecía una auténtica princesa, una ninfa emergida de las profundidades del lago, con la piel resplandeciente, con los ojos como estrellas, con flores inundando sus cabellos, flores recogidas

del huerto de la abuela. No existía para él mujer más hermosa y deseable sobre la

faz de la Tierra. La miró como si fuese la primera vez que la viera, allí estaba el porqué de los latidos de su corazón, el porqué de que su alma hubiera roto las cadenas... “Cuando me toco siento cosas bonitas, no cosas feas”... Las palabras

le habían atormentado desde la primera vez que las oyera, pero lo más importante no habían sido las palabras, sino la voz que las dijera.

—Matías —le susurró a su suegro, agarrándole del brazo cuando éste

acompañó a su mujer a la mesa—, vamos al baño. Necesito consejo.

—¡Espera, espera! ¡Coge una botella!

—Nada de botellas, Matías, un café es lo que nos hace falta, a mí por lo menos.

—A mí, no...

Pablo se agenció dos cafés por el camino y entró en el baño, que por suerte estaba desierto, y miró avergonzado a su suegro.

—A ver, Matías... Hablemos claro. Usted cuando se casó, su mujer era virgen.

—Claro, hijo, como todas en aquella época. —Le dio un trago al mejunje y frunció el ceño—. ¡Mi madre, qué malo está esto!

—¿Cómo se hace, Matías?

—¿El café?

—¡No, hombre, no, el sexo! Yo... nunca he estado con una mujer virgen y no quiero hacerle daño.

—Pues es inevitable, me temo.

—¡Oh, no, no, no podría soportarlo! Tiene que haber una forma de hacerlo sin causar daño y...

Pero cuando las cosas mal empiezan... mal acaban, y aquella boda que había empezado mal desde el principio, no iba a ser la excepción a la regla. Gran parte

de los invitados habían pasado la noche en vela y... tantas horas de vigilia no son buenas... ¡El disparo resonó en toda su potencia, y las paredes de cerámica

intensificaron la fuerza!... La bala impactó en el suelo, pero rebotó, y salió disparada hacia arriba, atravesando el falso techo y perforando la tubería (ahora

hay esa mala costumbre de ponerlas por fuera), y claro, una vez hecho el agujero, el agua siguió su curso, convirtiéndolo en improvisado surtidor que descargó sobre los cuerpos.

—¿Qué ha pasado?! —gritó Farma, entrando a la carrera.

—¿Hay algún herido?! —exclamó Fernando, llegando tras él y agarrando bien la botella.

La puerta del último váter del baño de caballeros se abrió... y por ella salió

Manuela, seguida del cabo Serafín, chorreando agua por sus cuerpos. Los cerebros de quienes les miraban, incapaces de procesar la información, no daban

crédito.

—¡No ha sido nada, no ha sido nada! —exclamó el cabo, sacudiendo la cabeza como un perro—. Es que en el fragor de la batalla... se me cayó la *Beretta*.

Manuela salió de allí con la majestuosidad de una reina, una reina mojada, pero una reina, seguida del cabo Serafín, cual escudero de su princesa. Los que

se quedaron dentro se miraron atónitos, con caras descompuestas, hasta que Matías, a quien el disparo había despejado de golpe la borrachera, sacó el teléfono y lo pegó a la oreja.

—Miguel...

—¿Pero es que no puede uno morirse tranquilo? —gruñó al otro lado—. ¿Qué pasa, Matías, no me digas que se me ha adelantado alguna vieja?

—Ha ocurrido algo que ni te imaginas, así que... no te mueras.

Los miembros del Club Recreativo Casa de la Tía Herminia llegaron al pasillo a

la carrera, encontrándose con la majestuosa Manuela chorreando agua de los pies

a la cabeza, pero con ésta muy derecha, y con las medias colgando de los hombros como si fueran bandera. Tras ella su príncipe azul, con un ojo mirando

a Cuenca, la camisa desabrochada y subiéndose la bragueta.

—¡Virgen Santísima! —exclamó la tía Herminia.

—¡Qué vergüenza, Manuela, qué vergüenza! —dijo Maruja, dando la cosa por hecha.

—No hablemos de vergüenza, Maruja —dijo el cabo Serafín, secándose con un pañuelo la cabeza—. No está usted en posición de tirarle de las orejas. ¿O quiere que les cuente a sus amigas a quién tuvimos que meter esta noche en la celda?

—¿Has estado presa, Maruja?! —preguntó Serafina muy seria; la cárcel para ella lo era.

—¡Bueno, bueno, bueno! —sonrió Asunción satisfecha—. ¡Pues bienvenida

al club, Manuela!

—¿Te ha quedado claro, hijo? —preguntó Matías, dándole una palmadita en la espalda—. Ternura y paciencia, ternura y paciencia, ternura y paciencia...

—¡Déjelo ya, Matías! —dijo Fernando, empujando la botella—. ¡Que esas cosas no se aprenden, hombre, se hacen como se puede!

—Necesito otro favor —dijo Pablo, muy serio.

—¡Yo tengo condones! —clamó Fernando, sacando la cartera.

—Guarda eso inmediatamente —ordenó Matías.

Cuando Pablo hizo la petición, Fernando agarró de nuevo la botella, la abrazó con todo su amor y comenzó a bailar una muñeira, nada típico de su tierra, con una alegría que daba gusto verla.

—¡Aventura, aventura! —gritaba, dando vueltas y más vueltas— ¡Lo mejor para terminar la fiesta!

—Napó... —le susurró Pablo—. De éste no puedo esperar mucho, pero de ti...

—¡Claro, como tengo esa sensibilidad especial! ¿Verdad? ¡Como soy de la otra acera!

—No, hombre, yo...

—¡Que es broma, coño, que es broma! ¡Déjalo de mi cuenta!

Y fue tras las doce campanadas, hora de las brujas malas y de las brujas buenas,

cuando aquella boda que tan rocambolescamente había comenzado, empezó a parecer de verdad una fiesta. La orquesta, asesorada por la tía Herminia, quien recordó aquello de que “la música amansa a las fieras”, olvidó las pachangas e

interpretó suaves melodías que inundaron el ambiente, que suavizaron las caras,

que mecieron los cuerpos, que se colaron en los corazones y los apaciguaron lentamente.

Asunción buscó a Pinto, que había sido víctima de un placaje perfecto, los habituales del bar se habían ocupado de ello, siendo el cabecilla del

acorralamiento el señor Venancio que, una vez vislumbrada la puerta de la tía Herminia medio abierta, no estaba dispuesto a que nadie se la cerrase con una nueva tragedia, y mucho menos por una simple cuestión de cuernos. Manuela buscó al cabo Serafín, pero no dio con él, ni con su ojo malo ni con su ojo bueno. Serafina se perdió entre la gente, nadie volvió a saber de ella. Maruja encontró detrás de la orquesta un cómodo sillón en el que reposar sus cansados

huesos. La tía Herminia bailó con Venancio. El suegro bailó con la suegra. Las cuñadas chocaron sus copas y brindaron, mientras la luna llena lucía majestuosa

en el cielo.

Marta, apoyada en una de las ventanas, observaba la luna en silencio, saboreando lentamente una copa y preguntándose hasta cuándo duraría aquello, por qué aquel hombre se negaba a ver la realidad de su amor como lo que era: total y completo... ¿Acaso las apariencias eran tan importantes?... ¿Acaso él no

sabía de verdades y misterios?...

—Marta...

Allí estaba la voz que había inundado sus sueños, que había despertado sus entrañas, que le había enseñado a volar por los cielos. Allí los ojos de su tierra, de su mundo, de su universo, mirándola con una dulzura que la conmovió, recorriendo su cara y su cuerpo con una intensidad que la hizo temblar por dentro. Sus mariposas comenzaron a bailar, las mariposas de la vida, las mariposas del deseo, porque el baile no debía estar sólo fuera, sino también dentro.

—Pablo...

—No digas nada. Ven.

¿Cómo podría negarse a aquella voz? ¿Cómo negarse a aquellos dedos que se entrelazaron con los suyos, encajando por completo? Le siguió como mariposa nocturna sigue a la luz, como la estela sigue al cometa, como el arcoíris sigue al

sol y la lluvia cuando se besan. Seguiría sus pasos por cualquier sendero, en cualquier mundo, bajo cualquier firmamento, sortearía todos los obstáculos, pulverizaría todas las piedras, todo con tal de tenerle a su vera... Porque el amor

todo lo puede, cuando es verdadero.

—¿Adónde vamos? —preguntó, atravesando los jardines.

—Es una sorpresa.

El coche les esperaba con el motor en marcha. Al volante, Farma, con una sonrisa espléndida.

—¡Martita! ¡Me he convertido en chófer, esto es una tentación, me puedo

llevar por delante cualquier acera!

Y no lo decía por decir, no. Los zigzags que hizo el coche sobre los caminos de tierra habrían echado los hígados por la boca de cualquiera, de cualquiera que

no fuesen los dos enamorados para los que no existía nada salvo el brillo de sus

ojos y sus caricias tiernas.

—¿Podrás perdonarme, Marta? —susurró en su boca, entre beso y beso—.

Perdóname, he sido un obtuso, un necio...

—Un poquito necio sí que has sido —dijo con una sonrisa.

—Bueno, tampoco te regodees —sonrió, devorando su boca y abrazándola contra su cuerpo—. ¡Te quiero!

La casa de la abuela Lela se mostró ante ellos como el decorado perfecto salido de un cuento. El gran portón de hierro, abierto de par en par, les daba la bienvenida al sendero iluminado por las velas, un sendero tantas veces recorrido

para jugar en el huerto, para contarle al pozo, el pozo de los deseos, los que anidaban en su alma, los que habitaban en su cuerpo. Allí estaba su esencia, allí

sus recuerdos, las raíces de su vida, sus ansias, sus anhelos.

El jeep de la Guardia Civil apareció tras ellos; al volante, el cabo Serafín, ya recompuesto, y con Fernando de copiloto, sin soltar la botella. El jeep derrapó con estruendo, dejando allí media rueda y frenando en seco.

—Aquí llegan los refuerzos —dijo Farma, lanzándole a Pablo las llaves del coche—. ¡No me las pierdas!

—¡Vosotros a lo vuestro! —gritó Fernando, asomando por la ventanilla la cabeza—. ¡Que nosotros seguimos de fiestaaaaaa!

—¡Padreeeee! —gritó también el cabo Serafín—. ¡En brazos, hombre, en brazos! —Un profundo suspiro salió por su boca mientras maniobraba y daba la vuelta—. En los detalles está la esencia.

En la huerta de la abuela Lela, Farma había dejado su huella. En aquel precioso entorno natural, rodeado de flores e iluminado por velas de colores y la

luna llena, les esperaba una suite de lujo, una habitación de desposados salida de

una mente muy tierna. Sobre las piedras del pozo donde había llorado su pena, comida y bebida para reponer fuerzas, y sobre el suelo de hierba una cama perfecta, con almohadas bien mullidas y sábanas de seda cubiertas por pétalos de

rosa de los rosales de la abuela... ¿En qué lugar podría entregarse ella, sino allí donde lloró tantas veces su pena, donde le contó sus secretos a la abuela, y donde ésta le respondió como lo que era: un alma en pena?...

*“El amor que es verdadero no se olvida, se recuerda, y se acrecienta con el tiempo. Ve y busca tu lugar en el mundo y, si pasado el tiempo, ese amor nacido en tu corazón no se ha diluido y ha crecido sin control, sin miramientos, entonces regresa, te estará esperando porque... el amor verdadero siempre espera”.*

La noche tantas veces soñada, la noche tantas veces recreada en su cabeza, se

hizo realidad bajo el influjo de la luna llena... Las estrellas bailaron... Las constelaciones se movieron... Y en los ojos color marrón resplandeció el

deseo... El azul de las manos la recorrió como una ola llegada del mar para saciar las ansias de su cuerpo... La respiración se volvió más y más blanca en cada beso... La voz más y más negra en cada susurro, en cada gemido, en cada

lamento... Y la noche se tiñó de colores, se llenó de caricias, se impregnó de besos... Alma con alma, cuerpo con cuerpo, aliento con aliento.

—Marta... odiaba esa grieta y ahora la adoro, porque por ella te colaste tú.

—¡Ohhh, Pablo, todo lo que soñé era cierto!

—¿Estás bien, mi amor?

—Estoy en el cielo...

—Te quiero.

—Te quiero.

Y aquello tangible que una vez llegó hasta su piel y la atravesó... la inundó por completo, llenándola con su dulzura, con su pasión, con su deseo,

recorriéndola como las nubes recorrían el cielo, como en el bosquecillo de los álamos saltaban los ciervos, como el tañido de las campanas se perdía en el viento... ¡Campanas que comenzaron a oírse en aquel momento!

Encaramado a una vieja escalera que alguien, inconscientemente, dejó

olvidada junto al campanario de la iglesia, Fernando colgaba de la cuerda, dispuesto a despertar al poco pueblo que no había ido a la fiesta.

—¡VIVAN LOS NOVIOS! —gritaba el médico.

—¡Virgen Santísima! —exclamó el cabo Serafín, mirándolo asombrado y

meneando la cabeza—. ¿Pero éste cuánto ha bebido?

—¡A saber! —rezongó Farma—. ¡Venga, hay que meterlo dentro del coche!

Oye, Serafin, si no es mucha indiscreción... ¿Qué piensas hacer con Manuela?

—Pues por de pronto... —susurró el cabo, agarrando los pies del médico—.

Rematar la faena.

A quinientos metros de la iglesia, un moribundo abrió los ojos en su cama, miró hacia la ventana, y arrugó el ceño.

—¡Qué poca consideración! —gruñó el tío Miguel— ¡Aún no he estirado la pata, y ya están tocando a muerto!

Y colorín, colorado...

# Document Outline

- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)
- [23](#)
- [24](#)
- [25](#)
- [26](#)
- [27](#)
- [28](#)
- [29](#)
- [30](#)
- [31](#)
- [32](#)
- [33](#)

- [34](#)
- [35](#)
- [36](#)
- [37](#)
- [38](#)
- [39](#)
- [40](#)
- [41](#)
- [42](#)
- [43](#)
- [44](#)
- [45](#)
- [46](#)
- [47](#)
- [48](#)
- [49](#)
- [50](#)